

REVISTA
DE
LA
BIBLIOTECA
NACIONAL
JOSE MARTI

Cmdte. Fidel Castro

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL RESUMEN DE
LA VELADA CONMEMORATIVA DE LOS CIEN
AÑOS DE LUCHA

EN EL TRÁNSITO
AL SOCIALISMO

1959-1963



PASAJES DE
LA GUERRA
REVOLUCIONARIA

CARLOS RAFAEL
RODRÍGUEZ

ERNESTO CHE GUEVARA

**Revista de la
Biblioteca Nacional José Martí**

Director anterior: JUAN PÉREZ DE LA RIVA (1964 m. 1976)

Director: JULIO LE RIVEREND

Consejo de Redacción:

OLINTA ARIOSA, RAMÓN DE ARMAS, ENRIQUE CAPABLANCA, MANUEL COPIÑO,
CARLOS FARIÑAS, MANUEL LÓPEZ OLIVA, ENRIQUE SAÍNZ.

Jefe de Redacción: SALVADOR BUENO

Redacción: CARMEN SUÁREZ LEÓN

Canje: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,
Plaza de la Revolución,
Ciudad de La Habana, Cuba.
Télex: 511963

ISSN 0006-1727

Primera época: 1909-1912

Segunda época: 1949-1958

Tercera época: 1959-

La *Revista* no se considera obligada a devolver originales no solicitados.

CUBIERTA: XXV años de historiografía cubana.

Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

Año 76/3ra. época-vol. XXVII Enero-abril 1985
Número 1
Ciudad de La Habana
Cuba

Cada autor se responsabiliza
con sus opiniones.

TABLA DE CONTENIDO

XXV AÑOS DE HISTORIOGRAFÍA CUBANA (I)

OSCAR ZANETTI LECUONA

La historiografía de temática social (1959-1984) 5

MILDRED DE LA TORRE

*Apuntes sobre la historiografía del pensamiento cubano
del siglo XIX (1959-1984)* 19

FRANCISCO PÉREZ GUZMÁN

*La historiografía de las guerras de independencia en vein-
ticinco años de Revolución* 41

IBRAHÍM HIDALGO PAZ

*Notas acerca de la historiografía martiana en el período
1959-1983* 63

ALINA PÉREZ MENÉNDEZ

LILIAN VIZCAÍNO GONZÁLEZ

*Breve estudio historiográfico sobre el movimiento juvenil
cubano (1959-1983)* 79

ANA CAIRO

La Revolución del 30: una aproximación historiográfica 91

ALEJANDRO GARCÍA ÁLVAREZ

El testimonio: su divulgación en Cuba revolucionaria .. 107

OLGA PORTUONDO ZÚÑIGA <i>La historiografía cubana acerca del período 1510-1868 en XXV años de Revolución</i>	119
--	-----

REFLEXIONES HISTÓRICAS Y LITERARIAS

LUISA CAMPUZANO <i>Quirón o del ensayo (Notas sobre la ensayística de la Revolución)</i>	141
--	-----

JULIO LE RIVEREND <i>Problemas de la formación agraria de Cuba (Siglos XVI-XVII) (Capítulos IX y X)</i>	177
---	-----

CRÓNICAS

ROBERTO FRIOL <i>Impromptu por la primera exposición de Clara Gómez de Molina</i>	203
---	-----

LUIS ÁNGEL ARGÜELLES <i>130 aniversario del nacimiento de Juan Gualberto Gómez</i>	204
--	-----

ALBERTO MUGUERCIA <i>Se apagó la sonrisa de Electo Rosell (Chepín)</i>	208
--	-----

CARMEN SUÁREZ LEÓN <i>Profundización de la gestión cultural revolucionaria: Campaña nacional por la lectura</i>	209
---	-----

HÉCTOR P. AGOSTI IN MEMORIAM	210
---	-----

RESEÑAS

ANA CAIRO <i>Carpentier en tres nuevas obras</i>	213
--	-----

SALVADOR BUENO <i>Los Ensayos etnográficos de Fernando Ortiz</i>	217
--	-----

LIBROS ADQUIRIDOS EN EL EXTRANJERO	219
---	-----

COLABORADORES	221
----------------------------	-----

La historiografía de temática social (1959-1984)

OSCAR ZANETTI LECUONA

En las últimas décadas, la investigación de los fenómenos de la esfera social ha ganado cada vez un mayor espacio dentro de la producción historiográfica mundial. Ante la creciente importancia y sistematicidad de los estudios históricos relativos a clases y grupos sociales, al modo de vida, las costumbres, etcétera, se ha proclamado —principalmente en Francia y los países anglosajones— el nacimiento de la “Historia Social” como una nueva disciplina histórica especializada. Se trata de un nacimiento incierto, al menos por su equívoca partida de bautismo, pues siendo toda la historia humana, por naturaleza, historia social, la denominación propuesta lejos de precisar, confunde los marcos del objeto de investigación. Ello ha suscitado naturalmente un enconado debate al cual esta ponencia no intenta en modo alguno asomarse.¹ Nuestro propósito es sólo reseñar el avance de la historiografía cubana en un ámbito específico —el de los fenómenos sociales en sentido estricto— que, junto al económico, el político y el cultural, constituye una de las vertientes fundamentales de nuestra historia nacional.

La historiografía del período revolucionario no ha estado huérfana de antecedentes en este terreno. Investigadores como Elías Entralgo, Fernando Ortiz y José Rivero Muñiz —por solo mencionar algunos— dedicaron parte de sus esfuerzos al estudio de los problemas de la composición étnica de la socie-

¹ Los puntos de vista fundamentales de esta polémica pueden encontrarse en F. H. Cardoso, H. Cardoso y H. Pérez Brignoli, *Los métodos de la historia* (México, Grijalbo, 1977), en *L'Histoire sociale. Sources et méthodes P. U. F.* (París, 1967), así como en el número especial del *Journal of Social History*, publicado en 1976.

dad cubana, la presencia negra, la actividad histórica del proletariado y otros temas sociales.² Se conformó así una base que, aunque muy desigual y endeble, sirvió de punto de partida a los trabajos que habremos de considerar. Al desarrollar nuestro análisis hemos preferido no constreñirnos a la consideración de los estudios históricos sobre la estructura social y las clases —que conforman la materia esencial de esta área de investigación— sino ampliar nuestra perspectiva, incluyendo las obras sobre la historia de la población y otros fenómenos sociales con el objetivo de ofrecer un panorama más completo de lo hasta ahora realizado.

Historia de la población

País de inmigración y, aún más, de esclavitud, los problemas de población han ocupado siempre un lugar relevante en nuestra historiografía. Sin embargo, rara vez los fenómenos histórico-demográficos fueron objeto de estudio específico, sino que se les abordó en el contexto de indagaciones más amplias y generalizadoras. La historia demográfica cubana es pues resultado del quehacer de los últimos veinticinco años, y su aparición se asocia íntimamente a la obra de Juan Pérez de la Riva.

Los *movimientos migratorios* y, particularmente, la inmigración han tenido la primacía dentro de este campo de estudios. En el haber personal de Pérez de la Riva se cuenta una voluminosa monografía, aún inédita, sobre los culíes chinos, de la cual sólo han visto la luz algunos capítulos y secciones.³ Se trata de un estudio integral de esta corriente migratoria —una de las principales en el siglo XIX— que no sólo aborda su aspecto estrictamente demográfico en cuanto a aporte humano a nuestra población, sino, que se extiende en la consideración del *status* social del inmigrante que, en virtud del sistema de con-

² Emilio Roig de Leuchsenring y Enrique Gay-Calbó incursionaron también en este terreno, así como José Luciano Franco, pero a este último hemos preferido no considerarlo entre los antecedentes pues su obra afortunadamente se prolonga hasta nuestros días.

³ "Demografía de los culíes chinos en Cuba". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) Año 57, núm. 4, 1967; "Aspectos económicos del tráfico de culíes chinos a Cuba, 1853-1874". *Universidad de La Habana*. (La Habana) Mayo-junio, 1965. Estos dos trabajos así como "La situación legal del culí en Cuba" se encuentran compilados en *El barracón y otros ensayos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975.

trata, quedaba reducido a una condición semi servil. Forma fundamental de inmigración forzada, la trata negrera ha merecido la atención de un mayor número de investigadores. José Luciano Franco bajo el título de *Comercio clandestino de esclavos*, presenta en realidad un estudio histórico general de este siniestro tráfico en lo relativo a Cuba. Abarcando tanto su etapa legal como la ilegal, Franco fija su atención en los factores involucrados en el comercio esclavista, sus procedimientos y nexos con la política colonial, así como en su condicionamiento internacional. Otros autores han incidido sobre diversos aspectos de este fenómeno. Moreno Fragnals, que dedica un capítulo de *El ingenio* a la principal época de la trata, propone una subperiodización de la misma y fundamenta el papel decisivo de los comerciantes hispano-cubanos en su desarrollo. La antigua e inconclusa polémica en torno al monto demográfico de la migración esclavista, ha sido reavivada por Pérez de la Riva quien dedicó algunos artículos a la estimación del número de africanos traídos a Cuba, mediante la aplicación de las técnicas del análisis demográfico.⁴

Las principales corrientes inmigratorias del período republicano, la española y la antillana, fueron objeto de sendos estudios por parte de Pérez de la Riva.⁵ El segundo de ellos, *Cuba y la inmigración antillana*, puede considerarse un verdadero clásico en su género, no sólo por el virtuosismo con que elabora el aspecto estrictamente demográfico de la inmigración de braceros, sino por la profunda y esclarecedora consideración de sus condicionantes y de sus implicaciones socioculturales. El problema de los efectos de la inmigración antillana sobre los niveles salariales del país y la integración de sus componentes en el proletariado, es discutido también por Jorge Ibarra y examinada por los autores de *United Fruit Co.; un caso del dominio imperialista en Cuba* en el contexto particular de una plantación imperialista.⁶ En este sentido, las diversas pesquisas

⁴ *¿Cuántos africanos fueron traídos a Cuba?* La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1977 y "El monto de la inmigración forzada en el siglo XIX". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) Año 65, núm. 1, enero-abril, 1964.

⁵ "Los recursos humanos de Cuba al comenzar el siglo. Inmigración, economía y nacionalidad". (En: *La república neocolonial. Anuario de estudios cubanos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1979. t. II).

⁶ IBARRA, JORGE. *La inmigración antillana: ¿desproletarización del proletariado cubano...?* Ponencia presentada en el IV Encuentro de historiadores latinoamericanos y del Caribe, Bayamo, 1983; *United Fruit Co.; un caso...* La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1976. Cap. IX.

coincidentes en el criterio de que la historiografía anterior —principalmente Ramiro Guerra— tendió a sobrestimar los efectos depresivos de la inmigración antillana en materia salarial.

Migraciones menores como la de los franceses salidos de Haití durante la revolución de independencia, los gallegos contratados a mediados del siglo XIX, los indostanos y los puertorriqueños, han captado también la atención de distintos historiadores.⁷ Por todo ello puede afirmarse que prácticamente ninguna inmigración significativa ha sido pasada por alto durante este cuarto de siglo. El tema, sin embargo, está aún muy distante de quedar agotado y espera tanto monografías más exhaustivas, como un esfuerzo de síntesis que establezca en toda su dimensión histórica el papel de los componentes inmigratorios en la formación de nuestra población.

Una situación distinta presentan los estudios sobre *poblamiento*. La historia de la distribución física de la población en nuestro marco geográfico, vinculada con la explotación económica de este y su cambiante división político administrativa, apenas se ha comenzado. Un ambicioso proyecto de Pérez de la Riva en este sentido quedó trunco en una fase temprana de realización.⁸ Aunque la idea parece haber encontrado seguidores, todavía no se han presentado resultados que acusen una comprensión de la problemática con sentido totalizador. Algo se ha avanzado, no obstante, en el conocimiento del proceso urbanizador mediante los trabajos —disímiles en su concepción— de Hortensia Pichardo y Carlos Venegas y las contri-

⁷ BERENGUER CALA, J. *La inmigración francesa de la Jurisdicción de Cuba*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1980; PÉREZ DE LA RIVA, J. "La implantación francesa en la cuenca superior del Cauto". (En: *El barracón...*, *Op. cit.*, p. 361; LÓPEZ VALDÉS, R. "La inmigración indostana a Cuba". *Santiago*. (Santiago de Cuba) núm. 25, marzo 1977; PERAZA, N. "Esclavos 'gallegos' en Cuba". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) Año 71, núm. 3, septiembre-diciembre, 1980; FERNÁNDEZ SORIANO, ARMANDO. *La inmigración puertorriqueña a Cuba*. Ponencia presentada al IV Encuentro de historiadores de latinoamérica y el Caribe, Bayamo, 1983 (inédita).

⁸ "La conquista del espacio cubano". Algunas ideas básicas sobre este proyecto pueden encontrarse en el conversatorio del mismo título publicado en *Universidad de La Habana* (La Habana, núm. 207, enero-marzo, 1978), así como en el artículo "El país de La Habana en los albores del siglo XIX según Antonio del Valle Hernández" (*Economía y desarrollo*. La Habana, núm. 23, mayo-junio, 1974).

buciones de Carmen Gavira.⁹ El importante problema histórico del poblamiento, que por su amplitud y complejidad exige una investigación multidisciplinaria, puede recibir un notable aporte del desarrollo de las historias regionales, en la medida que estas sean capaces —escapando al localismo— de contribuir a la elaboración de una visión del todo desde las partes.

El tema por antonomasia de la demografía histórica —la evolución del régimen demográfico— ha sido paradójicamente el menos atendido. Aunque las estadísticas vitales republicanas provenientes del registro civil son prácticamente inservibles y algunos registros parroquiales se han perdido, la investigación está muy por debajo de las posibilidades que ofrecen sus fuentes. Solo un estudio sobre la parroquia de Santa María del Rosario —debido a un historiador visitante—, limitado en su concepción y método, ha visto la luz en estos años¹⁰. Investigadores de la Universidad de La Habana explotaron los registros parroquiales de El Cano e Isla de Pinos —en el primer caso por el método de reconstrucción de familias—, pero los resultados de su trabajo nunca fueron publicados. En consecuencia, seguimos ignorando la evolución histórica de nuestras variables demográficas fundamentales, así como el papel del movimiento natural en el crecimiento de la población cubana y su correlación con el proceso económico y político, las epidemias, etcétera. El abandono de esta materia es tanto más preocupante, porque la historiografía regional, que en otros sentidos ha dado sólidos pasos en su modernización y desarrollo, permanece de espaldas al estudio de esta cuestión, siendo ella precisamente, la que mayores posibilidades tiene para su realización. La explotación de la potencialidad informativa de los registros parroquiales ofrecería una comprensión más completa del desarrollo histórico regional, a la vez que sentaría las bases para la determinación de los patrones históricos de comportamiento demográfico de la población cubana.

⁹ VENEGAS, CARLOS. *Dos etapas en la colonización y la expansión urbana*. La Habana, Editora Política, 1979; PICHARDO, HORTENSIA. "La fundación de las primeras villas de la Isla". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) Año 74, núm. 3, septiembre-diciembre, 1983; GAVIRA, CARMEN. "La configuración del espacio colonial urbano", en *Ibid.* (La Habana) Año 73, núm. 1-2, enero-agosto, 1982.

¹⁰ BURDÉ, G. "Fuentes y métodos de la historia demográfica en Cuba". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) Año 65, núm. 1, enero-abril, 1974.

La estructura social y las clases

Las investigaciones en torno a las estructuras socio-clasistas revisten una importancia trascendental para el desarrollo del conocimiento histórico, a la vez que constituyen un elemento indispensable en cualquier operación de síntesis. Sin embargo, forzoso es reconocer que nuestro progreso historiográfico en este terreno manifiesta un relativo retraso. No es atribuible esta situación a incomprensión o descuido por parte de nuestros historiadores, sino más bien a dificultades objetivas provenientes de la complejidad real, teórica y empírica, de esta problemática.

Las etapas tempranas de nuestra historia (siglo XVIII), corresponden a una sociedad en formación, caracterizada por la superposición y entrelazamiento de diversas relaciones de producción y un agrupamiento social-clasista francamente embrionario. El posterior predominio de las relaciones esclavistas de producción vinculadas en su contexto mundial al modo de producción capitalista, lejos de simplificar, complica aún más la realidad social, cuyos rasgos fundamentales se ven además oscurecidos por la incidencia de factores raciales y nacionales. Por último, cuando la formación social capitalista queda claramente definida, es como resultado de un desarrollo capitalista insuficiente y deforme, que afecta el grado de difusión y penetración de la relación de producción esencial del sistema y distorsiona su estructura socioclasista. Al abordar esta compleja realidad con el fecundo instrumento que para su estudio ofrece la teoría marxista-leninista de las clases sociales, el historiador tiene que aplicar su aparato conceptual y simultáneamente ajustarlo a las particularidades del fenómeno investigado. Atender al fundamento dialéctico de la concepción materialista de la historia, resulta pues condición necesaria para develar la esencia del inextricable fenómeno histórico de nuestra estructura social, lo cual entraña un arduo esfuerzo para el investigador.¹¹

A la elevada exigencia teórica de esta indagación, deben añadirse los requerimientos que imponen en el plano empírico las fuentes históricas. Los padrones y censos —fuente princi-

¹¹ Un buen ejemplo de este esfuerzo puede encontrarse en el trabajo de Carlos Rafael Rodríguez "Cuba en el tránsito al socialismo" (En: *Letra con filo*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1983. t. 2) donde traza los contornos fundamentales de la estructura socioclasista de la etapa prerrevolucionaria.

pal de estos estudios— no sólo son insuficientes y, en muchos casos, de baja calidad, sino que por lo general utilizan agrupaciones estadísticas poco significativas desde el punto de vista socioclasista. Ello plantea la necesidad de transformar las categorías censales —de estructura ocupacional, por ejemplo—, en categorías analíticas, para lo cual la fuente no siempre ofrece los recursos informativos indispensables. En esta dirección han desplegado su actividad algunos investigadores cuyos resultados, no por modestos, dejan de ser prometedores.¹²

Los estudios históricos particulares *sobre clases sociales*, han sido incomparablemente más numerosos que las investigaciones generales sobre estructura social. El caso más evidente es el de la clase obrera, en torno a la cual se ha desarrollado una intensa labor historiográfica cuyos resultados justifican que se le haya tratado como un tema particular en el balance de este cuarto de siglo, por lo cual no abundaremos en dicha materia. La investigación histórica del fenómeno clasista ha puesto su acento en los aspectos de la organización, luchas y proyecciones ideológico-políticas de las clases, quedando relativamente rezagado, en cambio, el pesquisaje de sus características socio-económicas. El proletariado resulta nuevamente un buen ejemplo. En contraste con los múltiples trabajos sobre organizaciones sindicales, huelgas, prensa obrera, corrientes ideológicas, organización política, etcétera, las investigaciones sobre la distribución sectorial de la clase obrera, su composición ocupacional, la evolución histórica del salario y las condiciones de vida, niveles de instrucción y otros temas son realmente muy escasas. Existen sin duda notorias dificultades en materia de fuentes pero estas no llegan al extremo de bloquear completamente las posibilidades de investigación. Entre los esfuerzos desplegados en esa dirección debe mencionarse, por su mayor amplitud la obra de Carlos del Toro, *Algunos aspectos económicos, sociales y políticos del movimiento obrero cubano*, donde se sistematizan los escasos datos ofrecidos por la estadística oficial sobre la estructura ocupacional, salarios, seguridad social y otros elementos de la situación de la clase obrera en la última etapa neocolonial. Junto a este intento de síntesis, los restantes consisten en pequeños estudios o artículos dedicados a

¹² El trabajo de Fe Iglesias "Población y clases sociales en la segunda mitad del siglo XIX" (*Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. La Habana, Año 74, núm. 2, mayo-agosto, 1983) constituye una muestra de este tipo de esfuerzo. Hay otros trabajos particulares de la misma autora sobre los censos de 1862 y 1877.

sectores o etapas específicas, o capítulos de obras con más amplio objeto.¹³

En comparación con el proletariado, los estudios sobre otras clases sociales resultan más escasos. Para el campesinado la valiosa obra de Antero Regalado, *Las luchas campesinas en Cuba*, es aún la pieza bibliográfica fundamental, pero por su carácter e intención se trata de una síntesis preliminar, una de cuyas virtudes fundamentales es la de presentar en toda su amplitud y riqueza un importante campo de investigación. Justo es reconocer que en él se han adentrado algunos estudiosos, pero se trata por lo general de pequeños trabajos aislados cuyos resultados fragmentarios no llegan a conformar un verdadero frente en el avance cognoscitivo.¹⁴ Un cuadro similar presentan las pesquisas sobre las capas medias urbanas, prácticamente abandonadas, con excepción del sector estudiantil. En esta área se han ejecutado algunos estudios de notable importancia, como la obra de Ladislao González Carvajal sobre el Ala Izquierda Estudiantil, aunque aquí —como en el caso del proletariado— el énfasis descansa también en los aspectos organizativos y políticos.¹⁵ Los estudios publicados sobre la

¹³ El artículo de E. Trimiño "La clase obrera en vísperas de la Revolución" (*Islas*. Universidad Central de Las Villas, núm. 54, mayo-agosto, 1976) realiza un serio intento de caracterización socioeconómica del proletariado sobre la base del censo de 1953, fuente que también aprovecha Sara Chantez en su estudio "Condiciones de vida de la clase obrera en el período prerrevolucionario" (*Islas*. Universidad Central de Las Villas, núm. 69, mayo-agosto, 1981).

¹⁴ Puede verse: AKULAI, V. Y P. RODRÍGUEZ FRAGOSO. "La situación socioeconómica del campesinado en vísperas del triunfo de la Revolución". *Islas*. (Universidad Central de Las Villas) Núm. 54, mayo-agosto, 1976; CHAILLOUX, GRACIELA. "El movimiento campesino 1950-1975". RODRÍGUEZ FRAGOSO, P. "Análisis de dos tipos sociopolíticos de organización agraria en Cuba prerrevolucionaria". OQUENDO, L. "Estudio de las transformaciones operadas en el campesinado de 1898 a 1918". Todos en la serie: *Clases y lucha de clases en la sociedad neocolonial cubana* (3). La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1981. Las transformaciones más recientes del campesinado han sido abordadas por José Acosta en distintos artículos, entre ellos "Las leyes de reforma agraria y el sector privado campesino" (*Economía y Desarrollo*. La Habana, núm. 12, julio-agosto, 1982).

¹⁵ GONZÁLEZ CARVAJAL, LADISLAO. *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1976; PÉREZ ROJAS, NIURKA. *El movimiento estudiantil universitario de 1934 a 1940*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975.

burguesía y sus sectores son realmente muy raros, aunque existen algunas tesis de licenciaturas inéditas sobre esta temática.

El panorama de los estudios socioclasistas sobre el período colonial presenta sus particularidades. La esclavitud ha captado la atención de buen número de historiadores, una parte de cuyos resultados puede apreciarse en los trabajos presentados al seminario científico convocado por la Academia de Ciencias en ocasión del centenario de la abolición, así como en el número que por igual razón dedicara al tema la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*¹⁶. Sin embargo, la mayor parte de estas indagaciones se concentran en los aspectos económicos, políticos e ideológicos del sistema esclavista, mientras los esclavos, como clase, permanecen relativamente poco estudiados. No pueden pasarse por alto en este último sentido trabajos como el capítulo dedicado por Moreno Fragnals en su obra ya citada a la condición social del esclavo de ingenio. El estudio de las rebeliones de esclavos tiene un antiguo y apasionado cultivador en José Luciano Franco, a quien se han sumado otros autores con trabajos de sabor más bien local.¹⁷

Párrafo aparte merece la sistemática dedicación de Pedro Deschamps Chapeaux a la investigación de la pequeña burguesía negra de las ciudades, cuyo resultado mayor, *El negro en la economía habanera del siglo XIX*, constituye un singular aporte al mejor conocimiento de la realidad social de la colonia. Llegando al plano de lo anecdótico, algunos de estos trabajos se enlazan con los de Pérez de la Riva sobre los culíes chinos para conformar un testimonio vívido, y en ocasiones patético, de la trayectoria vital de hombres cuya existencia ha escapado a las páginas de la historiografía burguesa tradicional.¹⁸

¹⁶ *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) Año 71, núm. 3, septiembre-diciembre, 1980. Este número contiene trabajos de J. L. Franco, J. Le Riverend, H. Pichardo, Ma. del C. Barcia, F. Iglesias y otros autores.

¹⁷ Véase, entre otros: *Los palenques de negros cimarrones* (DOR, La Habana, 1973) y *Las minas de Santiago del Prado y la rebelión de los obreros* (La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975). Entre los trabajos particulares pueden verse *Triunvirato: historia de un rincón azucarero*, de R. Vázquez (La Habana, DOR, 1972) y "Noticias sobre sublevaciones y conspiraciones de esclavos: cafetal El Salvador, 1833", de J. Iduate (*Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. La Habana, año 73, núms. 1-2, enero-agosto, 1982).

¹⁸ DESCHAMPS, PEDRO Y JUAN PÉREZ DE LA RIVA. *Contribución a la historia de la gente sin historia*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974.

Las incursiones en el tema de las clases dominantes del período colonial desde un punto de vista estrictamente socioclasista —no así en los dominios de la economía, la política y la ideología— han sido realmente escasas, aunque las publicaciones en revistas especializadas sugieren que no se trata de un terreno totalmente abandonado.¹⁹

Otros temas sociales

El amplio ámbito de la vida social da cabida a una problemática que no se agota en los aspectos socioclasistas o demográficos, aunque estos —específicamente los primeros— actúen como sus condicionantes generales. Tal es el caso de la condición social de *la mujer* contemplada en su perspectiva histórica, asunto que atrae hoy día la atención de numerosos investigadores en todo el mundo. No puede considerarse este un tema ausente de nuestra más reciente historiografía, aunque su elaboración quede bastante por debajo de su importancia. Estudios sobre el empleo femenino, la situación social de la mujer en momentos históricos particulares, apuntes sobre la evolución del movimiento femenino, biografía de sobresalientes personalidades femeninas, aunque esporádicos y fragmentarios, indican las posibilidades de un tema que amerita un esfuerzo investigativo de mayor sistematicidad y más largo aliento.²⁰ Los problemas de la evolución de las condiciones materiales de existencia y el *modo de vida*, no han recibido una atención que corresponda a su importancia. Algunos estudios históricos sobre la vivienda o tipos históricos de vivienda —el barracón, por ejemplo—, intentos por definir ciertos contornos de la vida cotidiana en un momento específico, apreciaciones acerca del modo de vida en obras cuyo objetivo central es otro, tal es la

¹⁹ SORHEGUI, A. "El surgimiento de una aristocracia colonial en el occidente de Cuba durante el siglo XVI". *Santiago*. (Santiago de Cuba) Núm. 37, marzo, 1980.

²⁰ Pueden verse, entre otros, los siguientes trabajos: PAVÓN, E. "El empleo femenino en Cuba". *Santiago*. (Santiago de Cuba) Núm. 20, diciembre, 1975; MARTÍNEZ GUAYANES, M. "La situación de la mujer en Cuba en 1953". *Santiago*. (Santiago de Cuba) Núm. 15, septiembre, 1974. ALVAREZ, R. *La 'reeducación' de la mujer cubana en la colonia*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1976; SARABIA, NIDIA. *Ana Betancourt*. [La Habana] Editorial Ciencias Sociales, 1970. Se viene desarrollando igualmente un notable esfuerzo investigativo sobre la historia del movimiento juvenil, particularmente por la comisión de historia de la U.J.C. pero no lo incluimos en este recuento porque será objeto de una ponencia aparte en este mismo forum.

magra cosecha que obtendrá quien escarbe en este terreno.²¹ No hay dudas acerca de la trascendencia historiográfica de esta materia. Aunque algunos de sus temas demandan investigaciones complejas y engorrosas, sus resultados constituirían aportes inestimables al conocimiento del pasado colonial. Piénsese solo en lo que significaría poder disponer de series de índices del costo de la vida, aunque sólo fuera para el período republicano neocolonial.

Los estudios históricos de carácter sociocultural no han carecido de cultivadores, pero en esta esfera el peso se carga más bien hacia lo estrictamente cultural. La cuestión de las raíces socio-históricas de nuestra cultura ha ofrecido temas para diversas indagaciones, tanto institucionales, realizadas en la década del sesenta y parte de la del setenta por el Instituto de Etnología y Folklore, como individuales en los casos de José Luciano Franco, Enrique Sosa y Rafael López Valdés, entre otros.²² Tampoco han escapado a la investigación algunas sociedades e instituciones sociales como la masonería o la iglesia católica.²³

Un tema de indiscutible significación social como el de *las enfermedades* y la salud apenas ha sido abordado. Aunque el Ministerio de Salud Pública mantiene una oficina trabajando en la historia de este sector, sus labores han estado enfocadas

²¹ FERNÁNDEZ NÚÑEZ, J. M. *La vivienda en Cuba*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1976; SEGRE, R. *La vivienda en Cuba en el siglo XIX: república y revolución*: de esta obra existe una edición mexicana de la Editorial Concepto, la edición cubana, más amplia, se haya en proceso de impresión. Una perspectiva interesante, más particular, desarrolla Pilar Fernández en "La vivienda obrera durante el machadato: el reparto Lutgardita" (*Universidad de La Habana*. La Habana, núm. 217, 1982). Véase también: POUMIER, M. *Apuntes sobre la vida cotidiana en Cuba en 1898*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975.

²² FRANCO, J. L. *La diáspora africana en el Nuevo Mundo*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975; SOSA, E. *Los ñáñigos*. La Habana, Casa de las Américas, 1982; LÓPEZ VALDÉS, R. "Problemas del estudio de los componentes africanos en la historia étnica de Cuba". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) Año 71, núm. 3, 1980; ALÉN, O. "Las sociedades de tumba francesa". *Santiago*. (Santiago de Cuba) Núm. 25, marzo, 1977.

²³ Hay varios trabajos sobre ambos temas de E. Torres Cuevas, entre ellos "Formación de las bases sociales e ideológicas de la iglesia católica criolla en el siglo XVIII". (*Santiago*. Santiago de Cuba, núm. 48, diciembre, 1982) y "Vicente Antonio de Castro, el Gran Oriente de Cuba y las Antillas y la ruptura del 68" (*Santiago*. Santiago de Cuba, núm. 32, diciembre, 1978).

hacia los aspectos profesionales o científicos de la medicina, resultando muy escasos los trabajos dedicados al conocimiento histórico de la incidencia de algunas enfermedades y, en particular, de las epidemias, de tanta importancia en la vida social de la colonia.²⁴ El tema de las patologías sociales, es decir, el *bandolerismo*, la delincuencia y asuntos conexos no ha corrido mejor suerte. Algún artículo perdido en las páginas de una revista, o alusiones en textos más generales, es el pobre resultado de la escasa atención a un tema de notable significación, no sólo en nuestra época colonial, sino también en algunas etapas del presente siglo.²⁵

La revisión temática podría extenderse aún más, pero lo hasta aquí reseñado resulta suficiente para la caracterización que se pretende. Ciertamente es que la búsqueda apresurada en un campo de límites inciertos, nos obliga a confesarnos de antemano reos de olvidos involuntarios. Tampoco han podido evaluarse los aportes de colegas a cuyo esfuerzo no le cupo en suerte llegar a este balance convertido en letra impresa. Olvidos o desconocimiento asignan, por tanto, un inevitable margen de error a nuestras apreciaciones, pero no al extremo de invalidar una conclusión que es de por sí evidente.

La historiografía cubana ha conseguido en los últimos veinticinco años, un ostensible progreso en el conocimiento de los aspectos sociales de nuestra historia, sobre todo si se tiene en cuenta su menguado punto de partida. Se trata, sin embargo de un avance irregular, que si bien alcanzó a penetrar con cierta profundidad en algunas materias, apenas bordea otras de enorme importancia. La dispersión del esfuerzo investigativo es, así mismo, notoria, y se evidencia entre otras cosas por la alta proporción de artículos que integran la base de este "inventario". La ausencia de sistematicidad constituye, por tanto, la nota dominante en nuestros estudios históricos sobre la esfera social.

En cierto sentido, este recuento, más que balance de logros, lo es de insuficiencias, puesto que ellas deben actuar

²⁴ LÓPEZ SÁNCHEZ, J. *La medicina en La Habana. Cronología de los hechos médicos consignados en las actas capitulares 1550-1799*. La Habana, Minsap, 1976.

²⁵ CARRERAS, JULIO A. "El bandolerismo en Las Villas (1831-1853)". *Islas*. (Universidad Central de Las Villas) Núms. 52-53, sep.-abr., 1976; "Los bandoleros de la Tregua en Santa Clara". *Islas*. (Universidad Central de Las Villas) Núm. 60, mayo-agosto, 1978.

como acicate del trabajo futuro. Cualquier progreso ulterior en este sector del conocimiento histórico requiere —para ser realmente significativo— de un mayor rigor en la elaboración metodológica de las investigaciones, tanto en el plano conceptual como en el de las técnicas aplicadas. En la indagación de los fenómenos sociales —como en las demás direcciones del trabajo historiográfico— urge superar la insularidad, el aislamiento, que aún caracteriza el análisis de nuestra historia nacional. Una clara perspectiva de la correlación entre lo particular y lo general en el proceso histórico cubano, hará más eficiente y fructífera la aplicación del aparato conceptual de la ciencia histórica marxista a nuestras realidades. Del mismo modo, se hace necesaria una consideración más amplia y frecuente del ámbito latinoamericano y caribeño al cual pertenecemos, y que ofrece el marco para un análisis comparativo que proporcionará un sólido fundamento a la generalización.

En lo relativo a las técnicas de análisis, debe atenderse más a los progresos de las ciencias afines a esta esfera —sociología, demografía, etnografía, etcétera— para beneficiarnos del perfeccionamiento de su instrumental. La ampliación del empleo de la cuantificación, contribuirá —sin sobrestimar sus posibilidades— al mejor aprovechamiento del potencial informativo de las fuentes.

Pero, sobre todo, es necesario concentrar y organizar mejor los esfuerzos. Todos los temas incluidos en esta reseña son de indiscutible importancia para el conocimiento de nuestro pasado. Mas es preciso reconocer que si la historiografía cubana no experimenta en los próximos años un avance significativo en el estudio de las clases sociales y, particularmente, de la evolución de la estructura socioclasista, las posibilidades de una síntesis realmente científica de nuestra historia nacional se verán notablemente reducidas. Fue por ello loable la iniciativa del departamento de Educación Interna del Partido Comunista de Cuba cuando convocó, en 1976, un seminario científico sobre el tema “Las clases y la lucha de clases en la sociedad neocolonial cubana”. Este tipo de reunión debiera repetirse, aunque sea en forma de coloquios o simposios dedicados a temas más particulares. Ellas promoverán el intercambio de criterios entre especialistas y contribuirán a la maduración de ideas sobre cuestiones que, por su naturaleza, requieren de elaboración colectiva.

historia de la enmienda platt

una interpretación de la realidad cubana

EMILIO ROIG DE
LEUCHSENBRING

NUESTRA HISTORIA



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, CIUDAD DE LA HABANA, 1978

Apuntes sobre la historiografía del pensamiento cubano del siglo XIX (1959-1984)

MILDRED DE LA TORRE

No pretendemos que el contenido de esta ponencia aborde ni dé respuesta a todos los aspectos que han sido objeto de estudio por parte de nuestros actuales historiadores. Nuestro único propósito es el de destacar el empeño historiográfico actual en la solución de algunos problemas que han sido del interés de la historiografía anterior al triunfo de la Revolución y de otros que responden al desarrollo presente de la investigación científica. Al hacer un balance, teniendo en cuenta nuestra producción editorial desde 1959 hasta la fecha, hemos podido percatarnos de que nuestro esfuerzo se ha dirigido más a dar respuesta a viejos problemas que a abordar los nuevos. Eso naturalmente responde a la inevitable necesidad de ofrecer una nueva visión interpretativa de lo ya tratado sobre la base del marxismo-leninismo, la exigencia científica de acumular información con el objetivo de ampliar el horizonte investigativo y al hecho indiscutible de que la inmensa mayoría de nuestros historiadores son el fruto reciente de nuestra Revolución. Por otra parte, como el ritmo editorial, por razones obvias, no puede ir parejo con los resultados inmediatos de la investigación histórica, no se hace posible que la nueva masa de problemas sea del rápido conocimiento público.

Siguiendo los parámetros establecidos por los organizadores de este evento, nos hemos limitado a la lectura de los textos y folletos, sin desconocer el conjunto de artículos publicados por las revistas especializadas.

Resulta conveniente recordar que la política editorial, en nuestro campo específico, ha estado dirigida tanto a reeditar un conjunto de valiosos trabajos de imprescindible utilidad para el desarrollo de nuestra ciencia, bien sea testimonios, ensayos, etcétera, como a publicar obras que, escritas o no después del triunfo de la Revolución, dan la medida del desarrollo actual de la Ciencia Histórica en el campo de la historia de

Cuba. Nosotros nos limitaremos a la historia política en lo relativo a aquellos aspectos, que en la esfera del pensamiento cubano del siglo XIX, han sido y son de interés.

Como todos conocemos, carecemos de un texto que sintetice la historia del pensamiento cubano. Sabemos que ese es un propósito latente y está contemplado en los planes perpectivos de algunos historiadores y filósofos, empeño que por justo y necesario recibirá indiscutiblemente el apoyo oficial de nuestras instituciones. No obstante, ya hay una serie de trabajos que nos permiten, sin grandes esfuerzos, valorar en su conjunto nuestra producción editorial historiográfica.

Hemos creído conveniente, para facilitar la exposición y posterior discusión de las ideas centrales de este trabajo, agrupar temáticamente los aspectos o problemas que generalmente han sido motivo de interés por la actual historiografía. Esto no responde a ningún empeño personal por establecer premisas que conduzcan al replanteo de cuestiones relativas a la cronología historiográfica, sino simplemente al interés de hacer factible cualquier debate. En aras de esto, hemos agrupado las fuentes bibliográficas atendiendo a tres grandes asuntos: las que abordan o surgen durante la esclavitud, las especializadas en movimiento obrero y campesino, y aquellas cuyo objeto de interés es el movimiento de liberación nacional desde 1868 hasta 1898. Esta propuesta no deja de tener sus inconvenientes. El más evidente es la cuestión cronológica, que aunque no responde totalmente a las exigencias de una valoración global del proceso histórico cubano, facilita la comprensión cualitativa y cuantitativa del conjunto de problemas que hemos abordado.

No conocemos hasta el momento ningún texto que persiga el propósito de sintetizar el bregar historiográfico. Hay empeños y logros que se infieren de la lectura de algunos trabajos, también hay ideas e iniciativas que dan la medida de que todos estamos conscientes de esa necesidad, pero lo cierto es que esa empresa no la hemos emprendido sistemáticamente. Loable ha sido y es el quehacer de la doctora Hortensia Pichardo cuya obra compilatoria de varios tomos ha contribuido al conocimiento de la historia patria y que merece ser continuada. No menos importantes son los resultados que se aprecian derivados de la docencia historiográfica que se imparte en la Universidad de La Habana.

Otra cuestión que queremos mencionar es que aún están por abordarse en su totalidad, mediante investigaciones y discusiones, los problemas inherentes a la periodicidad del proceso histórico cubano.

Estamos conscientes de que emprender ambas cuestiones no es tarea fácil por lo polémicas que resultarían, sobre todo en el caso de la segunda, pero también estamos seguros de que constituyen exigencias que no podemos eludir y que como empresa le corresponde íntegramente su realización a nuestra actual historiografía.

Al detenernos en la problemática historiográfica no resulta innecesario llamar la atención sobre algunas cuestiones. Si examinamos el conjunto de la producción anterior a la Revolución debemos distinguir tres corrientes que parten de las posiciones ideológicas de los historiadores. Esto naturalmente está al margen de cualquier consideración de carácter especializado que tienda a profundizar en las diferentes vertientes historiográficas. Una de esas corrientes es la conservadora, reaccionaria, fiel servidora del imperialismo y de la oligarquía burguesa en el poder. Carlos Rafael Rodríguez la definió en estos términos: "La tradición cubana que se pretende ofrecer es una en que, según parece, debemos igual acatamiento fervoroso al anexionista que al forjador de la nacionalidad, al reaccionario esclavista y negrero que al abolicionista convencido, al autonomista que al mambí."

Y agrega más adelante:

El hecho no es nuevo. En toda nación se intentan afianzar en el decurso histórico dos tradiciones bien disímiles. De una parte los grupos dominantes aspiran a afianzar como tradicional todo el pasado de la nación. Para ello, mientras convierten las grandes figuras revolucionarias —combatientes que fueron de las causas más avanzadas de su tiempo— en seres ideales y abstractos, castrando su doctrina y su ejemplo y privándolas de toda eficacia actual, exaltan a los representativos de las corrientes reaccionarias y conciliadoras del pasado, buscando justificación a sus actitudes y nimbándolas en un falso halo patriótico.¹

También Carlos Funtanellas, quien tanto empeño depositó en el campo historiográfico, nos dijo que dicha historiografía "constituyó una expresión cultural e ideológica de los sectores sociales dominantes, que razonaba y cohonestaba sus acciones

¹ RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL. "El marxismo y la historia de Cuba". (En: *Cuadernos de Historia*. La Habana, Facultad de Historia, 1964.)

y concepciones". Además, la calificó de "inepta para realizar un análisis clasista de la sociedad colonial, no pudo fundamentar posturas, actitudes, ideologías de clase, sectores sociales, por no ahondar en los elementos socio económicos".²

Nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro se refirió, en más de una oportunidad, a los falsos valores de esa corriente historiográfica. Baste por ahora recordar lo expresado en su discurso resumen de la velada conmemorativa de los Cien Años de Lucha el diez de octubre de 1968:

Y tal vez tan pocas cosas nos puedan ayudar a ser revolucionarios como recordar hasta qué grado de infamia se había llegado, hasta qué grado de falseamiento de la verdad, hasta qué grado de cinismo en el propósito de destruir la conciencia de un pueblo, su camino, su destino; hasta qué grado de ignorancia criminal de los méritos y las virtudes y la capacidad de este pueblo —pueblo que hizo sacrificios como muy pocos pueblos hicieron en el mundo— para arrebatarse la confianza en sí mismo, para arrebatarse la fe en su destino.³

La segunda tendencia es la liberal y progresista que no abrazó las ideas del marxismo-leninismo pero que contribuyó decisivamente a crear valores morales patrióticos que fueron satisfactoriamente utilizados, tanto por los luchadores marxistas como por todos aquellos que de una forma u otra se enfrentaban al imperialismo y a la oligarquía gobernante. Fue en esencia patriótica y antimperialista, laica y anticlericalista. Más que un empeño fue un fruto que contribuyó a crear, pese a sus limitaciones, una conciencia política nueva. Sus raíces están en las generaciones mambisas que no se doblegaron ante el imperialismo yanqui. Sus exponentes, entre otros, fueron Ramiro Guerra y Emilio Roig. El propio Carlos Rafael Rodríguez nos indica que fue "un afán de legitimar nuestra condición de pueblo libre y de afirmar la personalidad y el prestigio histórico del cubano".⁴ Y tampoco pasa por alto su consustancial defi-

² FUNTANELLAS, CARLOS. "Prólogo". (En: AGUIRRE, SERGIO. *Eco de caminos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974.)

³ *Historia de la Revolución Cubana*. La Habana, Editora Política, 1980. p. 63.

⁴ RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL. *Op. cit.*, p. 8.

ciencia: "Pero han sido en cambio incapaces de mostrarnos las causas verdaderas del proceso histórico de nuestro país y en ellos el papel y las motivaciones de las distintas clases sociales —burguesía, terratenientes, capas populares, etc.— permanece oscuro."⁵

Como última tendencia haremos referencia a la historiografía marxista. No es necesario hablar de sus representantes porque su obra es también un legítimo fruto de nuestra Revolución triunfante y porque su quehacer adquiere en estos momentos actuales su legítima y verdadera dimensión: ser nuestros maestros y guías. Carlos Funtanellas, tomando de ejemplo a Sergio Aguirre, escribió: "...Los historiadores revolucionarios marxistas no buscaron mejores circunstancias para su trabajo intelectual, sino para producir las condiciones que permitieran el avance revolucionario, la práctica política militante devino la primera tarea; y después, como consecuencia, la historiográfica".⁶

En la historiografía cubana, incluyendo la actual, hay disímiles propuestas de periodizaciones históricas. Algunas veces responden a una concepción global y de conjunto del proceso histórico cubano, otras están acordes con una determinada especialidad historiográfica, o se presentan como resultado de una específica valoración del comportamiento de las clases sociales, del desarrollo de las formaciones económico-sociales o de cada una en especial, o simplemente respondiendo a hechos y figuras notables del acontecer político, social y económico.

Las bases metodológicas para el logro de una adecuada periodización histórica no son ajenas a los historiadores. El genial Lenin logró sintetizarlas en su conocido artículo "Bajo una bandera ajena" escrito en febrero de 1915, en el que entre otras cosas expresó:

El método de Marx consiste, ante todo, en tomar en cuenta el contenido objetivo del proceso histórico en un momento dado y en una situación dada, a fin de comprender, en primer lugar, cuál es la clase cuyo movimiento es la principal fuerza motriz del proceso histórico en un momento dado y en una historia dada.⁷
(...)

⁵ *Idem*, p. 12.

⁶ FUNTANELLAS, C. *Op. cit.*

⁷ LENIN, V. I. *Obras completas*, t. XXI, p. 139.

... en toda época habrá y hay movimientos parciales particulares, dirigidos tanto hacia adelante como hacia atrás; hay y habrá desviaciones con respecto al tipo medio y al ritmo medio del movimiento. No podemos saber con qué rapidez y con qué éxito se desarrollarán los diferentes movimientos históricos de una época dada. Pero sí podemos saber y sabemos cuál es la clase que se encuentra en el centro de tal o cuál época y determinar su contenido fundamental, la tendencia principal de su desarrollo, las particularidades esenciales de su situación histórica, etc.⁸

Aplicar adecuadamente esos principios es lo que nos corresponde a todos si pretendemos elaborar una obra de síntesis que recoja esencialmente las particularidades de nuestro proceso histórico sea cual sea la esfera que investiguemos.

A esta altura la historiografía cubana no puede plantearse, por joven que aún sea, que no domina los lineamientos esenciales del marxismo-leninismo. La cuestión radica en que nos hemos preocupado mucho más por determinadas particularidades, sobre todo los especializados en la historia política, que por la solución de aquellos problemas generales que destaquen o revelen las peculiaridades de nuestro proceso político.

No resulta desconocida la importancia que tiene la investigación y el estudio de la historia política en general y en particular la de Cuba. Tampoco se desconoce el especial interés que progresivamente adquieren en nuestro país y en el mundo entero la valoración de los problemas ideológicos. El estudio del pensamiento ya sea político, social o económico es y seguirá siendo objeto de preocupación por parte de nuestros historiadores, filósofos, etcétera. Eso no responde a intereses personales, vocaciones particulares, o a cualquier otra cosa, sino porque su propia importancia y justa valoración fue dada por los clásicos del marxismo y por sus más fieles seguidores. Recordemos el legado de Carlos Marx en obras tales como *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, *La Guerra Civil en Francia*, *Historia de la Comuna de París*, el conjunto de artículos redactados junto a Federico Engels sobre la Revolución española, y la sustanciosa correspondencia sostenida por Engels con J. Bloch (21-22 de septiembre de 1890), K. Schmidt (27 de octubre de 1890) y con F. Mehring (14 de julio de 1893). A modo

⁸ *Idem.*, p. 141.

de refrescar lo que todos conocemos y porque nunca resulta innecesario leerlo de nuevo, detengámonos en la lectura de estos párrafos de la carta de Engels a J. Bloch:

Según la concepción materialista de la historia el factor determinante es, en *última instancia*, la producción y reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más de esto. Si, por consiguiente, alguien quiere deformarlo convirtiéndolo en la afirmación de que el factor económico es el único determinante, transforma la proposición en una frase vacía, abstracta y absurda.

La situación económica es la base, pero los diversos elementos de la superestructura —las formas políticas de la lucha de clases, las constituciones establecidas por la clase victoriosa después de ganar la batalla, etc, las formas de la ley— y además hasta los reflejos de todas estas luchas en el cerebro de los combatientes; las teorías políticas, legales y filosóficas, las ideas religiosas y su ulterior desarrollo en sistemas dogmáticos— ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y en muchos casos tienen preponderancia en determinar su forma.⁹

Fidel Castro, fiel intérprete y consecuente abanderado de la ideología de la clase obrera, ha reiterado no pocas veces la necesidad de que se emprendan estudios e investigaciones ideológicas. En esa misma dirección se han pronunciado la Plataforma Programática del PCC y las Tesis y Resoluciones de los congresos partidistas.

Indiscutiblemente que la historiografía actual se ha dirigido, en el campo específico que nos toca abordar, hacia el rescate de nuestras tradiciones revolucionarias, hacia una nueva valoración de los principales representantes de esas tradiciones, profundizando en la lucha de clases y sobre esa base ha enfocado las manifestaciones, pronunciamientos, corrientes o conjuntos de ideas, confrontaciones y movimientos políticos y revolucionarios. También ha hurgado en las contradicciones sociales, y en sentido general ha tratado de valorar en su justa dimensión las peculiaridades de nuestro proceso histórico profundizando en su génesis sobre la base de las relaciones polí-

⁹ MARX, CARLOS Y FEDERICO ENGELS. *Obras escogidas*, t. II, p. 520-23.

ticas y de propiedad entre la metrópoli española y los productores o propietarios cubanos en el caso específico del siglo XIX. Independientemente de periodizaciones discutibles o no, o del uso de un término u otro, nuestra historiografía se ha dirigido a ubicar históricamente el rol de las diferentes clases sociales señalando los por qué y los por cuánto de sus actitudes. En ese sentido ha roto con los viejos esquemas de buscar las causalidades del acontecer histórico en las proyecciones de las individualidades, en supuestos y falsos orígenes raciales, en cuestiones étnicas, etcétera. En resumen, hay esfuerzo, interés y logros en el campo de la investigación histórica marxista-leninista.

Los trabajos publicados que abordan los diferentes problemas durante el predominio de las relaciones esclavistas de producción son inferiores cuantitativamente a los que tratan sobre el movimiento de liberación nacional. Desde ese punto de vista este último aspecto ha sido de mayor interés para nuestros historiadores.

Diferentes periodizaciones se han establecido por connotados historiadores. No es necesario detallar esta cuestión porque es del dominio público, solamente debemos recalcar que ello ha contribuido a sistematizar la comprensión del comportamiento político-ideológico de las clases sociales, de ellas las fundamentales y dentro de estas la que en un momento dado ha sido la portadora o la intérprete de la realidad histórica concreta y ha encabezado el devenir histórico inmediato. Realmente el grueso de nuestros estudios se ha centrado en esto. Generalmente, hasta la publicación de la Plataforma Programática del PCC, a esa clase se le ha denominado incipiente burguesía, burguesía esclavista, etcétera, amén de otros términos tales como propietarios criollos esclavistas, propietarios nativos, etcétera. A la clase poseedora contrincante se le ha llamado comerciantes españoles, insulares metropolitanos, etcétera, pero en definitiva lo que se ha tratado es de valorar el enfrentamiento político-ideológico sobre la base de la lucha de clases y las contradicciones o contradicción predominante. Lo cierto, es que, hasta el presente, no se ha publicado un estudio sobre la estructura socio-clasista de nuestro país. Ello ha motivado imprecisiones y variedad en el uso de los términos. Un ejemplo claro de esto lo tenemos en el caso de los orígenes de la burguesía cubana. Otra cuestión radica en el análisis de las contradicciones, fundamentales o no, durante la esclavitud. Desde el punto de vista del enfoque de la historia política o del estudio del pensamiento se ha tratado de diferentes formas.

Se ha hablado de que la contradicción fundamental ha sido entre esclavistas y esclavos, y burguesía y esclavos, burguesía y comerciantes españoles, se ha hablado también de la doble explotación que ha pesado sobre los esclavos: burguesía y metrópoli española, productores cubanos y metrópoli española. Por último, se ha llegado al consenso de que la contradicción fundamental es metrópoli contra colonia, planteamiento recogido por la Plataforma Programática del PCC. En cierta medida esas imprecisiones, que no son formales, no han facilitado una mayor profundización en las proyecciones ideológicas características de la época. Se han delimitado las corrientes ideológicas predominantes: reformismo anexionismo, independentismo haciéndose énfasis, naturalmente, en la realidad socio-política que las engendró y teniendo en cuenta la influencia que el mundo exterior ejerció sobre ellas.

Tema tratado y a nuestro juicio no solucionado, ha sido el de nación y nacionalidad. Hay trabajos incluso especializados en esa cuestión y creemos que no hay historiador desinteresado en abordar y en profundizar en ello. Aunque prácticamente es un tema que fundamentalmente ha sido investigado por la historiografía marxista no hay al respecto unidad de criterios. En ocasiones no se delimita la nacionalidad de la nación, o se habla de personalidad cubana, pensamiento cubano, cultura nacional, etcétera, cuando se examina propiamente la nacionalidad, es decir, hay un uso indiscriminado de términos y terminologías. Igualmente la gama de periodizaciones existente ubica los orígenes de la nacionalidad o bien desde los finales del XVIII o a principios del XIX o a mediados del propio siglo. En estos momentos el criterio generalizado es que el proceso de conformación de la nacionalidad cubana se inicia a partir de 1868, para entonces madura, y que la nación como tal sólo es posible a partir del desarrollo y maduración de las relaciones de producción capitalistas. De todas formas este es un aspecto que merece más análisis y profundización.

No poco ha sido objeto de interés el estudio del fracaso del llamado temprano independentismo de principios del siglo XIX. En cierta medida ha sido relacionado con los problemas de la nación y la nacionalidad y atribuido al predominio de las relaciones de producción esclavistas, a que la esclavitud constituía el problema cardinal de la época, a que las contradicciones con la metrópoli no habían alcanzado el nivel de antagónicas y al empeño de las clases dominantes de avanzar sobre los peñales coloniales hasta afianzarse económica y socialmente. Igualmente se han ubicado con justicia las clases portadoras

del ideal independentista. En esencia, lo que se ha pretendido resolver es la causa o las causalidades de nuestra ausencia en el movimiento independentista latinoamericano. También se ha hurgado en la influencia que dicho proceso continental ejerció en nosotros.

No creemos que este problema haya sido totalmente solucionado a pesar de la riqueza factual que poseemos. El por qué no se dió en Cuba una situación revolucionaria es algo que debe investigarse aplicando adecuadamente dicha categoría a nuestras condiciones internas sin obviar el paralelismo con el resto de América.

Otro objeto de interés ha sido el movimiento político y las ideas procedentes de los sectores populares. Obviamente la historiografía burguesa no se preocupó por esto. Los frutos de la labor investigativa de José Luciano Franco, Pedro Deschamps, Pérez de la Riva y otros más han permitido incorporar nuevos elementos informativos que hacen posible hacer una valoración global de la lucha de clases y sus expresiones ideológicas. En resumen, han contribuido a darnos una nueva visión sobre aquella sociedad esclavista o sobre el nivel de comprensión que estos sectores tenían sobre aquella sociedad. Prácticamente podemos decir que ellos abren un camino historiográfico. Esta línea de estudio merece que se continúe trabajando, investigando, de otra forma no podríamos valorar en su conjunto el papel histórico del pueblo, que como tal abarca a todas las masas trabajadoras y a todos los sectores que contribuyen al progreso social, independientemente de su origen racial.

El análisis del pensamiento cubano durante la esclavitud ha incluido el estudio de las figuras más representativas que vivieron en ese momento histórico. La selección no es novedosa. Desde antes de la Revolución, sometida a variadas interpretaciones, pensadores como José Agustín Caballero, Félix Varela, José de la Luz y Caballero y José Antonio Saco fueron analizados destacando sus valores filosóficos y políticos. Naturalmente, la historiografía actual no se ha conformado con las viejas valoraciones y ha emprendido nuevos estudios. Resultados notables de esta línea de trabajo se observan en el análisis que sobre Saco hicieron Eduardo Torres Cuevas y Arturo Sorhegui, y que sobre José Agustín Caballero realizara Julio Le Riverend, por mencionar sólo algunos. En estos y en otros más se ha tratado de poner al descubierto la lógica interna del pensamiento predominante en estrecha relación con las condiciones históricas concretas existentes y de esa forma se han valorado las

limitaciones del portador o exponente de una corriente ideológica determinada así como sus aportes y realizaciones.

Hay también un intento evidente como es el de rescatar o incorporar a nuestras tradiciones políticas a figuras que por el alcance de sus ideas marcaron momentos en nuestro devenir histórico.

Si hacemos un balance de lo investigado sobre figuras, pensadores, ideólogos, corrientes ideológicas, cuerpos de ideas y vertientes del pensamiento, tanto en lo filosófico, lo político, económico y social, veremos que el peso recae en el análisis de sus exponentes y portadores. Poco hemos trabajado la polémica ideológica y la atmósfera política y social que la rodeaba. Se ha enfatizado en los pronunciamientos y en las valoraciones que estas figuras han hecho del mundo y las circunstancias predominantes y poco o no suficientemente se ha estudiado cómo procedían o actuaban para solucionar los diversos problemas de la época, o como dijo Lenin, "cómo se conducen en lo que toca a los intereses vitales de las diversas clases de la sociedad".¹⁰ Esto, por supuesto es un señalamiento de carácter general.

Por otra parte tampoco se ha profundizado en la posible inserción del pensamiento cubano en el pensamiento universal, más bien se ha visto a la inversa. Sería conveniente delimitar etapas o momentos en que la influencia exterior se hace más fuerte o más débil.

El movimiento obrero y campesino es indiscutiblemente de interés historiográfico. Así lo prueba la reedición del libro de José Rivero Muñiz titulado *Tabaco, su historia en Cuba*; los trabajos compilatorios realizados por el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, un ensayo de Sergio Aguirre que ofrece una síntesis de carácter general, los estudios realizados por José Antonio Portuondo y Mariana Serra sobre *La Aurora* y *El Productor* respectivamente, y la valoración que en torno a la figura y a la época de Carlos Baliño realizara Aleida Plasencia. Esto, naturalmente, no ha satisfecho la actual demanda historiográfica que sobre el pensamiento obrero se tiene. Poseemos una idea global en relación al surgimiento y desarrollo de este pensamiento desde la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días. Todavía no se ha podido ubicar con exactitud el surgimiento de la clase obrera. Realmente carecemos de una historia interpretativa del proceso de desarrollo del pensamiento obrero,

¹⁰ LENIN, V. I. "En Australia". *Obras completas*, 1960, t. 19, p. 213.

cuestión vital para enriquecer la explicación del proceso que condujo a la clase obrera a la toma del poder político a partir de 1959. Creemos que el primer paso se ha dado: dar a conocer todas las manifestaciones, vías de lucha y pronunciamientos de la clase obrera desde sus orígenes hasta los finales de la neocolonia, la interpretación y la valoración de todo ese proceso. No dudamos que el empeño existe y que se trabaja en esa dirección.

Salvo la publicación del libro de Antero Regalado titulado *Las luchas campesinas en Cuba* no poseemos otra fuente que nos permita valorar la existencia o no de un pensamiento cuyo origen clasista sea el campesinado. La propia obra de Regalado nos da la medida de esa ausencia historiográfica cuando él enmarca sustancialmente la temática a partir del surgimiento de la neocolonia. Con toda sinceridad no conocemos las causas de este vacío en nuestra historiografía. No sabemos si realmente obedece a una realidad histórica el hecho de que no hubiese, salvo la sublevación de los vegueros y otras manifestaciones contra el poder colonial, ideas, proyecciones ideológicas, vías de lucha, etcétera, cuyo portador fuera el campesinado. Conocemos superficialmente su presencia en el movimiento de liberación nacional durante la colonia, pero nos preguntamos si no hubo otro tipo de reacción frente a la explotación a que eran sometidos los campesinos durante la dominación colonial. Es este un campo que debe explorarse e investigarse en nuestros fondos documentales.

Tanto el movimiento obrero como las guerras de independencia son objeto de estudio en este evento, eso explica que hayamos tratado ambos aspectos de forma muy general.

Al hacer un balance general podemos percatarnos de que los problemas ideológicos de la Guerra de los Diez Años han sido mucho más tratados que los de la contienda de 1895. El interés en esta última ha estado generalmente centrado en el estudio del pensamiento y la obra de José Martí, tema que será abordado en esta conferencia.

Muchos de los problemas que han despertado interés investigativo por parte de nuestros historiadores actuales fueron abordados por la historiografía anterior a la Revolución. Por una parte poseemos la obra no superada de Ramiro Guerra con su gran riqueza factual que pone a nuestra disposición todo un universo de elementos valiosos, y también la de Fernando Portuondo con sus precisos e incontables datos sobre acciones y actitudes capaces de crear valores morales y pa-

trióticos, y por la otra, contamos con el inagotable esfuerzo de Emilio Roig por probar, lo cual logra a plenitud, el sentimiento e ideal antiyanqui y antimperialista de los principales líderes de aquella gloriosa gesta. Esfuerzos y resultados sin precedentes, dadas las circunstancias de la época, fueron los logrados por nuestra entonces incipiente historiografía marxista representada por figuras tales como Sergio Aguirre, Carlos Rafael Rodríguez, Blas Roca, Julio Le Riverend y otros, quienes han trazado todo un camino a seguir en el campo de la interpretación clasista de nuestro movimiento de liberación nacional, y cuya labor en la Ciencia Histórica continúan con nuevos logros y resultados.

Objeto de interés ha sido el carácter de la Revolución iniciada en 1868. Ello ha obligado a profundizar en la estructura de clases prevaleciente en Cuba desde la segunda mitad del siglo XIX y sobre esa base explicarse el proceso ideológico que antecede a la Revolución. A partir de estas premisas se ha examinado el comportamiento ideológico de las diferentes clases durante el proceso revolucionario, sin obviar que una revolución de este tipo modifica la correlación de las clases. Salvo algunas diferencias en el uso de términos, en la ubicación cronológica y empleo del material factual, los historiadores han coincidido en definir el carácter de la Guerra de los Diez Años como burgués, democrático y antiesclavista y como un proceso conducente a la consolidación de la nación cubana.¹¹ Creemos que este aspecto no es polémico sin que por ello implique la no necesidad de que se continúe trabajando en la estructura de clases y en el pensamiento rector de dicho movimiento revolucionario.

Las contradicciones ideológicas en el seno de la Revolución constituyen una antigua temática. Esencialmente la historiografía actual ha revalorizado las viejas interpretaciones. Antes de la Revolución muchos historiadores las utilizaron para desvirtuar los valores patrióticos de los representantes de una u otra tendencia y probar falsamente la incapacidad de los cubanos para asumir la dirección del futuro nacional. Otros las llevaron al plano de rencillas personales, fruto de una inmadurez política crónica, o las utilizaron para defender diferentes posiciones con el fin de probar frustraciones ideo-

¹¹ PARTIDO COMUNISTA DE CUBA. *Plataforma Programática del PCC*. La Habana, DOR, 1976.

lógicas o por el mero hecho de combatir a sus rivales políticos y de profesión.

Como parte de la necesidad de interpretar objetivamente y desde el punto de vista marxista el proceso revolucionario cubano, estos problemas, no resueltos por la vieja historiografía, han sido revalorizados no solamente aportando elementos interpretativos sino también factuales.

Es voluminosa la masa de criterios vertidos en torno a la personalidad y el pensamiento de Céspedes, Agramonte, Antonio Maceo, Gómez, etcétera, en relación a la asamblea de Guáimaro y sus tendencias; en torno al poder civil y militar; sobre las posiciones regionalistas y caudillistas; sobre cuestiones relativas a la unidad política; las causales del Zanjón y Baraguá, y la trascendencia que todo ese conjunto de problemas tuvo durante la Revolución y posteriormente. Es decir, puede ser aún polémica, pero en general las contradicciones ideológicas y la experiencia histórica dejada por el 68 han sido analizadas e interpretadas hasta la saciedad. Sólo falta ahondar, a nuestro juicio, en el tema de en qué medida estas contradicciones afectaron a los grupos combatientes, no dirigentes, de la Revolución, qué razonamientos se hicieron, qué pronunciamientos hubo y qué actitudes se asumieron. Este aspecto generalmente ha sido tratado a través de los representantes o líderes de los sectores populares ejemplificados en Maceo y Máximo Gómez, pero no creemos que sean los únicos y tampoco es posible afirmar categóricamente y tajantemente que el radicalismo fue la única tendencia abrazada por la masa combatiente.

Las tendencias políticas en la emigración merecen mucha más atención al igual que la influencia ejercida sobre la Revolución por las ideas predominantes en el mundo europeo y continental.

Poco ha sido tratado el pensamiento de la reacción española. Conocemos la política metropolitana pero poco hemos profundizado en el conjunto de ideas que avalaban esa política. Nos hemos centrado en las contradicciones de la Revolución y no así en el combate ideológico entre la Revolución y el poder colonial, cuestión que no solamente hay que verla en el enfrentamiento militar. Estos últimos aspectos no son solamente válidos para el 68 sino para todo el proceso liberador. Una prueba fehaciente de esto la encontramos en los estudios realizados sobre el período de 1878 a 1895. El mayor volumen del trabajo historiográfico está dedicado al pensamiento rector del 95, el

de José Martí por razones más que justificadas, y que no nos corresponde abordar en este trabajo.

El enfrentamiento independentismo-autonomismo-integrismo-anexionismo merece más análisis, mucho más si tenemos en cuenta la continuidad de ese enfrentamiento durante los inicios de la neocolonia en la lucha contra el plattismo y el imperialismo, y porque de una forma u otra se refleja en las contradicciones del 95, las que tampoco, en toda su medida, han sido esclarecidas.

La liquidación ideológica de la burguesía y su papel francamente contrarrevolucionario durante la reanudación de la gesta libertaria ha sido ampliamente demostrado. El carácter democrático-revolucionario y de liberación nacional del 95 y la unión del ideal independentista anticolonialista con el antimperialista, como fuerza rectora en este proceso, no ofrece la menor duda. Así como tampoco la continuidad histórica de estas primeras luchas con todo el proceso posterior conducente al triunfo revolucionario actual, valoración hecha magistralmente por nuestro Comandante en Jefe en más de una oportunidad.

El campo de la investigación del pensamiento cubano se ha ampliado considerablemente después del triunfo de la Revolución. Es también una trinchera de combate ideológico contra los que aún, defendiendo las ideas caducas del pasado capitalista, pretenden desvirtuar nuestros valores patrios y revolucionarios. Es arma insuperable al servicio de la clase obrera y de las conquistas del socialismo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, SERGIO. *Eco de caminos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974.
- . *Lecciones de historia de Cuba*. La Habana, Escuela de Instrucción Revolucionaria, 1961.
- APARICIO, RAÚL. *Hombradía de Antonio Maceo*. La Habana, UNEAC, 1966, 1967.
- BALIÑO LÓPEZ, CARLOS BENIGNO. *Documentos y artículos*. La Habana, Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, [1976].
- BETANCOURT, ANA. "Recuerdos de la Guerra de los Diez Años." Presentación y notas por Aleida Plasencia. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 59(1):63-91; enero-abril 1968.

- BOZA, BERNABÉ. *Mi diario de la guerra*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974.
- BUENO, SALVADOR. "Enrique José Varona". *Santiago*. (Santiago de Cuba), Diciembre-marzo, 1973-1974.
- CABALLERO, IVÁN. "Aspectos fundamentales sobre análisis de clases en la Guerra de 1868". *Santiago* (Santiago de Cuba) Diciembre-marzo, 1973-1974.
- CABRERA, RAIMUNDO. *Mis buenos tiempos*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981.
- CAMPUZANO, LUISA. "Plácido, una polémica que tiene cien años y otros ensayos de José L. Franco". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) VI (3-4):136-139, Julio-Diciembre, 1964.
- CASTRO-RUZ, FIDEL. "Análisis histórico de la Revolución. Informe Central del PCC al Primer Congreso". La Habana, 17 de diciembre de 1975. (En: *Historia de la Revolución Cubana*, Editora Política, 1980.)
- . Discurso en el Acto Central conmemorativo del centenario de la protesta de Baraguá". (En: *Historia de la Revolución Cubana*. La Habana, Editora Política, 1980.)
- . "Discurso en la velada conmemorativa de los Cien Años de Lucha". (En: *Historia de la Revolución Cubana*. La Habana. Editora Política, 1980.)
- . "Discurso en la velada solemne con motivo del centenario de la caída en combate del Mayor General Ignacio Agramonte." Camagüey, 11 de mayo de 1973. (En: *Historia de la Revolución Cubana*. La Habana, Editora Política, 1980. p. 107-132.)
- CEPERO BONILLA, RAÚL. *Escritos económicos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1983.
- CÉSPEDES, CARLOS MANUEL DE. *Diario*. La Habana, Editorial Ciencia Sociales, 1978.
- . *Escritos*. Compilación de Hortensia Pichardo y Fernando Portuondo. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974.
- . *Poemas y escritos*. La Habana, Editorial Gente Nueva, 1978.
- COLLAZO, ENRIQUE. *Cuba heroica*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1980.
- . *Desde Yara hasta la Sierra*. La Habana, Instituto del Libro, 1967.
- CRUZ, MANUEL DE LA. *Cromitos cubanos*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1975.
- . *Sobre literatura cubana*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981.

- CUBA, ARCHIVO NACIONAL. *José Fernández de Madrid y su obra en Cuba*. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1962.
- CUBA, BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ. *Correspondencia reservada del Capitán General Miguel Tacón. 1834-1836*. La Habana, 1963.
- CHAIN, CARLOS. *Formación de la nación cubana*. La Habana, Granma, 1968.
- DESCHAMPS, PEDRO. "Cofradía de los pardos en Bayamo en 1865." *Santiago* (Santiago de Cuba) Diciembre, 1976.
- . *Rafael Serra y Montalvo, obrero incansable de nuestra independencia*. La Habana, 1974.
- Desde Yara hasta la Sierra*. La Habana, UPEC, s/a.
- ENGELS, F. *Anti-duhring*. La Habana, Editora Política, 1963.
- . *Obras escogidas*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1955.
- . *La Revolución española*. Moscú, Editorial Progreso, s.a.
- ENTRALGO, ELÍAS. "Las grandes corrientes políticas en Cuba hasta el autonomismo." *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 56(4):5-30, octubre-diciembre, 1965.
- ESTEBAN, RITO. *Lucha de clases y movimiento obrero*. La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1961.
- ESTÉVEZ Y ROMERO, LUIS. *Desde el Zanjón hasta Baire*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975.
- FIGUEREDO, FERNANDO. *La Revolución de Yara*. La Habana, Instituto del Libro, 1968.
- FRANCO, JOSÉ LUCIANO. *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1973.
- . *Comercio clandestino de esclavos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1980.
- . *Ensayos históricos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974.
- . *La reacción española contra la libertad*. La Habana, Oficina del Historiador de La Habana, 1961.
- . *Las conspiraciones de 1810 y 1812*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1977.
- . *Los palenques de los negros cimarrones*. La Habana, Comisión de act. de hist. 1973.
- FUNTANELLA, CARLOS. "Prólogo". (En: AGUIRRE, SERGIO. *Eco de caminos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974.)
- GARCÍA DEL PINO, CÉSAR. "Pugna entre independentistas y anexo-reformistas antes de la Revolución de Yara." (En: *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 66(3): 61-85; septiembre-diciembre, 1975.)

- GÓMEZ, JUAN GUALBERTO. *Por Cuba libre*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974.
- . *Antimperialismo y República*. La Habana, 1975.
- GÓMEZ, MÁXIMO. *Cartas a Francisco Carrillo*. La Habana, Instituto del Libro, 1971.
- . *Diario de Campaña*. La Habana, Instituto del Libro, 1963.
- . *El viejo Edua*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1965.
- GRIÑAN PERALTA, L. *Carlos Manuel de Céspedes*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1968.
- . *Conferencias y ensayos*. Santiago de Cuba, Edit. del Consejo Nacional de Universidades, 1964.
- GUERRA, RAMIRO. *Guerra de los Diez Años*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1972.
- . *Historia de Cuba*. La Habana, Universidad de La Habana, 1969.
- HART, ARMANDO. "Discurso en el acto central del centenario de la toma de Las Tunas por las tropas mambisas". (En: *Historia de la Revolución Cubana*, 1980.
- . "Discurso en la clausura de la jornada del centenario de la caída en combate de Carlos M. de Céspedes." En: *Historia de la Revolución Cubana*, 1980.)
- IBARRA, JORGE. *Aproximaciones a Clío*. Habana, Editorial Ciencia Sociales, 1979.
- . "El resurgimiento del anexionismo en la Cámara de Representantes hacia 1876: antecedente político del Zanjón". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 57 (2):5-10 Abril-junio de 1966.
- . *Ideología mambisa*. La Habana, Instituto del Libro, 1967.
- . *Nación y cultura nacional*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981.
- INSTITUTO DE HISTORIA DEL MOVIMIENTO COMUNISTA Y DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA. *El movimiento obrero cubano*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, s/a.
- KRASIN, I. *Lenin, la revolución y nuestra época*. Moscú, Editorial Progreso, s/a.
- LENIN, V.I. "Bajo una bandera ajena" (En: *Obras completas*. La Habana, Editora Política, 1963. t. XXI
- LE RIVEREND, JULIO. "Conciencia de la contradicción: el padre Caballero y la esclavitud". *Santiago*. (Santiago de Cuba) Septiembre, 1976).
- . "La Revolución de 1868 en el panorama mundial". *Santiago*. (Santiago de Cuba), junio-septiembre, 1974.

- LEYVA, WILLIAM. *Céspedes y las contradicciones de la Guerra Grande*. Santiago de Cuba, Universidad de Oriente, 1968.
- LOYOLA, OSCAR. "El anexionismo en el primer año de la Guerra Grande". Santiago (Santiago de Cuba), Septiembre, 1979.
- LUZ Y CABALLERO, JOSÉ DE LA. *Aforismos y apuntaciones*. La Habana, Editorial de la Universidad de La Habana, 1962.
- . *Selección de textos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1981.
- MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. *La diplomacia en nuestra historia*. La Habana, Instituto del Libro, 1967.
- MARX, C. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. La Habana, Ed. del Pueblo, 1962.
- . *La guerra civil en Francia. Historia de la Comuna de París*. La Habana, Ed. del Pueblo, 1962.
- MERCHÁN, RAFAEL. *Cuba, justificación de sus guerras de independencia*. La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1961.
- MERINO BRITO, ELOY. "La asamblea de Guáimaro" *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 64(2): 71-115, mayo-agosto, 1973.
- MESA RODRÍGUEZ, M. "José de la Luz y Caballero. Consideraciones en el centenario de su muerte". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) Año II, núm 1-4 enero-diciembre, 1960.
- MIRÓ ARGENTER, JOSÉ. *Crónicas de la guerra*. La Habana, Instituto del Libro, 1970.
- MORALES, SALVADOR. "Carlos M. de Céspedes a juicio de Martí". *Santiago* (Santiago de Cuba) Junio-septiembre de 1974.
- MORALES MORALES, VIDAL. *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963.
- MORENO FRAGINALIS, M. *El ingenio*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974. 3t.
- . *José A. Saco. Estudio y bibliografía*. Universidad Central de Las Villas, 1960.
- PANTÍN, I. *El pensamiento socialista en Rusia: paso de utopía a Ciencia*. Moscú, Editorial Progreso, 1979.
- PARTIDO COMUNISTA DE CUBA. *Plataforma programática del PCC*. La Habana, DOR, 1976.
- . *Tesis y Resoluciones del Primer Congreso del PCC*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1978.
- . *Segundo Congreso del PCC. Documentos y discursos*. La Habana, Editora Política, 1981.

- PÉREZ GUZMÁN, FRANCISCO Y RODOLFO SARRACINO. *La Guerra Chiquita: una experiencia necesaria*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982.
- PÉREZ DE LA RIVA, JUAN. *Contribución a la historia de la gente sin historia*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974.
- PICHARDO, HORTENSIA. *Documentos para la historia de Cuba*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1965. 4t.
- PINO SANTOS, OSCAR. *Historia de Cuba. Aspectos fundamentales*. Editorial Nacional de Cuba, 1964.
- PIÑEYRO, ENRIQUE. *Morales Lemus y la Revolución de Cuba*. La Habana, Universidad de La Habana, 1969.
- PORTUONDO, FERNANDO. "Carlos Manuel de Céspedes, el hombre". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 65 (2): 181-194; Mayo-agosto, 1974.
- . *Historia de Cuba*. La Habana, Editorial de la Universidad de La Habana, 1965.
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO. *El pensamiento vivo de Maceo*. La Habana, Tercer Festival del Libro Cubano, s/a.
- . *La Aurora y los comienzos de la prensa y de la organización obrera en Cuba*. La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1961.
- REGALADO, ANTERO. *Las luchas campesinas en Cuba*. La Habana, Comisión de Educación interna del PCC, 1973.
- ROA, RAMÓN. *Pluma y machete*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1969.
- ROA GARCÍA, RAÚL. *Aventuras, venturas y desventuras de un manbí*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1968.
- RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL. "El marxismo y la historia de Cuba" (En: *Cuadernos de Historia*. La Habana, Facultad de Historia, 1964.)
- . "Las clases en la Revolución Cubana". (En *Letra con filo*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1983. t. 1).
- ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO. *La iglesia católica contra la independencia de Cuba*. La Habana, 1960.
- . *Máximo Gómez, el libertador y el primer ciudadano de la república*. La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, 1959.
- . *Tradición antimperialista de nuestra historia*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1977.
- SACO, JOSÉ A. *Acercas de la esclavitud y su historia*. Selección y prólogo de Eduardo Torres Cuevas y Arturo Sorhegui. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1982.
- SANGUILY, MANUEL. *Frente a la dominación española*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1979.

- , *José de la Luz y Caballero*. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1962.
- SERRA, MARIANA. *La Aurora y El Productor*. La Habana, Editora Política, 1978.
- SOUZA, BENIGNO. *Máximo Gómez el generalísimo*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1972.
- TÓSTE, G. *Henry Reeve: el inglesito*. 1ra. ed. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1973.
- UNIVERSIDAD DE LA HABANA. *Pensamiento revolucionario cubano*. Editorial Ciencias Sociales, 1971.
- VALLE HERNÁNDEZ, A. *Sucinta noticia de la situación presente de esta colonia*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1977.
- VARELA, FÉLIX. *Cartas a Elpidio*. La Habana, Editorial Lex, 1960.
- , *Escritos políticos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1977.
- VARONA, ENRIQUE JOSÉ. *Con el eslabón*. La Habana, Biblioteca Básica de Literatura Cubana, 1981.
- VITIER, MEDARDO. *Las ideas y la filosofía en Cuba*. La Habana Editorial Ciencias Sociales, 1970.
- ZAMBRANA, ANTONIO. *La República de Cuba*. La Habana, Universidad de La Habana, 1969.

**DOCUMENTOS PARA
LA HISTORIA DE
CUBA** hortensia pichardo

I

NUESTRA HISTORIA



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES. LA HABANA, 1977

La historiografía de las guerras de independencia en veinticinco años de Revolución

FRANCISCO PÉREZ GUZMÁN

Los temas relacionados con las guerras de independencia contra el colonialismo español durante el siglo XIX han cautivado por casi cien años a historiadores cubanos de diferentes ideologías y tendencias políticas. El análisis de las bibliografías publicadas al respecto, avalan la aseveración. Esa atracción está sustentada por las características singulares del proceso de liberación nacional con su repercusión en las esferas sociales, económicas y políticas.

Hasta el 1 de enero de 1959, fecha de nuevos caminos para las ciencias sociales, debido al triunfo revolucionario, la producción historiográfica estuvo cimentada por diversos matices tanto en el contenido como en la forma. Las tendencias que saltan a la vista del investigador cuando se adentra en el análisis de las obras y sus autores, están regidas por los períodos que fue necesario atravesar. Etapas que abarcan la lucha por alcanzar la independencia, el intervencionismo y ocupación de la isla por el ejército de Estados Unidos, la implantación de la República mediatizada que abrió el experimento norteamericano del neocolonialismo en América Latina y el Caribe, la experiencia de la revolución del 33 y el reinicio de las acciones combativas que tuvo su alba en el asalto al cuartel Moncada y revivió nuevamente la tradición insurrecta en las montañas mambisas.

En el contexto anteriormente reseñado, hallamos una historiografía heterogénea en sus objetivos. Esos fines estaban

condicionados por intereses muy específicos en correspondencia con la época vivida e ideología. En la última década del siglo XIX se forjó una literatura patriótica cuando José Martí desarrollaba ingentes esfuerzos durante la tregua fecunda por llevar adelante la *Guerra necesaria*. A esos años pertenecen *Desde Yara hasta el Zanjón* (1893), de Enrique Collazo; *Héroes humildes*, de Serafín Sánchez, publicado en *Patria* (1894) y *Episodios de la Revolución Cubana* (1893), de Manuel de la Cruz por citar las obras que con más frecuencia consultan los historiadores cubanos.

La continuidad patriótica de aquella historiografía realizada por los protagonistas de la guerra, con sus pasiones y valoraciones subjetivas, se acrecentó a lo largo de cincuenta y ocho años de República frustrada. La selección rigurosa e injusta a causa del espacio nos obliga a remitirnos a manera de ilustración, a Enrique Collazo, con sus libros *Cuba independiente* (1900) y *Cuba heroica* (1912); *La Revolución de Yara 1868-1878* (1902), de Fernando Figueredo Socarrás; *Crónicas de la guerra* (1909), de José Miró Argenter; *Mi diario de la guerra*, salido de la pluma del honesto Bernabé Boza, en 1924; *Calixto García: su campaña en el 95*, de Aníbal Escalante Beatón; *Páginas de la historia* (1929), de Manuel Sanguily; *Mis primeros treinta años* (1943), de Manuel Piedra Martel; Miguel Varona Guerrero con su voluminosa obra *La Guerra de Independencia de Cuba* (1946), y el humilde soldado negro mambí, José Isabel Herrera (Mangoche), quien dio a conocer en 1948 sus *Impresiones de la Guerra de Independencia*.

Claro está que estas y otras obras publicadas en el largo período expuesto, se diferenciaban de las que le precedieron a finales del XIX. La realidad cubana generada por el neocolonialismo impuesto por Estados Unidos de Norteamérica, en colaboración con las clases dominantes, incidió para que esa historiografía patriótica tratara de demostrar, en primer término, que la guerra estaba perdida para España y la intervención yanqui legitimizada con el pretexto de la ayuda solidaria, ocultaba el viejo anhelo anexionista reflejado en la llamada política de la fruta madura.

El nuevo orden establecido a partir de los años de la ocupación norteamericana (1899-1902) y de la instauración de la República mediatizada, desencadenó una lucha ardua entre los mismos protagonistas de la guerra que ahora escribían sobre ella. De un lado se ubicaron los desposeídos económicamente, relegados en la gloria mambisa, desvinculados de las esferas

oficiales y envueltos en los conflictos políticos que con frecuencia estallaban en alzamientos armados. Otros iniciaban o profundizaban su trayectoria revolucionaria desde posiciones radicales antimperialistas, socialistas y hasta comunistas. En contraposición, algunos oficiales del Ejército Libertador y doctores de trayectoria independentista, ocuparon puestos importantes en las instituciones militares establecidas y en los gobiernos que se instalaron en el poder durante los primeros treinta y un años de vida institucional. Incluso generales como José Miguel Gómez, Mario García Menocal y Gerardo Machado, llegaron a ser presidentes de la República. Muchos de ellos en su afán de lucro personal y de agenciarse méritos militares —algunos los poseían—, escribieron, alentaron y cubrieron los gastos de trabajos sobre la última guerra contra el colonialismo español. Cosme de la Torriente y Orestes Ferrara, por no hacer extensa la relación, devienen en ejemplos harto elocuentes.

Después, en las décadas posteriores, surgieron los primeros historiadores no comprometidos directa o indirectamente con el proceso emancipador, pero sí con el ideal martiano-mambí o con las clases dominantes del país. Los hechos y personajes de la Guerra de los Diez Años, en menor medida la Guerra Chiquita, y prolijamente el conflicto bélico de 1895-1898, fueron interpretados en concordancia con la ideología que profesaban, intereses políticos y personales. La historiografía experimentó un salto astronómico.

Fue así como en los cincuenta años después del 20 de mayo de 1902, testimoniantes de nuestras gestas de liberación e historiadores, se enfrascaron en una batalla sin tregua en la exposición de las guerras de independencia de Cuba. Las desavenencias entre los miembros del Ejército Libertador al escribir las incidencias militares y políticas de los conflictos bélicos; las polémicas con los historiadores; las disidencias entre los propios investigadores en sus interpretaciones, propiciaron una información capaz de reconstruir, en lo fundamental, los acontecimientos que se extienden del 10 de octubre de 1868 hasta las operaciones político-militares que pusieron fin a la guerra de 1895-1898.

Naturalmente que los enfoques de las obras referidas a las gestas emancipadoras fueron diversos. El positivismo tuvo una influencia que le permitió existir hasta el 1 de enero de 1959, aproximadamente. La idealización, la apología, las exageraciones, el culto a los héroes con propósitos muy marcados para

las clases dominantes que los apartaban de su pensamiento y acción, coexistieron con aquellos que se esforzaban por dar la verdadera historia de los hechos y hombres que hicieron posible las tres guerras independentistas.

La Guerra de los Diez Años (1950), de Ramiro Guerra, marcó una nueva etapa para la historiografía cubana. Su metodología, aunque limitada en el alcance filosófico, introdujo perspectivas de análisis que ensancharon el horizonte de la investigación histórica en Cuba. El insigne historiador empleó los factores económico y geográfico que le posibilitaron esclarecer algunos hechos relacionados con las causas y el desarrollo de la primera contienda emancipadora.

No puede dejar de mencionarse la activa labor de Emilio Roig de Leuchsenring. Sus libros de carácter antimperialista, como *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos* (1950) se transformaron en armas de combate que estimularon a interpretar una historia que era distorsionada por los servidores de las clases dominantes.

En el panorama delineado ocupan un lugar significativo por su proyección científica en las Ciencias Sociales, algunas obras marxistas que comenzaron a interpretar las guerras independentistas de un modo novedoso. Indudablemente que *El marxismo y la historia de Cuba*, redactado por Carlos Rafael Rodríguez en 1943, reflejó la clarinada de romper lanza contra la metodología imperante propulsada por el positivismo y el idealismo. En ese ensayo hallamos las bases de la concepción materialista de la historia aplicada a Cuba y, especialmente, el proceso de liberación nacional en el cual la primera guerra ocupaba un lugar cimero. Un año antes de la publicación de ese ensayo revelador, Sergio Aguirre daba a conocer su *Seis actitudes de la burguesía cubana*. En este trabajo marxista que lo sitúa entre los pioneros, el autor define la quinta actitud de la burguesía cubana, dada por el conflicto bélico de 1868 a 1878. Afirma que su posición es francamente independentista. Más adelante puntualiza que con el fracaso de la Junta de Información en 1866 el camino reformista quedaba cerrado y ni el anexionismo ni el reformismo podían ser soluciones, para después subrayar que la burguesía cubana probó, con el Grito de Yara, la última vía que le quedaba disponible: la guerra por la independencia.

Sergio Aguirre, al adentrarse en la sexta actitud de la burguesía, puntualizó su desesperado forcejeo por recuperar, en el sector nativo la función rectora. Para el historiador la bur-

guesía intentaba llenar el ciclo que se extendía de 1880 a 1895, esfuerzo que logran a medias. En su criterio es la etapa del autonomismo, heredero de las luchas reformistas y sugiere que debe ser considerada como la cuarta etapa reformista. En las hipótesis planteadas en el trabajo, la número nueve de sus conclusiones expresa: "La revolución del 68 es, en sus comienzos, una revolución burguesa, de liberación nacional. Más tarde se transforma en revolución democrático burguesa. Arranca con Céspedes y termina con Maceo, que simbolizan las distintas clases sociales que intervienen en su dirección. La revolución del 95 tiene en todo momento una franca proyección democrática burguesa y de liberación nacional".

Aunque a cuarenta y dos años de publicado *Seis actitudes de la burguesía cubana*, algunas de sus hipótesis pudieran haber sido superadas a la luz de nuevos documentos o ratificada su validez por el tiempo decursado, pensamos que el acierto mayor radica en la interpretación marxista con unas perspectivas que diferían de los esquemas establecidos.

En 1948, la historiografía que se interesaba por la problemática de la Guerra de los Diez Años se convulsionó sensiblemente. En ese año, Raúl Cepero Bonilla publicaba su libro *Azúcar y abolición*. Esta obra que tuvo su tercera edición corregida y aumentada en 1963 revolucionó las concepciones de no pocos historiadores. Julio Le Riverend, al referirse a Cepero Bonilla, ha escrito que "aporta muy importantes elementos para la nueva historiografía cubana. En primer término, su total desposesión de criterios subjetivos en el análisis de los personajes". Este trabajo prueba que Morales Lemus y la Junta de Información de La Habana frenaron cuanto pudieron la Revolución, antes y después de incorporarse a ella. Y continúa Le Riverend:

Afirma que la guerra no causó la ruina de los hacendados; por lo contrario, fue la ruina de éstos, su crisis sin salida colonial, la que dio origen a la guerra. Aún más, podríamos decir que esa crisis ruinoso la sintieron más ciertos hacendados de zonas retrasadas (Camaguey y Oriente) que los plutócratas del Occidente, lo que explicaría su diferente actitud, impulsora en aquellos y frenadora en éstos, respecto de la guerra. Los capítulos XI y XII dilucidan la posición de los diferentes

grupos respecto del papel de la esclavitud dentro de la situación insurreccional, creada desde el 10 de Octubre de 1868. Y, como tema indisoluble, aborda también el análisis de las ideas sobre el anexionismo en los primeros momentos de la Revolución.

Cepero Bonilla en su escueto prólogo a la primera edición, nos ha dejado sus conceptos que le posibilitaron a esta obra ubicarse en primer plano de la historiografía cubana. El investigador alertó a sus lectores acerca de que "en este libro se advierte fácilmente el énfasis que el autor da a la influencia decisiva de la economía en los acontecimientos políticos e históricos. Al hacerlo continuó lo mejor de la tradición de los pensadores cubanos del siglo pasado. [...] Cuando destaco que los cambios políticos responden a cambios económicos, tengo en cuenta el claro pensamiento del Padre Varela: 'Los hombres mudan de idea, porque mudan de intereses' ". Y en la segunda edición, cuando la Revolución entraba en su onceno mes victorioso, subrayaba:

Si los reformistas (1862-1868) y los autonomistas (1878-1895) fueron racistas, ¿por qué no escribirlo? Si la revolución de 1868 no liquidó el trabajo forzado hasta 1871, ¿por qué decir que Céspedes decretó en la Demajagua la abolición de la esclavitud? Si muchos próceres del 68, como Céspedes, Agramonte, Cisneros Betancourt, etc., se manifestaron por la incorporación de Cuba a los Estados Unidos, en los primeros tiempos de la revolución, ¿por qué afirmar que la revolución del 68 era un movimiento que buscaba desde el mismo 10 de octubre la independencia absoluta, como meta única y exclusiva?

Azúcar y abolición como obra interpretativa corre el riesgo ineludible de que sus criterios nutran las disidencias. Aún más, cuando se hiperboliza, las posiciones extremas y economicistas pudieran estar presentes. Pero lo que no pueden negar sus detractores es que las conclusiones marxistas de Cepero Bonilla no se fundamentaron sólo sobre la bibliografía de la época. Sus análisis los efectuó con nuevos documentos, lo cual le posibilitó ensanchar el conocimiento histórico. En esto radica el valor historiográfico del libro. Su trascendencia está, precisamente, en que ha resistido durante décadas la crítica con resultados positivos. Por lo cual es una referencia elemental para los historiadores que estudien la Guerra de los Diez Años.

A grandes rasgos y presionado por las cuartillas que debe tener una ponencia, hemos pretendido esbozar el legado de la historiografía cubana relacionada con las Guerras de Independencia antes del 1 de enero de 1959. Ese puente que no se puede interrumpir, porque marcaría un proceder anticientífico y no entenderíamos entonces la respuesta, la problemática, los intereses, la ubicación y los aportes de los historiadores cubanos durante los últimos veinticinco años de Revolución.

Los resultados que se exponen someramente en este trabajo se derivan del examen realizado a las obras *Bibliografía de la Guerra de los Diez Años* (1968), de Aleida Plasencia; *Bibliografía de Historia de Cuba*, del MINFAR (1970); *Bibliografía de la Guerra Chiquita 1879-1880*, elaborada por Miriam Hernández (1975); *Bibliografía de la guerra de independencia* (1976), un enjundioso libro de Araceli García-Carranza y artículos especializados publicados por la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, Santiago, Isla, Universidad de La Habana, Anuario Martiano, Cuba Socialista* y *El Oficial*. Además se consultó la producción de algunas editoriales como Ciencias Sociales, Editora Política, Orbe, Gente Nueva, y premios nacionales de los Concursos de Historia Primero de Enero y 26 de Julio de las FAR.

El acopio de información de las fuentes mencionadas nos revelaron que la historiografía surgida y desarrollada con la Revolución se ha sentido motivada por la Guerra de los Diez Años. Esa preferencia está generada por la problemática del primer proceso libertador como acontecimiento político militar y su relación interna con los aspectos sociales y económicos. Interés muy vinculado a la necesidad de dar una respuesta a las mixtificaciones, distorsiones, lagunas y nebulosas heredadas y a la lucha ideológica emprendida como consecuencia del triunfo revolucionario. También la conmemoración del centenario de nuestra primera guerra independentista estimuló a los investigadores a estudiar diversas facetas del conflicto bélico. Ese esfuerzo ha incidido en el volumen de trabajos dedicados a la gesta emancipadora iniciada por Carlos Manuel de Céspedes.

Al hacer una comparación con la historiografía anterior, obtendremos el resultado siguiente: La nueva historiografía le ha prestado más atención a la Guerra de los Diez Años, después a la de 1895-1898, y por último a la Guerra Chiquita. Por otro lado los historiadores que han publicado libros, folletos y artículos antes del triunfo de la Revolución, registraron una

tendencia a escribir sobre la *Guerra necesaria*, relegaron a un segundo lugar el proceso independentista iniciado en Demajagua y casi no se ocuparon de la Guerra Chiquita. Sobre este conflicto bélico existe una coincidencia de toda la historiografía cubana que se sintetiza en los exiguos estudios efectuados al respecto. En cuanto al interés despertado en la historiografía anterior por la guerra de 1895-1898 es comprensible si tenemos en cuenta el crecido número de combatientes que le sobrevivieron y el hecho de tratarse de un hecho cercano y relacionado con la realidad cubana, entre otras causas, incentivó esa atracción.

La Guerra de los Diez Años, como acontecimiento político-militar, económico y social, alienta la tentación de los historiadores. Quizás algunos eruditos de nuestras gestas emancipadoras se inclinen a pensar que las investigaciones estrictamente militares sean las más desarrolladas. Sin embargo, no es así. Los trabajos dedicados a los conflictos políticos, económicos y sociales, han predominado. ¿Cuáles han sido las causas? Indudablemente que abundan, y entre las primeras deben figurar la contradicción metrópoli colonia, la producción azucarera como mercancía básica de exportación y el sistema esclavista imperante. La composición de clase del sector independentista que echó a andar la guerra. El enfrentamiento ideológico librado en el seno de las fuerzas revolucionarias y los pensamientos disímiles para hacer la guerra tanto en los militares como en los civiles.

Esos y otros problemas científicos han sido sugerentes para los historiadores cubanos. Temas que, en parte, fueron heredados de la historiografía anterior. Algunos rasgos de esa influencia están dados en la reiteración temática de las contradicciones entre Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte. La presencia del anexionismo en los primeros años de la Revolución. La asamblea de Guáimaro y las concepciones que abarcaban desde el mando único, los poderes de la Cámara, el gobierno y el Ejército Libertador, la actitud ante la abolición de la esclavitud. La deposición y muerte del Presidente de la República en Armas, Carlos Manuel de Céspedes; la invasión a occidente y la tea incendiaria; las sediciones de Lagunas de Varona y Santa Rita; el pacto del Zanjón con sus interpretaciones de la necesidad de cesar la guerra o de continuarla y la Protesta de Baraguá. Asombroso cúmulo de problemas científicos que han originado o destrozado decenas de hipótesis.

Los investigadores especializados en la historia económica de Cuba, al abordar la Guerra de los Diez Años, se han interesa-

do por temas que han contribuido a incrementar la perspectiva de interpretación. Artículos publicados en 1968, como "La industria azucarera: factor de lucha de 100 años" y "Azúcar, esclavos y Revolución", de Manuel Moreno Friginals; "Papel de la crisis económica de 1857 en la economía cubana", de Gloria García, y "Perspectivas y significación de la revolución de 1868", de Julio Le Riverend, entre otros, se destacan por su vigor.

En cuanto a la historia social, Salvador Morales con su artículo "Clases sociales y cultura política en el 68" (1971), profundizó sobre las ideas dominantes en Cuba y la guerra de liberación nacional. No obstante la publicación de otros interesantes trabajos que han investigado las clases sociales, en los cuales se registraron grandes progresos por discernir esa problemática, aún adolecemos de investigaciones que nos revelen las posiciones clasistas de los dirigentes de la Revolución no solo por su posición ante las relaciones de producción, sino por su forma de pensar y actuar. La tendencia de utilizar indicadores como Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte, Morales Lemus y Miguel Aldama, para no hacer excesiva la relación, no refleja en sí la participación clasista real en el proceso liberador.

Igual sucede con los campesinos, labradores, artesanos, esclavos y otras capas sociales. La ausencia de investigaciones sobre fuentes documentales que pudieran concretar la composición de clases del Ejército Libertador y de las células revolucionarias en pueblos y ciudades de la isla y la emigración, han motivado generalidades, pero sin bases sólidas tanto en los aspectos cuantitativos como cualitativos. Recordemos que a diferencia de la guerra de 1895-1898, la de los diez años no ha dejado documentación alguna relacionada con las hojas de servicio de los miembros del Ejército Libertador. Quizá en el Archivo Histórico Nacional de España, en la documentación allí depositada, se esclarezcan los problemas expuestos. Incluso la cifra exacta de los oficiales y soldados se desconoce.

Algo similar sucede con los esclavos. Se ha escrito sobre la incorporación masiva de los esclavos a la guerra en las regiones en conflicto. Pero ¿qué fuentes se han utilizado para esas aseveraciones? Cualquier afirmación, imprescindiblemente, ha tenido que basarse en referencias tomadas de los protagonistas de la guerra. Aún no sabemos qué por ciento de esclavos, en las jurisdicciones envueltas en la contienda, decidieron com-

batir con el Ejército Libertador y cuántos fueron los que sirvieron a la corona española.

Sergio Aguirre y Jorge Ibarra han sido dos historiadores que han planteado diversas hipótesis en sus interpretaciones acerca de la Guerra de los Diez Años. Para Aguirre en la asamblea de Guáimaro "no hubo controversia sobre cuestiones de forma para llevar la guerra, sino de fondo, de mayor o menor radicalización ideológica, siendo superadas las más moderadas orientaciones. Y otro [criterio], que en tiempos posteriores, pero cercanos, otras orientaciones moderadas quedaron detrás". Y más adelante puntualiza: "No parece ocioso repetir que por encima de las diferencias de criterio prevaleció en definitiva, aún después de terminada la guerra, el ideal de independencia, el gran denominador común". Dos años antes de la publicación en 1970 de este artículo, "Problemas de interpretación de la Guerra de los Diez Años" (revista *Islas*), Aguirre, en su trabajo "En torno a la Revolución de 1868" expuso su criterio sobre cinco errores básicos al principio de la contienda bélica, debido al lastre y el ímpetu inicial. Esos desaciertos fueron el mando único, abolicionismo tímido, no aplicación de la tea incendiaria, acercamiento a la iglesia católica y hasta un breve y peligroso anexionismo militante. Para él, esos cinco errores básicos tuvieron que ir quedando atrás para que la lucha mambisa tomase sus verdaderos rumbos.

La Protesta de Baraguá, 15 de marzo de 1878, también ha sido tema de interés para Sergio Aguirre. El ha sugerido que no puede haber interpretación satisfactoria de ese hecho si no se analizan dos cuestiones capitales: la primera, qué estratos sociales se movieron en el campo mambí, haciendo armas contra la soberanía española de 1868-1878, y la segunda, a cuál de estos estratos sociales cubanos representó Maceo en las filas revolucionarias.

Por su parte, Jorge Ibarra en sus libros *Historia de Cuba* de la Dirección Política del MINFAR (1967), *Ideología mambisa* (1967), y en ponencias leídas en eventos científicos, ha sustentado hipótesis novedosas que han contribuido al desarrollo de la discusión científica. De ellas la más atractiva y relacionada con la Guerra de los Diez Años, es que la nación comienza a formarse durante la contienda bélica. Esta conclusión difiere en el concepto a las planteadas anteriormente.

El pacto del Zanjón ha sido un tema en el cual no se han podido poner de acuerdo los historiadores cubanos en sus interpretaciones. Algunos consideran que la capitulación de las armas insurrectas tuvo sus causas en las rivalidades personales,

en el caudillismo, el regionalismo, la deposición de Carlos Manuel de Céspedes en 1873, y en las sediciones de Lagunas de Varona y Santa Rita, dirigidas por Vicente García. A lo anterior se añaden el agotamiento de diez años de combate, la carencia de recursos militares y las desavenencias surgidas en la emigración con el resultado negativo de no cumplir satisfactoriamente en el auxilio de expediciones. Otros, como Jorge Ibarra, entienden que la traición no estuvo exenta del polémico pacto.

Jorge Ibarra sostiene la hipótesis de que el pacto del Zanjón es resultado del surgimiento de compromisos de tipos anexionistas o reformistas por un grupo de insurrectos encabezado por Marcos García, Spottorno, Pérez Trujillo y Aurelio Pérez. Su argumentación se fortalece con la actitud asumida por esos promotores de la paz sin independencia que fue la de apartarse y combatir cualquier esfuerzo por la liberación nacional.

Las investigaciones realizadas en torno al pacto del Zanjón no han podido dar una respuesta a una interrogante que permanece latente en los historiadores cubanos y ha sido causa de múltiples polémicas. ¿Podía o no continuar la guerra en 1878? Si examinamos la relación Guerra de los Diez Años y temas investigados, nos daremos cuenta de que la respuesta científica no la hallaremos. La historiografía le ha dedicado a los primeros seis años de la guerra sus mayores energías. En esos setenta y dos meses mencionados, los investigadores han podido reconstruir y analizar facetas diversas en lo militar, político, económico y social. Mientras que se registran trabajos muy bien logrados como *El anexionismo en el primer año de la guerra grande*, de Oscar Loyola; *Prim y el 68*, de Leopoldo Horrego Estuch; *La revolución cubana en la prensa norteamericana*, de José Luciano Franco; *La revolución de 1868 en el panorama mundial*, de Julio Le Riverend; *Apuntes relativos a los primeros sucesos de la guerra de Cuba*, de Nicolás Heredia; *Versión del coronel Benjamín Ramírez sobre la muerte de Carlos Manuel de Céspedes*; *Alzamiento del 9 de octubre en Macaca*, de Adolfinia Cossío, y *Las heridas de Antonio Maceo en la guerra de 1868*, de Luis Felipe Le Roy, un vacío historiográfico es notable a partir de 1876. Entonces cómo hallar las causas del Zanjón si no hemos prestado interés al desarrollo político militar de la guerra durante esos años. Claro está que una guerra se pierde a veces desde sus inicios y hasta en la forma de concebirse. Pero eso no quiere decir que no eliminemos las lagunas existentes y así la fragmentación del conocimiento le daría paso a la coherencia. Incluso ha existido la tendencia en la his-

toriografía que se ha dedicado al pacto del Zanjón, de ver su consumación desde la óptica interna. Ese marco es muy estrecho para problema científico tan complicado. Lo anterior es válido, también, para todo el desarrollo de la Guerra de los Diez Años. Para comprender la complejidad de nuestro primer proceso liberador, es vital su interrelación con la España convulsionada y Estados Unidos. Ese triángulo con sus proyecciones internas y externas, incidió en el desenlace final de la insurrección mambisa.

La historiografía militar durante los últimos veinticinco años no ha sido pródiga en hipótesis que pudieran confirmar, revalorar las conocidas o enriquecer esa especialidad. La invasión a occidente ha devenido en el tema central de las investigaciones de proyecciones más amplias. *La estrategia invasora en la revolución de 1868* (1972), de Salvador Morales, es un trabajo en el cual el autor demuestra la necesidad de llevar la guerra al extremo occidental como estrategia fundamental para consolidarla y alcanzar la victoria. *La batalla de Las Guásimas* (1975), del autor de esta ponencia, ha planteado en sus hipótesis que esa trascendental batalla no fue la causa fundamental que frustró la invasión a occidente en marzo de 1874. Antes de la publicación de ese libro, el criterio más arraigado consistía en que Las Guásimas había sido una victoria táctica, pero una derrota estratégica. Nosotros fundamentamos nuestro análisis en las condiciones concretas de la guerra en Camagüey. Por un lado la concentración de fuerzas militares desplegadas por los españoles hacía inevitable el enfrentamiento bélico de Las Guásimas, por el otro exponemos cómo la marcha invasora se efectuó en 1875 con menos recursos militares que en 1874. En resumen el fracaso radicó en la táctica errónea que se empleaba y la subordinación de esas operaciones militares a la aprobación del gobierno de la república en armas.

Recientemente, en julio de 1984, el Centro de Estudios de Historia Militar ha publicado un libro cuyo título *Máximo Gómez Báez. Invasión y campaña de Las Villas 1875-1876* ha venido a llenar un vacío en la historiografía militar. El teniente coronel Enrique Buznego y el mayor Gustavo Pedroso, entre otros aspectos, exponen la presencia de la idea invasora como ofensiva estratégica de las fuerzas revolucionarias durante toda la Guerra de los Diez Años. Concepción que se cumplió exitosamente en la guerra iniciada en 1895. Los autores plantean que la idea de la extensión del teatro de operaciones militares, forma de acrecentar la intensidad de la guerra, se mantuvo vigente en el pensamiento del general Gómez mediante la organización

y preparación de la reserva combativa con las más experimentadas tropas de caballería: los regimientos Honorato, Expedicionarios del Camaguey, y Agramonte. Finalmente los investigadores militares puntualizan las consecuencias del desarrollo incompleto de la nacionalidad cubana —en pleno proceso de formación— proyectados en las tendencias al caudillismo y al regionalismo. Tendencias que socavaron la férrea disciplina militar alcanzada en los primeros años de la revolución e influyeron en el desarrollo de las operaciones bélicas. Se frustró la invasión y se perdió la unidad revolucionaria, factores de extraordinaria importancia para la consecución de la victoria.

La invasión a occidente por su importancia estratégica para alcanzar el triunfo definitivo frente al colonialismo español continuará siendo tema para los historiadores cubanos. Las hipótesis que han surgido no han logrado aunar criterios entre los investigadores de la especialidad. Sin embargo, esas discrepancias han facilitado la vía para que se prosigan los análisis y la búsqueda de nuevos documentos. Quizá un estudio minucioso de España con sus guerras carlistas y cómo repercutió esa conflagración bélica en el desarrollo de las operaciones militares en Cuba, pudieran dar luz con nuevos enfoques de visión más global.

César García del Pino ha destinado parte de su prolija labor investigativa a la hipótesis de que el occidente no permaneció al margen de la guerra. En contraposición a sus colegas que sostienen la pasividad de esa región de la isla, García del Pino ha tratado de demostrar facetas atractivas de formas de lucha, principalmente en La Habana y Pinar del Río. Esto de por sí deviene en una novedad. En sus artículos publicados en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, ha realizado un esfuerzo sobre la base de fuentes primarias por reconstruir las acciones revolucionarias. A esa línea de trabajo corresponden "El primer invasor: Luis de la Maza Arredondo", (año 61, núm. 1, 1970); "La Habana en los días de Yara", (año 69, núm. 2, 1978); "Un documento inédito sobre la guerra de los diez años en occidente: el testimonio de Gonzalo Castillo" (año 59, núm. 3, 1968). Debido al hallazgo de valiosos documentos, García del Pino ha escrito sobre conspiraciones y alzamientos en la provincia de La Habana y Pinar del Río en 1869, combates y acciones de diversos tipos. Sobre todo ha acopiado información acerca de los vínculos existentes entre los revolucionarios de La Habana y Pinar del Río, donde el discutido Carlos García tuvo una destacada participación.

La producción historiográfica de la historia militar de la Guerra de los Diez Años muestra una fragmentación que le ha imposibilitado introducir hipótesis más generales. Desde 1967 cuando Jorge Ibarra escribió en la ya citada *Historia de Cuba* sobre las etapas de la guerra y periodizó al Ejército Libertador en sus tácticas de guerra de guerrillas y guerras de posiciones, no se ha vuelto a examinar esa hipótesis. Ciertamente es que para entrar en un replanteamiento como ese resulta imprescindible abordar temas que aún permanecen inexplorados.

En los próximos años los historiadores cubanos no sólo deben plantearse problemas científicos parciales, sino mirar esa etapa con prisma más extenso y crítico. Ramiro Guerra, Cepero Bonilla, Francisco Ponte Domínguez, Enrique Collazo, Fernando Figueredo, Francisco de Camps y Feliú, Emilio A. Soulere y Antonio Pirala Criado, entre otros, han sido agotados. Sólo con la interpretación no podemos solucionar las grandes lagunas de nuestras gestas emancipadoras. Es necesario incrementar la búsqueda de información sobre la base de documentos para que las interpretaciones adquieran nuevas perspectivas y quiebren las limitaciones de una bibliografía que ya no se sabe cómo situarla para extraerle sustancia. Una fuente poco utilizada por los investigadores de las guerras independentistas, ha sido la prensa de la época. Sin embargo, el historiador que haya trabajado los periódicos sabe del valor de esa fuente. Su importancia es de tal magnitud que sería muy difícil interpretar el proceso liberador de Cuba desechando esas informaciones que, posiblemente, no se hallarán en documentos.

A la Guerra Chiquita se le debería modificar su nombre por el de guerra olvidada. Ese acontecimiento político militar que abarcó desde el 24 de agosto de 1879 hasta finales de 1881 ha sido subestimado por la historiografía cubana. ¿Por qué? Realmente no tenemos la respuesta para esa interrogante. No obstante la contienda bélica referida por su ubicación cronológica, gestación, desarrollo y objetivos, contribuye a entender algunos pasajes de la Guerra de los Diez Años y de la gesta iniciada el 24 de febrero de 1895.

En la obra *La Guerra Chiquita: una experiencia necesaria* (1982), Rodolfo Sarracino y el autor de esta ponencia, plantean hipótesis como las siguientes: La Guerra Chiquita fue una respuesta de los sectores revolucionarios a los postulados y propulsores del pacto del Zanjón. Ese conflicto bélico, aunque en ciertos aspectos es una prolongación de la Guerra de los Diez Años, por sus perfiles adquiere una proyección propia. La inmensa mayoría de los miembros del Ejército Libertador que

depusieron las armas lo hicieron por adversidades coyunturales y su pensamiento era continuar la lucha en condiciones más favorables. La guerra marcó definitivamente el carácter popular de la misma, cuando las clases económicamente poderosas rechazaron, censuraron y presionaron para que no se reiniciara el proceso independentista. Además, el desarrollo y las concepciones para hacer la guerra evidenciaron que las limitantes del caudillismo, la visión personalista y discriminatoria por el color de la piel, minaron la unidad para consolidar la lucha. En el libro se subraya la experiencia asimilada por Martí y cómo contribuyó en su concepción para preparar la guerra necesaria que culminó con la fundación del Partido Revolucionario Cubano.

La obra *La Guerra Chiquita*, de los autores mencionados, no ha agotado el tema. Esto no debe aceptarse como una elemental modestia forzada, sino como el resultado lógico de quienes han trabajado esa etapa. Aunque la valoración definitiva le corresponde a los colegas, posiblemente todos estemos de acuerdo en que si tiene algún mérito ha sido el de llenar un vacío en la historiografía cubana.

José Martí, el Partido Revolucionario Cubano, las concepciones políticas y militares del Maestro sobre la guerra, sus ideas acerca de los poderes y funciones del gobierno en la manigua insurrecta y el Ejército Libertador; las diferencias al respecto con Antonio Maceo, simbolizada en la histórica entrevista de La Mejorana; la permanencia del Delegado del Partido en la Cuba mambisa y su ideal antimperialista frustrado con la República mediatizada, crearon el centro de las investigaciones alrededor de la guerra de 1895-1898. Numerosos libros y centenares de artículos y ponencias abordaron temas disímiles en las cuales el ideario martiano ha sido el eje fundamental.

Múltiples hipótesis hicieron trizas valoraciones añejas que distorsionaron el pensamiento de José Martí y su actitud ante los deberes contraídos con la patria colonizada. Trabajos de las proyecciones analíticas de *José Martí: pensamiento y acción* (Centro de Estudios Martianos, 1983), de Julio Le Rive-
rend: "Martí y el Partido Revolucionario Cubano" (*Islas*, 1968), de Fernando Portuondo; *Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario* (Editorial de Ciencias Sociales, 1983) de Jorge Ibarra; "Frustración y reconquista del 24 de febrero" (*Cuba Socialista*, 1962), de Sergio Aguirre; *La Revolución pospuesta* (Editorial de Ciencias Sociales, 1975), de Ramón de Armas; *Ideología y luchas revolucionarias de José Martí* (Editora Política, 1984), de Salvador Morales; "Ideología y práctica en

José Martí, de Luis Toledo Sande; y "La idea de la liberación nacional en José Martí" (*Anuario Martiano*, núm. 4, 1971), de Pedro Pablo Rodríguez, evidencian indicadores suficientes de la fabulosa producción historiográfica de la relación José Martí-guerra de 1895-1898.

Pretender exponer hipótesis y autores, es una labor que traspasaría los requisitos de extensión de la ponencia. No obstante, vamos a subrayar un hecho capital del aporte realizado por la historiografía martiana de este último cuarto de siglo revolucionario. A pesar de las polémicas de interpretación acerca de algunas problemáticas vinculadas con la obra de Martí, ha existido un consenso unánime entre los historiadores por revelar en sus dimensiones el pensamiento antimperialista y antianexioista del Maestro. Y muy especialmente la coherencia entre su teoría y práctica. Consecuente actitud que nos proporciona a un José Martí útil por la vigencia de sus concepciones revolucionarias que defendió con las armas mambisas.

El levantamiento armado del 24 de febrero de 1895 y el desarrollo de la guerra hasta la muerte en combate del mayor general Antonio Maceo, el 7 de diciembre de 1896, cronológicamente ha despertado el interés de los investigadores. En los años mencionados ubicamos "Raíces del 24 de febrero: la economía y la sociedad cubana de 1878 a 1895" (*Cuba Socialista*), de Julio Le Riverend. Este artículo, publicado en 1965, es extremadamente raro. La definición proviene de que los investigadores de historia económica no se han decidido a trabajar la economía desde el pacto del Zanjón hasta la guerra de 1895-1898. Deficiencia que ha limitado el conocimiento y la interpretación de la tercera gesta independentista. Situación similar registra la historia social en el período referido. Investigaciones sobre fuentes documentales o publicísticas contribuirían a enriquecer el conocimiento de temas tan importantes como las diferencias sustanciales entre el panorama económico de la isla durante la guerra de 1868 y 1895 y la composición social de las fuerzas revolucionarias y el Ejército Libertador. Concebir que una guerra es asunto exclusivo de los historiadores militares es un error. Los procesos bélicos y, especialmente de liberación nacional, requieren del concurso de otras especialidades. Sin ese auxilio sería muy difícil analizar la estrategia y la táctica empleadas en la conducción de las operaciones militares.

Al respecto los valiosos trabajos del historiador Juan Pérez de la Riva, relacionados con la geografía, la demografía y la guerra, contribuyeron a profundizar y ampliar las perspec-

tivas de investigación acerca de nuestras gestas emancipadoras.

Relacionado con lo anteriormente expuesto sobre una comprensión más amplia y profunda de una guerra está la historia regional. ¿Cómo interpretar y hacer una síntesis de la guerra de 1895-1898 cuando desconocemos el desarrollo de la contienda bélica en las provincias? La situación se agudiza con el año de 1897 y los primeros meses del año siguiente, inclusive durante la entrada de Estados Unidos a la guerra. Los trabajos históricos han sido insuficientes. Durante estos veinticinco años han abordado la gesta independentista con énfasis regional Julio Le Riverend, Juan J. Pérez Villarreal y Francisco José Ponte Domínguez. Estos autores, por su orden, hicieron una síntesis de la guerra en las provincias de La Habana, Oriente y Matanzas. Esos libros —la obra de Le Riverend es la más sobresaliente— publicados entre 1959 y 1960 lo ubican dentro del período revolucionario por su edición, pero la concepción, investigación y redacción, lógicamente pertenecen a la etapa anterior. Después con objetivos más limitados se produjeron obras como *Crónicas históricas de San Antonio Abad de los Baños* (1959), de Julián Vivanco y Díaz; *La invasión en La Habana* (1973), del Comité Provincial del PCC de esa provincia; *Antecedentes de la guerra de 1895 en Oriente* (Santiago, 1975), de Dolores Besny Ojeda; *Juan Delgado y su regimiento Santiago de las Vegas* (Editora Política, 1975), de Eladio I. González Ramos. *El combate de Marianao: su importancia histórica* (Editora Política, 1978), de Fernando Inclán Lavastida; y *La Guerra en la Habana: desde enero de 1896 hasta el combate de San Pedro* (Editorial de Ciencias Sociales, 1974), de Francisco Pérez Guzmán. En esta relación, posiblemente, no estén todos los trabajos de la temática mencionada, pero la cifra incompleta no modificaría en lo sustancial el criterio expuesto.

Otra temática que incidiría en la profundización del conocimiento histórico sería la historia de los regimientos, brigadas y divisiones del Ejército Libertador. Algunos historiadores, antes del 1 de Enero de 1959, se dedicaron con empeño a esa tarea. La experiencia sugiere que obras como *El Regimiento Calixto García*, de Benigno Souza, se proyectan de utilidad extrema al estudiar la guerra en una región. Puntualicemos que las características del terreno, las vías de comunicación, la densidad de población, desarrollo industrial y agrario, y la multiplicación de pueblos y ciudades hicieron que la guerra tuviera un desarrollo desigual. Por su importancia es necesario recuperar la tradición de historiar los regimientos si en el futuro pre-

tendemos incrementar nuestros conocimientos acerca de las peculiaridades de nuestras guerras.

La gesta de 1895-1898, al igual que la de los diez años, ha sido investigada de forma fragmentada. Esto está en concordancia con los intereses específicos de los investigadores que, a veces, desempeñan labores profesionales ajenas a las ciencias históricas. Algunos de ellos han realizado una labor descomunal, si consideramos que sus investigaciones las han efectuado en las jornadas de descanso. Sin ningún tipo de compromiso institucional, seleccionaron los temas por intereses personales o curiosidad científica. Ahora bien, en los historiadores que pudiéramos denominar "francotiradores", su producción historiográfica contempla logros notables. Sin embargo, por otra parte, si pensamos en el futuro, llegamos a la conclusión de la necesidad de aunar esfuerzos. Los problemas científicos que todavía quedan y quedarán por resolver, devienen en una tarea gigantesca a la que aisladamente no daremos solución. Tarea difícil que requiere la voluntad de todos. El que piense que personalmente podrá darle respuesta a los numerosos problemas científicos que se derivan de las guerras por la independencia está sumido en la ignorancia o la embriaguez de la ilusión lo hace irrealista. Porque cuando analizamos el desarrollo historiográfico cubano, con sus avances meritorios, el nivel científico alcanzado en la interpretación de las gestas independentistas, nos damos cuenta que las obras colectivas jugarán un papel determinante e impulsarán vertiginosamente a la historiografía revolucionaria a planos superiores.

Lo anteriormente expuesto no invalida, desde luego, el eficiente papel historiográfico desempeñado por trabajos aislados aparecidos durante el período. Entre ellos, pudiera citarse la ya mencionada obra *La revolución pospuesta*, de Ramón de Armas, que aborda de manera original el análisis del posible alcance de la revolución radical por la independencia organizada por José Martí, y valora las posiciones políticas antindependentistas adoptadas por la burguesía azucarera de Cuba en relación con la misma. El trabajo destaca, igualmente, la incapacidad de los sectores potencialmente nacionalistas de la burguesía para conducir la guerra a verdaderos objetivos de liberación nacional, una vez desaparecido el principal dirigente de la revolución de 1895.

Retomando el examen de las investigaciones militares no podemos soslayar *El Ejército Español de 1895-1896. Estructura y organización*; *El Ejército Libertador en las guerras de 1868 y 1895*; *El Ejército Libertador de Cuba, 1895-1898* y la obra

mayor, *Asalto a convoyes; estrategia del Ejército libertador*, trabajos pertenecientes al Centro de Estudio de Historia Militar. En *Asalto a convoyes: estrategia del Ejército libertador*, los autores, teniente coronel Enrique Buznego, mayor Clara Díaz, capitán Sergio Ravelo y Andrés Castillo, aportan facetas interesantes acerca de esas operaciones militares y su significado para el acopio de armas y otros recursos para los mambises. Tema inexplorado desde una perspectiva histórico-militar.

César García del Pino ha sido uno de los pocos historiadores que han investigado acerca de la guerra durante la intervención norteamericana. Su extenso artículo aparecido en la revista *Santiago* con el título "La batalla naval de Santiago de Cuba", plantea entre otras hipótesis que "los hombres que en aquel momento gobernaban a España veían en una guerra con Estados Unidos la única salida para la difícil situación política en que se encontraban, provocada por el fracaso militar sufrido en la Isla; por lo que para justificar la derrota despacharon al almirante Cervera, pese a sus justificadas protestas; con una débil y anticuada escuadra para las aguas cubanas."

En síntesis, múltiples aportes ha dado la historiografía cubana en veinticinco años de proceso revolucionario. Si enumeramos algunos de ellos, la interpretación basada en la metodología marxista es uno de los más significativos. A muchos de los problemas que la historiografía anterior no pudo dilucidar o explicar científicamente, los historiadores bajo el proceso revolucionario les han dado respuestas esclarecedoras. También el rescate (o profundización) de importantes personalidades de las guerras de independencia, ha contribuido a enriquecer la historiografía. Debido a la ardua labor investigativa de Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, Carlos Manuel de Céspedes se nos presenta en su dimensión histórica. La incesante búsqueda de documentos sobre hechos y personalidades por parte de la doctora Pichardo, como el general en jefe Máximo Gómez en *Cartas a Francisco Carrillo* (1971), nos muestra parte de su pensamiento político-militar que era poco conocido por esos años. Fernando Portuondo con *De la colonia a la colonia. La gran recurva de nuestra historia* (1960), hace un aporte meritorio a la historiografía cubana.

Nunca antes un historiador cubano había trabajado a Ignacio Agramonte desde el ángulo documental como lo ha hecho Juan Jiménez Pastrana. Ese mismo camino ha sido recorrido por Abelardo Padrón Valdés con sus libros *El general José Maceo. Apuntes biográficos* (1973), *El general Flor. Apuntes históricos de una vida* (1976); Guillermón Moncada, *vida y ha-*

zaña de un general (1980); y Juan Bruno Zayas: *el general más joven* (1984). Estas obras han sacado del olvido a patriotas que permanecieron ignorados. En esa dirección han laborado también, Mery Ruiz de Zárate con Federico Fernández Cavada bajo el título *El general candela* (1974); Nydia Sarabia con *Historia de una familia mambisa: Mariana Grajales* (1975) y *Ana Betancourt* (1970); Gilberto Toste Ballart con *Reeve: el inglesito* (1976); Rafael Cepeda con *La vida agónica de Eusebio Hernández, general y doctor* (1976); Séntolo Ribalta Suárez con *Esbozo biográfico del coronel Cecilio González Blanco (Islas, 1968)* e Hiram Dupotey con la publicación en cuatro tomos —falta el quinto—, del *Diario de Soldado* de Fermín Valdés Domínguez. Cerramos esta relación extensa, pero necesaria para evaluar el aporte en este sentido, con las obras publicadas por Raúl Roa, *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí* (1978); Rolando Álvarez, *Carlos Roloff* (1980) y *El general Lacret Morlot* (1983), y César García del Pino con *Leoncio Prado y la Revolución cubana* (1980).

Claro está que la personalidad político-militar de Maceo en la etapa revolucionaria se proyectó hacia nuevos horizontes. *El pensamiento vivo de Antonio Maceo* (1960) de José Antonio Portuondo; *Hombradía de Antonio Maceo* (1967) de Raúl Aparicio; y *La vida heroica y ejemplar de Antonio Maceo* (1963), de José Luciano Franco, confirman la concepción de un Antonio Maceo que revolucionaba el esquema en que lo habían sumergido, para darnos a un hombre de pensamiento que, al decir de José Martí, tenía tanta fuerza en el brazo como en la mente.

No obstante debemos sugerir que hombres de la talla y participación en nuestras guerras independentistas tales como Francisco Vicente Aguilera, Vicente García, Máximo Gómez, Salvador Cisneros Betancourt, Bartolomé Masó, Eduardo Machado, Serafín Sánchez y Donato del Mármol, entre otros, esperan por los historiadores cubanos.

En este cuarto de siglo de historiografía revolucionaria, los investigadores han tenido que desplegar su producción bajo los efectos del bloqueo de Estados Unidos. Este hecho ha repercutido en la obtención de informaciones sobre obras de carácter general que hubieran contribuido a profundizar, aún más, sus conocimientos.

Sin embargo, lo anteriormente expuesto no ha sido óbice para que los historiadores realizaran esfuerzos gigantescos para sobreponerse a esa limitante y desarrollar investigaciones de aceptable calidad científica. En este trabajo no está toda la historiografía de estos últimos veinticinco años. En publi-

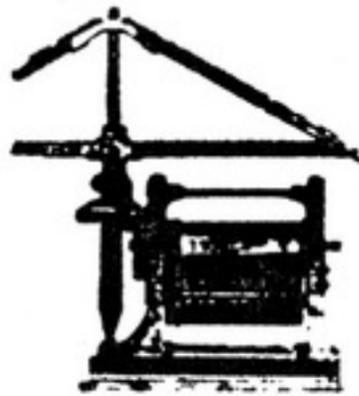
caciones como *Bohemia*, *Verde Olivo*, *Granma*, *Juventud Rebelde*, y *Moncada*, entre muchas otras se insertan cientos de artículos que, en ocasiones, traspasan el perfil divulgativo.

No deseamos concluir este trabajo sin mencionar un aporte que es uno de los logros más significativos de nuestra historiografía sobre las guerras de independencia. Este mérito ha sido el de la introducción en la sociedad cubana de una historia viva que se ha convertido en arma de combate por su carga ideológica, por lo cual la relación pasado, presente y futuro ha adquirido continuidad para la Revolución.

MANUEL MORENO FRAGINALS

EL INGENIO

complejo económico social
cubano del azúcar



NUESTRA HISTORIA



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES. LA HABANA. 1978

Notas acerca de la historiografía martiana en el período 1959-1983

IBRAHÍM HIDALGO PAZ

Como su título lo indica, estas son sólo *notas* sobre un asunto que requiere el trabajo de un equipo de estudio, capaz de procesar la masa de información siempre creciente de la producción historiográfica martiana, a la que se suman nuevos títulos y autores año tras año. El lector de estas cuartillas debe tener en cuenta el carácter de esbozo de lo que presentamos, y disculpará la ausencia del análisis adecuado de los diferentes temas.

Desde mucho antes del Primero de Enero de 1959, las ideas y el ejemplo de José Martí fueron esgrimidos por los diversos contendientes en la lucha político-ideológica que tenía lugar en nuestro país. Puede trazarse una línea divisoria entre los sectores fundamentales que se enfrentaban, y situar de un lado las tesis y los argumentos de los grupos más reaccionarios de la sociedad, y del otro los de sus antípodas, que respondían a los intereses de las masas populares y de la nación cubana, y, por supuesto, a la honrada búsqueda de la verdad. Así se manifestaba una de las formas de la lucha de clases.

Al triunfar la Revolución, sus dirigentes ratificaron la fidelidad al ideario del Maestro, a quien el máximo líder del 26 de Julio había proclamado Autor Intelectual de la gesta que se iniciara en 1953. Pronto se esfumaron las esperanzas de ciertos sectores de la burguesía, de que aquellas palabras no fueran más que una nueva fase del demagógico abuso del nombre del Apóstol, y, por tanto, se recrudeció el enfrentamiento entre los verdaderos martianos y los individuos que durante años se habían dedicado a desvirtuar a nuestro Héroe Nacional. Esta modalidad de la lucha ideológica entre revolución y contrarrevolución se ha desplegado a lo largo de los últimos veinticinco años, y si bien los elementos anticubanos siempre han contado con el respaldo del imperialismo, en la actualidad este puso a disposición de un grupo de los autodenominados "martiólatras" (verdaderos "marticidas"), no sólo recursos monetarios, becas y facilidades editoriales, sino que proyecta lanzar al aire una emisora con el nombre de quien fuera el más

consecuente luchador contra el sistema de avasallamiento político-económico yanqui, lo cual es flagrante contradicción que refleja la crisis general que corroe la base del capitalismo monopolista. "Allá", esos individuos se agrupan y se organizan en sus posiciones inmorales. Acá nos crecemos ante las dificultades materiales y subjetivas, y nos imponemos voluntaria y conscientemente del deber y la necesidad de pasar revista a lo realizado, superar deficiencias y consolidar una estrategia de trabajo que nos permita el intercambio de criterios y de información, la polémica fraternal, la colaboración amplia entre los investigadores, la ayuda a los nuevos valores que se forman y que se destacan a lo largo de la Isla; en fin, poner en práctica las enseñanzas del Maestro en este quehacer arduo y de frutos a veces poco seductores que es la historiografía.

Hoy existe una participación internacional en el estudio de la obra martiana: nos llegan ensayos, artículos, trabajos investigativos, ponencias, tesis, traducciones, desde los países socialistas, la llamada Europa occidental, Asia, África, Canadá, los Estados Unidos y nuestra América. Hay un intercambio de información que permite el acercamiento de las ideas, dentro de los principios revolucionarios. Se ha reconocido plenamente la estatura universal de José Martí.

Delimitaciones

1. Estas notas sólo contemplan los trabajos publicados en nuestro país, de autores cubanos o de otras nacionalidades. La información que presentamos concluye en junio de 1983.

2. No incluimos en esta valoración los materiales reeditados que aparecieron por primera vez antes de 1959.

3. Tampoco se enjuician los artículos periodísticos que, por su extensión y el tratamiento del tema que abordan, cumplen una valiosa función divulgativa, pero que se hallan fuera de los marcos y propósitos de estas notas, y para abarcarlos se requeriría de un tiempo mayor.

4. Consideramos como estudios históricos de la vida y la obra de José Martí aquellos que se proponen la interpretación de sus ideas y de sus actos en el marco de las circunstancias concretas —económicas, políticas e ideológicas— en que vivió, valorando la influencia que ejercieron en su formación y su desarrollo tanto la herencia cultural de que él se apropia como las ideas y los acontecimientos que le son contemporáneos, lo que implica una determinada predisposición para el estudio, que excluya la ubicación arbitraria de los textos mar-

tianos, y, por el contrario, reclama la más rigurosa precisión posible en este sentido, de modo que la exégesis sea avalada por la realidad de la época.

5. Para comprender mejor la evolución de los estudios martianos, dividiremos estas notas en cinco períodos, señalando las características generales de cada uno; y a continuación expondremos la forma en que a nuestro entender se han desarrollado las líneas temáticas. Citaremos trabajos y autores, pero con las limitaciones que necesariamente impone el carácter de este evento, es decir, sin relacionar todos los que lo merecen, sino sólo unos pocos, los imprescindibles para ilustrar nuestras opiniones.

Períodos

1959-1961. La Revolución es continuadora de las valoraciones más progresistas y avanzadas del pensamiento martiano, y cuenta con estas armas en uno de los frentes de la lucha ideológica: el que tiene al Maestro como centro. Es el momento en que se edita *Martí... comunista?* (La Habana, 1959), y en que la revista *La Quincena* recuerda la existencia del Héroe cubano para tomarlo como pretexto en las campañas antinacionales y provocadoras de la alta jerarquía católica. La palabra anticlerical, patriótica y revolucionaria del Apóstol destruye las patrañas reaccionarias al ser pronunciadas por los labios de Fidel, Raúl, el Che, y otros dirigentes de la Revolución, y encuentra particular expresión en la *Primera Declaración de La Habana*. En esta etapa, el *Martí antimperialista* de Emilio Roig de Leuchsenring (La Habana, 1960; libro que el autor elabora a partir de un pequeño folleto editado en 1954 y cuya génesis se halla en *El internacionalismo antimperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí*, de 1936) sale de las prensas para apoyar las ideas y la acción del Gobierno Revolucionario. Proliferan los artículos periodísticos y los ensayos breves en los cuales se definen posiciones; escribir sobre Martí era una de las formas de apoyar o rechazar el proceso de transformación nacional.

1961-1967. Con la declaración del carácter socialista de la Revolución, y tras la victoria de Playa Girón, se recrudecieron los ataques del enemigo imperialista, que colocó al borde del holocausto nuclear a la humanidad en los días tensos de octubre de 1962. En proceso dialéctico genuinamente cubano e internacionalista, el pensamiento martiano tiene para el marxismo-leninismo el sitio de honor que le corresponde, y continúa siendo guía de las grandes batallas del pueblo. *La Segunda*

Declaración de La Habana es el mejor ejemplo de esta valiosa síntesis. De 1963 a 1966 se editaron los veintisiete tomos de las *Obras completas* (La Habana, Editorial Nacional de Cuba), lo que permitió que se generalizaran los estudios históricos del pensamiento del Maestro. Esto hizo que la tarea de desvirtuar su mensaje revolucionario —llevada a cabo por los antimartianos que se fueron de Cuba, principalmente hacia los Estados Unidos— asumiera una nueva forma, y que a los ataques burdos se incorporara una vía sutil: ciertos estudiosos radicados en el exterior intentaban tramar pautas, de modo que el énfasis principal de las investigaciones alejara su centro del pensamiento político martiano, y se dirigiera hacia temas en los cuales fuera menos evidente su propósito de dar una imagen distorsionada de Martí, como un incomprendido, como un individuo sumido en la más angustiosa soledad, rodeado de vileza y traición, que se suicida en Dos Ríos para evitar ser un juguete en manos de los jefes de tropas. Las alusiones al carácter político-militar de los dirigentes de la Revolución eran evidentes, y se transparentaba la coincidencia con las campañas del imperialismo, a las que se les daba acertada respuesta.

1968-1971. Ningún otro acontecimiento nacional puede considerarse más importante para el incremento de los estudios históricos en general, y acerca del Maestro en particular, que el discurso del Comandante en Jefe Fidel Castro en la velada conmemorativa de Los Cien Años de Lucha, el 10 de Octubre de 1968, y en el cual exhorta a la búsqueda de las raíces de nuestro pasado, y llama a Martí "el más genial y universal de los políticos cubanos". 1968 es también el año en que se crea la Sala Martí de la Biblioteca Nacional, con lo que comienza una nueva etapa en la organización e institucionalización de los estudios acerca del Maestro, los que se generalizan aún más mediante las Jornadas Nacionales Martianas y los Encuentros Provinciales sobre el Pensamiento de José Martí. Se realizan nuevos enfoques de temas ya trabajados, como el Partido Revolucionario Cubano, el antimperialismo y el internacionalismo del gran dirigente político, sus ideas sociales, sus vínculos con la clase obrera, el carácter continental de su lucha, la ética revolucionaria que lo caracterizó.

1972-1976. La conferencia del comandante Raúl Castro, *El diversionismo ideológico, arma sutil que esgrimen los enemigos contra la Revolución*, pronunciada a principios de 1972, marca el inicio de una etapa en que la investigación y la divulgación martiana centran su atención en el combate contra

los argumentos utilizados por los elementos anticubanos que desde el extranjero intentan deformar el contenido esencial del pensamiento y la acción del Maestro, y escamotear su vigencia en la Cuba y la América actuales. La valiosa y clarísima orientación del segundo secretario del Partido Comunista de Cuba no se libró de ser, lamentablemente, objeto de algunas interpretaciones erróneas, que se manifestaron —entre otras formas— en intentos de presentar a Martí como un marxista “no declarado”, como un completo materialista o como un dirigente proletario. Estas desviaciones extremistas encontraron correctivo y rectificación oportunos en los análisis integrales del pensamiento martiano hechos por Carlos Rafael Rodríguez en *José Martí, contemporáneo y compañero* (1972), por el Comandante en Jefe Fidel Castro en ocasión de la velada solemne por el centenario de la caída en combate del Mayor General Ignacio Agramonte (11 de mayo de 1973) y en la conmemoración del XX Aniversario del 26 de Julio (1973), en el ensayo de Juan Marinello “Sobre la interpretación y el entendimiento de la obra de José Martí” (1974), y en el discurso de Armando Hart en el acto central por el 80 Aniversario de la caída en combate de nuestro Héroe Nacional (19 de mayo de 1975).

En 1972 se celebró el Primer Seminario Juvenil de Estudios Martianos, con lo que culminaba un proceso iniciado tiempo atrás, y cuyo objetivo era generalizar entre los jóvenes la lectura e interpretación de los textos fundamentales del Maestro, lo que incide sobre los profesores y todos aquellos que se vinculan a esta actividad, cuyo carácter masivo influye sobre las búsquedas de mayor vuelo, incentivándolas. Los esfuerzos de investigadores, profesores y estudiosos en general determinan que haya un saldo positivo que se expresa en trabajos de mayor extensión y profundidad en la mayoría de los temas, y en particular sobre la visión martiana de la historia de América y de los Estados Unidos, y del pensamiento social de Martí, así como en el tratamiento de temas poco estudiados anteriormente, como su visión de la Guerra de los Diez Años, el pensamiento económico y filosófico, sus concepciones militares, y las coincidencias de su ideario con el de los demócratas revolucionarios.

1977-1983. La creación del Centro de Estudios Martianos es un nuevo paso en el desarrollo de la investigación científica de la vida y la obra del Maestro, objetivo central de la nueva institución, que se funda en momentos en que, como vimos, la historiografía martiana entraba en una etapa de profundización. La labor del Centro ha estado dirigida a auspiciar y pro-

mover las búsquedas en los temas menos estudiados, y a alentar el ahondamiento en aquellos para cuyo conocimiento ya se cuenta con una mayor bibliografía pasiva. Su contribución se ha materializado, entre otras formas, en los simposios internacionales José Martí y el pensamiento democrático-revolucionario, celebrado en 1980, y Pensamiento político y antimperialismo en José Martí, realizado en 1983. En el primero se debatieron criterios que han contribuido a definir las semejanzas y diferencias del pensamiento y la acción entre nuestro Héroe Nacional y otras personalidades políticas que enfrentaron condiciones similares en su época y posteriormente; los criterios y las tesis expuestas mostraron las amplias posibilidades de investigación de un tema de interés universal. El simposio del pasado año también tuvo resultados positivos, y evidenció la necesidad de realizar investigaciones sistemáticas y a largo plazo, en las que se unan los esfuerzos de especialistas de diversas ramas de la historia.

Como todos sabemos, paralelamente con las actividades del Centro, y con frecuencia en planes de colaboración con este, otras organizaciones y personas dirigen su atención sobre la obra martiana, de modo que en los últimos años se ha ampliado considerablemente el resultado del trabajo de todos. A esto ha contribuido la labor organizativa y de coordinación que se realiza en torno al Problema Principal de Investigación Fundamental *Vida y obra de José Martí*, con el que está responsabilizado el Centro dentro de los planes que atiende la Academia de Ciencias de Cuba. Por otra parte, la reciente creación de Cátedras Martianas en varios centros de enseñanza superior anuncia perspectivas de trabajo que están en definición, y que resultan muy alentadoras, sobre todo porque las cátedras se proponen imprimirles organización y coherencia a todas las tareas que se vienen realizando desde tiempo atrás, e impulsar otras nuevas, a las que se incorporan profesores y alumnos de un alto nivel académico.

Desarrollo temático

Fue larga la lucha por rescatar y mantener en alto el mensaje revolucionario de la obra y la vida de José Martí: desde la caída en combate del organizador de la guerra necesaria, se alzaron voces honestas, valientes, que defendieron la memoria, los principios y el ejemplo de quien expresara que "la muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida".

A pesar de que el control de los principales medios de difusión siempre estuvo en manos de la clase dominante, los más esclarecidos estudiosos del Maestro lograron que la verdad se abriera paso entre la tupida red de palabrería hueca y falsedades convencionales con que se trató de opacar la imagen del fundador del Partido Revolucionario Cubano, quien vivía en el seno amoroso de su pueblo, en buena medida gracias al trabajo anónimo de miles de maestros humildes o ignorados, quienes durante la seudorrepública alentaron entre los niños y adolescentes el respeto a la historia patria y sus héroes. Tampoco se olvidan los esfuerzos de quienes, como Julio César Gandarilla, tomaron las ideas martianas como arma de combate contra la penetración imperialista, ni los aportes al estudio integral de la obra del Maestro realizados por Julio Antonio Mella, Emilio Roig de Leuchsenring, Manuel Isidro Méndez, Juan Marinello, Raúl Roa, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, y otros que entregaron sus esfuerzos en medio de condiciones difíciles para el estudio y la creación. Ellos trazaron el camino de la correcta interpretación de José Martí, en sus múltiples manifestaciones: dirigente político, organizador, escritor, poeta, pensador, y revolucionario siempre.

La obra de esta avanzada llega con su tradición luchadora hasta el Primero de Enero de 1959, y se integra a la obra de la Revolución victoriosa. Son los guías de los nuevos investigadores y estudiosos, quienes, agradecidos, toman su ejemplo y sus logros, para seguirlos y enriquecerlos —para lo cual, en muchos casos, contamos aún con la valiosa contribución de los mentores—, en esta inacabable búsqueda historiográfica que tiene como objetivos la vida y la obra del Autor Intelectual del 26 de Julio.

El *pensamiento político* martiano es uno de los más ampliamente tratados, pero en este, como en otros temas, son pocos los trabajos históricos que por su extensión y unidad temática han alcanzado el rango de libros. Entre estos, se halla el abarcador ensayo de Ramón de Armas *La Revolución pospuesta: contenido y avance de la revolución martiana por la independencia* (Editorial de Ciencias Sociales, 1975), y que había aparecido por primera vez, con un título semejante, en *Pensamiento Crítico* de febrero-marzo de 1971. En él se realiza una interpretación integral del pensamiento político del Maestro, en la cual se estudian las condiciones en las que surgen y se desarrollan sus ideas, se valoran las diferentes tendencias ideológicas de la época en relación con la base económica que las sustenta, y se analizan las causas y las consecuencias del fracaso del proyecto martiano.

Un esfuerzo por establecer una periodización para la búsqueda de las relaciones entre pensamiento político y condiciones histórico-sociales, se halla en "La idea de liberación nacional en José Martí" (*Pensamiento Crítico*, La Habana, febrero-marzo 1971), de Pedro Pablo Rodríguez, quien a lo largo de este trabajo sustenta la tesis de que el Maestro expresa una actitud crítica frente al liberalismo desde sus primeros escritos, para superar esta concepción burguesa y alcanzar definiciones ideológicas originales, en correspondencia con un proyecto de liberación nacional y una estrategia antimperialista para el continente. El alcance universal de estas concepciones queda ampliamente argumentado en "El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 2, 1979), de Julio Le Riverend, quien analiza las distintas formulaciones del concepto de *equilibrio* en el contexto de las tensiones entre las potencias del orbe.

El libro de Jorge Ibarra *José Martí: dirigente político e ideólogo revolucionario* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1980), se suma a la corta nómina de obras que en forma unitaria, tratan extensamente un solo tema central. El autor analiza en su contexto los planteamientos martianos acerca de la estructura de la organización revolucionaria, y del gobierno apropiado para nuestras repúblicas, desde la estancia del Maestro en Guatemala hasta los días mambises del Delegado, y da solución acertada a varios temas de interés planteados a la investigación histórica, como el de las causas que explican el ascenso de Martí al liderato del movimiento revolucionario, y el controvertido asunto de una supuesta decisión del dirigente de retirarse del campo de la guerra. Diferimos de la opinión del autor acerca del grado en que está presente el liberalismo en el pensamiento martiano, y a su criterio de que la clase media ejerció la hegemonía ideológica y política en el Partido Revolucionario Cubano.

Se han hecho múltiples intentos para dar en forma sintética un panorama de la vastedad del pensamiento político del Maestro, por presentar una visión de sus ideas acerca de la multiplicidad de aspectos de los problemas internos de la vida de su patria y de su América, de los enemigos de estas, de su labor como intelectual revolucionario, del carácter anticipador de su obra. A este objetivo se dirige la conferencia de Carlos Rafael Rodríguez "José Martí, contemporáneo y compañero" (*Universidad de La Habana*, La Habana, núm. 196-197, 1972), donde se logra de modo brillante el propósito que la orienta.

Las discusiones en torno a la validez o no del término *demócrata revolucionario* para ser aplicado a nuestro Héroe Na-

cional han contribuido a los empeños por ubicarlo ideológicamente, tarea a la que se han dedicado varios autores en distintas épocas, y de los cuales quien logró una mayor aproximación al concepto del cual tratamos en este párrafo es Isabel Monal, en su "Del liberalismo al democratismo antimperialista" (*Casa de las Américas*, La Habana, año XIII, núm. 76, enero-febrero 1973). Uno de los primeros en apreciar la coincidencia del ideario martiano con los rasgos esenciales que caracterizan a los demócratas revolucionarios de fines del siglo XIX y principios del XX es Roberto Fernández Retamar en "Desatar a América y desuncir al hombre; notas sobre la ideología del PRC" (*Universidad de La Habana*, La Habana, número especial 202, 1975); con posterioridad se han realizado interesantes búsquedas que sirvieron de base al simposio internacional acerca de este tema, y que bajo los auspicios del Centro de Estudios Martianos se celebró en 1980. En este evento se presentaron valiosas ponencias, como la de V. Stolbov, "José Martí, demócrata revolucionario" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 3, 1980), en la que se califica al héroe cubano de predecesor de la doctrina leninista acerca del imperialismo y la liberación nacional. La consideración de Martí como demócrata revolucionario no es aceptada de igual manera por la generalidad de los estudiosos, y es objeto de reflexiones muy atinadas, entre las cuales una de las últimas publicadas es el ensayo de Luis Toledo Sande "José Martí de más a más. Acerca de su evolución ideológica" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 6, 1983), en el que el autor aporta opiniones coincidentes con la tesis de que el revolucionario cubano sobrepasa tempranamente los límites del liberalismo, y argumenta que las perspectivas ideológicas del Maestro son más avanzadas que las de la generalidad de los demócratas revolucionarios. Esta, como tantas otras, es un área de investigación abierta a la búsqueda y a la polémica fructífera.

El tema que abordamos en el párrafo anterior ha abierto nuevas posibilidades para establecer *paralelismos* entre el político cubano y personalidades de otros países, como ya habían realizado atinadamente varios autores, de los que mencionaremos a José Antonio Portuondo con su "Dos vidas paralelas: Martí y Lenin" (*Unión*, La Habana, núm. 2, año IX, junio de 1970). En el simposio de 1980, ya mencionado, se presentaron aportes a esta modalidad temática, y el de Manuel Maldonado Denis, "Martí y Hostos: paralelismo en la lucha de ambos por la independencia de las Antillas en el siglo XIX" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 3, 1980), nos presen-

ta diferencias y semejanzas, relaciones y vínculos ideológicos que toman como base las condiciones históricas en que los hombres realizaron su obra.

Debemos destacar, a modo de subtema, los esfuerzos dirigidos al estudio de la continuidad esencial de la obra del Libertador en quien lo consideraba como padre de América. El pasado año se celebró en nuestro país el XV Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, y muchos de sus participantes expresaron cuánto queda a Bolívar y Martí por hacer todavía en nuestro continente. El tema tiene aún aspectos no abordados, por lo que ha de ser motivo de nuevas indagaciones, cuyos frutos servirán para conocer mejor a ambos héroes. A ello han contribuido Manuel Galich con su "Prólogo" a una selección de textos de José Martí: *Simón Bolívar. Aquel hombre solar* (La Habana, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, 1982) y Julio Le Riverend con "Bolívar y Martí, dos tiempos, una Historia" (ponencia presentada en el IV Encuentro de la ADHILAC, Bayamo, 1983, y publicada en *Santiago*, núm. 53, 1984).

Conocer más profundamente las bases históricas del ideario martiano es lo que se persigue en los trabajos más recientes de uno de los primeros temas que estuvieron en el centro de la lucha ideológica, que aún se mantiene como puntero, y que tiene en *Martí antimperialista*, de Emilio Roig de Leuchsenring (La Habana, 1960) un tratamiento amplio. Sin dudas, "Fuentes y raíces del pensamiento antimperialista de José Martí", de Juan Marinello (*Granma*, La Habana, 19 de Mayo de 1972, 1ª. ed.) nos indica, también, una vía a recorrer para el más amplio conocimiento de esta columna central de la obra martiana. Es necesario, actualmente, continuar las investigaciones en tres vertientes principales: a) los estudios teóricos del imperialismo, para establecer los acercamientos de la denuncia martiana a la precisión científica de estudios posteriores, realizados en primer lugar por V. I. Lenin —en este sentido ha trabajado Angel Augier en "Anticipaciones de José Martí a la teoría leninista del imperialismo" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 3, 1980); b) la investigación minuciosa de los fenómenos señalados por el Maestro en sus crónicas, en las que muestra las múltiples formas de la penetración económica y política del imperialismo en nuestra América, para valorar científicamente la profundidad y el basamento de sus juicios —esto lo han hecho entre otros, y centrando la atención en un acontecimiento de gran trascendencia, Augusto E. Benítez, en "José Martí contra el surgimiento del panamericanismo" (*Anuario*

del Centro de Estudios Martianos, La Habana, núm. 4, 1981), y María C. Santos Labourdet, en "Sobre la Primera Conferencia Internacional Americana" (*Universidad de La Habana*, núm. 311, abril 1979-diciembre 1980); y c) la búsqueda en sentido similar al expuesto en el inciso anterior, en la historia de los Estados Unidos, lo que permitiría ahondar en el enjuiciamiento martiano de la sociedad en medio de la cual vivió los años más intensos de su existencia —hacia lo que apuntan los ensayos de Ana Cairo, "Visión de los partidos Republicano y Demócrata en Escenas norteamericanas" (*Universidad de La Habana*, núm. 220, mayo-agosto, 1983), y Phillip S. Foner en "Visión martiana de los dos rostros de los Estados Unidos" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 3, 1980).

Nuestra América ocupa en la obra martiana un lugar de primer orden, por lo que resulta fácilmente comprensible la amplitud de la bibliografía pasiva sobre este tema, en cuyo tratamiento no pueden eludirse amplias referencias al internacionalismo del Héroe, ni a su posición contra el imperialismo, por lo que nos ceñiremos más a lo que a nuestro entender falta por desarrollar, que a lo que ya se ha hecho. Aquí es válido insistir en lo apuntado en el inciso b) del párrafo anterior, pues hay temas concretos de amplitud continental que merecen la atención de los investigadores, y que son novedosos y vigentes, como reflejan el libro *José Martí, la América precolombina y la conquista de América*, de Leonardo Acosta (Casa de las Américas, 1964) y el ensayo "Historia y 'biología' en la 'América mestiza' de José Martí", de Jean Lamore (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 2, 1979), trabajos que nos presentan la visión del Maestro sobre problemas de carácter histórico que aún hoy son objeto de polémicas desde posiciones ideológicas discrepantes.

Otra vía para dar curso a los esfuerzos de los estudiosos es el tratamiento monográfico de la visión del Maestro de los países y área geográficas visitados por él, y de aquellos en los cuales nunca estuvo físicamente, pero que conocía y amaba. En este sentido han trabajado, entre otros, Ramón de Armas, en "Apuntes sobre la presencia en Martí del México de Benito Juárez" (*Casa de las Américas*, La Habana, año XX, núm. 115, julio-agosto 1979), y Salvador Morales, en su "Introducción" a los textos de José Martí compilados en *Sobre las Antillas* (Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, 1981).

El *Partido Revolucionario Cubano* es la síntesis del pensamiento y la acción de José Martí, y en él se conjugan la capacidad del organizador, la previsión del estadista, las dotes personales del líder, la sabiduría del hombre experimentado en unir

voluntades, las ideas del dirigente político. Por todo ello, Juan Marinello lo calificó como "creación ejemplar" del Maestro. (*El Partido Revolucionario Cubano, creación ejemplar de José Martí*, La Habana, DOR, 1976). En este tema se resume la esencia del quehacer y el pensar de Martí, por lo que en general los trabajos acerca de su ideario político incluyen análisis sustanciales de los objetivos del Partido, sus raíces y proyecciones. La historiografía ha centrado su interés en muchos de los aspectos principales de la organización partidista, pero aún se nota la ausencia de un estudio integral y exhaustivo que abarque la totalidad de la organización, y sintetice y supere los análisis existentes, que han contribuido en mucho al conocimiento de la obra mayor del Maestro, como los trabajos que examinan aspectos y características generales de la agrupación, entre los cuales figuran el de Diana Abad, "El Partido Revolucionario Cubano: organización, funcionamiento y democracia" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 4, 1981) y el de Salvador Morales, *El Partido Revolucionario Cubano y la organización de la guerra revolucionaria de 1895* (La Habana, Talleres del CC del PCC, 1980).

Aún puede profundizarse mucho más en los antecedentes del Partido, y unir a análisis como el de Sergio Aguirre, "Martí y las experiencias revolucionarias del 68" (*Anuario Martiano*, La Habana, núm. 6, 1976), otros que abarquen todo el período desde finales de la Guerra Grande hasta 1892, no sólo en cuanto a los fracasos del movimiento revolucionario, sino también acerca de la evolución del Partido Autonomista y del anexionismo, y la campaña martiana contra sus nocivos efectos.

Es necesario, igualmente, ahondar en el estudio de las características que asumió la organización revolucionaria en la Isla —donde, por razones obvias, no se estructuró el Partido Revolucionario Cubano—, y en las relaciones de los distintos territorios con los jefes radicados en la emigración. Para superar los trabajos existentes acerca de las actividades políticas de los cubanos del exterior se requieren monografías sobre los diferentes clubes —como la realizada por Juan Carlos Mirabal, "Acerca del club Los Independientes" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 4, 1981)— y Cuerpos de Consejo, a fin de conocer más detalladamente la composición social del Partido, cuantificar sus fuerzas, y definir con precisión las tendencias ideológicas que encontraron cabida en su seno. Al respecto, también se carece, en general, de las biografías, con un enfoque acorde con las tendencias historiográficas actuales, de los más cercanos colaboradores de Martí, de los di-

rigentes de las agrupaciones locales y de las organizaciones de base. En este sentido se destacan *Rafael Serra y Montalvo, obrero incansable de nuestra independencia* (Ed. UNEAC, 1975), de Pedro Deschamps Chapeaux.

Por esta vía nos encaramos a uno de los problemas que la historiografía martiana debe abordar en forma exhaustiva: la participación de las diferentes clases sociales en el Partido Revolucionario Cubano, la ubicación clasista del Delegado, y la definición de la ideología dominante en la organización. No creemos suficiente, en estos momentos, señalar que, como por sus objetivos el Partido no respondía a los intereses de la oligarquía, pero tampoco se subordinó a los del proletariado —poco desarrollado en la Cuba de entonces—, la hegemonía fue ejercida por la llamada clase media, pues este concepto es de tal amplitud e imprecisión que en él caben todas las capas medias de la sociedad indistintamente, sin género alguno de matiz entre los diferentes sectores y grupos existentes en ellas. Un fenómeno de tal complejidad exige una respuesta teórica sólidamente fundamentada en investigaciones como las que hemos señalado en los párrafos anteriores, y en muchas otras que nos permitan conocer la estructura de la propiedad agraria y urbana, y dentro de esta, las características de las industrias, las manufacturas y los medios de transporte. Sobre este tema consideramos que el trabajo más abarcador es el de Eduardo Torres-Cuevas, "Las clases sociales en Cuba y la Revolución Martiana" (*Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, año 74, vol. XXV, núm. 1, enero-abril 1983).

No hemos incluido en el párrafo anterior el libro de José Cantón Navarro, *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo* (Editora Política y Centro de Estudios Martianos, 1981) porque consideramos que este debe encabezar el tema del *pensamiento social* del Maestro, en el que los investigadores tienen amplio campo de trabajo, pues aún tenemos períodos de la vida de nuestro Héroe Nacional que requieren de atención más penetrante, para lograr el conocimiento de detalles que puedan completar la información disponible, y darnos una visión más completa de asuntos poco tratados, o abordados sin suficientes elementos de juicio. Un ensayo que nos muestra resultados alentadores en este sentido es "Un 'socialista' mexicano: José Martí", de Paul Estrade (*Casa de las Américas*, núm. 82, enero-febrero 1974). No sólo se requiere más laboreo en el análisis e interpretación de los textos y los contextos históricos del dirigente cubano, sino también —y relacionado con lo expuesto para el Partido Revolucionario Cubano— en

la elaboración de las biografías de los obreros anarquistas y marxistas vinculados a él. Al respecto contamos con el libro *Carlos Baliño. Documentos y artículos*, compilación realizada por el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, y que recoge a modo de introducción el valiente discurso de Blas Roca "El recuerdo de Carlos Baliño"; y, por otra parte, con la información que contiene el trabajo "Diego Vicente Tejera: vida y obra", de Carlos del Toro (en *Diego Vicente Tejera: Textos escogidos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1981).

No será posible avanzar con paso firme en el conocimiento cada vez más amplio del tema que señalamos, si no se estudia sistemáticamente el *pensamiento económico* del Maestro, lo que nos permitirá precisar con mayor exactitud el alcance de sus ideas acerca de la república a fundar en Cuba después de la independencia, así como los beneficios probables que esa nueva situación traería aparejados para las naciones de nuestra América, los Estados Unidos y Europa. De los pocos trabajos dedicados en su totalidad a analizar este aspecto del pensamiento martiano señalaremos el de Graciela Chailloux, "El pensamiento económico de José Martí" en *Universidad de La Habana: Monografía del pensamiento económico y Filosofía*, La Habana, 1976.

En los últimos años ha recibido mayor atención que el tema anterior —aunque todavía es insuficiente lo hecho—, la investigación del *pensamiento filosófico* martiano. Por las características de esta ponencia, no trataremos en toda su magnitud un asunto que no se adscribe estrictamente a la historiografía, pues corresponde, por la magnitud y especificidad de sus contenidos —ontología, gnoseología, lógica, ética, estética— a otras áreas de estudio. Sólo nos referiremos a aquellos ensayos en los que se intentan aproximaciones a los criterios de Martí acerca de la Historia, como el de Luis Toledo Sande "Pensamiento y combate en la concepción martiana de la historia" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 3, 1980), pues este es un campo de estudio que resulta particularmente interesante para todos nosotros, y que aún tiene aspectos inexplorados en los que podemos incursionar.

Hasta hace pocos años, la historiografía martiana no prestaba atención especial a las *ideas del Maestro en torno a la guerra*, por lo que este tema quedaba un tanto diluido en otros, como el de la preparación del alzamiento revolucionario de 1895, por ejemplo. Pero actualmente varios especialistas se refieren argumentadamente al pensamiento militar del Delegado

del Partido Revolucionario Cubano. Francisco Pérez Guzmán, en "Algunas ideas militares de Martí" (*Anuario Martiano*, La Habana, núm. 5, 1974), revela las primeras manifestaciones de estas en los análisis acerca de la estrategia y la táctica empleadas durante la Guerra de Secesión en los Estados Unidos. La generalidad de los autores que han trabajado en esta línea destacan la interrelación entre las concepciones militares y políticas del dirigente —no podía ser de otro modo—, aspecto que desarrolló Joel Sosa en "Concepciones teórico-militares en el democratismo revolucionario de José Martí" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 3, 1980).

Puede incluirse en este tema un aspecto también novedoso en la investigación martiana: el espionaje que agentes yanquis y españoles, pagados por el gobierno de la Península, ejercieron sobre el revolucionario cubano. El trabajo de Paul Estrade "La Pinkerton contra Martí" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 1, 1978) abrió esta cantera inexplorada que promete resultados sorprendentes, de gran valor para la historia del movimiento independentista y de nuestras guerras de liberación.

En estos años ha habido algunos aportes en cuanto a la precisión de datos de la *vida de Martí*, debido a la publicación de documentos que permanecían ignorados, y de investigaciones que han esclarecido aspectos que, por su aparente intrascendencia, no habían recibido amplia divulgación. Son los casos, por ejemplo, de la documentación aparecida en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos* núm. 2 de 1979, la cual nos ayuda a esclarecer aspectos relacionados con la etapa juvenil del patriota; y *Otras crónicas de New York* (investigación, introducción e índice de cartas de Ernesto Mejía Sánchez, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1983; la primera edición apareció en 1980, en México, con el título *Nuevas cartas de Nueva York*), que contribuye al conocimiento de la labor periodística martiana durante los años 1886-1892; en otro sentido, señalaremos la información que aparece plasmada en el *Atlas histórico biográfico José Martí* (Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía y Centro de Estudios Martianos, 1983).

Pero hemos de reconocer que un género de tanta importancia para la divulgación del conocimiento de la vida y la obra del fundador del Partido Revolucionario Cubano como es la biografía, no ha recibido la atención que debería dársele, en la búsqueda del equilibrio entre la reconocida insuficiencia de información sobre algunos períodos de la vida del Héroe, y la ne-

cesidad de llenar el vacío bibliográfico. Tras el triunfo de la Revolución, no había sido editada una obra biográfica que llegara hasta la masa juvenil y los lectores que se inician en el conocimiento del autor intelectual del asalto al Moncada, y el libro de Mercedes Santos Moray, *Martí, amigo y compañero* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983) aspira a llegar a un público amplio, fundamentalmente juvenil, mediante la combinación del lenguaje ameno y las ilustraciones.

Aún no se ha realizado el estudio biográfico erudito, que ofrezca un análisis profundo de las diferentes etapas de la trayectoria vital del dirigente revolucionario, en estrecha relación con el conjunto de los factores sociales que influyeron sobre él, y condicionaron su pensamiento y sus actos, su quehacer político y su labor intelectual. Las líneas metodológicas para un trabajo de tal magnitud las señala Roberto Fernández Retamar en "Algunos problemas de una biografía ideológica de José Martí" (*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 2, 1979). La obra se hará.

La Habana, 12 de julio de 1984

Año del XXV Aniversario del Triunfo de la Revolución

Breve estudio historiográfico sobre el movimiento juvenil cubano (1959-1983)

ALINA PÉREZ MENÉNDEZ

LILIAN VIZCAÍNO GONZÁLEZ

Este trabajo, en el que se señalan las principales obras que a nuestro juicio se han publicado a partir de 1959 acerca del movimiento juvenil cubano, sólo persigue alertar sobre la necesidad de llenar los vacíos existentes en este sentido, es decir, hacer un llamado a los historiadores para que tomen conciencia de la importancia que dentro del quehacer historiográfico tiene el investigar y divulgar la labor de la juventud cubana a lo largo de nuestra historia.

Por la brevedad del tiempo en que fue elaborado consideramos que pueden existir algunas omisiones involuntarias, pero estimamos que a pesar de ellas no varía sustancialmente su sentido.

La juventud cubana ha participado activamente en las luchas de nuestro pueblo por su liberación nacional y ha protagonizado heroicas hazañas que le han hecho ganar un destacado lugar en nuestra historia.

Desde las primeras décadas del siglo XIX se observan manifestaciones de rebeldía entre los jóvenes contra las arbitrariedades del régimen colonial español imperante en Cuba, situación que se agudiza en la segunda mitad del siglo.

Las filas mambisas, durante las Guerras de 1868 y 1895, estuvieron compuestas, mayoritariamente, por jóvenes procedentes de diferentes sectores de la sociedad cubana de la época, entre los que se destacaban los estudiantes universitarios; baste mencionar a Ignacio Agramonte y Rafael Morales (*Moralitos*).

La intervención norteamericana de 1898 en la contienda entre cubanos y españoles, arrebató el triunfo inminente a las tropas mambisas y frustró todos los anhelos de libertad del pueblo cubano; el país pasó a manos de una nueva metrópoli: los Estados Unidos de Norteamérica.

Al concluir en 1902 el período interventor quedaba supuestamente establecida la República en el país; pero ésta, lastrada

desde la cuna, abrió para Cuba la etapa neocolonial, y sólo se realizaría el Primero de Enero de 1959 con el triunfo de la Revolución.

Durante el neocolonialismo y en las primeras décadas del siglo, el movimiento revolucionario perdió figuras de la talla de Julio Antonio Mella, líder estudiantil y uno de los precursores del comunismo en nuestro país, Rubén Martínez Villena, guía del movimiento obrero y comunista y Antonio Guiteras, destacado luchador antimperialista.

La última etapa de nuestras luchas por la liberación nacional aportó numerosos ejemplos de abnegación juvenil; la Generación del Centenario, haciendo gala de desprendimiento y sacrificio, asumió con heroísmo la histórica tarea de liberar a la patria del régimen tiránico de Fulgencio Batista y a la vez del dominio yanqui.

Desde los heroicos asaltantes al Cuartel Moncada, hasta los intrépidos combatientes del llano y de la Sierra, entre los que podemos mencionar al inolvidable Frank País, jefe de acción y sabotaje del Movimiento 26 de Julio y a Roberto Rodríguez (*El Vaquerito*), digno representante del Ejército Rebelde, ha sido cuantioso el precio en vidas jóvenes y valiosas que ha tenido que pagar el pueblo de Cuba por su libertad.

No obstante, después del triunfo popular, no han dejado de sumarse nombres de jóvenes al martirologio de la patria a consecuencia del acoso del imperialismo yanqui, que no cesa en su afán de aplastar nuestras victorias y detener el proceso revolucionario cubano. Brindando cada día un ejemplo de decisión y de coraje, nuestro pueblo, y como parte esencial de él la juventud, avanza más firme por el camino hacia el socialismo, seguros de que el futuro pertenece por entero al comunismo.

Las acciones de los jóvenes a lo largo de nuestra historia han sido tratadas en distintas épocas por diversos autores y en diferentes formas.

En esta breve incursión por la historiografía cubana acerca del movimiento juvenil nos referiremos a las obras editadas a partir del triunfo de la Revolución en 1959, ya que, a nuestro juicio, es en esta etapa, debido al interés y a las facilidades brindadas por el Gobierno Revolucionario para el desarrollo de la cultura nacional en general, que los autores pueden analizar con mayor objetividad los hechos y personalidades de nuestra historia, por lo que la actividad investigativa en este sentido adquiere un verdadero rigor científico, avalado por el desarrollo que, paulatinamente, alcanzan la ciencia y la técnica en el país y, consecuentemente, nuestros especialistas.

Sin embargo, no queremos restarle valor a aquellos escritores que en otras etapas supieron sobreponerse a las dificultades del momento, a las limitaciones de clase y de todo tipo y lograron hacer historia con un carácter verdaderamente nacional, destacando que constituyeron dignas excepciones entre la generalidad de intelectuales y profesionales vendidos al régimen imperante en el país y, en última instancia, al amo extranjero; cabe mencionar, entre estas ilustres figuras de las letras cubanas, a Emilio Roig de Leuchsenring y Fernando Ortiz; aunque no dedicaron su actividad al estudio del movimiento juvenil en particular, además de otros prestigiosos historiadores que, por suerte, aun contamos entre nosotros.

Entre las obras publicadas a partir de 1959 acerca de la actividad de la juventud están las que se refieren al movimiento juvenil revolucionario en general, las que abordan el movimiento estudiantil y las que tratan el movimiento juvenil comunista en específico.

Antes de entrar en el análisis de estos libros queremos hacer referencia a los discursos de dirigentes del Partido Comunista y del Estado cubanos sobre la juventud, los cuales por su importancia son imprescindibles para el análisis de cualquiera de los momentos de la historia del movimiento juvenil cubano.

En primer lugar están, por su valor histórico y educativo, los discursos de nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro. En 1978 fue editado en Sofía, Bulgaria, con motivo del XI Festival de la Juventud y los Estudiantes, una compilación de fragmentos de discursos pronunciados por nuestro máximo líder desde 1959 hasta 1976, a la que se le dio el título *Acerca de la juventud*.

Posteriormente se han seguido publicando periódicamente por las Ediciones OR del Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido, otros discursos en los que el Primer Secretario de nuestro Partido aborda problemas de los jóvenes, sus tareas concretas, etcétera.

En 1970, bajo el título de *Obras*, fueron editadas, por la Casa de las Américas, las intervenciones del Comandante Ernesto Che Guevara desde 1959 hasta 1967 y sus escritos durante todos estos años recopilados en dos volúmenes. Especial importancia tiene para nuestro trabajo el segundo tomo, donde se recogen discursos en los que se señalan las principales tareas de la juventud en la Revolución, el papel del estudiantado en el proceso revolucionario, las cualidades y deberes de un joven comunista, así como también las funciones y tareas fundamentales de la militancia juvenil en nuestra sociedad.

Igualmente importantes son los discursos del Segundo Secretario del Partido, compañero Raúl Castro; del compañero Carlos Rafael Rodríguez, miembro del Buró Político del Comité Central de nuestro Partido y de otros dirigentes de la Revolución, por constituir una extraordinaria fuente de enseñanza para la juventud; estos trabajos aparecen publicados en los distintos órganos de prensa del país.

Entre los libros publicados sobre el movimiento juvenil revolucionario en la etapa colonial está la obra *A cien años del 71: el fusilamiento de los estudiantes* (1971) de Luis Felipe Le Roy y Gálvez, editado por Ciencias Sociales.

En esta obra el autor brinda una detallada información sobre los hechos en torno al fusilamiento de los ocho estudiantes de medicina ocurrido el 27 de noviembre de 1871. Ofrece una valiosa documentación que recoge los antecedentes del fusilamiento, las consecuencias y significación de este crimen. La obra plasma fundamentalmente la secuencia de los hechos ocurridos y los criterios de diferentes personalidades de la época.

Sobre la etapa neocolonial, existen diversos trabajos que reflejan las luchas libradas por el pueblo contra los gobiernos de turno al servicio de los intereses del imperialismo norteamericano. Dentro de estas obras queremos referirnos primeramente a aquellas que abordan las acciones desarrolladas por las masas y en particular por el movimiento obrero y comunista, que tratan en alguna medida aspectos importantes de la actividad juvenil de aquellos días.

Este es el caso, por ejemplo, del libro del doctor Sergio Aguirre, *Eco de caminos*, publicado en 1974 por el Instituto Cubano del Libro. En él se recopilan una serie de artículos entre los que figuran "Algunas luchas sociales en Cuba Republicana (II Parte)" en el cual se analiza el período de 1915 a 1925 en cuanto a la situación económica, política y social del país. En este contexto el autor valora la actividad de Mella y la creación del primer partido marxista-leninista en nuestro país. Este artículo nos brinda una valiosa interpretación marxista de los hechos ocurridos en estos años, su concatenación, consecuencias y significación.

El doctor Julio Le Riverend cuenta entre su producción historiográfica con la conocida obra titulada *La República: dependencia y Revolución* (1960 primera edición), en la cual se recogen de manera general los principales hechos de nuestra historia patria, desde la intervención norteamericana en 1898 hasta el triunfo de la Revolución, y en este

marco registra algunos aspectos importantes de la actividad juvenil. Esta obra no agota las características de los diferentes períodos históricos que describe, no obstante nos brinda una visión general de todos estos años y sienta las bases para un estudio más detallado, constituyendo un primer intento por sistematizar el estudio de la etapa neocolonial hasta 1959.

Otro libro de gran importancia para el conocimiento del período que desarrolla es *La Revolución del 33* de Lionel Soto, publicado por el Instituto Cubano del Libro en 1977.

Este trabajo, aunque tiene por objeto el estudio de las luchas revolucionarias contra el dictador Gerardo Machado en la década del 30, analiza la situación económica, política y social del país en esos años, y hace referencia en sus páginas a importantes acontecimientos de la historia del movimiento juvenil cubano. Esta obra tanto por la abundante información que ofrece como por el riguroso tratamiento que da a los hechos y acontecimientos políticos, económicos y sociales del país constituye un libro de obligada consulta para el conocimiento de la historia de esos años y en particular de la Revolución del 33.

En él su autor además nos ofrece un valioso testimonio crítico de los hechos que narra, elaborado sobre la base de una definida concepción marxista-leninista que, trascendiendo los límites del intelecto, constituye la puesta en práctica de sus principales postulados.

Entre las numerosas publicaciones de Raúl Roa, en las que se ofrece abundante información y un análisis exhaustivo del período neocolonial, se destaca su libro *Retorno a la alborada*, editado por Ciencias Sociales en 1979, e integrado por artículos que por sí mismos constituyen fuentes documentales; en ellos el autor logra plasmar, en forma testimonial, las principales luchas estudiantiles y juveniles desde 1920 hasta 1950. Sus escritos se destacan por el análisis, la valoración y los criterios certeros que emite, con un lenguaje mordaz y elocuente.

Dentro de la historiografía del movimiento juvenil ocupan un importante lugar los trabajos de carácter biográfico, donde se destacan la personalidad y la vida de destacadas figuras de nuestra historia, participantes en las Guerras de Independencia y líderes del movimiento estudiantil y juvenil en general, que desempeñaron un activo papel en el movimiento obrero y comunista o tuvieron una meritoria actividad revolucionaria en su época.

De los libros que tratan sobre los héroes de las luchas contra el dominio español queremos mencionar la obra de Juan Jiménez Pastrana, *Ignacio Agramonte, documentos*, publicada por la Editorial Ciencias Sociales en 1974. Este libro es una compilación de documentos que tiene como principal propósito ofrecer a historiadores y biógrafos un material veraz y escogido acerca de Agramonte, pero además en su prólogo el autor en apretada síntesis nos brinda los principales elementos biográficos del Mayor.

Sobre Julio Antonio Mella (1903-1929), líder estudiantil y precursor del comunismo en Cuba, existen numerosas publicaciones, mencionaremos en primer lugar el trabajo titulado *Julio Antonio Mella. Documentos y artículos* publicado en 1975 por el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba, anexo al Comité Central del Partido Comunista de Cuba. El libro constituye una valiosa selección de los documentos más ilustrativos sobre la vida y la actividad política del joven dirigente comunista, al igual que de acontecimientos importantes ocurridos en el país.

En relación con su vida y con el papel que desempeñó en las luchas de la época, podemos mencionar tres libros, de suma importancia para nosotros, uno del compañero Erasmo Dumpierre titulado *Julio Antonio Mella. Biografía*, publicado por la Editorial Orbe en 1975 y que es fruto de una investigación muy seria en la que, mediante documentos y prensa del momento, se ofrecen los aspectos fundamentales de la obra y la vida de Mella. El otro, *Julio Antonio Mella. Reforma estudiantil y antimperialismo*, de la compañera Olga Cabrera, analiza esta importante etapa del movimiento juvenil, específicamente del estudiantil y aborda, en particular, los principales aspectos de la actividad revolucionaria de Mella y de su labor dentro de la Universidad de La Habana. En ambos trabajos hay una buena utilización de las fuentes documentales y secundarias con las que trabajan los autores.

Por último queremos referirnos al libro de Pedro Luis Padrón, *Mella y el movimiento obrero*, en el cual a través de un adecuado manejo de las fuentes documentales y periódicas el autor incursiona específicamente en la actividad desempeñada por Mella con el movimiento obrero y dentro de este, se plantea el objetivo de demostrar el por qué de la radicalización y concientización de Julio Antonio Mella.

También abundan las publicaciones sobre Rubén Martínez Villena (1899-1934) que abordan las distintas facetas de su interesante personalidad, tanto como intelectual, como dirigen-

te obrero o como comunista, entre ellas podemos citar, de Raúl Roa, *El fuego de la semilla en el surco*, editado por Letras Cubanas en 1983; en esta obra el autor realiza un estudio acerca de la actividad revolucionaria de Villena y la importancia de su labor como dirigente obrero, además, se analiza la época y la situación existente en el país. En los antecedentes se expone el surgimiento del proletariado en Cuba. Maneja una abundante información sobre la base de testimonios y fuentes primarias y secundarias.

Otro trabajo sobre Martínez Villena es *El joven Rubén*, de Ana Núñez Machín, editado por la Editorial Gente Nueva en 1981; en el libro la autora expone diversos artículos publicados por el destacado dirigente obrero en la prensa de la época y lo más importante de esta obra, a nuestro juicio, es que con un adecuado manejo de las fuentes primarias y secundarias logra llevar a la juventud la verdadera personalidad de Rubén.

Sobre Antonio Guiteras (1906-1935), joven revolucionario y antimperialista, contamos con varios libros, entre los que podemos mencionar, de Olga Cabrera, *Guiteras, la época y el hombre*, publicado por la Editorial Arte y Literatura en 1974. El objetivo fundamental que persigue el libro es regenerar la figura de Guiteras, mancillada por la mañosa utilización que de su memoria hicieron bandas y grupúsculos reaccionarios, para lo cual su autora recopiló abundante información procedente de periódicos de la época, documentos y otras fuentes testimoniales. Además se analiza la situación en que se encontraba el país entre 1900 y 1935.

José A. Tabares del Real analiza también la figura de Guiteras en su libro *Guiteras*, editado por Ciencias Sociales en 1973; en el trabajo, Tabares del Real no sólo expone la lucha del joven revolucionario sino la época en que se desarrolla. El libro en sí constituye una importante fuente documental.

Pablo; páginas escogidas, publicado en 1973 por la Imprenta Universitaria Andre Voisin muestra por medio de artículos y escritos de Pablo de la Torriente Brau y de otras personalidades de la época, la vida y obra del destacado revolucionario cubano que murió luchando contra el fascismo en España en 1936.

Zoe de la Torriente Brau, hermana de Pablo, ofrece también en un folleto, una síntesis de la vida del héroe que tiene una especial significación desde el punto de vista testimonial. Este trabajo fue publicado por la Comisión de Extensión Universitaria en 1972.

En cuanto a las obras que tratan sobre determinadas etapas del movimiento juvenil y, en específico, sobre la actividad de los estudiantes podemos enumerar, entre otros, *Las luchas estudiantiles universitarias entre 1923 y 1934*, de Olga Cabrera y Carmen Almodóbar, publicado por Ciencias Sociales en 1975, en el cual se trata una etapa de lucha del movimiento estudiantil en nuestro país muy importante y se exponen documentos y artículos de la época que demuestran la situación existente en estos años y las posiciones del estudiantado universitario. El trabajo está dividido por períodos que constan de una introducción valorativa de sus autoras y de una agrupación de documentos.

Ladislao González Carbajal en *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*, editado en 1974 por Ciencias Sociales, realiza un estudio exhaustivo sobre el papel desempeñado por el estudiantado cubano hasta 1937, y en especial por el Ala como la organización estudiantil más radical de la época; ofrece además importantes valoraciones y testimonios así como un buen número de documentos que avalan la información que presenta. El libro en su conjunto nos ofrece además un análisis marxista de la actividad de esta organización y de la época en que existió.

Sobre una etapa posterior, el libro de Niurka Pérez Rojas: *El movimiento estudiantil universitario de 1934 a 1940*, publicado por Ciencias Sociales en 1975, realiza un análisis detallado del desarrollo del movimiento estudiantil en esos años y lo acompaña con una recopilación de artículos y documentos. La autora pretende aquí dar a conocer la importante participación del movimiento estudiantil en las luchas revolucionarias de una etapa de nuestra historia. Es un cuidadoso estudio del papel y el lugar que ocupan las luchas estudiantiles en un proceso revolucionario, y en particular el estudiantado universitario.

Acerca de las luchas estudiantiles entre 1952 y 1957, José Antonio Echevarría: *La lucha estudiantil contra Batista*, de Julio A. García Oliveras, publicado por la Editora Política en 1979, brinda un valioso recuento cronológico de las acciones revolucionarias de ese período, respaldada por documentos y testimonios, y copiosa información sobre la figura de Echevarría, presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), asesinado el 13 de marzo de 1957 a consecuencia del Asalto al Palacio Presidencial y a la emisora Radio Reloj, operaciones ejecutadas bajo su dirección. Además el autor brinda una clara visión de la situación que atravesaba el país y,

de hecho, la obra constituye un importante testimonio de las luchas libradas por el estudiantado cubano contra la tiranía de Batista y la actividad revolucionaria de su principal dirigente en esta etapa.

Dentro del género de crónica, el libro de Marta Rojas, *La generación del Centenario en el juicio del Moncada*, basado en testimonios de los participantes en los hechos, en las vivencias personales de la autora —testigo del juicio seguido a los asaltantes—, el estudio realizado por ella de los documentos y escritos relacionados con el movimiento constituye una obra de suma importancia para el conocimiento de este destacado suceso de nuestra historia. Además se brindan numerosos datos acerca del surgimiento y desarrollo del movimiento revolucionario en este momento histórico.

De gran significación también para el estudio del movimiento juvenil en la década del 50, y en particular de uno de sus hechos más relevantes es *La prisión fecunda*, de Mario Menéndez, publicado por Editora Política en 1980, en el cual el autor nos da una sólida información acerca de las actividades desarrolladas por Fidel Castro y sus compañeros durante el período de encarcelamiento en Isla de Pinos a consecuencia del Asalto al Cuartel Moncada y, sobre la base de la documentación que trabaja hace un acertado análisis del desarrollo político alcanzado por estos jóvenes, así como de las huellas que dejó esta experiencia en sus vidas. El libro trata un tema que ha sido poco trabajado y contribuye a conocer los detalles de lo que pudiera considerarse que constituyó la escuela política de los asaltantes al Moncada.

Del período posterior al triunfo de la Revolución cabe también mencionar *El libro de la juventud*, editado por Imprenta Nacional de Cuba en 1961 y en el cual se recogen los discursos de dirigentes juveniles de los años 1960 y 1961 de la que fue la organización rectora de la juventud en aquel momento, la Asociación de Jóvenes Rebeldes (AJR), además de importantes discursos de los máximos dirigentes de nuestra Revolución, por medio de los cuales se dan algunas valoraciones acerca de la actividad desplegada por la juventud en general y los jóvenes rebeldes en particular.

Específicamente sobre la campaña de alfabetización desarrollada en nuestro país, contamos con el trabajo *Cuba, territorio libre de analfabetismo*, de Olga Montalbán, publicado por Ciencias Sociales en 1981, en el que la autora analiza una de las más hermosas tareas emprendidas por nuestra juventud en 1961; el libro constituye una importante contribución, en

cuanto a la experiencia que brinda de esta tarea para los países subdesarrollados. Para su elaboración, la autora trabajó con numerosas fuentes primarias y secundarias que imprimieron un gran valor al libro.

Recientemente ha sido publicado el libro de José Mayo, *Los niños héroes de Playa Girón*, valioso testimonio de esta importante participación de nuestra juventud en la primera gran derrota del imperialismo yanqui en América Latina.

En cuanto a folletos, queremos hacer referencia al publicado por la Editorial Orbe en 1978 en homenaje al 50 aniversario de la fundación de la primera organización marxista-leninista de la juventud cubana: *La Liga Juvenil Comunista de Cuba (LJC)*, fundada en 1928.

Este folleto está integrado por tres artículos: "La primera organización de los jóvenes comunistas cubanos" de Fabio Grobart¹, "Apuntes sobre la Liga Juvenil Comunista" de Severo Aguirre², y "Recuerdos de la Juventud Comunista" de Flavio Bravo.³

Estos escritos tienen un gran valor por constituir lo único que se ha publicado después del triunfo de la Revolución hasta la actualidad en relación con la actividad de la Liga Juvenil Comunista. Los artículos que lo componen han sido elaborados por participantes en las luchas de la época, los cuales, además de ofrecer sus vivencias personales, enjuician y valoran la actividad de las organizaciones juveniles anteriores.

Debemos aclarar que en este trabajo no hemos hecho referencia a la gran cantidad de artículos publicados acerca de las diversas organizaciones juveniles de diferentes épocas de nuestras luchas, que aunque en ocasiones salvan lamentables omisiones historiográficas, sin embargo tienen esencialmente un carácter divulgativo.

Para concluir queremos señalar que la historiografía acerca de la temática juvenil es bastante reducida y, en general, las obras existentes no emprenden de forma sistemática el estu-

¹ Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente del Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba.

² Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente del Movimiento Cubano por la Paz y la Soberanía de los Pueblos.

³ Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular.

dio de la historia del movimiento juvenil cubano, por lo que sólo encontramos trabajos parciales sobre determinados períodos, sectores y figuras.

Por ejemplo, en el movimiento estudiantil son más numerosas las publicaciones existentes, sin embargo, en lo que se refiere a la actividad de la juventud comunista en específico, notamos un gran vacío de materiales, que urge llenar por la importancia que para la formación de las nuevas generaciones tienen las experiencias y actividades de los jóvenes comunistas a través de la historia patria.

Cabe destacar que a partir de 1959 se abre, como señalábamos anteriormente, una nueva época para la historiografía cubana y que en general en el país se observa una preocupación constante por el incremento de las investigaciones históricas y por la publicación de sus resultados.

A partir del Primer Congreso del Partido Comunista, en 1975, se trazó la política a seguir en relación con las investigaciones y se inició la estimulación de la actividad investigativa en general, aunque se puntualizaron las líneas fundamentales a desarrollar, acordes con las necesidades científico técnicas del país. No obstante, el incentivo de esta labor se extiende a la actividad histórica, debido a la importancia que tiene para la educación de la conciencia política del pueblo, el conocimiento de su historia. Sin embargo no creemos que podamos sentirnos satisfechos con los resultados alcanzados hasta este momento.

Finalmente queremos señalar que en este trabajo no hemos agotado la literatura existente acerca del movimiento juvenil, sólo nos hemos referido a las obras que consideramos más representativas y que, por tanto, pueden servir para comprender y valorar la magnitud y características más generales de esta historiografía y la necesidad e importancia de plantearnos su superación tanto cuantitativa como cualitativamente.

GOR

Cmdte. Fidel Castro

**Primer Secretario del Partido y
Primer Ministro del
Gobierno Revolucionario**

**DISCURSO PRONUNCIADO EN EL RESUMEN DE
LA VELADA CONMEMORATIVA DE LOS CIEN
AÑOS DE LUCHA**

La Revolución del 30: una aproximación historiográfica

ANA CAIRO

*Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones;
para vengar los muertos, que padecen ultraje,
para limpiar la costra tenaz del coloniaje;
para no hacer inútil, en humillante suerte,
el esfuerzo y el hambre y la herida y la muerte;*

*para que la República se mantenga de sí,
para cumplir el sueño de mármol de Martí;*

*para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos
la patria que los padres nos ganaron de pie.*

Desde aquí te decimos Rubén: ¡El 26 de julio fue la carga que tú pedías!¹

En los párrafos finales del magistral discurso pronunciado en la velada conmemorativa del vigésimo aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, Fidel Castro citó los anteriores versos del "Mensaje lírico-civil a José Torres Vidaurre", poema de Rubén Martínez Villena que este leyó por primera vez en una asamblea política, el 18 de septiembre de 1923, cuando era un dirigente bisoño del Movimiento de Veteranos y Patriotas y se enfrentaba al desgobierno de Alfredo Zayas (1921-1925).

El 26 de julio de 1973, Fidel Castro repetía los versos patrióticos de Rubén, creados media centuria antes, con un nuevo significado porque eran el recurso sintético para la ratificación de la continuidad histórica del proceso revolucionario en la república neocolonial. Porque la vanguardia presente en los sucesos de Santiago de Cuba y Bayamo el 26 de julio de

¹ CASTRO RUZ, FIDEL. "En el XX aniversario del asalto al cuartel Moncada". (En *De la Demajagua a Playa Girón*, Editorial de Ciencias Sociales, C. de La Habana, 1978. p. 279-313.)

1953, no sólo era heredera del ideario antimperialista martiano, sino de las concepciones más radicales de los combatientes contra el zayato y las satrapías de Gerardo Machado y Fulgencio Batista entre 1923 y 1935, años que pudieran delimitar uno de los períodos más complejos e importantes de la historia de Cuba en el presente siglo.

La influencia del combate antizayista, antimachadista y antibatistiano sobre Fidel Castro y sus compañeros de la Generación del Centenario fue examinada por este en el "Discurso en el acto de solidaridad y apoyo a la Revolución por los integrantes del Directorio de 1930" (23 de junio de 1960), en el que dijo:

Compañeras y compañeros del Directorio Estudiantil de 1930:

Debo confesarles que para mí y los compañeros de los que ustedes han llamado "la generación nueva", estos minutos han sido de extraordinaria emoción, por muchas razones; como cubanos, somos todos de ese temperamento emotivo y sensible que se conmueve cuando se nos tocan ciertas fibras. Y así fue, por ejemplo, cuando nos entregaron la bandera que llevaba la manifestación del año 1930 y que cubrió el féretro de Rafael Trejo, para juntarla, en el Museo de la Revolución, con las banderas de nuestra lucha.

Es preciso tener en cuenta que sobre nosotros influyó grandemente la lucha de la generación del 30; es preciso tener en cuenta que todos nosotros crecimos oyendo hablar de aquella epopeya y que, como estudiantes universitarios, todos los años nos reuníamos en la Escalinata a conmemorar la caída de Rafael Trejo; que en nuestros oídos resonaron muchas veces los nombres de los que cayeron en aquella lucha, desde Mella hasta Guiteras; de que fue siempre para nosotros una fuente de inspiración que la juventud del 30 había desempeñado en la lucha por la liberación nacional, en la lucha por la libertad y por los derechos de nuestro pueblo, y que por eso un acto como este, puede decirse que imprevisto, porque en medio de la fatigosa tarea en que nos hemos visto enfrascados desde el triunfo de la Revolución pocas oportunidades hemos tenido como esta, en que es como una recordación y como una especie de encuentro con los que habían sido protagonistas de aquella historia que tanto influyó sobre nosotros. Por

eso, esa bandera nos impresionó tan vivamente, y por eso también nos han impresionado las palabras que recordaban los sacrificios de nuestro pueblo, no ya en los últimos años solamente, sino desde aquellos del 30 y los años anteriores al 30 en que comenzó aquella lucha, continuación a la vez de las luchas de la independencia y que han culminado en esta victoria de nuestro pueblo.²

El nombre del período histórico comprendido entre 1923 y 1935 es objeto de discrepancias entre los participantes en él, los especialistas, los aprendices de tales y los aficionados al tema (entre los que me incluyo). Existe unanimidad de criterios en que en dicho período se gesta, ocurre y fracasa una revolución. Hay diferencias de opinión, cuando de "apellidarla" se trata: ¿revolución antimachadista?, ¿del 30?, ¿del 33?

Revolución antimachadista. Como nombre restringe lo ocurrido, porque no sólo se derroca al "asno con garras" sino que el período abarca el gobierno Grau-Guiteras (septiembre 1933-enero 1934) y la lucha para destruir la primera tiranía de Fulgencio Batista, "el conde del palmacristi".

Revolución del 30. Como denominación tiene a su favor que está acuñada —al menos— desde 1934; que entre sus defensores está Raul Roa (uno de los escritores más capaces para persuadir y ganar seguidores de una idea), quien —con honestidad y buen humor— se atreve a decir con una original metáfora que "se fue a bolina";³ que, como se aprecia en el discurso de Fidel Castro antes citado, se impone en el vocabulario de una herencia revolucionaria transmitida por el habla y la palabra escrita. Como término, alude al año en que la batalla contra la dictadura del "Mussolini tropical" adquiere un primer nivel de relevancia nacional. Por otra parte, se inscribe mejor en la tradición de fechas que marcan los momentos

² CASTRO RUZ, FIDEL. "Discurso en el acto de solidaridad y apoyo a la Revolución por los integrantes del Directorio de 1930". *Revolución*. (La Habana) 3(477):1, 14; jun. 24, 1960.

³ ROA, RAÚL. *La revolución del 30 se fue a bolina*. La Habana, ICL, 1968. El compilador Ambrosio Fonet dice en "nota a la edición": "El título que el autor ha dado a esta selección es bastante enigmático. En la jerga del mar "irse a bolina" es algo así como quedar al garete e ir dando bandazos. Quizás en lenguaje de tierra adentro quiera decir más bien irse al carajo. Pero es posible que esa frase tenga un matiz que no tiene la otra. Además, si eso hubiera sido lo que el autor quiso decir, seguramente lo hubiera dicho."

de auge (piénsese en los vocablos "Revolución del 68", "Revolución del 95").

Revolución del 33. Sus propugnadores resaltan de este modo, el año en que las luchas político-sociales alcanzan uno de los momentos de máxima intensidad, aunque esto no significa que desconozcan la trascendencia de 1930. A modo de ejemplo: Julio Le Riverend en el sugerente artículo "La Revolución de 1933 y el nuevo giro histórico" suscribe que:

Dentro del proceso que analizamos hay un momento en que el giro histórico hacia la política de masas se acentúa; un reforzamiento, un ascenso de las fuerzas populares, caracteriza los meses que corren de marzo de 1930 a mediados de 1931. Huelgas obreras muy militantes, movimientos estudiantiles como el del 30 de septiembre que sacude a toda la isla pues se extiende a ciudades importantes del interior, farsas insurreccionales burguesas como la ya mencionada de Mendieta y Menocal que arrastran a una generosa e inútil inmolación al general Peraza, a Chacho Hidalgo, a del Pino y otros; intentos fallidos como el de la expedición de Gibara, constituyen los elementos más importantes de esa agudización de la lucha.⁴

Para un análisis sucinto de lo impreso desde 1959 hasta 1984 sobre la Revolución del 30, se comentarán cuatro tópicos, que son: primero, los textos inéditos y desconocidos, que pudieran conceptuarse como fuentes primarias o secundarias, segundo, las reediciones de artículos y ensayos de participantes, que ya eran fuentes antes de 1959; tercero, los testimonios e interpretaciones en artículos, entrevistas, ensayos y monografías de los combatientes, hechos después de 1959; y cuarto, los artículos, ensayos, biografías y monografías de interpretación histórica, realizados por la promoción de especialistas que ha surgido y se forma en estos veinticinco años.

Los textos inéditos y desconocidos, que pudieran conceptuarse como fuentes primarias o secundarias

La publicación de compilaciones como:

Julio Antonio Mella: *Documentos y artículos* (1975), ejecutada por un colectivo de trabajadores de la Editorial de

⁴ LE RIVEREND, JULIO. "La revolución de 1933 y el nuevo giro histórico". *Bohemia*. (La Habana) 63(30):26-31; jul. 24, 1971.

Ciencias Sociales con la ayuda del Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba;

Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa* (1978), Raúl Roa es el compilador de los dos tomos (en particular, el segundo reúne los textos que más interesan historiográficamente);

Antonio Guiteras: *Su pensamiento revolucionario* (1974), hecha por Olga Cabrera;

Pablo de la Torriente Brau: *Cartas cruzadas* (1981), efectuada por Víctor Casaus;

Hombre de la Revolución. Pablo. Páginas escogidas (1973), sin autor pero realizada por Diana Abad;

enriquece las fuentes para el examen de Mella, Rubén, Guiteras y Pablo, personalidades históricas, así como de las agrupaciones políticas a las que pertenecieron. La devoción, el entusiasmo, el esfuerzo investigativo caracterizan a los compiladores de las mencionadas obras.

Además, han aparecido selecciones temáticas como *Las luchas estudiantiles universitarias (1923-1934)* (1975) de Olga Cabrera y Carmen Almodóbar, *Luchas obreras contra Machado* (1973) de Mirta Rosell y la colección de documentos para la historia del movimiento obrero, cuya publicación sistemática ha emprendido el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba.

Así mismo, no puede obviarse el valioso aporte de Hortensia Pichardo en los tomos tercero y cuarto (el último dividido en dos partes) de los *Documentos para la historia de Cuba*.

En la imposibilidad de comentar la gran cantidad de textos inéditos y desconocidos que han engrosado las fuentes para el estudio del período, se escogen tres: *Presidio modelo* y "Algebra y política" de Pablo de la Torriente Brau y "Cuba, factoría yanqui" de Rubén Martínez Villena.

Presidio modelo (1968) fue escrito por Pablo en 1934 y corregida la versión final entre marzo y junio de 1935. A partir de esa fecha empezó un largo *vía crucis* para conseguir editor primero en México y más tarde en España. La extraordinaria denuncia del sistema penitenciario de la república neocolonial, en particular de los ocho años de tiranía machadista, quedó inédita porque la peligrosidad del libro seguía vigente para los gobiernos postmachadistas.

Raúl Roa, albacea de Pablo, entregó a la imprenta este impactante testimonio (una de las obras capitales de la Literatura Cubana durante la república neocolonial por sus valores artísticos) en el año del centenario del alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua. De este modo, la Revolución Cubana rendía el mejor de los homenajes al héroe caído en Majadahonda, España. Del mismo modo, Roa facilitó "Algebra y política" (1968), ensayo contenido en una carta fechada el 13 de junio de 1936 en el que Pablo enjuició las contradicciones de la alianza Batista-Roosevelt-Miguel Mariano, las de las fuerzas revolucionarias y la incapacidad para una acción unitaria. Quizás sea el réquien más audaz de la odisea revolucionaria.

Roa, también cumpliendo un deber entrañable de amistad, logró obtener el manuscrito completo de "Cuba, factoría yanqui" escrito por Rubén Martínez Villena en enero de 1927, para que Julio Antonio Mella lo leyera en el Congreso Mundial Antimperialista de Bruselas. Esta original meditación sobre la dependencia económica cubana de los Estados Unidos sólo se conocía parcialmente, por los fragmentos que el propio Rubén había publicado en la revista *América Libre* (abril-julio de 1927). En el segundo volumen de *Poesía y prosa* (1978) se incluyó íntegramente el texto de uno de los primeros análisis económicos hechos por un marxista-leninista sobre la república neocolonial.

Aunque es lógico suponer que nuevas fuentes enriquecerán las actuales, el saldo de este tópico resulta satisfactorio.

Las reediciones de artículos y ensayos de participantes que ya eran fuentes antes de 1959

La apertura editorial inherente a la política cultural de la Revolución Cubana ha permitido que obras agotadas o de escasa difusión en la república neocolonial, se pusieran al alcance de todos. Esta posibilidad, por supuesto, también ha funcionado como un incentivo para el quehacer historiográfico. En la imposibilidad de reseñar todo, se comentarán sólo tres autores.

"La misión Welles" de Carlos Rafael Rodríguez se reimprimió en el segundo tomo de la colección *La lucha antimperialista en Cuba* y en el primer volumen de *Letra con filo* (1983), compilación hecha por el propio autor de lo escrito durante más de cuarenta años.

"La misión Welles" continúa siendo un ensayo insuperado dentro de nuestra historiografía, no sólo por el manejo de las

fuentes para el basamento de las tesis, sino por el método de análisis en sistema de las acciones de las diversas fuerzas políticas cubanas, en simultaneidad, con la exposición de los objetivos de la estrategia y la táctica de Franklin Delano Roosevelt hacia América Latina en 1933. La lección historiográfica de Carlos Rafael constituye un modelo de óptima calidad, que deben asimilar todos los amantes de la investigación en ciencias sociales.

Raúl Roa escogió de sus libros *Bufa subversiva*⁵ (1935), *Quince años después* (1950) y *Viento sur* (1953) y del periodismo disperso, una amplia selección bajo el poético título de *Retorno a la alborada* (1964 primera edición, 1977 la segunda, que es la más completa). Con el mismo criterio, organizó *Escaramuza en las vísperas y otros engendros* (1966) y *La revolución del 30 se fue a bolina* (1968). Con independencia de textos testimoniales como "Presidio modelo" (contrapunto obligado del libro ya mencionado de Pablo), que tienen valor literario, tenemos valiosas interpretaciones del proceso revolucionario como "Escaramuza en las vísperas", polémica con Ramón Vasconcelos en la prensa de septiembre a diciembre de 1947.

La historia de la Enmienda Platt (1935) de Emilio Roig de Leuchsenring se reeditó en 1973. Los capítulos del XXII al XXVII examinan las relaciones Cuba-Estados Unidos en el machadato y en 1934. Quizás podría estimarse que algunos capítulos de la monumental investigación de Roig, se están rebasando; pero, la coherencia estructural, la acumulación de vastos conocimientos inherentes a esta ejemplar monografía antimperialista, determinan que la obra perviva esperando émulos. Aunque el descomunal esfuerzo personal que supone tal reto, haga pensar que la hazaña será labor de un colectivo.

Los testimonios, los artículos, los ensayos y las monografías de los combatientes, hechos después de 1959

Las reediciones han influido en que los combatientes se hayan propuesto o hayan accedido a colaborar con autores relatando sus vivencias o exponiendo interpretaciones de hechos y de personalidades históricas.

⁵ *Bufa subversiva* apareció en los días de la huelga de marzo de 1935. Pedraza, jefe de la policía habanera, secuestró la edición y sólo se salvaron un centenar de ejemplares. Es, por tanto, una rareza bibliográfica.

Gustavo Aldereguía (quien fundó el Instituto Julio Antonio Mella en la Universidad de la Habana, como tribuna de permanente homenaje a los mártires de la Revolución del 30), Sarah Pascual, Isidro Figueroa, Leonardo Fernández Sánchez, Ramón Nicolau, entre otros, han escrito artículos o han concedido entrevistas testimoniales, dignos de ser atendidos por los estudiosos.

Dos aportes de interés particular han sido los de Fabio Grobart y María Luisa Laffita. El primero ha contribuido, de modo decisivo, al esclarecimiento del proceso de creación del Primer Partido Comunista de Cuba y del desarrollo del movimiento obrero. Basta citar entre sus contribuciones "El movimiento obrero cubano de 1925 a 1933" (en la revista *Cuba Socialista*, agosto de 1966) y *Preguntas y respuestas sobre los años 30. Fabio Grobart en la Escuela de Historia* (folleto de 1974). La segunda ha cultivado la biografía de mártires, fundada en la interrelación de evocaciones familiares y de amigos, recuerdos propios y documentos. Además del acercamiento a *Juan Mariano González Rubiera* (1973), tiene *Dos héroes cubanos en el 5to. regimiento* (1980), en el que cuenta la vida de los revolucionarios Rodolfo de Armas y Moisés Raigorski, caídos heroicamente en los combates de la Guerra Civil Española después de luchar contra Machado. Carlos Rafael Rodríguez en el "Prólogo" a *Dos héroes...* ha señalado que en el homenaje de Laffita a figuras como estas resalta la continuidad histórica de la Revolución del 30 con las batallas antifascistas, expresión del internacionalismo de aquellos años (tema insuficientemente abordado en la historiografía cubana,⁶ pudiera agregarse).

Por el alto rango cualitativo de las mismas, hay que detenerse en dos obras esenciales para la historiografía del período: *El Ala Izquierda Estudiantil y su época* (1974) y *El fuego de la semilla en el surco* (1982).

El Ala... de Ladislao González Carbajal es uno de los libros escritos con más profesionalidad investigativa en estos veinticinco años. La interpretación del desarrollo de los movimientos estudiantiles en interconexión con todas las fuerzas políticas cubanas actuantes, se fundamenta en una información minuciosa y vasta (resultado del acopio de datos en materiales de la Biblioteca Nacional José Martí, del Archivo

⁶ No obstante, ha aparecido el documentado libro *Cuba y la defensa de la República Española, 1936-1939*. (Ciudad de La Habana, Editora política, 1981), hecho por el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba.

Nacional, del Archivo de la Universidad de la Habana y de colecciones particulares), cotejada con los recuerdos de varios participantes, entre los que se encuentra el propio autor, quien —por modestia— rehúye la tentación de ubicarse en un primer plano.

Entre los valores que resaltan en la monografía de González Carbajal está la tarea paciente y meticulosa de cruzar fuentes depurándolas, para apoyar el análisis en una información rigurosa por lo veraz. Este libro, por desgracia, no ha tenido la promoción, ni la exégesis historiográfica que la profesionalidad del empeño merece.

El fuego... de Raúl Roa es la biografía de Rubén Martínez Villena que quedó inconclusa por la enfermedad y muerte de su autor. Se trata de un libro tan original, tan novedoso, tan inusual en el género biográfico y (¿por qué no?) en las ciencias sociales cubanas, que requiere un extenso análisis (imposible en este tipo de aproximación). Al menos, se enumeran las razones de los objetivos de elogio.

Aunque Roa se propuso una biografía de Rubén como objetivo inicial, este propósito se rebasa porque en ese libro hay el intento (bastante logrado) de presentar la trayectoria de una generación de revolucionarios (estudiantes, intelectuales y obreros). Los problemas políticos, sociales, económicos y culturales más candentes, los contradictorios enfoques de los mismos, las divergencias tácticas y estratégicas (en algunos casos individuales y en otros colectivos) son recreados y enjuiciados por Roa, quien además los interpreta desde las experiencias y la madurez que le proporciona haber vivido todo el proceso hasta la revolución triunfante cuya consolidación ha implicado nuevas vivencias enriquecedoras para la comprensión de la gesta de 1930 y su significación en la historia nacional.

Roa funde el recuerdo personal con el de otros combatientes, con la revisión de casi todo lo publicado, con el acuerdo entusiasta ratificador de un juicio, o con la polémica respetuosa cuando discrepa. Es muy personal la forma en que depura las fuentes y en que valora los aportes de otros especialistas a los innumerables temas que aborda. Por otra parte, defiende sus criterios y recrea espiritualmente una época y enaltece figuras, en una de las prosas estilísticamente mejores de los últimos sesenta años.

Si exalto los valores artísticos de la prosa de Roa es porque hay en ella una lección, que podríamos asimilar todos los profesionales de las ciencias sociales.

La prosa barroca (quizás recargada en ciertos párrafos, contrastante de vocablos cultos y populares) de Roa, o la prosa sintética, sobria y elegante de Carlos Rafael (acaso emparentada con la de Enrique José Varona), pudieran constituir ejemplos (de acuerdo con los gustos personales) que ayudaran a que algunos trabajos de historiografía no fueran lecturas casi exclusivas de especialistas, aprendices de tales, de aficionados "estoicos", de estudiantes coyundeados por profesores—todos aburridos, semidurmientes, refunfuñantes ante la tarea hercúlea de leer sin disfrute— sino placer de un amplio público.

Ya se sabe que Roa y Carlos Rafael son buenos escritores, pero han llegado a serlo porque además de talento y de una cultura enciclopédica en ciencias sociales, hay en ambos una voluntad de ser amenos, de agradar para atraerse lectores, insisto en su realce porque creo que ciertas obras carecen del público suficiente al convertirse en una labor ciclópea pasar de las primeras páginas de lectura.

Julio Le Riverend y Juan Pérez de la Riva (1913-1976), estudiantes de bachillerato en el combate antimachadista y después autoridades con prestigio internacional en la historia y en la demografía respectivamente, también han aportado a la interpretación de la Revolución del 30.

En el ya citado artículo "La revolución del 33 y el nuevo giro histórico" (1971), Le Riverend medita sobre la irrupción de las masas, como fuerza decisiva en el acontecer político y señala su trascendencia para el proceso histórico que culmina con la victoria de 1959. Hay que lamentar que tan sugerente reflexión no haya sido recogida en libro y que el autor no la haya proseguido. Del mismo modo, en el ensayo "La década de los años 30 y el desarrollo de las ciencias sociales"⁷ (1980) examina y testimonia sobre las características de los libros, la filiación ideológica y los métodos en que se formó su generación. Este formidable ensayo tiene nexos indiscutibles con algunas de las preocupaciones de Roa en *El fuego de la semilla en el surco*. Ambos coinciden en la llamada de atención sobre la significación del enjuiciamiento de la génesis, la procedencia y el desarrollo del sistema de ideas en este período histórico.

⁷ Ponencia presentada al coloquio internacional "Los años treinta en Cuba", que se celebró en Francia en noviembre de 1980. Existe un folleto de la versión en español y traducida al francés en *Les années 30 à Cuba* (Editions L'Harmattan, París, 1982. p. 97-120).

Juan Pérez de la Riva estudia uno de los problemas de la fuerza de trabajo en "Cuba y la migración antillana 1900-1931"⁸ (escrito en 1975). La entrada de braceros para la industria azucarera, el impacto social, las leyes sobre los mismos hasta el triunfo revolucionario, son explicados en esta admirable monografía que todavía permanece sin émulos.

Los artículos, biografías, ensayos y monografías, realizados por la promoción de historiadores surgida después de 1959

En un anexo se presenta la relación no exhaustiva⁹ de trabajos que constituyen el centro de interés.

La revolución del 30, sus dos últimos años (1971) de José Tabares del Real y *La revolución del 33* (1977) de Lionel Soto, son las únicas monografías generales sobre el período. Aunque están separadas por seis años en cuanto a publicación, ambas se escribieron con la consulta de las fuentes existentes hasta 1971, puesto que Soto incluye la fecha en que cierra este esfuerzo recogido en tres tomos. Mientras Tabares termina el análisis después de la muerte heroica de Antonio Guiterras en El Morrillo, Soto finaliza el suyo con el golpe de estado del 15 de enero de 1934. Esta diferencia ilustra la naturaleza polémica prevaleciente en casi todo lo escrito sobre el tema. Al ampliarse las fuentes primarias y secundarias en el decursar de los años setenta, hay tópicos en ambas monografías que ya han sido rebasados por otras indagaciones.

Erasmus Dumpierre, Ana Núñez Machín, Nydia Sarabia, José A. Tabares del Real y Olga Cabrera¹⁰ han escrito biografías de figuras como Mella, Rubén, Floro Pérez y Antonio Guiterras. Quizás en la mayoría de ellas prima un desbalance estructural, en detrimento de la exposición de facetas inherentes a la trayectoria de la personalidad histórica; si se reimprimieran, de seguro contendrían modificaciones por el enriquecimiento de las fuentes.

⁸ PÉREZ DE LA RIVA, JUAN. "Cuba y la migración antillana 1900-1931", en *La república neocolonial. Anuario 2 de estudios cubanos*, Editorial de Ciencias Sociales, C. de la Habana, 1979, p. 4-75. En realidad este ensayo completa "Los recursos humanos de Cuba al comenzar el siglo: inmigración, economía y nacionalidad (1899-1906)", en *La república neocolonial. Anuario 1 de estudios cubanos* (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. p. 10-44).

⁹ Pido excusas por cualquier omisión, que ha sido involuntaria.

¹⁰ Víctor Casaus publicó *Pablo, con el filo de la hoja* (1983), pero se trata de un testimonio literario, de ahí que no se incluya.

En el anexo se enumeran por agrupaciones temáticas (y en orden cronológico dentro de las mismas) los artículos, ensayos y monografías. Entre las obras incluidas algunas sólo se ocupan de aspectos parciales; pero, de no optarse por un criterio flexible la cantidad hubiera sido exigua y se hubiera cometido el error de ignorar que en los tópicos específicos del período hay contribuciones.

Oscar Pino Santos¹¹ ratifica su oficio como historiador en el artículo "El caso Machado", que marca derroteros sobre la necesidad del examen de los intereses económicos individuales que representaban los políticos en la república neocolonial.

La mayoría de los autores consignados en este anexo se encuentran en fase de formación o en niveles diferentes de desarrollo (en dependencia de la edad, talento y tipo de trabajo), por lo que los resultados alcanzados son parciales, sujetos a las necesarias rectificaciones derivadas de otros aportes o del propio avance en el tema.

La insuficiente preparación metodológica, el autodidactismo sin orientación actualizada y sistemática, la inexperiencia, entre otros elementos, han influido en algunas de las insuficiencias que pudieran valorarse en algunos trabajos y que pudieran ser: ausencia de fondos de consulta imprescindibles a la naturaleza del tema, carencia del rigor necesario en la depuración de fuentes, construcciones de tesis fundadas en la especulación y demasiado "globales", abuso de documentos y cifras (ya en citas, en cuadros y/o en anexos) sin la adecuada interpretación de los mismos, análisis muy restringidos en olvido de las interrelaciones con otros fenómenos sociales, políticos, económicos, culturales, etcétera, que la propia documentación evidencia.

La historiografía sobre el período, y acaso de toda la república neocolonial, ha carecido de una planificación científica. Cada cual, con entusiasmo y pasión, se ha lanzado por la parcela que más le interesaba y en el camino ha descubierto los "baches". No hay experiencia más instructiva que la revisión del fichero de Historia de Cuba de la Biblioteca Nacional José Martí, para descubrir que no existen monografías actualizadas sobre los gobiernos de Tomás Estrada Palma, Mario García Menocal y Alfredo Zayas; que todavía somos deudores en exce-

¹¹ Aunque Oscar Pino Santos era un periodista conocido antes de 1959, su obra historiográfica (muy valiosa por los aportes a la comprensión de la dependencia neocolonial de Estados Unidos) pertenece a estos veinticinco años. Es uno de los más brillantes representantes de la primera promoción de historiadores surgidos con la Revolución.

so de *La crónica cubana* de León Primelles; que no se han examinado de modo específico los partidos políticos; que no se dispone de una cronología decorosa para algunos momentos de los más de cincuenta años de república neocolonial.

Las insuficiencias de nuestro desarrollo historiográfico no presuponen que en las investigaciones sobre la Revolución del 30, "el primer 'ensayo general' de la toma del poder del pueblo" —citando de nuevo a Le Riverend— no haya avances modestos en comparación con lo hecho antes de 1959 (que ciertamente era escaso). En la interacción de los cuatro tópicos enjuiciados se demuestra que no puede hablarse de una *tabula rasa* y que en lo publicado hay aportes que serán simiente para el salto cualitativo previsible de la historiografía sobre la república neocolonial y dentro de ella la especializada en la Revolución del 30.

Quizás la conciencia de nuestras manquedades y la ponderación objetiva de los aportes parciales, funcionen como el estímulo mejor para que en los próximos años la Revolución del 30, el antecedente fallido de la gesta abierta por el Asalto al Cuartel Moncada (la carga contra los bribones que pedía Rubén Martínez Villena) tenga un saldo historiográfico superior al de este incompleto balance.

ANEXO

Monografías generales del período: José A. Tabares del Real: *La revolución del 30, sus dos últimos años* (1971 la primera edición, 1973 la segunda); Lionel Soto: *La revolución del 33*, tres tomos (1977).

Biografías: Erasmo Dumpierre: *Mella* (1965); Ana Núñez Machín: *Rubén Martínez Villena* (1971 la primera edición, 1974 la segunda); Nydia Sarabia: *Floro Pérez; biografía de un revolucionario* (1972); José A. Tabares del Real: *Guiteras* (1973); Olga Cabrera: *Guiteras, la época, el hombre* (1974).

Artículos y ensayos económicos y demográficos: Francisco López Segrera: "La economía política en la república neocolonial (1902-1932)", en *La república neocolonial. Anuario 1 de estudios cubanos* (1975); "Algunos aspectos de la industria azucarera cubana (1925-1937)", en *La república neocolonial. Anuario 2 de estudios cubanos* (1979); Oscar Zanetti: "El comercio exterior de la república neocolonial".

en ...*Anuario 1*; "1929: la crisis cubana y la crisis mundial", en *Santiago* (49): 173-174; ene-abr., 1983, Rodolfo Sarracino: "Los asesores yanquis y la reforma tributaria en la década del 30", en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 69 (3): 131-148; sep. dic., 1978; Departamento de Historia de Cuba de la Universidad de la Habana: "La crise des années 30 à Cuba et les alternatives proposées par les divers secteurs politiques", en *Les années trente à Cuba* (1982).

Artículos, ensayos y monografías sobre figuras, instituciones, partidos y movimientos políticos: Ana Cairo: *El movimiento de veteranos y patriotas* (1976); Joel James Figarola: *Cuba 1900-1928: la república dividida contra sí* (1976); Ramón de Armas: "Esquema para un análisis de los partidos políticos burgueses en Cuba: en relación con los dos principales sectores de la burguesía cubana (1899-1925)", en *Santiago* (29): 143-193, marzo 1978; "Notes sur quelques aspects du nationalisme bourgeois pendant les années 20 et 30 à Cuba", en *Les années...*; Oscar Pino Santos: "El caso Machado", en ...*Anuario 2...*; Maricela Mateo: "El ABC como opción reformista burguesa en la política neocolonial cubana", en ...*Anuario 2*; Josefina Meza: "Apuntes para un estudio del pensamiento político de Rubén Martínez Villena", en ...*Anuario 2*; Federico Chang: *El ejército nacional en la república neocolonial: 1899-1933* (1981); Olga Cabrera: "Deux figures de la révolution des années 1930: J. A. Mella et A. Guiteras", en *Les années...*; Pedro P. Rodríguez: "La pensée nationale bourgeoise pendant les premières années de la République. Les cas José Comallonga". En *Les années...*; "Rubén Martínez Villena: el marxismo entra en el pensamiento económico cubano", en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 75 (2): 41-63 mayo-agosto, 1984.

Artículos, ensayos y monografías sobre el movimiento estudiantil: Ilia Villar: "Límites y posibilidades del movimiento estudiantil en los años 30", en *Pensamiento Crítico* (51): 77-99 abril, 1971; Juan A. Sánchez Bermúdez: "El 30 de septiembre de 1930", en *Islas* (Universidad central de las Villas) (49): [95] — 110, Sep.- Dic. 1974; Niurka Pérez Rojas: *El movimiento estudiantil de 1934 a 1940* (1975).

Ensayos y monografías sobre el movimiento obrero: Carlos del Toro: *Algunos aspectos económicos, políticos y sociales del*

movimiento obrero cubano (1933-1958) (1974); "La fundación de la primera central sindical nacional de los trabajadores cubanos", en ...Anuario 2; Augusto García Garcés "El desarrollo del movimiento obrero en el período 1930-1933", en Les années...

CAMILO SEÑOR DE LA VANGUARDIA

William Gálvez

NUESTRA HISTORIA



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES. LA HABANA, 1979

El testimonio: su divulgación en Cuba revolucionaria

ALEJANDRO GARCÍA ÁLVAREZ

La Ciencia Histórica tiene un objeto de estudio complejo y extenso: el proceso de desarrollo de la sociedad en sus múltiples formas concretas. Se consideran como cuestiones inherentes al mismo, su sujeción a leyes, y la acción transformadora que ejerce el hombre sobre el medio y sobre sí mismo. De la actividad social de éste se deriva una gran diversidad de realizaciones materiales y espirituales que la reflejan de manera más o menos directa y que conceptualmente se conocen como fuentes históricas. Dentro del variado conjunto de las mismas, el testimonio, en su forma oral o escrita, es una de las más antiguas formas de transmitir información acerca del pasado. De relatos y descripciones comunicados por testigos y participantes proviene una gran parte de los datos utilizados en algunas de las más conocidas obras de la historiografía clásica grecorromana. También ciertos aspectos de la historia de la América Latina, sobre todo los relativos a los períodos de la conquista y la colonia, han sido alcanzados por el saber histórico en dependencia casi exclusiva del testimonio y la tradición orales. Es por ello que de modo general puede admitirse que los historiadores de todos los tiempos han aprovechado en diverso grado y a la vez con reiteración, los datos suministrados por testigos y participantes en los hechos del pasado.

En Cuba, el empleo de información testimonial para el estudio de la historia nacional hubo de concentrarse tradicionalmente en el tema de la extensa guerra librada por los cubanos contra el dominio colonial español. Algunos de sus protagonistas supieron expresar mediante crónicas, relatos y diarios de campaña, sus testimonios, tanto de carácter autobiográfico como sobre episodios particulares de dicha epopeya. En otros casos, dichos testimonios han contribuido al conocimiento de la trayectoria política y militar de las más significativas personalidades que en ella desplegaron su acción dirigente. Obras como el *Diario de campaña* del General Máximo Gómez

(La Habana, Instituto del Libro, 1969) vieron la luz por vez primera después del triunfo de la Revolución, mientras que otras obras, también portadoras de elementos testimoniales, como *La Revolución de Yara*, de Fernando Figueredo Socarrás (La Habana, Instituto del Libro, 1968) y *Crónicas de la Guerra*, de José Miró Argenter (La Habana, Instituto del Libro, 1970) fueron reeditadas después de más de medio siglo de haber sido publicadas por vez primera.

Sin embargo, para el logro de un conocimiento histórico más completo del hecho colectivo que constituyó la gesta independentista y su reflejo en las masas de combatientes y pueblo en general, hubiera sido preciso disponer del testimonio de los soldados veteranos de nuestra Guerra de Independencia que, sin embargo, estuvo limitado a una minoría culturalmente preparada como para dejar plasmado por escrito su testimonio vital. De modo similar, el testimonio clasista de la masa de esclavos y libertos sobrevivientes a su antigua condición social, también quedó sumido en la oscuridad de los tiempos. El embrutecedor analfabetismo y la falta de medios técnicos adecuados eclipsó para siempre la eventualidad de disponer de las narraciones personales de la masa mambisa o las vivencias de africanos y criollos sometidos al trabajo forzado de las plantaciones. Como excepcionales testimonios sólo han llegado hasta nuestros días, la memoria autobiográfica del poeta esclavo Francisco Manzano (*Autobiografía*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972) y la obra creada por Miguel Barnet a partir del testimonio del ex esclavo Esteban Montejo (*Memorias de un cimarrón*. La Habana, Instituto de Etnología y Folklore de la Academia de Ciencias de Cuba, 1966).

Afortunadamente, el estudio de la historia más reciente se ha visto favorecido por una especial circunstancia: desde hace casi tres décadas se ha operado una verdadera revolución en los medios técnicos de registro y conservación de los sonidos, al ser sustituido el tradicional disco de placa por la cinta magnetofónica. Esta invención originó el destierro casi absoluto de los distintos sistemas taquigráficos empleados para el registro y elaboración de las versiones oficiales de discursos, declaraciones y entrevistas de prensa. El posterior perfeccionamiento de este sistema condujo a la construcción de equipos reproductores de gran ligereza, fidelidad, autonomía y fácil operación. Su calidad como medio de registro de información oral, de amplias posibilidades para su clasificación y conservación, puso en evidencia sus amplias perspectivas para la investigación. Su empleo generalizado contribuyó de modo de-

terminante al surgimiento de una nueva concepción en el empleo del testimonio oral, especialmente en el campo de las investigaciones sociológicas e históricas.

En Cuba, el triunfo revolucionario de enero de 1959 coincidió con la etapa de incremento general de los medios de comunicación a escala mundial, lo cual se tradujo en el predominio de las formas de comunicación oral y el auge de las nuevas técnicas para el registro de este tipo de información. Súbitamente las masas anónimas de nuestro país, en infinidad de casos relegadas a la marginalidad de la vida en las montañas y llanos, pueblos o ciudades, y en otros casos reducidas al heroico anonimato de la lucha guerrillera o la clandestinidad urbana, emergieron vigorosamente como protagonistas activos del quehacer histórico. Campesinos, obreros, estudiantes, héroes del pueblo hasta entonces desconocidos, comenzaron a revelar sus papeles estratégicos en los hechos acaecidos antes de 1959.

La coincidencia de las nuevas condiciones políticas y sociales con los avances técnico-materiales, estimuló el sostenido aprovechamiento de las fuentes orales para el conocimiento del pasado más reciente, pero también del propio presente, al cual la intensa dinámica revolucionaria convierte rápidamente en pasado. Es por ello que la Revolución ha estimulado la actividad encaminada al rescate de testimonios, aún cuando estos no hallan estado siempre destinados a su publicación inmediata. No obstante, la inclusión del testimonio como un género específico en casi todos los concursos de Historia y Literatura que se convocan en Cuba, ha devenido en importante estímulo para la captación y publicación de obras testimoniales.

La publicación de testimonios en Cuba, después del Primero de Enero de 1959, ha sido singularmente profusa. Puede afirmarse que durante los primeros años de la década del sesenta, el testimonio fue sobre todo una constante en la prensa cubana. Periódicos y revistas aportaron los primeros elementos testimoniales para el conocimiento de los hechos insurreccionales u otros temas específicos de carácter social o político, sin que aparecieran de inmediato trabajos de mayor extensión. Una labor publicística relevante fue desplegada en este sentido por las revistas *Bohemia*, *Verde Olivo* y *Moncada*, las cuales ofrecieron testimonios periodísticos de valor definitivo. Sin embargo, la primera obra testimonial de envergadura no apareció hasta 1963; se trata nada menos que del testimonio del Guerrillero Heroico, Ernesto (*Che*) Guevara (*Pasajes*

de la Guerra Revolucionaria. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1963). En su prólogo el autor hace una invitación a los combatientes de la gesta revolucionaria para: "dejar constancia de sus recuerdos para incorporarlos y completar mejor la historia"...¹

La publicación de obras de testimonio durante la etapa revolucionaria no se ha limitado en modo alguno al tema de la guerra revolucionaria, sino que sus temáticas se extienden en diversas direcciones que rebasan, además, los marcos estrictamente nacionales. Ellas incluyen trabajos de gran valor para el conocimiento de particularidades tanto políticas y sociales, como aspectos etnológicos de otros pueblos, tales son obras como la autobiografía del escritor argelino Malek Bennabi-*Memorias de un testigo del siglo*, (La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1982), y la de Juan Hernández Machado sobre la opresión racial en el cono sur africano (*El apartheid: una caracterización del imperialismo*. La Habana, Unión de Esde Escritores y Artistas de Cuba, 1979). Pero el acento fundamental de nuestras publicaciones testimoniales durante los últimos veinte años ha sido puesto sobre todo en cuatro temáticas de especial interés, ellas son:

a) El tema de la lucha insurreccional llevada a cabo por los cubanos, desde su inicio el 26 de julio de 1953, hasta el triunfo definitivo el primero de enero de 1959.

b) La tarea de edificación de la sociedad socialista, en toda la pluralidad de actividades que ello significa, incluyendo la defensa de la Revolución frente a las agresiones de la contrarrevolución y el imperialismo.

c) La lucha de los pueblos de la América Latina por cambiar el destino adverso trazado por el imperialismo norteamericano.

d) La temática social cubana durante el período neocolonial, asunto que ha sido objeto de tratamiento en obras específicas, pero que también es abordado en los testimonios sobre la lucha insurreccional.

La publicación de testimonios por parte de las editoriales cubanas puede ser calificada de abundante, aún cuando no se

¹ GUEVARA, ERNESTO. "Pasajes de la guerra revolucionaria". (En: *Obras 1957-1967*. La Habana, Casa de las Américas, 1970. p. 188.)

tuvieran en cuenta las innumerables declaraciones vertidas en nuestros órganos de prensa, desde el Primero de Enero hasta la fecha. Si se toman en consideración exclusivamente aquellos trabajos de mayor extensión publicados individualmente, el número de obras de este tipo publicadas en los últimos veinte años se aproxima al centenar. Esto implica un promedio de cinco obras anuales que desde luego, no refleja exactamente el ritmo editorial verdadero. Dicho ritmo sólo comenzó a acelerarse entre 1968 y 1970, para incrementarse significativamente durante la década del setenta y alcanzar su intensidad mayor durante el último quinquenio. En este progresivo auge han jugado un estimulante papel los concursos convocados por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Casa de las Américas y Ministerio de las Fuerzas Armadas, por sólo mencionar algunos de los más importantes, cuyos premios incluyen la publicación de las obras seleccionadas.

A modo de ilustración y de forma un tanto aleatoria, puede intentarse una referencia a la labor de las editoriales cubanas en materia de testimonios, teniendo en cuenta la pertenencia de cada una de las obras a las temáticas anteriormente mencionadas.

a) *El tema de la lucha insurreccional.* La carencia de una base de fuentes escritas, especialmente documentales, en un grado lo suficientemente amplio como para alcanzar el establecimiento de los hechos históricos relativos a la lucha guerrillera en las montañas o la clandestinidad urbana, constituye hasta cierto punto un problema común a todo proceso armado de liberación nacional, a toda confrontación clasista de similar carácter, a toda revolución. Esta circunstancia hizo necesario que desde el triunfo de la Revolución, nuestros periodistas primero y después nuestros escritores, historiadores y sociólogos apelaran reiteradamente al testimonio oral con el fin de lograr la urgente reconstrucción del pasado que demandaban nuestras masas, ávidas de conocer los detalles del proceso insurreccional. Los testimonios publicados en nuestros diarios y revistas llenaron esta función inmediatamente, hasta que en 1963 apareció la obra del Comandante Ernesto (*Che*) Guevara. Pero fue en 1967 cuando apareció la primera obra de testimonio colectivo, precisamente sobre el hecho que marcó el inicio del proceso insurreccional: el asalto al cuartel Moncada. En esta obra pionera, *Los testigos del hospital; 26 de Julio del 53* (La Habana, Ediciones Granma, 1967), la periodista Marta Rojas reproduce los testimonios de una docena de alumnos in-

ternos de enfermería, enfermos y sus acompañantes, y trabajadores del hospital Saturnino Lora, de Santiago de Cuba, acerca de la presencia de los acusados por los hechos del Moncada, catorce años después de ocurridos los mismos. En este temprano trabajo, la autora, sin alterar la unidad requerida, supo conservar tanto los contenidos como las formas de los testimonios.

El tema del asalto al cuartel Moncada ha sido también objeto de trabajos de compilación testimonial por parte de la Dirección Política del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Los mismos fueron en gran medida elaborados a partir de testimonios publicados en los primeros años de la Revolución, por la prensa de la época. Sus títulos son: *Moncada: antecedentes y preparativos* (La Habana, Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, 1972) y *Moncada: la acción* (La Habana, Editora Política, 1981).

Otros hechos y circunstancias relativas a la lucha guerrillera han originado testimonios de singular valor, tales como *7RR, la historia de Radio Rebelde* (La Habana, Ciencias Sociales, 1978) de Ricardo Martínez Vítores y *Bajando del Escambray* (La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1976), del combatiente Enriquez Rodríguez Loeches.

De singular mérito por la calidad de los testimonios que contiene y el estudio documental complementario a los mismos, es la obra del comandante William Gálvez, *Salida 19: operación comando*, (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1982). En la misma se aborda un crucial momento de la lucha insurreccional: desde el alzamiento del 30 de noviembre en Santiago de Cuba y el desembarco del Granma, hasta las llamadas Pascuas Sangrientas de 1956. La obra llena cabalmente el objetivo de transmitir a las nuevas generaciones la experiencia histórica del pueblo, mediante el conocimiento de las acciones revolucionarias.

Un excepcional aporte testimonial basado en el diario de campaña de un oficial del ejército de la tiranía que posteriormente devino en colaborante del Ejército Rebelde, lo constituye *La batalla del Jigüe*, publicado por la editorial Letras Cubanas, en 1979. Uno de sus méritos fundamentales consiste en que aún conserva los puntos de vista que en el momento de los hechos integraban la concepción de un oficial de academia de la época.

Las biografías de algunas personalidades ligadas estrechamente al proceso insurreccional cubano han sido también logradas mediante la utilización de testimonios, en trabajos de

la calidad de *El jefe del pelotón suicida*, de Larry Morales (La Habana, Ediciones Unión, 1979), en él se aborda la biografía de Roberto Rodríguez Fernández, *El Vaquerito*, utilizando alrededor de sesenta testimonios de personas vinculadas al biografado en las diferentes etapas de su vida. De similares características es la obra sobre la vida del Guerrillero Heroico Ernesto Guevara, titulada *Con la adarga al brazo* (La Habana, Editora Política, 1983) y realizada por Mariano Rodríguez Herrera. Otras obras de carácter biográfico sobre figuras de la Insurrección son: *Testimonios sobre Frank País*, de Daysi Rubiera (Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1978); *Marcelo Salado* (La Habana, Editora Política, 1982) y *Lydia la mensajera*, de Nereida Barceló, (Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1980). En *De cómo los hombres se acercaron al sol*, de Mayda Ochoa, (La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1976) se expone el testimonio personal de un campesino de la Sierra Maestra que expresa el proceso de toma de conciencia del mismo con respecto al desembarco del Granma y la lucha de los expedicionarios, lo cual culmina con su incorporación a las filas del Ejército Rebelde.²

b) *La edificación de la sociedad socialista y la defensa de la Revolución*. Los trascendentales acontecimientos vividos por el pueblo cubano después de 1959, en relación con la edificación del tipo de sociedad por la que libremente ha optado y la lucha por defender la soberanía e independencia nacionales frente a las agresiones del imperialismo norteamericano, constituyen relevantes experiencias que se conservan fielmente en la memoria popular. Tanto las sistemáticas tareas productivas realizadas por nuestros estudiantes como los cortes manuales de caña de azúcar efectuados por los obreros cubanos, o las masivas tareas de la alfabetización y el llevar los servicios médicos a la población rural, unido a los testimonios relativos a la lucha contra las agresiones externas sufridas, resistidas y vencidas por el pueblo cubano, han quedado fijadas en la memoria colectiva para convertirse posteriormente en valiosos testimonios.

Quizás uno de los hechos más ampliamente reflejados en las obras de testimonio publicadas en Cuba lo constituya la agresión y derrota de los mercenarios que desembarcaron por

² Las obras citadas en modo alguno alcanzan a reflejar la abundancia de testimonios publicados en Cuba a partir del triunfo de la Revolución. La omisión es especialmente notable en el caso de la prensa periódica, cuyos aportes no han sido considerados en este trabajo.

Playa Girón, en 1961. Obras de la relevancia de *Girón en la memoria*, de Víctor Casaus (La Habana, Casa de las Américas, 1970); *En el punto rojo de mi kolimador*, de Alvaro Prenches (La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1974) y *La prueba del fuego*, de Leonor Casamichana (La Habana, Editorial Orbe, 1977), aportan una gran riqueza informativa y vivencias de nuestro pueblo en torno a tan trascendental acontecimiento. Del mismo modo, la lucha frente a la contrarrevolución armada en el interior del país, encontró entre otras, en la obra de Raúl González de Cascorro, *Aquí se habla de combatientes y bandidos* (La Habana, Casa de las Américas, 1975), la expresión colectiva, tanto de los combatientes revolucionarios, como la de los familiares e hijos de las víctimas y la de los propios bandidos, ex bandidos y colaboradores de la contrarrevolución.

Un variadísimo conjunto de testimonios sobre hechos con trarrevolucionarios de implicaciones nacionales e internacionales, hechos delictivos y conductas antisociales ha sido recogido por las obras *Varios testimonios policiales*, de Juan Carlos Fernández (La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1980) y *La leyenda de lo cotidiano*, de Jesús Hernández Pérez (La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1983). Ambas obras, de similar estructura, parten de una amplia gama de experiencias vividas por los combatientes del MININT a lo largo del proceso revolucionario y, aunque una buena parte de ellos procede de testimonios publicados anteriormente en la revista *Moncada*, también contienen elementos procedentes de declaraciones conservadas en los archivos del Ministerio del Interior de Cuba.

De no menor interés resultan otras obras de testimonio logradas a partir del quehacer de combatientes, alfabetizadores, estudiantes, médicos y obreros, en el desarrollo de sus labores cotidianas. Ejemplo de ello lo son *Los guardafronteras*, de Enrique Cirules (La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1983) y *En el hocico del caimán: recuerdos del servicio médico rural*, de Alipio Rodríguez Rivera (La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1982).

c) *La lucha de los pueblos de la América Latina por cambiar sus destinos*. Tanto por razones de solidaridad continental revolucionaria e historia común, como por factores de comunidad cultural, los problemas relativos a los pueblos de América Latina han sido objeto de atención específica por parte de las instituciones cubanas. Es por ello que nuestras editoras se han hecho eco de los testimonios individuales y colectivos de quienes luchan en defensa de la soberanía nacional en cada rincón

de la América Latina y así divulgar entre las masas los trabajos fundamentales para el conocimiento de los procesos sociales y políticos de nuestro continente. Desde la publicación de *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh (La Habana, Casa de las Américas, 1970), donde se ofrecen detallados testimonios sobre los primeros fusilamientos clandestinos practicados en Argentina, pasando por *Los subversivos*, de Antonio Caso (La Habana, Casa de las Américas, 1973), que trata aspectos de la lucha insurreccional armada del pueblo brasileño entre 1968 y 1970, hasta algunas obras más recientes como *Días de la selva*, de Mario Payeras (La Habana, Casa de las Américas, 1981), sobre la implantación de guerrillas populares en Guatemala, entre 1972 y 1976, y otras obras más,³ la temática latinoamericana ha sido especialmente favorecida con la publicación de testimonios provenientes de la experiencia personal de los autores o la resultante de una labor personal de registro testimonial, a partir de una experiencia colectiva. En este sentido se hace necesario mencionar dos obras que pueden ser consideradas como ejemplos relevantes de cada caso. En lo relativo al testimonio individual se impone una referencia a la magnífica obra elaborada por el comandante de la Revolución Nicaragüense, Omar Cabezas, titulada *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (La Habana, Casa de las Américas, 1982), en la cual las experiencias de un revolucionario activo, dirigente en la difícil y alterna lucha en la ciudad y en las montañas, ofrecen un exhuberante testimonio revolucionario en el marco de la guerra liberadora del pueblo nicaragüense. Como obra de testimonio colectivo de compleja elaboración, a causa de la diversidad de fuentes que utiliza y la exhaustividad con que se aborda el objeto de estudio, se impone el mencionar la relevante obra testimonial elaborada por Arturo Alape, titulada *El bogotazo: memorias del olvido* (La Habana, Casa de las Américas, 1983).⁴

³ Otras obras notables sobre esta temática son: GILDE, MARÍA ESTHER. *La guerrilla tupamara*. La Habana, Casa de las Américas, 1970; GRIECO, FILOMENA. *Un grano de mostaza; el despertar de la revolución brasileña*. La Habana, Casa de las Américas, 1972 y *Uruguay, viernes 14 de abril de 1972*. La Habana, Casa de las Américas, 1973.

⁴ Aún cuando no se corresponda en todos sus aspectos con la temática definida, es difícil omitir en ella la mención de la obra *Contra viento y marea*, elaborada por el Grupo Areíto (La Habana, Casa de las Américas, 1978), a partir de los testimonios de jóvenes nacidos en Cuba y trasladados a los Estados Unidos después del triunfo de la Revolución.

d) *La temática social durante la neocolonia.* Las particularidades del proceso histórico social cubano ofrecen ribetes de gran interés, especialmente por la afinidad que pueden mostrar para el estudio de problemáticas comunes en otros países. Asuntos tales como los relativos a las condiciones específicas de la producción, la inmigración o las peculiaridades de la vida social, urbana o rural, proporcionan un sin número de temáticas cuyo tratamiento puede ser abordado mediante el empleo de testimonios. Tales cuestiones han sido indirectamente tratadas en la mayor parte de los testimonios que se han publicado acerca del proceso insurreccional cubano, pero de manera especial han constituido el objeto de estudio de un nutrido grupo de obras relevantes; algunas de ellas informan sobre distintos aspectos de la situación prevaleciente durante las tres primeras décadas de vida republicana, como *La fiesta de los tiburones*, de Reynaldo González (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978) y en cierta medida la obra testimonial de René Méndez Capote, *Por el ojo de la cerradura* (1981), *Amables figuras del pasado* (1981) y *Memorias de una cubanita que nació con el siglo* (1964). Pero en términos generales, la labor de creación y el trabajo editorial desplegado durante la etapa revolucionaria, sobre la temática de la vida social durante la neocolonia, ha sido notable y diversa. De aquí el que pueda contarse con obras testimoniales que muestren aspectos muy particulares de la vida social republicana, tales como *Amparo, millo y azucenas*, de Jorge Calderón (La Habana, Casa de las Américas, 1970), en la cual, mediante el testimonio de un informante, se abordan problemas relativos a la vida material y la lucha social en el insalubre y desaparecido barrio habanero de Las Yaguas, e incluye elementos sobre la vida interior y ancestros culturales de la informante. De similar interés es la obra de Rigoberto Cruz Díaz, *Muy buenas noches señoras y señores* (La Habana, Casa de las Américas, 1972), en ella se abordan las condiciones de vida de una familia circense, en las precarias condiciones de la neocolonia.

En lo relativo a la vida de los obreros y campesinos, cabe mencionar *MINAZ-608-Coloquios sobre el despegue*, de Roberto Branly (La Habana, Unión de Escritores y Artistas, 1973), la cual une al interés histórico social del testimonio, el rescate de los valores lingüísticos del lenguaje popular. Esta singular obra también incorpora a su texto muchos elementos provenientes de la tradición oral conservada por los campesinos de un central de la provincia de Holguín. *Memoria amarga del azúcar*, de Ana Nuñez Machín (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1981),

ofrece también una recopilación de testimonios de los obreros de nuestra fundamental industria, pero se destina sobre todo a recoger los recuerdos referentes a los anhelos del trabajador humilde durante la etapa neocolonial. Se trata de pequeñas autobiografías de gente que laboró durante medio siglo en la industria azucarera.

La memoria elaborada por Alvaro Prendes, titulada *Piloto de guerra: crónicas de un aviador* (La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba 1982), proporciona un rico testimonio sobre la formación y las condiciones de vida de un piloto militar en Cuba, antes del triunfo de la Revolución y aporta elementos de importancia para el conocimiento del clima político prevaleciente en el seno de las fuerzas armadas de la tiranía de Batista.

A modo de conclusión cabe mencionar tres trabajos de temática homogénea: dos de ellos constituyen testimonios individuales pero el otro ha sido elaborado sobre la base de un conjunto de testimonios. En los tres casos la temática neocolonial ha sido abordada a partir del testimonio de inmigrantes que habían ingresado al suelo nacional desde varias décadas antes. El más antiguo de ellos es el testimonio de un inmigrante norteamericano, pero no se trata del funcionario de una transnacional, sino de un modesto cultivador de cítricos establecido en el villorrio llamado pomposamente La Gloria City. La obra de Enrique Cirules *Conversación con el último americano* (La Habana, F.A.R., 1973), pone en evidencia las condiciones de vida que alcanzaban los incautos norteamericanos y suecos inmigrantes, en la "tierra prometida" que adquirirían de la geófaga Cuban Land Co., en el curso de las primeras décadas de este siglo, y al mismo tiempo describe el proceso de decadencia que sufrió aquel intento colonizador.

Con *Gallego* (La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1983) el escritor Miguel Barnet incursiona en la sociedad cubana pre-revolucionaria a través de la óptica de un inmigrante español de escasos recursos y expone su lucha por la subsistencia y adaptación al medio social extraño. El tema del inmigrante gallego ha sido también tratado por Xosé Neira, pero desde el ángulo de los participantes de una específica actividad laboral: la pesca. En su obra *Gallegos en el golfo de México* (La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1983), han quedado plasmados los testimonios de un buen número de inmigrantes que se dedicaron durante años a la pesca en aguas del Golfo de

México; ellos fueron hasta cierto punto los precursores de nuestra moderna y capaz flota pesquera.⁵

Como este breve bosquejo ha sugerido una clasificación temática provisional de las obras de testimonio publicadas por las editoras cubanas después del triunfo de la Revolución, y al mismo tiempo ofrece los resultados de una selección apresurada de los mismos, sus insuficiencias en ambos sentidos pueden ser admitidas *a priori*. En consecuencia, la posibilidad de haber incurrido en omisiones importantes ha sido un riesgo aceptado. A los autores de los títulos relevantes omitidos en estas cuartillas, nuestras excusas.

⁵ Algunos testimonios sobre la vida social de la neocolonia que no aparecen mencionados directamente en el texto son: GARCÍA ALONSO, AIDA. *Manuela la mexicana*. La Habana, Casa de las Américas, 1968; GARCÍA SUÁREZ, ANDRÉS. *Los fundadores relatan su historia*. La Habana, Dpto. de Orientación Revolucionaria del C.C. del P.C.C., 1975 (Concurso Primero de Enero); CRUZ DÍAZ, RIGOBERTO. *Guantánamo Bay*. Santiago de Cuba. Editorial Oriente, 1977; MOREJÓN, NANCY y CARMEN GONCE. *Lengua de pájaro; comentarios reales, monografía histórica*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970.

La historiografía cubana acerca del período 1510-1868 en XXV años de Revolución

OLGA PORTUONDO ZÚÑIGA

Cuando se me dió la responsabilidad de valorar la historiografía cubana acerca del período 1510-1868, publicada en los XXV años de Revolución, me asaltó la preocupación por el compromiso que asumía al referirme a un tema difícil para quien, como yo, apenas si comienza en la investigación histórica. Mas, como de lo que se trata es de que todos colaboremos en echar un vistazo a la historiografía de este cuarto de siglo, con el encomiable objetivo de hacerla avanzar, analizando nuestros desaciertos y nuestros éxitos, creo que ustedes sabrán perdonar mi osadía y saldrán al paso a mis equivocaciones.

El período que nos atañe abarca tres siglos y medio: primero la conquista y luego una larga etapa de colonización española. No ocultamos que este lapso responde a un lento proceso de devenir. Los últimos cien años de la historia de Cuba han sido fructíferos en el desarrollo de nuestro país, en el fortalecimiento de la patria como entidad reconocida, en la consolidación de su independencia y libertad. Es verdad que en aquellos 358 años éramos una colonia cuya historia quedaba comprometida con la Metrópoli, que integrábamos sus posesiones ultramarinas y que dependíamos en la economía y la política de las decisiones de la monarquía española. ¿Es todo esto lo que justifica el poco interés de la mayoría de los historiadores por esta etapa de *nuestra historia*?...

Al hacer un balance del tratamiento dado a lo ocurrido entre 1510 y 1868 por parte de la historiografía republicana, comprobaremos que deja mucho que desear en cantidad y calidad. Los historiadores burgueses se recrearon en la exaltación de hombres y hechos históricos posteriores a 1868; es decir, desde el momento en que se produce la apoteosis de la nacionalidad.

Carlos Rafael Rodríguez, en su valioso trabajo "El marxismo y la historia de Cuba", nos define de manera magistral esta actitud, válida aún hasta 1959:

Los primeros años de Cuba independiente, en efecto, fueron de presentación epopéyica e indiscriminada de nuestro pasado. En un afán de legitimar nuestra condición de pueblo libre y de afirmar la personalidad y el prestigio histórico del cubano, los historiadores de esa primera época como sus antecesores que escribían en el instante de lucha activa contra el coloniaje, pusieron todo empeño en el engrandecimiento de las figuras, los hechos y las actitudes cubanas.

La historia de Cuba fue escribiéndose así en un tono meramente apologético.¹

Romántica interpretación de nuestra historia, llena de añoranzas por un pasado de luchas libertarias, y un angustioso sentimiento de desesperanza en las responsabilidades del futuro.² Esta "teoría de la impotencia" era el traspasado ideológico de nuestra burguesía neocolonialista, transmitida al pueblo mediante la pretendida educación patriótica.

Moreno Friginals nos dice:

...creo que hay una absoluta continuidad entre este reformismo castrado y anexionista de los años 60, que se llamaba autonomismo en el año 68, que son los hombres que proclamaban la República autonómica de Cuba con Weyler, y que al final de la guerra y con la intervención norteamericana se convierten en gobierno todos ellos, y llegan hasta 1959. Y que han ido tratando de formar el pensamiento de la nación y además creando una historiografía *ad hoc* a este movimiento.³

¹ RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL. "El marxismo y la historia de Cuba". *Cuadernos de Historia*. (La Habana) (1): 4; 1963.

² Vid. PLASENCIA, ALEIDA. "Panorama de la historiografía cubana de 1959 a 1967". *Universidad de La Habana*. (La Habana) (186-188):91; julio-diciembre 1967; PORTUONDO, JOSÉ A. "Hacia una nueva historia de Cuba". *Cuba Socialista*. (La Habana) 3(24):32; agosto 1963.

³ IBARRA, JORGE, MANUEL MORENO FRAGINALS Y OSCAR PINO-SANTOS. "Historiografía y Revolución". *Casa de las Américas*. (La Habana) 9(51-52): 103; nov. 1968-feb. 1969.

Hasta 1868, la Historia de Cuba se resumía así:

Cristóbal Colón descubría la Isla; los españoles fundaban las villas y hacían desaparecer los indios; luego, sobrevinieron las aventuras de corsarios, piratas y filibusteros en el Caribe. Acto seguido, conocíamos de una relación de Capitanes Generales encargados de preservar el monopolio metropolitano, también de la trascendental toma de La Habana por los ingleses y la creación de nuevas instituciones centralizadoras gracias a la gestión ilustracionista de los Borbones. Así llegábamos al advenimiento del desarrollo azucarero como consecuencia de la Revolución Haitiana. Tras los pataleos del reformismo y el fracaso de algunos intentos independentistas y anexionistas, se iniciaba la lucha por la independencia.⁴ Este catecismo, que memorizamos en la enseñanza primaria y secundaria, inculcaba la incapacidad para decidir los destinos del país tal y como lo evidencian sus primeras experiencias históricas.

La teoría histórica que se identifica, primordialmente, con esta forma de ver el devenir patrio es la positivista. Convenimos en que las recetas del positivismo, consustancial a la historiografía latinoamericana del presente siglo, no son despreciables en todas sus proporciones. Es, entre otras cosas, el mayor aporte a nuestra tradición historiográfica. Precisamente por esto, causó efecto paralizante en las investigaciones históricas fabricando, con su visión conceptualista, verdades eternas y llenando de *símbolos y momentos simbólicos* nuestra historia.

El período entre 1510 y 1868 es el que más se ha visto afectado, en su tratamiento, por estas mixtificaciones. Enumeramos, a nuestro entender, algunas de las causas:

- a) ausencia o escasez de documentación relativa al período;
- b) dificultades para proceder a la investigación al exigir ésta técnicas especializadas y técnicas auxiliares;
- c) el uso indiscriminado de la bibliografía colonial sin poner en tela de juicio sus criterios e informaciones;
- d) inaccesibilidad de la poca documentación para los investigadores, sobre todo, fuera de la capital.

⁴ Vid. MARBÁN, EDILBERTO Y ELIO LEYVA. *Historia de Cuba. Parte Primera*. La Habana, 1955; MARBÁN, EDILBERTO Y ELIO LEYVA. *Historia de Cuba; de acuerdo con el nuevo programa para el bachillerato elemental. Parte Segunda*. La Habana, 1959.

Como se ve, todas las razones dadas implican el contacto del historiador con la papelería. Este ha empleado una documentación limitada o se ha parcializado. A veces, digamos que por ingenuidad; en otros casos, esta inclinación es más que tendenciosa, como en Portell Vilá. Empeñado siempre en demostrar la ineluctabilidad del "destino manifiesto", retrotrae su comprobación casi a los orígenes de la historia de Cuba.⁵

No está en nuestro ánimo establecer una paridad entre la interpretación científica de la historia de Cuba y la mejor utilización documental; sería un absurdo. Se trata de dejar sentado la pobreza, ineficacia y poca seriedad en el manejo de los archivos, de una buena porción de la historiografía anterior a 1959.

Exponente de esta anacrónica tradición historiográfica en la actualidad es la obra del señor Leví Marrero, *Cuba: economía y sociedad*.⁶ En los tomos abarcadores de 1510 a 1868 se ha hecho gala de información —lo que evidencia la riqueza inexplorada de nuestro pasado colonial—, pero el autotitulado "ex profesor de la Universidad de La Habana en el exilio" ha detenido su mente en el año 1958; su historia exacerba los viejos defectos positivistas: hay una carencia de nexo causal entre los fenómenos; no analiza las relaciones económicas y su trascendencia respecto a la estructura de clase y política; confirma los antiguos símbolos desde posiciones empíricas y acepta pragmáticamente la documentación sin ejercer la crítica. Una abigarrada y anárquica exposición de documentos entre fuegos artificiales que, a medida que se avanza en los tomos, guardan menos relación unos con otros.

Parte de los historiadores del período republicano respondían a un filisteísmo con el que de buena o mala fe conseguían eludir el análisis practicando la sofística, se preocupaban por la sicología freudiana de los personajes biografiados o por la descripción pormenorizada de los sucesos bélicos.

Damos ahora algunas muestras de esto que llamamos *símbolos o momentos simbólicos* en la historiografía de nuestro país:

— Dependíamos completamente de los situados procedentes de Nueva España.

⁵ PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. La Habana, Ed. Jesús Montero, 1933. t. I (1515-1853).

⁶ MARRERO, LEVÍ. *Cuba: economía y sociedad*. Puerto Rico, Ed. San Juan, 1972. t. I; t. II-IX: Madrid, Editorial Playor, 1974-1983.

- Fuimos sólo un presidio, una factoría hasta finalizar el siglo XVIII.
- La toma de La Habana por los ingleses constituyó un hito trascendental para nuestro desarrollo económico.
- Hay quienes padecen de “gambovaldeísmo”; quiere decir, que únicamente conciben el proceso de mestizaje entre el aristócrata criollo blanco y la negra o mulata criolla desprovista de bienes de fortuna. Esto, de un “inocente” sentido racial, no deja de ser una opinión clasista al valorar nuestro proceso de mestizaje a través de varios siglos de colonización española.

Uno de los más connotados estereotipos del historicismo tradicional es la visión occidentalista de la economía y la estructura social. Nuestra historiografía adolece de un punto de vista habanero o de lo que Pino Santos llama la “concepción habanera”.⁷ Es esto también un excelente ejemplo del tratamiento de la documentación en manos del investigador:

Debo confesar que la historiografía no sobrepasó el “modelo” más o menos occidental del proceso total del país. Esto es, por la falta de investigaciones de base previas, a causa de que no las realizamos o no supimos que eran necesarias en razón de un afán de sintetizar con un telón de fondo diferente del de los maestros y contemporáneos, nuestro laboreo siguió identificando el proceso de todo el país con lo ocurrido en su porción occidental.⁸

Son pocos los historiadores que se han dedicado a trabajar el período comprendido entre 1510 y 1868; podríamos afirmar que nadie se ha especializado en el mismo.

Subrayemos, antes de terminar este aspecto, que dentro de la historiografía tradicional, ha habido una producción significativa —especialmente desde la década de los años cua-

⁷ PINO SANTOS, OSCAR. “La historia de la penetración y el dominio de la economía de Cuba por el imperialismo yanqui (I)”. *Granma*. (La Habana) 14 octubre 1968: 2.

⁸ LE RIVEREND, JULIO. “De la historia provincial y local en sus relaciones con la historia general de Cuba”. *Santiago*. (Santiago de Cuba) (46): 128; junio 1982.

renta— cuyos estudios marcaron pautas por los derroteros de la opinión científica, distantes de la ampulosidad y la verborrea. Sus autores serán siempre pilares de la interpretación científica en la Cuba Revolucionaria.

La Revolución, en su paso arrollador y constructivo, también alcanzó a las formulaciones historiográficas consagradas: muchos símbolos se derrumbaron con asombrosa rapidez; pero no ha sido fácil edificar sobre nuevos principios de teoría histórica enmohecidos por las pantanosas aguas de “verdades contrahechas” y el aferramiento a técnicas preestablecidas: “Por lo general, trabajamos e investigamos con algunos instrumentos y herramientas casi siempre defectuosos, tratando de encajar los hechos dentro de la concepción que tenemos de antemano...”⁹

En la conmemoración del centenario del inicio de la gesta libertaria de 1868, nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro expresaba:

Y tal vez tan pocas cosas nos puedan ayudar a ser revolucionarios como recordar hasta qué grado de infamia se había llegado, hasta qué grado de falseamiento de la verdad, hasta qué grado de cinismo en el propósito de destruir la conciencia de un pueblo, su camino, su destino; hasta qué grado de ignorancia criminal de los méritos y las virtudes y la capacidad de este pueblo [...] para arrebatarse la confianza en sí mismo, para arrebatarse la fe en su destino.

Más adelante, enfatizaba:

No sé cómo es posible que habiendo tareas tan importantes, tan urgentes como la necesidad de la investigación en la historia de este país, en las raíces de este país, sin embargo, son tan pocos los que se han dedicado a estas tareas...¹⁰

Los estudiosos de la historiografía cubana han mostrado su preocupación respecto al desenvolvimiento de los trabajos históricos.

⁹ IBARRA, JORGE. “Algunos problemas teóricos y metodológicos de la historiografía cubana”. *Santiago* (Santiago de Cuba) (2-3): 185; junio 1971.

¹⁰ CASTRO, FIDEL. “En el Centenario del inicio de la lucha revolucionaria en nuestra patria. La Demajagua”. En: *De la Demajagua a Playa Girón*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979. p. 79.

En un artículo publicado en la revista *Universidad de La Habana*, Aleida Plasencia nos dice: "No nos debe extrañar que en el panorama historiográfico cubano se mantengan rasgos de la historiografía burguesa..."¹¹

El checo Bohumil Bad'ura, quien fuera nuestro profesor de investigación histórica en las aulas de la Universidad de Oriente, criticaba algunos de estos rasgos:

El más grave estriba en la insuficiente instrucción que se ofrece acerca de las fuentes y en que predomina el empirismo carente de una explicación más honda de los géneros que se encuentran en el país. El empirismo de esta índole es rasgo característico de la historiografía cubana, incluyendo la moderna.¹²

Ambas autoridades coinciden en la necesidad de desarrollar las técnicas de trabajo con la documentación, que también implica nuestro perfeccionamiento en el método marxista:

No se puede rehacer la historia de Cuba sin la previa recopilación y depuración tanto de las fuentes como de la bibliografía burguesa. Esta labor requiere personal calificado, en el aspecto técnico, e historiadores marxistas. Los dos aspectos del trabajo requieren una labor formativa de años, pero constituyen una meta a la que hay que llegar por la acción.¹³

La situación precaria de las fuentes históricas en Cuba estaba relacionada con la concepción y métodos de trabajo acostumbrados entre los que se sentían llamados a tratar la historia nacional. Había entre ellos pocos historiadores que se preocupaban por buscar documentos para sus deducciones. Además, salvo algunas excepciones, los peritos acudían a las fuentes sólo en la relación con su propio trabajo, sin tratar de ofrecerlas al público, inconscientes de lo que significaría para las investigaciones efectuadas en el porvenir.¹⁴

¹¹ *Loc. cit.* (2) p. 94.

¹² BAD'URA, BOHUMIL. "La historia de Cuba durante el primer decenio socialista". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 12(3): 16; septiembre-diciembre 1970.

¹³ *Loc. cit.* (2).

¹⁴ *Loc. cit.* (12).

Estimamos como una herencia nefasta de la historiografía prerrevolucionaria el uso indebido de las fuentes documentales, o la casi total ausencia de su manejo. Esta herencia tendrá un efecto mucho más grave si empleamos dicha bibliografía para reinterpretarla con actitud marxista, pero sin criticar sus esencias.

Se puede hablar de la influencia del positivismo y el pensamiento filosófico de Hegel en la historiografía cubana; pero no existe propiamente una labor de investigación que recoja los hechos y sucesos fundamentales de nuestra historia, sino que trabajamos con materiales preparados por otros historiadores, sin hacer más que seguir la senda ya trazada.¹⁵

No se trata de esto, sino de hacer investigaciones científicas en los archivos, instruidos por el materialismo histórico, sometiendo a crítica con este acervo toda la historia escrita; con más razón, si se refiere al período entre 1510 y 1868. La tarea no puede limitarse a la reinterpretación de las obras de los historiadores burgueses; en ellos la descripción del hecho se halla mitificada, falseada. Se requiere la dura tarea del trabajo en archivos, revisando papeles de época para no caer en la fácil tentación de guiarnos por un sólo criterio documental. No es exponer lo más evidente, sino hurgar para dejar sentada la realidad histórica objetiva.

Parece que nos hemos acomodado a un tratamiento superficial de esta etapa de nuestra historia, luego de aprender sus símbolos y cábalas, en muchos casos bastante alejados de la realidad. ¿Por qué no empezar a poner en duda estas verdades heredadas?: ¿Es cierto que la inmigración de colonos procedentes de Saint Domingue fue un elemento imprescindible para el fomento de la economía de plantaciones de la región oriental? ¿Cuándo se ha demostrado la respuesta afirmativa o negativa a esta pregunta?

Las grandes síntesis o, más bien, las generalizaciones que equivalían desde el punto de mira historiográfico, a definir como "modelo" un proceso secular en Cuba, han permanecido casi sin variación desde fines del siglo pasado hasta hoy. Ante todo, debo decir que este juicio, en modo algunos nos llama desde ahora, a desechar

¹⁵ *Loc. cit.* (9) p. 186.

esa herencia. No se trata de eso, sino de ver y analizar donde debemos poner el acento del esfuerzo futuro.¹⁶

Uno de los problemas que se presenta al investigador, al historiar el período anterior a 1868, es la escasez de las fuentes sobre esta etapa de la Colonia, situación cada vez más seria a medida que nos retrotraemos en el tiempo. Durante las seis primeras décadas republicanas fue empresa individual en las provincias la preservación documental. Ello impidió la desaparición total de protocolos, actas de cabildo de pueblos y ciudades u otros documentos locales no menos importantes para nuestra historia. Hay grandes espacios carentes de información, cuyos fondos aún permanecen sin organizar o se encuentran en muy mal estado. Parte de esta documentación se concentra en el Archivo Nacional, procedente de las administraciones de la Capitanía General, cosa que obliga a trasladarse a la capital, si se requiere su consulta. Una inmensa masa de información documental duerme aún, prácticamente virgen, en los archivos españoles, franceses, británicos y norteamericanos.

Hay que agregar que el trabajo con la papelería de los primeros siglos de la colonización exige una preparación previa para su lectura e interpretación, todo lo cual ofrece incentivos menos inmediatos al novel investigador.

El estudio perseverante del materialismo histórico es requerido para la solución de una serie de problemas correspondientes a esta etapa y que las tesis positivistas contribuyeron a complicar. Provistos del método dialéctico podremos dar respuesta a la actuación política de figuras controvertidas, también a hechos históricos todavía oscuros. A nosotros los jóvenes, el dominio de la teoría marxista nos ayudará a resolver los problemas teórico-prácticos que plantea una etapa cuyas relaciones de producción son tan complejas.

Muchos de quienes han tratado los temas relativos al período anterior a 1868 lo han hecho como algo secundario dentro de su labor historiográfica, o simplemente, en las obras generales de Historia de Cuba como complemento que conduce al desenlace en la Revolución de 1868. En la actualidad, este campo de nuestra historia de Cuba es prácticamente virgen, aun incluyendo el legado historiográfico tradicional. ¡Cuántos criterios ambiguos! ¡Cuántos temas a tratar!

¹⁶ *Loc. cit.* (8) p. 127.

La historiografía anterior a 1959 estimó como "cenicienta" la historia comprendida entre 1510-1868. Algunos historiadores contemporáneos se afanan en mantener este criterio. ¿Cuál es su origen? La glorificación de nuestra nacionalidad por la historiografía burguesa a partir del momento en que se tuvo conciencia de ella en 1868. Sólo algunas figuras eran dignas de ser historiadas, pues su pensamiento la avizoraba, así como algunos hechos aislados, ejemplificadores del espíritu segregacionista que inspiraba a los criollos antes de la gesta heroica de 1868.

Creo, sin embargo, que la historiografía burguesa no debe ser inculpada con extrema severidad por ocuparse de lo que era lo más obvio, sobre todo si se empeñaba en confirmar esta realización común de los cubanos.

Ahora nos preguntamos, ¿está animado de una consideración científica este criterio? Por supuesto que no. Tanto es así, que los historiadores dedicados al período posterior a 1868 nos han dejado muchos enigmas por resolver: ¿Han podido esclarecerse cabalmente las razones del estallido revolucionario primeramente en Manzanillo y no en otras regiones del país, o del propio Departamento Oriental? ¿Pueden explicarse las esencias del regionalismo, mal endémico en nuestra Guerra de los Diez Años? Más aún, para aquellos que inician la Historia de Cuba con la alborada de la nacionalidad: ¿Es acaso posible razonarla correctamente sin saber dónde hallar sus antecedentes? Problemas y más problemas sin resolver.

La historiografía burguesa necesitaba exaltar los valores patrios desde posiciones nacionalistas-moralizantes con fines demagógicos, para unir al pueblo, pero escamoteando aquellos factores socio-económicos de la historia de Cuba que impedían la realización de nuestra patria en su total plenitud.

Era una reafirmación sentimental de patriotismo superficial. El período 1510-1868 fue menospreciado, ya que no enmarcaba actos heroicos que pudieran enaltecerse; al contrario implicaba la negación de las posibilidades de constituirse en unidad nacional bajo la dominación metropolitana.

A partir de 1868 habíamos adquirido conciencia de que "vivíamos juntos"; ahora bien, ¿no importaba a la historia de este país cómo era que habíamos empezado a "vivir juntos"?

¿Es trascendente la investigación histórica de los tres y medio siglos primeros de la colonización? Claro que sí; primero: por su valor histórico propio dentro de la historia de Cuba; segundo: como razonamiento científico de las esencias y causas del devenir histórico de más allá de la segunda mitad del siglo

XIX. ¿Por qué estigmatizar a nuestros dos primeros siglos de colonia como etapas decadentes y oscuras? La evidencia histórica demuestra que en ellos se gestaron formas de desarrollo ascendente. ¿Por qué valorar el siglo XVIII como un simple período de tránsito hacia la economía de plantaciones? ¿Qué pensarían nuestros criollos de antaño si supieran que de ellos opinamos que unos vivían en épocas de decadencia y otros en etapas de tránsito? Ellos, que cultivaron y amaron esta tierra para que la patria fuera el lugar donde todos “vivíamos juntos”.

No somos contrarios a juzgar la etapa anterior a 1868 como preindependentista. Estamos por desmenuzar cuidadosamente dichos antecedentes y rescatar el caldo de cultivo que condujo a la forja de nuestra nacionalidad; pero *cada período histórico vale por sí mismo*. Cada lapso histórico es solución de fases previas y elabora nuevos problemas. Hay que seguir el discurso histórico y el investigador debe resolver los enigmas que plantea su desenvolvimiento.

Cada una de las etapas históricas tiene su propia lección en la consolidación de nuestras raíces y tradiciones. Esta tierra fue abonada para que produjera esta planta y no otra.

El período posterior a 1868, y hasta nuestros días, es de una importancia decisiva para la consagración de la nacionalidad. Esto exige la seria y concienzuda tarea de investigar sus entrañas para que sirva de lección a las generaciones futuras. Pero el historiador también puede cumplir su valiosa misión para con la sociedad —la de educar y permitir un mejor conocimiento de nosotros mismos— si se especializa en los primeros siglos de la colonización, durante los cuales nuestros criollos realizaron heroicos esfuerzos por hacer esta tierra suya. ¿Por qué menospreciar esta hermosa lección de la historia? ¿Por qué desestimar tantos siglos de brega de nuestro criollaje? En la búsqueda de nuestra nacionalidad hemos de rescatar varios siglos de su formación.

El estudio del período 1510-1868, deberá resolver algunas dificultades que desbrocen el camino para su mejor entendimiento. Se hace necesario ponernos de acuerdo con respecto a una periodización que permita organizar toda la información histórica partiendo de criterios marxistas; es decir, teniendo en cuenta las diferentes etapas de progreso en el desarrollo socio-económico interno y no los puntos de vista del historicismo. Por ejemplo: ¿puede la Paz de Ryswick, en 1607, que puso punto final a las aventuras de corsarios y piratas en tierras del Caribe mediante la diplomacia, justificarse como

signo de viraje trascendente en las relaciones económicas de Cuba? Igualmente, ¿puede sernos útil la toma de La Habana por los ingleses?

Es imprescindible la definición y depuración de algunos conceptos heredados de antaño y que, tal y como los entendemos, no satisfacen actualmente el análisis científico. ¿Está bien demarcada la línea de separación entre clase y estamento dentro de la historiografía que corresponde al período?

Al desentrañar las relaciones de producción que le caracterizan, será posible depreciar aquellos estereotipos y símbolos con que se identifican sus etapas.

Una de las peculiaridades de la investigación sobre el período anterior a 1868 es la del tratamiento individual de los espacios locales y regionales. Resulta decisivo este trabajo a fin de tener en cuenta los fenómenos concretos de las Jurisdicciones y Departamentos de la Isla. Así, seguiríamos el curso lógico de la realidad histórica en una época donde lo que predomina es, en mayor o menor medida, la autonomía y los particularismos. De esta manera, al ocuparnos de los fenómenos específicos de cada región, llegaríamos a las esencias de la historia general de Cuba entre 1510-1868. Ello no niega el proceso centralizador que durante más de siglo y medio generó la Corona, sino que garantizará la correlación entre ambas fuerzas: la centrípeta y la centrífuga. Su resultante nos aproximará al entendimiento de la "patria local" como escalón previo al desencadenamiento de la nacionalidad insular.

Otro de los factores a tener en cuenta en el período histórico que nos interesa es la estrecha relación que existe en toda el área del Caribe con independencia de las metrópolis —España, Gran Bretaña, Francia u Holanda— a que pertenezcan las islas y costas continentales de este mediterráneo. Esta visión de conjunto, especialmente de tipo económico, permitiría exponer, a la luz del conocimiento histórico, una porción muy significativa de los esfuerzos comunes de los criollos caribeños y explicaría, a su vez, muchas tradiciones compartidas.

El hombre, en el quehacer de cualquier época, es siempre una lección eterna. Mientras más conozca su papel en la naturaleza seguirá con más exactitud el camino de la libertad.

José Ortega y Gasset en una de sus obras especifica: "...se pasa sobre el pasado, que es la manera de hacerlo fecundo,

como se pasa sobre la vieja tierra con el arado e hiriéndola con el surco se la fructifica."¹⁷

La historia es la mejor educación posible para las generaciones por venir, es esa la función primordial del historiador en nuestra sociedad. En la historia de Cuba queda aún mucho por decir, como lección, sobre los tres y medio siglos primeros en que la Isla dependió de la Corona española.

Somos herederos de una idiosincrasia y de costumbres, pero la praxis revolucionaria ha transformado, a su vez nuestra conciencia histórica y la ha enriquecido con el pensamiento dialéctico y el método científico. Por consiguiente, nadie como nosotros mismos para estudiar nuestro pasado. No se puede eludir este deber.

El Primer Secretario de nuestro Partido, Fidel Castro, manifiesta:

Si las raíces y la historia de este país no se conocen, la cultura política de nuestras masas no estará suficientemente desarrollada [...]

Y desde luego, desgraciadamente, mucho tiempo hemos vivido ignorantes de muchos hechos de la historia.¹⁸

Lo que hemos expresado pudiera hacer pensar que la historiografía de estos 25 años de Revolución es un erial en lo que se refiere a la historia de 1510-1868. Pienso que no es así, y que numerosos trabajos relativos al período superan lo dicho; pero pienso también que se es más riguroso si subrayamos nuestras deficiencias y no nuestras virtudes. La generalidad de los autores que mencionaremos se han ocupado de la historia de Cuba en su totalidad; sus trabajos concernientes a los tres siglos y medio primeros de la colonización componen, casi siempre, la parte más pequeña de su obra. Muchos son figuras consagradas por su quehacer historiográfico, maestros de la joven generación de historiadores.

En los primeros años de Revolución, se reeditó parte de la obra de algunos autores clásicos de la colonia: Ignacio José de Urrutia, Antonio J. Valdés, Ramón de la Sagra, Pedro José Guiteras, Antonio Bachiller y Morales, etcétera. Otras reediciones fueron las de los exponentes del pensamiento criollo de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX: José A.

¹⁷ ORTEGA Y GASSET, JOSÉ. *Historia como sistema*. 4ta. ed. Madrid, Revista de Occidente [c. 1962], p. 72.

¹⁸ *Loc. cit.* (10) p. 82.

Saco, Félix Varela, etcétera. Se hicieron varias ediciones de la obra de Humboldt y algunos trabajos biográficos, coincidiendo con el centenario de su muerte. Durante estos primeros años, las editoriales sacaron a la luz los trabajos de numerosos historiadores, de valor indiscutible para la educación revolucionaria de la nueva generación. Así se reprodujeron los libros de Fernando Portuondo, Sergio Aguirre, Ramiro Guerra y Julio Le Riverend.

En los últimos años, la colección Palabra de Cuba de la Editorial de Ciencias Sociales ha publicado nuevas ediciones de Saco y Varela, acompañadas de interesantes biografías. Con estas mismas características —en otras colecciones— hemos disfrutado de la obra de Nicolás Joseph de Ribera y Antonio del Valle Hernández.

El género que prevalece es el de la biografía —muchas veces, como las ya mencionadas, precediendo la obra o parte de la obra del biografiado—, aunque no pasan de las dos decenas. Los personajes provienen de diferentes épocas en el transcurso de estos tres siglos y medio y juegan papeles diversos en la sociedad. Muchas menos son las monografías. Se distinguen *El ingenio*, de Manuel Moreno Fragnals, y *Tabaco*, de José Rivero Muñiz; en ambas se traspasa el umbral de 1868 para seguir la temática estudiada. No creemos que se haya publicado ningún libro sobre cuestiones teórico-históricas, de índole general o particular, que emanen de la época.

Durante la década del sesenta se publicaron algunos libros de viajeros como el de Walter Goodman, *Un artista en Cuba*, o las *Cartas* de Abbiel Abbot. En el decenio siguiente decayó este tipo de producción para reemprenderse, con nuevos bríos, durante los años ochenta. Estas publicaciones gozan de muy buena acogida por su amenidad y frescura. Sabemos de los propósitos de Casa de las Américas de continuar con este tipo de ediciones y creemos que es una magnífica idea por permitir el acceso a tan valiosos testimonios, especialmente de la ambientación del siglo XIX cuando el romanticismo los hace florecer.

Carecemos en la actualidad de una publicación periódica especializada en la edición de fuentes documentales, catálogos, y otras cuestiones de interés para el trabajo del investigador de la época colonial, donde quiera que este se encuentre. Todo parece indicar que el Archivo Nacional tiene el propósito de reanudar este empeño, interrumpido a comienzos de los años sesenta.

En la publicación de fuentes ha descollado Hortensia Pichardo, cuyas series han sido puestas al alcance del estudiante universitario con el inestimable aporte de su valoración crítica. Es de resaltar que el mayor número de trabajos sobre el período 1510-1868 han sido publicados en revistas. Las más destacadas en esta labor son: *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, Santiago, Islas y Universidad de La Habana*. Numerosos artículos de éstas han sido recopilados e impresos en forma de libros.

El asunto más manejado por varios autores es el de la esclavitud negra, presentada desde el punto de vista social. Así lo han hecho José Luciano Franco, Juan Pérez de la Riva y Pedro Deschamps Chapeaux.

Luis Felipe Le Roy dedicó una parte considerable de sus investigaciones a la historia de la Universidad de La Habana y dio a la luz una serie de artículos, muestra de la obra que dejó inédita.

Los estudios económicos habrían quedado desiertos a no ser por la obra histórica de Julio Le Riverend —ocupado, más que nada, en los problemas agrarios— y de Moreno Friginals, con sus investigaciones sobre el comercio azucarero cubano.

Los trabajos sobre la estructura de clases en estos tres y medio siglos de dominación colonial española son casi inexistentes, a menos que contemos las investigaciones sociológicas acerca del papel del negro en el contexto de la época o algunas muestras de los conflictos sociales que tienen como resultado la explotación esclavista. En este marco incluimos los trabajos de José Luciano Franco sobre los obreros de Santiago del Prado, los palenques y la conspiración del pardo Nicolás Morales.

Las materias puramente políticas se hayan ausentes, tanto las que quedan enmarcadas en la política interna como las que incluyen las relaciones internacionales. En cuanto a la historia institucional, sólo Eduardo Torres-Cuevas ha incurrido en la problemática eclesiástica y ya cuenta con varios trabajos de este tipo en su haber.

El asunto de orden militar que más interés ha despertado es la toma de La Habana por los ingleses. La Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana y la Biblioteca Nacional José Martí, durante la celebración de su bicentenario, editaron fuentes documentales, bibliográficas e investigaciones sobre este respecto. César García del Pino tiene como una de sus especialidades la historia naval, sobre la que ha trabajado en varios artículos anunciadores de una empresa mayor.

Juan Pérez de la Riva sigue siendo la autoridad indiscutible en los problemas de demografía-histórica; aún sentimos que su desaparición prematura impidiera su gran obra sobre el espacio cubano.

El mayor número de investigaciones publicadas acerca de los tres y medio siglos primeros de la colonización tratan sobre la etapa comprendida entre 1800 y 1868. Los siglos XVI, XVII y XVIII resultan todavía poco más o menos huérfanos del interés de nuestros historiadores. Esto se debe a la escasez de fuentes para su estudio y las dificultades que ofrece el trabajo con las existentes.

En las historias generales de Cuba se destacan los hechos más notables del período 1510-1868, obviamente, según las hipótesis sustentadas por cada historiador; pero, como ya hemos expresado, no se separan demasiado de las temáticas habituales. Así es la obra de Julio Le Riverend, Fernando Portuondo, Oscar Pino-Santos, Sergio Aguirre y Jorge Ibarra.

La historia regional y local está representada con numerosos trabajos de importancia. Es en ella donde la investigación alcanza su mejor contacto con el documento y una técnica de trabajo más depurada en los archivos.

A comienzos de la era revolucionaria, se publicaron las biografías de provincias bajo los auspicios de la fenecida Academia de la Historia. La calidad de estas obras es muy diversa y va desde el enjundioso y serio estudio de La Habana por Julio Le Riverend hasta la ruinosa obra de Juan Jerez Villarreal sobre Oriente.

Es en el campo de la historia regional y local en la actualidad, donde se aprecia la mayor sistematicidad de trabajo entre los historiadores de todo el país y donde los jóvenes, dedicados a esta etapa, aportan sus mejores energías. En Santa Clara, Hernán Venegas ha promovido la empresa y ya hemos recogido algunos frutos de esta labor investigativa a través de la revista *Islas*, de la Universidad Central. Esta misma preocupación se muestra en Santiago de Cuba, y la revista *Santiago*, de la Universidad de Oriente, ha acumulado en sus páginas parte de este caudal historiográfico. En La Habana, los investigadores se han ocupado más de la historia general, pero Fe Iglesias, Arturo Sorhegui, Gloria García, Octavio Smith y Leandro Romero han incursionado o transitan por este camino.

En este vasto mundo queda mucho por hacer. Por ejemplo, la antigua Tenencia de Gobierno de Puerto Príncipe es una región prácticamente intacta, y los archivos regionales espe-

ran la acometida del entusiasta investigador que los desempolva.

Los temas a tratar son infinitos, según el espacio, el tiempo y, por supuesto, los recursos documentales.

En estos momentos, una de las preocupaciones de aquellos centros de investigación dedicados a la época colonial recae en las historias regionales y locales. La Universidad de Oriente, desde hace algunos años desarrolla el tema titulado Historia del Departamento Oriental, en el que algunos profesores de la especialidad de Historia enmarcan sus investigaciones monográficas y sus alumnos llevan a cabo los ejercicios de diploma tratando distintas materias o localidades incluidas en esta administración colonial. La Universidad Central desempeña una labor similar con alumnos que estudian las especialidades de la Facultad de Filología y Derecho. Algunos de sus profesores auspician y participan en las investigaciones de historia local. Idéntico interés se ha despertado en la Universidad de la Habana, bajo la orientación del Ministerio de Educación Superior, con el propósito de coordinar estas investigaciones, sin las cuales sería utópico pensar en una Historia General de Cuba. Una de las cuestiones que podrían ser objeto de discusión común es la de la periodización y la depuración de algunos conceptos y categorías afines a la época.

Para asegurar el progreso de las investigaciones futuras es necesaria la consulta de las fuentes documentales. Esto exige un dominio de la técnica de archivos entre el personal encargado de los mismos y un incremento del uso de dichos archivos por los investigadores. Hay que vializar la forma de adquirir información procedente de los archivos extranjeros. Existen temáticas cuyo completamiento depende de ello, sin que sea imprescindible el traslado del investigador fuera del país, sino que podría supeditarse a la adquisición de fotocopias y microfilmes mediante el intercambio.

El *Catálogo parcial de los fondos de la Sección XI (Cuba) del Archivo General de Indias*, de César García del Pino y Alicia Melis Cappa,¹⁹ es sólo una muestra ínfima de lo que contiene el Archivo General de Sevilla; la documentación del British Museum puede arrojar mucha luz sobre las relaciones de Cuba con las colonias británicas del Caribe y la lucha intermetrópolis por el predominio en este mar; en los archivos

¹⁹ GARCÍA DEL PINO, CÉSAR Y ALICIA MELIS CAPPÀ. *Catálogo parcial de los fondos de la Sección XI (Cuba) del Archivo General de Indias*. La Habana, Ed. Orbe, 1978.

franceses reposa una documentación que espera las investigaciones sobre la inmigración procedente de Saint Domingue, las inversiones económicas y los vínculos comerciales de Francia en la parte oriental de nuestro país; en la Biblioteca del Congreso, de Washington, yacen colecciones de documentos y libros de viajeros útiles a nuestros propósitos investigativos.

Los estudiantes de historia de la especialidad de Cuba, que se imparte en las Universidades de La Habana y Santiago de Cuba, deben recibir los conocimientos adecuados para el trabajo de archivo sobre la documentación de los tres siglos y medio primeros de la colonia; además de ganar su interés por este período de la historia de Cuba a través del plan de estudio y de los programas.

¿Qué trabajos de investigación consideramos más importantes a realizar sobre el período comprendido entre 1510 y 1868? Para nosotros, la labor trascendente dentro de la historiografía, de manera inmediata, es continuar las investigaciones de historia local. Como dicho interés ha surgido por iniciativa personal, se impone la confrontación de ideas y el trazado de un plan común, sin dictar pautas que menoscaben esta iniciativa, pues cada cual conoce sus límites. Aquí, como decíamos, las posibilidades son infinitas, más aún con la colaboración mutua.

Además, las propias temáticas pueden llevarnos de la mano a la generalización de los problemas e introducirnos en el panorama insular. Este es el caso de la investigación iniciada sobre la Real Compañía de La Habana.

Opinamos que el énfasis debe hacerse en los estudios económico-sociales, aunque ha de haber claridad en la función de las instituciones y la distribución administrativa del país.

Hemos de ir al rescate del pensamiento político, económico e histórico de los criollos durante los primeros siglos de la colonización española, valorar críticamente su obra y la acción de estos hombres en el contexto social que les tocó vivir.

Sirva también al impulso investigativo propiciar las publicaciones de fuentes documentales y bibliográficas, los trabajos valorativos de los fondos documentales en los archivos, su organización, el incremento de las ediciones críticas de los clásicos históricos de la colonia y de los libros de viajeros, cuya amenidad facilita su divulgación entre los no especialistas.

Al cabo de 25 años, contamos con un saldo historiográfico favorable respecto al período 1510-1868. Estamos en el camino correcto para garantizar mejores frutos. La nueva generación

de historiadores debe poner todas sus energías en esta empresa, apoyándose en la experiencia de los más viejos.

A nombre de su generación, Julio Le Riverend nos ha legado estas palabras:

Pertenezco a una generación que trajo lo suyo, pero que laboró en condiciones más bien difíciles [...]. No quisiera extenderme en esta autobiografía "colectiva", pero los instrumentos escaseaban y cada cual, además, carecía de medios para adquirirlos. Bibliotecas, archivos, viajes para formación o comunicación con el extranjero, movimiento editorial, ¿acaso existían en la medida necesaria para dar pasos tempranos y firmes en la ciencia? Sin cometer injusticias o exceso alguno, podemos afirmar que no. Estas condiciones, así resumidas, no nos exoneran —en este caso me incluyo— de que hayamos añadido al desarrollo historiográfico menos de lo que podríamos. Esbozamos a la sazón, una aproximación marxista a los problemas, añadimos investigaciones concretas en algunos aspectos, difundimos conocimientos, pero nuestras síntesis y generalizaciones quedaron relativamente lejos de lo que podría considerarse como contribución ineludible al desarrollo científico.²⁰

Hemos de alcanzar los más altos niveles en el conocimiento científico, con la meta de superar a los pioneros. Es la mejor manera de confirmar su obra y servir a la historiografía nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- BAD'URA, BOHUMIL. "La historia de Cuba durante el primer decenio socialista". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 12(3):9-34; septiembre-diciembre 1970.
- CASTRO, FIDEL. "En el Centenario del inicio de la lucha revolucionaria en nuestra patria. La Demajagua". En: *De la Demajagua a Playa Girón*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979. p. 55-104.
- . "En el Centenario de la caída en combate del Mayor General Ignacio Agramonte". En: *De la Demajagua a Playa Girón*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979. p. 105-142.

²⁰ *Loc. cit.* (8) p. 127 y 128.

- CORNFORTH, MAURICE. *Ciencia versus idealismo: En defensa de la filosofía contra el positivismo y el pragmatismo*. Tr. Carlos E. Prelat. La Habana, Editora Política, 1964.
- CUBA. BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ. *Bibliografía Cubana; (1959-1979)*. La Habana, Departamento de Colección Cubana, 1968-1982.
- DOMÍNGUEZ, ALEIDA. (comp.) "Índice analítico; [Revista *Santiago*] 1970-1980". *Santiago*. (Santiago de Cuba) (38-39): 257-333; junio-septiembre 1980.
- DRAY, WILLIAM H. *Filosofía de la Historia*. México, UTEHA [c1965].
- FERNÁNDEZ ROBAINA, TOMÁS. (comp.) *Índice de la Revista de la Universidad de La Habana, (1956-1972.)* La Habana, Ed. Orbe, 1976.
- FRANCO, JOSÉ LUCIANO. "Recorrido autobiográfico de un historiador". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 20 (3): 17-31; septiembre-diciembre 1978.
- GARCÍA-CARRANZA, ARACELI. *Índice Analítico de la Revista Bimestre Cubana*. La Habana, Departamento Colección Cubana Biblioteca Nacional José Martí, 1968.
- . *Índice de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, 1909-1969*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1975.
- . "Índice de la Revista de la Biblioteca Nacional (1970-75)". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 67(2): 97-160; mayo-agosto 1976.
- . "Índice de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí 1976-1980". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 28(2): 193-228; mayo-agosto 1981.
- HART DÁVALOS, ARMANDO. "En el Centenario de la toma de Las Tunas por las tropas mambisas". En: *De la Demajagua a Playa Girón*. La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1979, p. 143-179.
- IBARRA, JORGE. "Algunos problemas teóricos y metodológicos de la historiografía cubana". *Santiago* (Santiago de Cuba) (2-3): 185-193; junio 1971.
- , MANUEL MORENO FRAGINALS, OSCAR PINO-SANTOS. "Historiografía y Revolución". *Casa de las Américas*. 9(51-52): 101-105; noviembre 1968 - febrero 1969.
- LABRIOLA, ANTONIO. *La concepción materialista de la Historia*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970.
- LE RIVEREND, JULIO. "De la historia provincial y local en sus relaciones con la historia general de Cuba". *Santiago*. (Santiago de Cuba) (46): 121-136; junio 1982.

- . "Acerca de la Historia Económica de Cuba: Fuentes y Orientaciones". *Ciencias Sociales Contemporáneas*. (La Habana) 1 (2): 23-50; diciembre 1965.
- ORTEGA y GASSET, JOSÉ. *Historia como sistema*. 4ta. ed. Madrid, Revista de Occidente, [cl962].
- PLASENCIA, ALEIDA. "Panorama de la historiografía cubana de 1959 a 1967". *Universidad de La Habana*. (La Habana) (186-188): 91-96; julio-diciembre 1967.
- POEY, ANDRÉS. *El positivismo*. La Habana, Editorial de la Universidad de La Habana, 1960.
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO. "Hacia una nueva historia de Cuba". *Cuba Socialista*. (La Habana) 3(24):24-39; agosto 1963.
- RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL. "El marxismo y la historia de Cuba". *Cuadernos de Historia*. (La Habana) (1):8-33; 1963.
- VOGT, JOSEPH. *El concepto de la historia: de Ranke a Toynbee*. Madrid, Ediciones Guadarrama [cl971].
- WALSH, W. H. *Introducción a la filosofía de la historia*. 6ta. ed. México, Ed. Siglo Veintiuno [cl976].
- ZEA, LEOPOLDO. *América en la Historia*. México, Fondo de Cultura Económica [cl957].

AMANECER
EN
GIRON

1er. CAPITAN
RAFAEL DEL PINO

CONCURSO XVI ANIVERSARIO 26 DE JULIO
DIRECCIÓN POLÍTICA DE LAS FAR
PREMIO DE HISTORIA

Quirón o del ensayo (Notas sobre la ensayística de la Revolución)*

LUISA CAMPUZANO

La ciencia es flor del tiempo: mi padre fue Saturno.
RUBÉN DARÍO: *Coloquio de los centauros*

Otros aclaran

A pesar de que la literatura cubana fue la primera de nuestra América en contar con antologías de sus ensayistas¹ y de que un cubano, Medardo Vitier (1886-1960), iniciara con un libro todavía valioso y muy citado el estudio del ensayo hispanoamericano,² no existe apenas bibliografía sobre la trayectoria cubana de este escurridizo pero cada vez más poderoso género.

En 1969, cuando por primera vez se intentó un balance "en vivo" de la crítica y del ensayo de nuestro continente, propiciado por el Instituto internacional de literatura iberoamericana, José Antonio Portuondo (1911), con la generosidad y el talento con que siempre acude a subsanar nuestras carencias, reseñó en pocas páginas la evolución de estas manifestaciones en los primeros, procelosos e inolvidables años de la Revolución.³ De esa fecha data, igualmente, un texto de Raimundo Lazo (1904-1976), que quedara inédito hasta la aparición, en este verano, de sus *Páginas críticas: "Crisis y transferencias del ensayo en la literatura cubana del siglo XX"* (p. [299]-312). En él Lazo propone una ingeniosa mecánica del desarrollo del género, no por metafísica carente de interés.

* Ponencia presentada al Forum de Literatura Cubana celebrado en La Habana en octubre de 1983.

¹ LIZASO, FÉLIX. *Ensayistas contemporáneos, 1900-1920*. La Habana, 1938. BUENO, SALVADOR. *Los mejores ensayistas cubanos*. Lima, 1959.

² VITIER, MEDARDO. *Del ensayo americano*. México, 1945.

³ PORTUONDO, J. ANTONIO. "El ensayo y la crítica en Cuba revolucionaria". En: *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*. Toronto, 1970. p. 215-220.

Conviene detenernos en la premisa de la que parte Portuondo y en la conclusión a la que arriba Lazo, para después ver qué porvenir auguraban ambos hace casi tres lustros a este género. Dice el profesor santiaguero:

El *ensayo y la crítica* son, sin duda, entre los géneros literarios, los que exigen en grado mayor en sus cultivadores una firme concepción de la realidad. De aquí que en una etapa, como la que vivimos actualmente en Cuba, en la que se liquida un viejo sistema de valores y emerge otro nuevo, no sean esos géneros los más favorecidos, en cantidad ni en calidad. Ello explica, al mismo tiempo, que las producciones más sólidas y más dignas de consideración sean producto de plumas maduras (p. 215);

y el profesor camagüeyano valora así el mismo período:

Durante esta primera década revolucionaria que ahora termina, el proselitismo combativo y la discusión y difusión de doctrinas y la programación del nuevo proceso social en función de tesis y conclusiones crean un ambiente propicio a lo medularmente interpretativo en personal forma literaria, que es como decir que se dan las condiciones esenciales del ensayo como requerimientos de la época. Pero ésta es demasiado tumultuosa, y no hay en estos años la serenidad y la perspectiva histórica para que, refiriéndose a hechos recién vividos y hasta en curso de incipiente evolución, sea posible la cristalización del ensayo en obras de suficiente madurez. (p. 311-312).

Portuondo, por otra parte, ve cómo los siempre endebles lindes del ensayo se derrumban ante la irrupción de una violenta e impostergable realidad que necesita expresarse por los medios más directos. Discursos de los dirigentes de la Revolución, cartas abiertas, declaraciones —como las dos de La Habana— son, para él, ensayos (p. 216). El “centauro de los géneros” sufre las más disímiles hibridaciones, pero siempre dentro del terreno de la llamada prosa reflexiva. Lazo, más apegado a Reyes en lo que a las posibles metamorfosis del ensayo se refiere, y siguiendo su esquema de recurrentes transformaciones del género en el devenir republicano, dice:

Se asiste, por tales motivos, a otro proceso de dispersión de lo *ensayístico* en *todos los aspectos de la literatura* en constante ebullición de innovaciones, renova-

ciones y tanteos en cuanto a la forma y a lo estructural y sustantivo de la creación artística. (p. 312, el subrayado es nuestro).

Ambos, sin embargo, prevén un desarrollo fecundo del ensayo, pero atendiendo a los puntos de vista que han adoptado desde el principio: Portuondo, el de una concepción más ortodoxa del género; Lazo, el que presupone la existencia de una actitud —lo *ensayístico*— y un resultado —el *ensayismo*— en buena medida ajenos a la preceptiva. Según el primero, la sustitución de “la anarquía y la improvisación” de los primeros años por “el orden y el rigor científico” basados en “una más firme concepción del mundo” permitirá una expresión cabal de la nueva conciencia socialista a través del ensayo y de la crítica (p. 220). Para el segundo, lo *ensayístico* invadirá todos los dominios de las letras: “el *ensayismo* caracterizará con evoluciones y su auge la literatura cubana de los próximos años” (p. 312, el subrayado es nuestro).

Si hemos citado tan *in extenso* algunos pasajes de estos textos se debe a que sin dudas reflejan nítidamente aspectos y características del desarrollo de la ensayística cubana en la primera década de la Revolución. Pero también porque en ellos se advierte la polaridad de perspectivas desde las cuales se podría enfocar este relevante y complejo sector de un fenómeno siempre tan novedoso, inesperado y sorprendente como la literatura de una revolución: la que, ofreciéndole a la realidad las concesiones de rigor, trata de encuadrar las nuevas manifestaciones en los moldes de la antigua tradición, y la que, haciendo *tabula rasa*, pretende diluir en el bendito magma-crociano el viejo andamiaje de los géneros.

En 1972 Roberto Fernández Retamar (1930) plasmó en la práctica de un breve recuento de las letras de los primeros años de la Revolución (“Apuntes sobre Revolución y literatura en Cuba”), las ideas que en torno a la insuficiencia de la teoría literaria *ad usum* para abordar la creación latinoamericana, venía esbozando desde *Ensayo de otro mundo* (La Habana, 1967) y que hallan su más completa exposición en “Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana”(1974).⁴ En el texto de 1972 al que hemos hecho referencia, Retamar comienza estableciendo las premisas necesarias para un acerca-

⁴ Tanto “Apuntes...” como “Algunos problemas...” forman parte de: FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. México, 1977.

miento productivo a las letras cubanas del momento. Con un procedimiento terrorista de raigambre socrática —que es característico de la esfera más propiamente didáctica de sus ensayos— el autor hace estallar la cita que le permitirá entrar, derribados los muros de los prejuicios, en el terreno de la literatura cubana actual. Esta cita comienza así:

Una de las cosas que llaman la atención en la revolución de Cuba, es que haya carecido no solamente de grandes poetas, sino [hasta] de las medianías agradables (p. 159).

Quien eso dice es Rafael María Merchán (1844-1905), la revolución a la que se refiere es la Guerra de los diez años (1868-1878) y lo que añoraba, lo que consideraba imprescindible para esa gesta, era un nuevo Olmedo. Como Retamar recuerda, la épica propiciada por esa hazaña no encontró su mejor cantor en ningún poeta, sino que encarnó en la prosa desgredada y polémica de sus propios actores, en esa "historia narrada por sus creadores", como la llamara Max Henríquez Ureña, en esa "literatura de campaña" tan bien estudiada por Ambrosio Fornet (1932). De esta y de otras experiencias mayores —la Revolución mexicana y la Revolución de octubre— deriva Retamar algunas de las premisas indispensables para acercarse a la literatura que se está haciendo en Cuba:

el arte de una revolución no puede ser juzgado sobre la base del arte de *otra* revolución; la producción literaria —y artística— suele realizarse fuera de los esquemas acostumbrados; tal producción ocurre, necesariamente, *después* del hecho histórico al cual expresa (p. 165).

Y concluye la parte introductoria de su ensayo con este párrafo, del que me ha parecido conveniente subrayar el final:

Si se aceptan esas premisas [...], será dable percibir las siguientes líneas de trabajo en lo que, en sentido muy lato, cabe llamar la literatura de la revolución: la teoría, el testimonio, el documento, la literatura de ficción, el ensayo y la crítica literarios. *No hablo necesariamente de géneros, por supuesto.* (p. 165-166).

Tras revisar lo acumulado por algo más de diez años en esas "líneas de trabajo", vuelve de nuevo Retamar, para finalizar, a los géneros:

creo que adolecemos del fetichismo de los géneros; creo que, puesto el ojo en la novedad y violencia de los asuntos, se sigue, sin embargo, trabado por la ortopedia de las viejas fórmulas genéricas. La expresión literaria de la revolución seguramente agrietará, en su crecimiento, esas fórmulas, mezclando géneros tradicionales con el testimonio, el documento y aun la teoría (p. 176).

Y ello se evidencia ya en el propio inventario formulado por Retamar, pues vemos aparecer el ensayo, como género, en más de una de las "líneas de trabajo" que él propone.

Por otra parte, los propios ensayistas han contribuido de manera aplastante a hacer saltar en pedazos lo que podría quedarnos de prevención y cautela a la hora de establecer los límites genéricos del ensayo. En el segundo tomo de *Contemporáneos* (La Habana, 1976), que, como el primero, recoge una hermosa y heroica galería de retratos, dentro de la tradición, por citar un ejemplo, de *Simpatías y diferencias* o de *Grata compañía*, Juan Marinello (1898-1977) inserta, como "intermedio", una entrevista que se le realizara al cumplir setenta y cinco años, e introduce, tanto en este segundo tomo como en el primero (La Habana, 1964), los más disímiles documentos, hasta llegar a reproducir pasajes de la carta con que uno de los "retratados" —Marcelo Pogolotti (1904)— le agradece el homenaje. Carlos Rafael Rodríguez (1913) va más lejos aún. En el primer tomo de su *Letra con filo*, recién aparecido este verano, incluye el largo y magistral interrogatorio a uno de los más conspicuos mercenarios de Girón, "Pepe" Andreu, filósofo embarcado; en el segundo tomo, como el tercero, en proceso de edición, bajo el título de "De viva voz", se anuncia un *collage* de entrevistas que, al decir de sus editores, "nos lo muestra en el diálogo directo, periodista entre periodistas", o "polemista entre polemistas", como lo calificara Vicentina Antuña (1909); en el tercer tomo irá un discurso sobre política cultural dividido en dos partes: la primera, expositiva, y la segunda, provocada por las preguntas que ha pedido le formulen sus jóvenes oyentes. Pero Raúl Roa (1907-1982), para decirlo en un *argot* que le era caro, "la saca de jonrón", porque a más de insertar en sus libros la entrevista inolvidable que le

hiciera Fornet, cartas abiertas, documentos fundamentales de la Revolución cubana, y las inefables "Réplicas del Delegado Cubano al Delegado de Estados Unidos" en sus batallas de la ONU, descubre, para lo que hace, para lo que hacen, para lo que se hace, el nombre adecuado. El segundo de sus libros de ensayos publicados en la Revolución lleva el siguiente título: *Escaramuza en las vísperas y otros engendros* (La Habana, 1966). El ingenio de Roa, pródigo en agudezas verbales, deslexicaliza la fórmula usual al tiempo que, manteniendo la sílaba inicial de la palabra que ya casi carece de sentido, que se quiere borrar, subraya su intención demoledora.

Antes de proseguir, quisiera hacer, de paso, una breve aclaración, que tal vez parezca innecesaria. Si he escogido como ejemplos de la renovación que se produce en la concepción del género, en el establecimiento de sus fronteras, a los ensayistas antes citados, escritores de altísimos quilates en nuestras letras y dirigentes entrañables de nuestra Revolución, es precisamente para destacar que esta renovación no parte de un afán esteticista, de una búsqueda de novedad literaria, sino que se produce desde fuera, condicionada y determinada por el quehacer infatigable de la Revolución en que todos, en mayor o menor medida, estamos inmersos.

Convenciones y prevenciones

Entretanto se elabore nuestra propia teoría literaria y, por ende, la de nuestros géneros, resulta obvio que tenemos que atenernos, a menos que estemos dispuestos a enrolarnos en el más descocado anarquismo, a los patrones que hasta ahora han venido rigiendo y a partir de los cuales nos ha sido posible ir precisando, por contraste, nuestras particularidades.

La definición del ensayo suele caracterizarse, como todos sabemos, por su vaguedad extrema y por el buen caudal de literatura con que desde tiempos del señor de Montaigne —*je suis moy-même la matière de mon livre*— ha sabido engalanarse. Pero no cabe duda de que en su fisonomía se aprecia rasgos bastantes estables: emplea de modo casi exclusivo la prosa, es más bien breve, su temática es muy variada, fluctúa entre el tono didáctico y el poético tanto en la concepción como en la exposición, es eminentemente subjetivo, etcétera. A estos rasgos básicos se suman otros de no menor importancia que, en determinadas circunstancias, toman especial relieve.

Así pues, en el caso que nos ocupa resulta muy significativa, a los efectos del balance que debemos establecer, la madu-

rez que, en tanta o mayor medida que la novela, reclama el ensayo. Como se ha dicho muchas veces, en este género lo que importa no es la enumeración de datos, sino la exposición de criterios, los cuales, por supuesto, no pueden basarse en una mera apropiación de la información, sino en una formación decantada por la experiencia social e intelectual. A ello se debe el que Portuondo, al revisar los primeros diez años del ensayo en la Revolución, afirmara que las producciones más sólidas y dignas de consideración eran las debidas a plumas maduras. Y es por eso que, a casi quince años de lo dicho por nuestro eminente amigo y profesor, siguen siendo los maduros los más convincentes y dignos de atención. Sólo que, en el tiempo transcurrido desde entonces han ido, por supuesto, madurando y, a veces, hasta con precocidad debida al ritmo enardecido en que se vive, aquellos que llegaron a la Revolución en plena juventud.

Como se ha repetido en más de una ocasión, en tiempos de urgencia y de servicio como el nuestro, suelen limarse las diferencias cronológicas entre las generaciones entregadas a un mismo quehacer. Sin embargo, una vez que Lazo, junto con Portuondo y José Juan Arrom (1910) nos han dotado de una periodización y nos han insertado en el pitagórico cosmos de generaciones y promociones en el que más o menos nos hemos ido habituando a trabajar, se impone que indiquemos, aunque sea someramente, cuál es la composición por edades del equipo de ensayistas de la Revolución. Para ello me valdré, no por otra razón, sino porque me resulta más fácil y manuable, de la tabla periódica del profesor Arrom,⁵ a cuya afirmación de que "las generaciones, como las estrellas, inclinan, pero no obligan" (p. 244) siempre he deseado añadir: "a emplearlas".

Tienen el privilegio de asistir a la alborada del primero de enero de 1959 seis figuras de honda significación en el desarrollo del género —porque lo cultivan, porque lo estudian o porque lo estimulan— y que pertenecen a la segunda promoción de la generación nacida entre 1864 y 1893: Ramiro Guerra (1880-1970), Fernando Ortiz (1881-1969), Medardo Vitier, Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964), José Luciano Franco (1891) y José María Chacón y Calvo (1892-1969). De ellos sólo producen en este período, Don Fernando, con escasa obra; en mayor medida, Emilito; y, de manera descomunal, José Luciano.

⁵ ARROM, JOSÉ JUAN. *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método*. Bogotá, 1977.

Las dos promociones de la generación nacida entre 1894 y 1923 arriban en plena madurez creadora a la Revolución y nutren el cuerpo más coherente y productivo de toda la ensayística cubana. Su destacamento de avanzada se fraguó en las luchas sociales de la república mediatizada, se desarrolló con tino y naturalidad entre las corrientes de la vanguardia, fundó y desarrolló con maestría el estudio y la aplicación de la obra de José Martí y asumió creativamente la filosofía marxista-leninista. Los encabeza la figura ya cana y para todos tutelar de Juan Marinello y entre sus más jóvenes representantes hay nombres como el de Cintio Vitier (1921), quien ya entonces tiene ensayos de definitivo lugar en nuestras letras. Una de las personalidades que dará mayor relieve a este género en la Revolución, Alejo Carpentier (1904-1980), apenas se había acercado al mismo antes de 1959.

Los ensayistas de la primera promoción de la generación que nace entre 1924 y 1953 no tienen en 1959 ni la menor idea de que van a serlo. Si exceptuamos a los ya entonces profesores universitarios Roberto Fernández Retamar —quien para esta fecha tenía editados dos libros de corte ensayístico, pero que se consideraba (y creo que ahora también) esencialmente poeta— y Graziella Pogolotti (1932) —que había publicado crítica de arte y de literatura y que se desenvolvía con dominio de los temas, agudeza y precoz madurez por un campo de intereses muy amplio—, los demás llegan a la Revolución como poetas, cuentistas, gacetilleros o, simplemente, como nada, aunque enseguida reclamarán, a voz en cuello y puño en alto, un sitio bajo el sol. Este lugar lo ocuparán pronto plumas avezadas en las tareas periodísticas y la prosa de ficción, y a ellos se irán sumando paulatinamente algunos de los poetas de esta promoción que exhibirá, como uno de sus ensayistas más enérgicos y fecundos, a un músico, Leonardo Acosta (1933).

La segunda promoción, mi promoción, está comenzando ahora a conocerse en el género, aunque en ella hay figuras como el investigador Salvador Arias (1935) y el cuentista Sergio Chaple (1938), benévola acogidos entre nosotros pese a su edad, y los poetas Eduardo López Morales (1939), Nancy Morejón (1944) y Emilio de Armas (1946), que pueden mostrar desde hace tiempo ensayos muy notables. En comparación con la promoción que la antecede, parece que será más productiva en este campo. Ello podría obedecer a que casi todos sus integrantes poseen formación universitaria y, sobre todo, al clima un tanto más sosegado en que les ha tocado vivir y crear. Ya Portuondo había pronosticado, en su balance

de 1969, que un entorno social más ordenado y un rigor científico acompañado de una firme concepción del mundo, contribuirían a promover el desarrollo del género.

Vuelve a hacerse necesaria una aclaración. Al ocuparnos de las generaciones que cultivan el ensayo en este período, naturalmente que sólo tomamos en cuenta a los que llegan a la Revolución para quedarse. A aquellos que se habían opuesto a lo largo de sus vidas, de modo abierto o insidioso, a que triunfara el mandato martiano de justicia, o a los que, como dice Roa, "les tembló la choquezuela izquierda —reducto óseo de la integridad revolucionaria",⁶ y desertaron, no los recogemos en estas páginas. Ellas, sin embargo, sí quieren acoger a quienes como Ezequiel Martínez Estrada estuvieron *en Cuba y al servicio de la Revolución*, cubana o latinoamericana, que en fin de cuentas es la misma, andando y alentando con nosotros el camino de nuestro ensayo. Manuel Galich, René Depestre, Mario Benedetti, Roque Dalton, Federico Álvarez, Nils Castro y otros han abierto e iluminado campos de trabajo para los que sus experiencias y sabiduría han sido muy valiosas. Siempre he pensado que una tarde de invierno, a principios de la Revolución y en el salón de actos de la Biblioteca Nacional —que era donde entonces se escenificaban los grandes debates en torno al nuevo arte y a la nueva literatura—, mientras Don Ezequiel, menudito y agitado tras la larga mesa, echaba por tierra buena parte del mito Sarmiento, comenzaba a perfilarse *Calibán*. Y sé que a Don Manuel se debe, en gran medida, el fino tiento de nuestro novísimo ensayo histórico de tema latinoamericano, el que, dada la vocación universal de la Revolución cubana, estaba obligado a surgir, pero para el cual el magisterio del ilustre profesor guatemalteco resultó una guía insuperable.

Concurren, igualmente, en la configuración del ensayo, otros rasgos que no podemos pasar por alto al intentar valorar los últimos veinticinco años de su trayectoria cubana. Como ha reconocido Ernesto Mejía Sánchez, partiendo de lo dicho por cierto pseudofilósofo de cuyo nombre no quiero acordarme, no debe desecharse la etimología: el ensayo es, también, prueba, aproximación, experimento.⁷ Pero, además, el tono polémico que adopta en muchos casos y su carácter contingente

⁶ ROA, RAÚL. *El fuego de la semilla en el surco*. La Habana, 1982. p. 236, nota 218.

⁷ MEJÍA SÁNCHEZ, ERNESTO. "Ensayo sobre el ensayo hispanoamericano". En: *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*. Toronto, 1970. p. 21.

no deben quedar inadvertidos. Así pues, no puede sorprendernos la efímera vigencia —total o parcial— de algunos textos del período. Literatura “de campaña”, surgida al calor de la lucha ideológica, de la confrontación de opiniones y tendencias; o literatura de prueba, búsqueda y tanteo; literatura, en fin, provisoria, el ensayo puede a veces agotarse en la conyuntura que lo propicia, ser superado por la práctica creadora y crítica de la cotidianidad menos rutinaria, que es la de una revolución, o inscribirse, como aprendizaje, como esbozo previo, en un texto de mayor alcance, de carácter más definitivo. Abel Prieto (1950) y Gilberto Valdés (1952) nos han mostrado, cada uno por su parte, cómo ocurre esto último en alguno de los más significativos sectores de la vasta obra ensayística de Retamar.⁸ Una mera ojeada a los gruesos volúmenes de la *Bibliografía cubana* o, sobre todo, a los índices de las publicaciones seriadas de este cuarto de siglo —lo que no requiere más que tres o cuatro semanas de trabajo y un buen par de espejuelos—, ilustra sobremedida las dos primeras observaciones. Ese ejercicio nada recomendable o la lectura del utilísimo *Itinerario estético de la Revolución cubana* (La Habana, 1979), de José Antonio Portuondo, nos han hecho recordar tânganas, polémicas y zarabandas que quizás hayan dejado, a más de algunas páginas amarillentas y sus correspondientes asientos bibliográficos, rescoldos en la memoria de sus protagonistas, pero que ya habíamos olvidado totalmente.

Algo en cierta medida relacionado con lo anterior es el surgimiento o, mejor, el auge que tiene entre nosotros, por razones obvias, lo que podríamos llamar “ensayo de circunstancia”, en el que los maestros, que por suerte es a quienes por lo regular se les encomienda, salen airoso, pero que a veces resulta desafortunado intento entre los más jóvenes, pasando a engrosar la lista de lo efímero. José Antonio Portuondo, víctima predilecta, con ese humor que lo caracteriza y en un lenguaje para otros sibilino, pero para nosotros transparente, expone en el prólogo (“Fíjate, compañero”) a *Orden del día* (La Habana, 1975), cómo gran parte de lo recogido en ese libro son “tiñosas” y “paracaídas”, es decir, trabajos que aterrizan o vuelan en círculos sobre nuestro buró y obligan a

⁸ PRIETO, ABEL ENRIQUE. “Prólogo”. En: FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO: *Para el perfil definitivo del hombre*. La Habana, 1981. p. [7]-29. VALDÉS, GILBERTO. “Notas sobre el lugar de la teoría y la metodología de Roberto Fernández Retamar dentro del pensamiento latinoamericano contemporáneo”. En: *Nuevos críticos cubanos*. Selección y prólogo de José Prats Sariol. La Habana, 1983. p. 503-528.

pasar al furgón de cola de nuestra agenda vitalicia, lo que a uno a veces le interesa más, esos "asuntos generales" que tal vez en alguna ocasión tendremos tiempo de "plantear".

Otro aspecto que no podemos dejar de encarar en estas páginas es el que se refiere a las distinciones temáticas del ensayo, así como a su relación con manifestaciones colindantes como el artículo y la monografía. Se ha repetido en muchas ocasiones que resulta harto difícil clasificar los temas abordados por el ensayo, y esto se vuelve, cada vez más, tarea arbitraria y artificial. La frontera que separa el ensayo *literario* —porque se ocupa de la crítica, la teoría y la historia de la literatura— del ensayo *no literario* —porque se ocupa, para citar las disciplinas tradicionalmente más frecuentadas, de la historia, la filosofía, la política o la ciencia— tiende a borrarse entre nosotros ya que, por una parte, historia y política invaden el campo de la literatura y de las artes, mientras que, por otra, la ciencia y la filosofía se abordan casi exclusivamente desde la monografía o el artículo de riguroso aparato lógico. Los historiadores Manuel Moreno Fragnals (1920), Jorge Ibarra (1931) y Francisco López Segrera (1940) incursionan y hasta se mudan para el terreno de la cultura, mientras que Ana Cairo (1949), profesora de literatura cubana, debe escribir dos libros sobre la historia del primer cuarto del siglo XX para poder proseguir sus investigaciones literarias.

En este sentido, y ya en lo que se refiere a la distinción realmente necesaria entre ensayo y monografía, no puede ser más elocuente la revisión de las listas de premios que en la modalidad de ensayo han otorgado en estos años diversos organismos e instituciones. La convocatoria es explícita, pero los jurados somos débiles y, de este modo, mucho de lo que encontramos en ellas son monografías. Algunas presentan un tono ensayístico y ostentan cierta dignidad literaria. Pero en su mayoría están concebidas con un rigor lógico y un aparato científico que no dejan mucho espacio para la literatura. Esto es perfectamente comprensible, pues, como dijera Mirta Aguirre (1912-1980):

Cuando en un país se efectúa una revolución del tipo de la que ha tenido lugar en Cuba, que lo remueve y lo transforma todo, dando lugar a profundísimas modificaciones y a innovaciones en su ser social y en su conciencia, tal parece que la necesidad de aferrarse a las propias raíces se hace más intensa que nunca.⁹

⁹ AGUIRRE, MIRTA. "Poesía y cubanía". En: *Estudios literarios*. La Habana, 1981. p. [43].

Y, entonces, la investigación es más urgente que la libre meditación. En una conferencia sobre su vida y su obra pronunciada a fines de mayo, Cintio Vitier decía que lo que determina las diferencias advertibles entre *Lo cubano en la poesía* (La Habana, 1958) y *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano* (La Habana, 1968-1974) fue la posibilidad que le dio la Revolución de dedicarse a la investigación literaria. Esta misma faena es la que se evidencia en el gran caudal de textos sobre nuestras letras recogido en los últimos libros de ensayos de José Lezama Lima (1910-1976), en los que hasta el lenguaje dista mucho de la "rauda cetrería de metáforas" que caracterizaba a sus tres libros anteriores a la Revolución.

Lo que acabamos de exponer nos debe ayudar a orientarnos en el terreno de la ensayística de nuestros días sabiendo, de antemano, que aquí —como en el lugar al que nos podría conducir el seguir tratando de trazar límites y fronteras— "no son todos los que están, ni están todos los que son".

Por último, no puede olvidarse que entre nosotros, y especialmente en esta etapa de difusión masiva de la cultura, de discusión prolija de sus misiones, el ensayo, avanzadilla inquieta de la literatura de servicio, anda suelto y revuelto por revistas y tabloides, actas de congresos, diarios y anuarios y, sobre todo, por prólogos, catálogos y cubiertas de discos, inauguraciones, presentaciones y clausuras de conciertos, festivales, exposiciones y eventos científicos y políticos, por homenajes y jubileos, donde a veces, negación de la negación, alcanza su más alto nivel poético, sus tonos más subjetivos y convincentes.

Ello justifica que la visión que pretendemos dar del ensayo en la Revolución no pueda ser objetivamente exhaustiva, aunque, ¿para qué negarlo?, en lo que respecta al sujeto de esta ponencia, ya lo ha sido: estoy extenuada de recorrer revistas, ficheros, bibliografías, catálogos.

En los últimos diez años, sin embargo, han comenzado a propiciarse condiciones más felices para el estudio de este género, pues desde fines de la década pasada la editorial Letras Cubanas ha venido dedicando especial atención al ensayo. Se han publicado vastas y cuidadosas selecciones de los clásicos del género —en su mayoría protagonistas de su desarrollo en la Revolución— y de figuras más recientes. Igualmente han aparecido antologías temáticas como *Revolución, letras, arte* (La Habana, 1980), consagrada a problemas de política cultural y estética y a la historia y la crítica de importantes momentos de la literatura y las artes cubanas. Y en sus distintas colec-

ciones, pese a la jerarquización de otros géneros impuesta por la demanda, el ensayo y la investigación, destinados a sectores más restringidos de la población, se ven, sin embargo, favorecidos.

Paisaje con figuras

Graziella Pogolotti ha llamado —tomándole prestado un adjetivo a Cintio Vitier—, texto fundacional de la literatura de la Revolución a *La historia me absolverá* (1953). Este alegato enardecido con que Fidel Castro, ante el tribunal que juzgara a los asaltantes del Cuartel Moncada, convierte a sus acusadores en acusados, no sólo inicia la literatura de este período por razones cronológicas y aun literarias —como ha dicho Salvador Arias, “es una muestra elocuente y profunda de [esa] oratoria ensayística”¹⁰ en que se manifestará buena parte del género en la Revolución—, sino también por el caudal de temas que entrega a la meditación y el análisis. Balance y requisitoria de la situación de caos, estancamiento e injusticia que atravesaba el país, en él se plantean los problemas que la Revolución, a su triunfo, tendrá que resolver urgentemente, y se esgrime, como alta bandera de combate, la imagen de Martí, escarnecida y desmedrada por el homenaje oficial —“parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario”—, y a quien se proclama “autor intelectual” del Moncada.

Los años que transcurren entre 1953 y el triunfo de la Revolución, marcados por la violencia represiva y una entrega total al imperialismo, de los recursos y casi de la identidad nacionales, son, en el campo de la ensayística, años en que se va levantando la que Marinello, con lenguaje de Lope, ha llamado “torre de esperanza”.¹¹

Como ha dicho Mirta Aguirre en el ensayo ya citado:

En un país donde las viejísimas *guaraperas* que vendían jugo de caña llegaron a tener, en luz neón, letreros que decían *Kañicream*, y donde el juego de todos no se llamaba “de pelota” sino de *base-ball*, es de suponer que una gran masa de valores propios se desdeñaba, se olvidaba y se desfiguraba. (p. 44)

¹⁰ ARIAS, SALVADOR. “Literatura cubana (1959-1978)”. En: *La cultura en Cuba socialista*. La Habana, 1982. p. 7.

¹¹ MARINELLO, JUAN. *Meditación americana*. La Habana, 1963. p. 20.

Y si, como sigue diciendo la mencionada autora, "desde fines del primer cuarto de siglo, lo mejor del arte y de la literatura batalló con tesón, y a veces fieramente, por la defensa y la preservación de esos valores" (*ibid.*), en este lapso esa lucha alcanzará singular relieve y en ella encontraremos hermanados, bregando por salvar la cubanía, por exaltar sus rasgos más entrañables, a autores de variada tendencia e ideología. Las palabras con que Cintio Vitier cierra la nota a la primera edición de *Lo cubano en la poesía*, "ojalá que este esfuerzo no sea baldío, y que de algún modo, por incompleto y fragmentario que sea, contribuya al rescate de nuestra dignidad", podían haber sido rubricadas por casi todos los ensayistas del período.

Esta afirmación de cubanía, esta búsqueda y, sobre todo, este rescate de lo cubano aun en las más sutiles esencias de la patria, se complementa con una toma de conciencia latinoamericanista que, presente desde los tiempos de Martí y de *Venezuela libre*, alcanza ahora más ceñidos perfiles y más dilatada proyección. Juan Marinello y José Antonio Portuondo, con óptica marxista que no se arredra ante el macartismo imperante ni ante las persecuciones domésticas, dan en *Meditación americana* (Buenos Aires, 1959) y *El heroísmo intelectual* (México, 1955), así como en ensayos dispersos o inéditos de la época, una penetrante visión del arte y la literatura del continente, al tiempo que advierten acerca de los peligros que los rondan. Alejo Carpentier intenta plasmar en los ensayos de *El libro de la Gran Sabana* (1947-1948), que al fin no publicó, las consideraciones sobre el escritor ante el paisaje de nuestras tierras y sobre la novela hispanoamericana, de las cuales hay muestras en sus crónicas de estos años y, sobre todo, en las digresiones y excursos ensayísticos que pueblan *Los pasos perdidos* (1953). Lezama, por su parte, irá afinando el vasto mundo de sus intereses desde el plural universo de *Analecta del reloj* (La Habana, 1953), hasta *Tratados en La Habana* (La Habana, 1958), donde la mirada se concentra preferentemente en el contorno más cercano. En este tránsito ostenta relevante importancia *La expresión americana* (La Habana, 1957), libro que, por serlo de conferencias, muestra en el característico jadeo lezamiano, en el caricioso escrutamiento de los indicios, la ansiedad de una búsqueda de lo nuestro esencial en su dimensión más amplia.

Martí, el guía de la Generación del Centenario, el hombre de *Nuestra América*, también ocupará la atención del momento. Sabiéndolo vejado y usurpado por las conmemoraciones oficiales, las voces de sus más leales estudiosos irán al resca-

te de su verdadera prédica. Emilio Roig de Leuchsenring, Carlos Rafael Rodríguez y otros, junto con Portuondo —*José Martí, crítico literario* (Washington, 1953)— y Marinello —*Martí, escritor americano* (México, 1958)—, honran al Maestro y abren el camino que, tras el triunfo de la Revolución, conducirá a un abordaje más riguroso de su obra.

Hay en estos años excelentes ensayos que también señalan hacia el futuro. Los estudios de Mirta Aguirre sobre la poesía de Guillén, o el acercamiento de Lezama, Carpentier y Marcelo Pogolotti a los pintores Amelia Peláez, Víctor Manuel, Arístides Fernández, René Portocarrero, Mariano, Lam y Carlos Enríquez, prefiguran la plenitud no ya de análisis, sino de disfrutes posteriores.

Al triunfo de la Revolución, como dice Marinello, lo que “ayer fue el esfuerzo por prever, hoy es el ímpetu por realizar bien esa previsión”.¹² A la temática y los rumbos esbozados por la década anterior se suman, por supuesto, otros temas y, asimismo, caminos, trillos y hasta callejones sin salida. El tránsito, además, asume un ritmo vertiginoso. Mientras la nueva vida se va plasmando de forma inesperada en una literatura original, riquísima, hecha de discursos, arengas, proclamas, declaraciones, diarios y aun manuales —*Los fundamentos del socialismo en Cuba*, de Blas Roca, que se reedita en 1960, y *Guerra de guerrillas*, de Ernesto Che Guevara, que aparece el mismo año—, devorados ansiosamente por un pueblo que en 1961 sabrá, en su totalidad, leer, los escritores y los artistas, al tiempo que se incorporan con sus viejas armas a la gran batalla recién iniciada, debaten largamente sobre la creación en la Revolución.

Muchos títulos de libros y ensayos de esta época lo reflejan de manera directa y casi obsesiva: “Revolución y creación”, *Creación y revolución*, “Los intelectuales y la revolución”, “El intelectual en la revolución”, *Estética y revolución*, “Revolución y artes plásticas”, *Música y revolución*, “Literatura y revolución”.¹³ Cambian sustantivos, conjunciones, preposiciones;

¹² *Ibid.*

¹³ MARINELLO, JUAN. “Revolución y creación”. En: *Meditación americana*. p. [11]-20; y *Creación y revolución*. La Habana, 1973. PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO. “Los intelectuales y la revolución”. En: *Crítica de la época*. La Habana, 1965. p. 116-135; *Estética y revolución*. La Habana, 1963; y “Revolución y artes plásticas”. En el último título citado, p. [51]-55; FORNET, AMBROSIO. “El intelectual en la Revolución”. En: *Revolución, letras, arte*. La Habana, 1980, p. [315]-319. ARDEVOL, JUAN. *Música y revolución*. La Habana, 1966; OTERO, LISANDRO. “Literatura y revolución”. En *Trazado*. La Habana, 1976, p. 127-143.

se invierte el orden de las palabras, se modifica el número, pero se sigue diciendo lo mismo. Junto al ya citado *Itinerario* de Portuondo, quien, por la perspectiva histórica que le ofrece el momento en que lo escribe (1974) y su decantada formación marxista, puede ver más lejos, están los ensayos, notas o prólogos casi testimoniales de los más jóvenes, esos que llegan a la literatura con la Revolución —Lisandro Otero (1932), Forner, Retamar, Graziella Pogolotti—, a través de los cuales puede apreciarse, en los años inaugurales de este período, la envergadura y calado del tema, que no va a desaparecer, ni mucho menos, del espectro temático de la ensayística cubana actual, pero que se irá matizando, adelgazando o imponiendo en distintos momentos, de acuerdo con los grados de definición que se alcancen, con la labor de proselitismo abierto o de soterrada penetración cultural de un enemigo nada lerdo para el ataque, y con la propia dinámica del proceso y de las promociones de creadores que van descubriéndose en él.

A unas pocas semanas de proclamarse el carácter socialista de la Revolución, y de la victoria de Girón, en junio de 1961 escritores y artistas discuten, junto con los más altos dirigentes del país, los problemas de la creación en la Revolución, los cuales, en este momento, parecen centrarse en la libertad de expresión. *Palabras a los intelectuales*, discurso con que Fidel Castro clausura estas sesiones, es el primer documento de política cultural de la Revolución. Allí se expresa, de manera tajante:

Creo que esto es bien claro. ¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la Revolución: todo, contra la Revolución ningún derecho. Y esto no sería ninguna ley de excepción para los artistas y para los escritores. Esto es un principio general para todos los ciudadanos. Es un principio fundamental de la Revolución. Los contrarrevolucionarios, es decir, los enemigos de la Revolución, no tienen ningún derecho contra la Revolución, porque la Revolución tiene un derecho, el derecho de existir, el derecho a desarrollarse y el derecho a vencer, y ¿quién pudiera poner en duda ese derecho de un pueblo que ha dicho: "PATRIA O MUERTE", es decir *la Revolución o la muerte?*¹⁴

¹⁴ CASTRO, FIDEL. "Palabras a los intelectuales". En: *Revolución, letras, arte*. La Habana, 1980. p. 15.

Esta definición será refrendada por todo el pueblo al votarse, muchos años después, la Constitución de la República, al parecer única en el mundo en proclamar, en su articulado, la libertad formal de la creación artística y literaria.¹⁵

Pero en sus *Palabras a los intelectuales* Fidel Castro, por supuesto, iba más lejos, y abordaba el problema en su verdadera esencia. Dice en otra parte de este discurso:

La Revolución no puede pretender asfixiar el arte o la cultura cuando una de las metas y uno de los propósitos fundamentales de la Revolución es desarrollar el arte y la cultura, precisamente para que el arte y la cultura lleguen a ser un real patrimonio del pueblo. Y al igual que nosotros hemos querido para el pueblo una vida mejor en el orden material, queremos para el pueblo una vida mejor también en todos los órdenes espirituales; queremos para el pueblo una vida mejor en el orden cultural. (p. 15)

[...]

Hay que esforzarse en todas las manifestaciones por llegar al pueblo, pero a su vez hay que hacer todo lo que esté al alcance de nuestras manos para que el pueblo pueda comprender cada vez más y mejor. Creo que ese principio no contradice las aspiraciones de ningún artista; y mucho menos si se tiene en cuenta que los hombres deben crear para sus contemporáneos. (p. 16)

Cómo crear para sus contemporáneos, que según sentencia Fidel Castro, es la única forma de crear para la posteridad (p. 16), será el centro de muchos de los mejores libros y ensayos producidos en estos tiempos.

Marinello ("Revolución y creación", *Creación y revolución*), Portuondo (*Estética y revolución, Crítica de la época y otros ensayos, Orden del día*), Mirta Aguirre ("Apuntes sobre la literatura y el arte", 1963; "Realismo, realismo socialista y la posición cubana", 1979), Carlos Rafael Rodríguez ("Proble-

¹⁵ Artículo 38, inciso d) de la Constitución aprobada por Referendo nacional el 15 de febrero de 1976.

mas del arte en la Revolución", 1967), Alejo Carpentier ("Papel social del novelista", 1967) y otros, abordan con rigor y entusiasmo este tema, reflejado igualmente en actas, boletines y declaraciones de sucesivos congresos de escritores y artistas, y de cultura, así como en discursos de los dirigentes del antes Consejo Nacional y, desde 1976, Ministerio del sector, y de la Unión de Escritores y Artistas. Este tema tendrá su más severa y contundente exposición en *El socialismo y el hombre en Cuba* (1965), de Ernesto Che Guevara —"hombre de todos los comienzos", como lo definiera Lezama—, y su presentación más enardecidamente clamorosa en memorables páginas, "equidistantes del opio y del arsénico", de Raúl Roa.

El socialismo y el hombre en Cuba, magistral y conmovedor ensayo de quien se sumergía hasta el fondo y rubricaba sus ideas con sus actos, fue una lección mayor de confianza y esperanza en el hombre, en su posible ascenso, y de reconocimiento íntimo y cordial, pero implacable, de su actual debilidad, de su circunstancial quebranto. Como todos sabemos, para el Che el escalón más alto de la especie humana es el de revolucionario. De ello es fácil deducir su crudo acercamiento al problema: "la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original: no son auténticamente revolucionarios".¹⁶ La función del arte y de la literatura es crear al hombre nuevo, al hombre del siglo XXI, y para ello no sirven ni recetas vacías, basadas en modos obsoletos, ni fórmulas estériles, operantes acaso en un mundo en quiebra.

Raúl Roa, en ese libro ininterrumpidamente escrito desde su fulgurante juventud, que la muerte le impidió concluir y cuajar en su versión definitiva, *El fuego de la semilla en el surco*, recuerda, entre tantas cosas, las ideas que acerca del arte, la literatura y sus funciones sociales debatía con sus jóvenes compañeros Rubén Martínez Villena (1899-1934), jefe y artífice de la revolución del 30, heredero, en verso y obra, de la revolución de José Martí, adelantado y heraldo marxista-leninista de la nuestra. En relación con ello, inserta, muy en el tono del prólogo sin título de *Escaramuza en las vísperas*, excelente y encendido ensayo sobre este tema, una digresión, breve y medular, que anuncia con sugerente y muy suya incitación:

¹⁶ GUEVARA, ERNESTO CHE: "El socialismo y el hombre en Cuba". En: *Revolución, letras, arte*. La Habana, 1980. p. 45.

Horademos el cascabullo. Ni manifiesto ni pasquín. El arte revolucionario es la proyección estética de una emoción revolucionaria, nutrida en una ideología revolucionaria o en la realidad revolucionaria que vitalmente la sustenta. La innovación formal, la liberación de la fantasía y la elasticidad del lenguaje y del estilo son componentes del arte revolucionario; pero no constituyen su esencia. La esencia del arte revolucionario es su sensibilidad social y su comunicabilidad multitudinaria. (p. 58)

El recuerdo de la primera frase de *El socialismo y el hombre en Cuba*, "acabo estas notas en viaje por el África", y de la ciudad, Montevideo, donde está destinado a publicarse, evidencia en breves líneas un hecho importante para entender el desarrollo de la ensayística y la ampliación de su temática: la Revolución cubana resulta de mucho interés para países del que nos hemos acostumbrado a llamar Tercer Mundo, y el Tercer Mundo es de sumo interés para la Revolución cubana.

Así pues, el latinoamericanismo de décadas anteriores se dirige a campos o zonas geográficas sólo antes exploradas por pioneros como José Luciano Franco —la historia y el pensamiento del continente, el Caribe insular en todas las dimensiones de su acontecer—, sin olvidar por ello los terrenos tradicionalmente trabajados —que ahora lo serán con óptica más nueva y despejada. La creación de la Casa de las Américas, fundada y dirigida hasta su muerte por Haydée Santamaría, será un factor decisivo en esos empeños. Pero, además, este latinoamericanismo que ahora incluye lo antillano se expande, al principio, hacia su complementario más inmediatamente afín, el Tercer Mundo y, después, hacia su complementario más definitivo, el campo socialista, al cual se acercara, hace ya mucho tiempo, Juan Marinello, también el primero en esto. Sobre Lenin y Ho Chi Minh se escriben algunos de los mejores ensayos del período, que encontrará su más esclarecedora expresión, su valoración más profunda, valiente y pugnaz en *La crisis económica y social del mundo* (La Habana, 1983), informe de Fidel Castro a la VII cumbre de los Países no alineados, que ha sido considerado similar, por su significación y alcance, a *La Historia me absolverá*, solo que en este caso, no ya a escala nacional, sino mundial.

Martí, que en este período tiene la mejor edición de sus obras completas, así como infinitas selecciones y antologías, será otro tema fundamental, inagotable en medio de luchas destinadas a hacer valer su última previsión. Se advierten

nuevas facetas de su ideario político al confrontarlo con el de sus correspondientes en otras latitudes; se cala en su antimperialismo y en su americanismo; se comprende su república; se descubre, con asombro, su inteligentísima concepción del partido; se demuestra su condición de guía, contemporáneo y compañero de revolucionarios del siglo XX; y se va aclarando, con el estudio cada vez más riguroso, más profundo, más científico de su obra literaria, la significación de su poética y de su crítica. A ello contribuyen casi todos los ensayistas del período, la creación del Centro de estudios martianos, y los Seminarios anuales en que los jóvenes estrenan sus armas y de los que han surgido muchos de los que en la promoción más nueva se ocupan de Martí.

En lo que respecta a lo cubano, la investigación, como hemos dicho, invade todos los dominios. En algo que quiso ser un poema ensayo sobre la Comuna de París y acabó siendo una explicación al lector, Retamar dice:

porque era el momento de aprender toda la historia otra vez, porque habíamos sido arrastrados por el pelo a la historia.¹⁷

En los, hasta enero de 1959, bastante académicos y cejijuntos baluartes de esta disciplina, también comenzarán a desarrollarse, desde el triunfo de la Revolución, conjuntamente con estudios e investigaciones cada vez más abarcadores de períodos y sectores del quehacer nacional prácticamente vírgenes —las luchas sociales, el movimiento obrero—, polémicas, discusiones y debates en torno al papel de la historia en este proceso, la valoración que debe darse a figuras del pasado y conceptos fundamentales como los de nación y nacionalidad. Pero por mucho que esta antiquísima ciencia nos haya tirado del cabello —y tal parece que se ensañó particularmente con el poeta antes citado—, no estamos capacitados para enjuiciar sus alcances. Sólo podemos señalar que en el campo del ensayo histórico, muy cultivado en el período, se distinguen, entre otros, José Luciano Franco, maestro prolífico y abridor de caminos, Elías Entralgo (1903-1966), riguroso y severo, Fernando Portuondo (1903-1975), siempre muy bien documentado, Julio Le Riverend (1912), gran conocedor de la república mediatizada y de Martí, Juan Pérez de la Riva (1913-1976), erudito y burlón a un tiempo, Sergio Aguirre (1914), de

¹⁷ FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO. *Circunstancia de poesía*. La Habana, 1977. p. 10.

prosa ágil e incisiva, Manuel Moreno Fragnals, autor de uno de los grandes libros de la época —*El ingenio*— y polémico, como el más joven Jorge Ibarra. Una muestra admirable de oratoria ensayística de tema histórico son los discursos de Fidel Castro en fechas tan señaladas como los centenarios del Grito de Yara —inicio de nuestras luchas independentistas—, la muerte del Mayor Ignacio Agramonte y la Protesta de Baraguá —estallido de la dignidad nacional cuando se la creía vencida—, o en aniversarios del asalto al Moncada o del triunfo de la Revolución.

Esa misma pasión polémica y escrutadora de la historia se vuelca sobre artes y letras de antes y de ahora. La investigación, repetimos, lleva la voz cantante, pero el ensayo también se ocupa de ellas. Desde el *Espejo de paciencia*, el son de la Ma Teodora y las pictografías aborígenes, todo es registrado, pero también interpretado, meditado, medido. La profundidad no es la misma, por supuesto, en todos los casos, ni la calidad en la expresión o en el juicio es pareja. Pero ese ventilar con pencas vigorosas aposentos cerrados durante mucho tiempo, no sólo descubre viejas mentiras repetidas con la mayor impunidad o esquinas apenas entrevistadas, sino que permite valorar, como decía Mirta Aguirre en ese texto suyo que vamos siguiendo, “lo que de positivo ha habido en las tradiciones nacionales, en esas sucesivas sedimentaciones de toda índole a través de las cuales ha ido forjando un pueblo su peculiar manera de hacer y de sentir”. (p. /43/)

La creación contemporánea fomenta igualmente el ensayo y, por supuesto, la crítica. Géneros literarios nuevos, como el testimonio, la literatura infantil o la narración policiaca; revitalizados por la Revolución, como la narrativa y la poesía; disparados hacia nuevas búsquedas por ese mismo e incansable detonante, como el teatro; o momentáneamente estancados, como la crítica, merecen la atención del ensayo. En ellos se ejercitan, sobre todo, los más jóvenes, aunque a muchos pintonos, maduros y maduritos, como Ricardo Repilado (1916), beatíficamente llegado, con textos de excepcional valor, al ensayo y la crítica en su tercera edad, se deben los mayores aciertos.

La creación de la Imprenta Nacional en 1960, y su ulterior puesta en manos de Alejo Carpentier, quien la dirigiera durante varios años, es en gran medida responsable de la revalorización y el análisis de nuestras letras coloniales y republicanas, para lo cual se ha contado con la colaboración de profesores, investigadores y aun editores, como Imeldo Alvarez (1928),

quien comparte con Salvador Bueno (1917) el primer lugar en la producción de prólogos. En sus etapas posteriores —Editora Nacional, Instituto del libro, Editoriales de Ciencia y Cultura— se incrementó notablemente la solicitud de estudios o introducciones con los cuales acompañar la publicación no sólo de nuestros autores del pasado y del presente, sino también de clásicos y modernos de todo el mundo. Y ensayos de la mayor belleza y del más atinado juicio han sido los prólogos de Eliseo Diego (1920) al *Orlando* y *La piedra lunar*, el de Pablo Armando Fernández (1930) a *Cumbres borrascosas*, el de Lezama a *Rayuela*, los de Graziella Pogolotti —que, al fin, se recogerán en libro— a *La cartuja de Parma*, Balzac, Maupassant, Elsa Triolet y unos cuantos italianos, el de Camila Henríquez Ureña (1894-1973) al *Fausto*, o el del propio Carpentier a *La montaña mágica*; y, entre los más jóvenes, el de Guillermo Rodríguez Rivera (1943) al *Cándido*, el de Enrique Saínz (1941) a Rilke, el de Marta Eugenia Rodríguez a *Moll Flanders* y los de Felipe Cunill a novelas y cuentos de J. D. Salinger, por sólo citar los que me vienen a la memoria.

El surgimiento de galerías y museos, el auge del teatro, el ballet, la danza moderna y la música de concierto, así como la creación del Conjunto Folclórico Nacional y del Instituto del Arte y la Industria Cinematográficos, implican, por una parte, la aparición de revistas de nueva temática y, por otra, la multiplicación de textos críticos y ensayísticos no sólo para ellas, sino también para catálogos y programas, en los que se lee la firma de muchos de nuestros escritores junto a la de críticos e investigadores, y, asimismo, la de artistas, teatristas, folcloristas o cineastas que reflexionan o discuten sobre su trabajo.

La obra fundadora de Fernando Ortiz encuentra seguidores, entre los mayores, en figuras como Argeliers León (1918), que al rigor científico de musicólogo y etnólogo une su sensibilidad de compositor y en la más joven generación, Miguel Barnet (1940), Rogelio Martínez Furé (1937), Jesús Guancho (1950) y Olavo Alén ostentan una sólida obra abierta a las más diversas proyecciones.

La crítica cinematográfica, por la que desfilaban, como pioneros, algunos de los representantes de la generación mayor, y cuya figura más destacada fuera José Manuel Valdés Rodríguez (1896-1971), crece impetuosamente en este período al tiempo que se desarrolla la ensayística de este tema, en la que antes de la Revolución se distinguiera, con sólidos trabajos sobre el cine comercial y el neorrealismo, Mirta Aguirre. La revista *Cine cubano* recoge los textos más importantes de esta

vertiente temática, abordada fundamentalmente por jóvenes y que, además, está muy bien representada en su tangencia con los medios de difusión masiva y la "industria cultural", en el libro de ensayos de Julio García Espinosa (1926) *Una imagen recorre el mundo* (La Habana, 1979).

En el teatro, la música y la plástica se observa, en general, una intención más investigativa y crítica que especulativa. Arrom y Rine Leal (1930) son los mejores estudiosos de nuestro teatro. Los dos tomos de *La selva oscura* (La Habana, 1975, 1982), de Leal, constituyen el más documentado y serio recorrido histórico por nuestra escena, a la que el autor, a más de una continua práctica docente, ha dedicado cerca de treinta años de crítica asidua y certera. Profesores como Beatriz Maggi (1924), Mario Rodríguez Alemán (1926) y Elina Miranda (1944) ocupan buena parte de su quehacer ensayístico en el teatro de otras latitudes, mientras que al calor de las nuevas tendencias de la dramaturgia cubana, Graziella Pogolotti, Magaly Muguercia (1945), Rosa Lleana Boudet (1947) y Raquel Carrió (1951) meditan, valoran y proponen caminos por los que a veces se han lanzado en plena complicidad con los creadores.

En la plástica hay también excelentes trabajos ensayísticos de Jorge Rigol (1910), Alfredo Guevara (1925), Graziella Pogolotti, Manuel López Oliva (1947), Gerardo Mosquera (1945) y otros jóvenes investigadores y profesores. Merece destacarse, además, una novedosa vertiente en el acercamiento a nuestra arquitectura actual, ostensible en textos de Roberto Segre (Argentina, 1934) y Nelson Herrera Isla (1947), así como a la colonial y republicana, a las que se dedican, entre otros, Yolanda Aguirre (1925), Lliliam Llanes (1947), Carlos Venegas y Pilar Fernández (1943). La gráfica y la caricatura, zonas no exploradas y de gran trascendencia artística y política en nuestro medio, han sido estudiadas y valoradas por Adelaida de Juan (1932), profesora, ensayista y crítica de vasta cultura y amplios intereses.

Por otra parte, la revisión de los más de mil catálogos de muestras de plásticos cubanos presentadas a todo lo largo del país en estos veinticinco años, descubre un hermoso caudal de lo que llamaría "ensayística de pequeño formato", de esos *esquisses* en que tanta poesía y subjetividad se encierra y en que el que escribe revela tanto de sí como del creador cuya obra celebra. Porque el escritor, frente a frente a un artista de su propia talla, de su sensibilidad, da notas personales cargadas de armónicos. La poesía de Retamar dialoga con los dibu-

jos, acuarelas y acrílicos de la "Gran Familia" de Raúl Martínez; y lo real maravilloso de la "Jungla" de Lam ilumina la selva de *Los pasos perdidos* del mismo modo que los vitrales de Amelia Peláez y las ciudades de Portocarrero encienden el deslumbrante lampadario barroco de *El siglo de las luces*. Quiero, a manera de ejemplo, recordar textualmente lo que nunca he olvidado, por lo mucho que me decía de su autor: el comienzo de las palabras de Lezama para el catálogo de la exposición de Mariano, a su regreso de la India, exhibida en la Galería de La Habana en 1962 y en las salas del interior de la Isla en 1963:

Dichoso Mariano que ha podido ver los cuatro grandes ríos: el Ganges, el Sena, el Amazonas y el Almendares. El Ganges, donde los efímeros se purifican y los muertos fluyen. La horizontalidad del Sena, al lado de la verticalidad del gótico implorante. La fluencia pura, indetenible, desconocida del Amazonas. Y la tierna humildad del Almendares lento, donde la mano se extiende por las colinas y peina e impulsa con la lunada.

Conversando hace algunos meses con un colega de Departamento que anda enfrascado en un estudio de sintaxis y estilo en Carpentier, empezamos a imaginar, en broma, un inventario de posibles pastiches de escritores cubanos de estos tiempos y, para nuestro asombro, fuimos dándonos cuenta de que era en la prosa reflexiva, en la pobrecita literatura ancilar, en el modesto ensayo donde encontrábamos muchos de los estilos más inconfundibles, más soberanamente esclarecidos, clasificados y reconocidos por nuestra mente. ¿Paradoja del ensayo que, en su misión de transmitir, de orientar, de valorar o de hacernos compartir meditaciones, encuentra lo convincente, lo que persuadirá en la entrega de los acentos más personales? ¿Deformación de quienes fuimos, en las aulas, alumnos de buena parte de esos ensayistas y, en las plazas y salas, deslumbrado auditorio de conferencias o discursos de otros de ellos? ¿Impresión, en fin, debida a que el ensayo, como la antigua, muy antigua poesía, no sólo entra por los ojos de la lectura, sino también por los oídos y hasta por la percepción de los gestos que al cabo de los años resurgen frescos, nítidos, para subrayar nuevamente la entonación, el timbre, la cadencia con que sonaron las palabras que ahora volvemos a leer? Yo no tengo respuestas. Sé, sólo, que como dijo Mirta Aguirre, Cuba ha sido, desde el inicio de sus letras, "país de ensayistas [...] aunque mayoritariamente se le ha tenido siempre por país de

poetas",¹⁸ y que sus ensayistas se han creado un lenguaje muy personal que en esta época de compulsión e introspección ha sabido calar en todos, entregándonos una visión de nosotros mismos o comprometiéndonos a buscarla y concretarla.

Marinello entraba en su tema con paso medurado, y en el imperceptible andar de su discurso, la majestad del tono, la cuidadosa distribución de los vocablos, el énfasis en lo nominal que pretería lo verbal, esa *españolidad literaria* salpicada por términos extraídos del *guacalito de* cubanismos con que siempre cargaba, parecía que no iban a dejar lugar a la emoción, a la pasión. Sin embargo, *ensayos en entusiasmo* no fueron sólo los de *Poética* (Madrid, 1933), sino todos los que escribiera a lo largo de una vida agitada de fuego político y de búsqueda de todo lo que pudiera enriquecernos, de polémica sin estridencias pero con sólidos fundamentos, de afán de enseñar. Testigo en su día y entre nosotros del inicio de la obra de aquellos que llamó *los novísimos* —Florit, Guillén, Ballagas— y de los primeros pasos de *los penúltimos* —Navarro Luna, Tallet, Pedroso—, y, en nuestra América, del surgimiento de una novela que consideró ejemplar —y sobre la que volvería a meditar mucho después—, Marinello llegó a la Revolución en que se había enrolado treinta años antes, con una obra hecha, reconocida y aplaudida por todos, a la que seguiría añadiendo en esta época páginas de pasión y devoción, de fundación y recuento, y aún de rectificación. Los siete ensayos martianos de quien hubiera publicado ya *Martí, escritor americano*, se convierten en once, en dieciocho. No le bastaba, además, haber vivido, luchado, trabajado y meditado en, con o sobre momentos y hombres ejemplares de su tiempo, tenía que transmitir "el gesto intransferible", "el perfil íntimo" de sus contemporáneos. La universidad, la creación y la crítica en la Revolución fueron temas que deben a su pluma definiciones fundamentales. Consideró a la poesía el *quilate rey* de la ensayística de Alfonso Reyes, al que llamó, en homenaje de continuidad y de discrepancia, "centinela". También la poesía del juvenil autor de *Liberación*, del sexagenario y aguerrido cantor de las "Coplas de Pancho Alday", ilumina esta prosa entrañable de quien tanto en *Poética* como en *Contemporáneos* ostentara con orgullo su condición indeclinable de juez y parte.

Raúl Roa era, por el contrario, un torbellino. Hubiera podido decir, como Baroja, que las normas estilísticas de sus en-

¹⁸ Página 45 de la *op. cit.* en nota 9.

sayos eran la "estética del improprio" y la "retórica en tono menor". Pero muy lejos de los falsos aventureros del novelista vasco, sus héroes son los protagonistas del arranque inicial de su gran parábola, que marcarán toda su vida, llenándola de tales savias que no sería hipotético decir que una gran zona de las letras, el arte y la investigación de este período encontró impulso en la obra riquísima de Raúl Roa. Es lógico que la Revolución tendría que indagar y revalorizar la "década crítica", la revolución del 30 que, como él dijera, "se fue a bolina", pero la pasión con que Roa no dejara morir jamás a sus compañeros ni al ideario que los sustentó, fue levadura para tanto testimonio, tanto documental y largometraje, tanta historia sobre este período como los que hemos recogido en estos años. Después de la Revolución publicó cinco libros: tres con recopilación de materiales anteriores, a los que añadía textos recientes, y dos nuevos, sustentados en una vieja pasión y un fuego actual: el que ofrendara a su abuelo mambí y el que consagrara a Rubén Martínez Villena, a quien ya había dedicado centenares de páginas de homenaje. En estos libros de historia y memoria, en que la investigación y lo anecdótico corren parejos con una capacidad de fabular digna del mejor novelista —recuérdese, en el último, la borrachera llena de venezolanismos del heroico Carlos Aponte, o la peripatética gimnasia en cueros vivos de Juan Antiga, único pelotero que leyera a Baudelaire y médico homeópata—, al análisis crítico y severo se unen singulares digresiones ensayísticas, excursos teóricos dirigidos a los más candentes temas. Las polémicas domésticas de antaño, en que su fidelidad revolucionaria y su agudeza verbal hacían retroceder a sus adversarios, tendrán escenario mundial en las batallas que como Canciller de la Revolución libra por cerca de veinte años. Su cubanísimo léxico, engalanado aquí y allá por voces inusitadas, por bruñidos arcaísmos que su curiosidad lingüística sacaba a flote, se enredaba por los vericuetos de una sintaxis ágil y rebuscada al mismo tiempo, con la que por vez primera se oyó llamar en foros internacionales de morigerada oratoria, pan al pan y vino al vino.

Mirta Aguirre es una de las personalidades más plenas y complejas de nuestras letras. Poeta de sensibilidad tan acendrada como para manifestarse casi exclusivamente en la poesía erótica y la infantil, en las que no tiene rival en este siglo, fue a la vez que curiosa y ocasional excursionista por campos como el cine o la moda, el teatro y la música, nuestra mayor hispanista, la más perspicaz lectora de poesía española, la más osada polemista en temas muy transitados de historia literaria o estética, sobre los que arrojaba luz propia, profesora inolvida-

ble y, presidiéndolo todo, revolucionaria profesional desde los días de su juventud. Después de 1959, su obra medular y certera, en la que el estudio de Cervantes o los análisis de Guillén son piezas antológicas, crece con un vigor y una plenitud desbordantes. Hay muertes más imperdonables que otras, y la de Mirta Aguirre así lo fue, porque cortó en un cenit cercano a los setenta años, un ímpetu y un brío que la Revolución había hecho renacer para dar sus más hermosos brotes. Inquisitiva y profunda siempre, ese profesorado al que llegó en su quinta década le dio a su estilo de este tiempo un toque didáctico de singular efecto y de notable realización, expresado en un lenguaje muy castizo, rico en paradojas y consejas, irónico, cortante y, sobre todo, escrutador, y también abrió en su copiosa temática nuevos trechos que recorrer con sus discípulos. Son de estos años sus estudios sobre el romanticismo y la novelística de Cervantes, sus dos tomos sobre la lírica castellana hasta los siglos de oro, su indagación en Sor Juana y su obra, sus polémicos textos en torno al arte revolucionario, sus fervorosos análisis de las letras cubanas, su lectura de poetas cercanos en tiempo y en aliento y sus recorridos por los caminos del lenguaje poético. La edición de sus obras completas, que ya anda en marcha, permitirá conocer mejor a uno de los grandes escritores de la Revolución.

Alejo Carpentier, que se había asomado al ensayo con su prólogo a *El reino de este mundo* (1949) y había sido muchas veces tentado por él, se dará a este género después de la Revolución. Ya en los ensayos de tema literario de *Tientos y diferencias* (México, 1964), que constituyen el núcleo central de la poética carpenteriana, y en sus conferencias de igual temática incluidas en *Razón de ser* (Caracas, 1976) y *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo* (México, 1981), en las que se perfilan elementos de singular importancia dentro de ella; ya en sus meditaciones sobre su propia obra o la de sus contemporáneos de *acá y de allá, de entonces y de ahora*; ya en *La ciudad de las columnas* (1964), el más clamoroso homenaje a lo tutelar y cariñoso de la arquitectura de la vieja Habana, inventada para cuidar del sol y de las lluvias torrenciales, para entregarnos a la brisa y el terral, se entabla un diálogo fecundante y precioso, tanto para el autor como para el lector, con su novelística, a la que complementa e ilustra con este comentario paralelo en que su estilo exhibe las mismas excelencias que su narrativa. Pero, además, en su obra ensayística Carpentier retoma y amplifica viejas ideas de sus años juveniles, sustentadas a lo largo de su vida, y que ahora alcan-

zan, con la Revolución que a cada paso celebra, su mejor definición. A la función social del novelista, en su condición singular de cronista y protagonista de nuestra épica, consagra sustanciosas páginas.

Otro tanto sucede con la ensayística de Lezama, para quien este género —que en la Revolución acrecentará con dos libros: *La cantidad hechizada* (La Habana, 1970) e *Imagen y posibilidad* (La Habana, 1981)— es, en lo fundamental, un campo de expansión de la poesía, la que, a tenor de la desnudez perceptuada por Juan Ramón Jiménez, no podía darse con plenitud a la expresión de esa cosmovisión poética que es centro, principio y fin de toda su creación. Hay igualmente en Lezama, junto a este complemento de su obra, a esa iluminación de su credo artístico, visiones muy perspicaces del entorno actual o pretérito de nuestra vida, análisis profundos y riquísimos, como los que acompañan a su *Antología de la poesía cubana* (La Habana, 1965), o los que dedica a Zenea, y, sobre todo, una voluntad inquebrantable de indagar en lo nuestro, de escrutar sus raíces y sus esencias.

Quisiera, antes de pasar a referirme a los ensayistas que nos acompañan, citar un texto de Marinello que todos hubiéramos deseado firmar, porque constituye, sin dudas, la expresión de uno de nuestros mayores orgullos y consuelos: el de haber convivido, en estos años felices, admirándoles obra y gesto, aprendiendo en su doctrina y en su disciplina, con los autores de que hemos hablado:

Es pena grande que el encanto personal, cuando es penacho del otro encanto, no pase a la inmortalidad como la obra que corona. Eso vamos ganando a los que nos sigan en la vida: nuestros descendientes conocerán los versos del poeta, pero no su humanidad iluminada y cordial. (*Contemporáneos*, I. p. 104).

José Antonio Portuondo, como Baldomero Sanín Cano, el “escritor sin rival” con cuyo suave magisterio y humor —en este caso muy criollo y nada mordaz— se emparenta, podría proclamar: “no hay quien puede decir que conciliara el sueño [...] leyendo un libro de ensayos que yo haya perpetrado”. Porque este sabio profesor de estética, pionero de la teoría de la literatura marxista e hispanoamericana, conocedor intenso y apasionado de las letras del continente y de la Isla, descubridor de nuevos valores y caminos, y restaurador de viejas tradiciones, estudioso de Martí y servidor de la Revolución, siempre ha sabido ser ameno, claro y conciso. Estos rasgos confor-

man un estilo en que lo complejo del tema y lo riguroso de su abordaje nunca son para el lector obstáculo que vencer, sino deleite que ganar. Asiduo disertante y profesor, como se ha dicho, Portuondo sabe dar a su prosa un ritmo y un colorido de lenguaje hablado, sin afectaciones, pero elegante y medurado. Autor de una obra vasta y ejemplar antes de 1959, después de la Revolución y al compás de una carrera muy llena de responsabilidades, la ha acrecido con títulos de variada intención y siempre útil y lúcida enseñanza, al tiempo que ha visto reeditarse, con adiciones muy enriquecedoras, los libros que lo dieron a conocer y abrieron nuevos caminos y horizontes a la crítica y la teoría literaria de nuestra América. De Portuondo no puede hablarse, además, sino se dice cuánto ha impulsado con sugerencias, reconvenciones, polémicas y dedicación personal, el desarrollo de la investigación, de la crítica y de la historia de la literatura cubana.

Carlos Rafael Rodríguez debió optar muy tempranamente entre una carrera literaria que en los textos de su juventud se evidenciaba promisorio, y las "tareas de combatiente" en que se había enrolado en plena adolescencia. Durante los treinta años que preceden a la Revolución, elaboró al margen o como parte de su actividad de militante de vanguardia, una obra ensayística de muy plural temática y altos méritos en el pensamiento y la expresión. Historia, economía, letras, filosofía y, sobre todo —y en todo—, política, encontraron en él un oteador original y osado, un sistematizador y un precursor. Después del triunfo revolucionario, que lo exaltó a las más elevadas responsabilidades cívicas, su obra ensayística corrió por nuevos cauces, aunque debió sacrificar algunas vertientes —aquellas para las que el estudio demorado y prolijo le iba siendo cada vez más vedado. Sin embargo, ha podido encarar en esta época los temas fundamentales del período. Los problemas del intelectual revolucionario, tema que antes de 1959 no sólo ocupara su pluma, sino también su gestión política, muestran en el homenaje rendido a sus compañeros Juan Marinello y Mirta Aguirre, o a la agrupación cultural que en años confusos y sangrientos contribuyera a fundar —"Nuestro tiempo"— tanta plenitud, como en discursos que, improvisados, son "el brote natural de largas y extenuantes reflexiones previas". La nueva Universidad cubana, que ayudara sustancialmente a crear, halla renovados derroteros en sus meditaciones sobre este tema, para el cual su amplia concepción de la cultura y del valor de las disciplinas humanísticas constituye la base desde la cual operar. Martí, siempre abordado y esclare-

cido por su obra, le suscita, en tiempos de revolución continental, nuevos y lúcidos enfoques, que entroncan con su valoración de Bolívar. "Lenin y la cuestión colonial" (1970) es uno de nuestros más importantes aportes al estudio del pensamiento marxista-leninista.

Angel Augier (1910), investigador y crítico de juicios rigurosos y prosa ágil, profundo conocedor de toda nuestra literatura y, en especial, de la obra de Nicolás Guillén —a cuyo estudio y edición ha dedicado en estos años notables volúmenes y prólogos, así como ensayos de recia urdidumbre y fina expresión—, ha abordado también entre otros temas, la obra poética y política de José Martí, y ha recogido en dos libros recientes estudios y valoraciones de muy variada fecha. El profesor Arrom, más dado al tratado que al ensayo, ha publicado, sin embargo, en este período y dentro de este género, dos títulos de amplia resonancia: *Certidumbre de América* (La Habana, 1959), y *Estudios de lexicología antillana* (La Habana, 1980). Este último, conjuntamente con su *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*, de 1975, contribuye a reabrir un camino abandonado hacía mucho tiempo, para el que los hallazgos del geógrafo Antonio Núñez Jiménez y de varios antropólogos y arqueólogos, han ido acumulando las evidencias necesarias. Samuel Feijóo (1914), en quien encarnara el "ángel de la jiribilla" insular en forma de editor, ha brindado al ensayo, a más del inapreciable servicio de darlo a conocer —gracias a su pasión se publicó casi toda la obra de gran parte de nuestros ensayistas entre fines de la década del 50 y mediados de la siguiente—, dos extremos polares de su corporeidad: los extensos textos con que glosa y comenta amplios sectores de la poesía cubana y del folclor campesino, y esas líneas afinadas, de tan lírico sabor, que no sabemos si llamar aforismos y dejarlas en este campo, o considerarlas poesía gnómica. Salvador Bueno, infatigable divulgador de las literaturas cubana e hispanoamericana, ha acumulado en este tiempo una impresionante cantidad de trabajos que incluye crítica, artículos, prólogos, biografías, antologías, historias de la literatura, y en la que el ensayo no falta, ni como forma, ni como sesgo estilístico. En este género deben destacarse sus estudios acerca del negro en la literatura cubana y sus acercamientos a Carpentier.

Dueños de un estilo al que su condición de poetas presta galanuras de inteligencia y de lenguaje, con un rigor —él— y una pasión —ella— sólo comparables en intensidad con su ejemplar disciplina, Cintio Vitier y Fina García Marruz (1923) ponen en el estudio de Martí una devoción que se extiende a

todo el conjunto de nuestras letras, en cuyas manifestaciones más desconocidas, olvidadas y humildes, sacadas por ellos a la luz, han sabido encontrar recónditas esencias de lo cubano. En la obra de Fina García Marruz merecen especial atención, junto a los estudios martianos, sus trabajos sobre Lezama y los prólogos a Juana Borrero y a *Flor oculta de poesía cubana* (La Habana, 1978), que ilustrara Feijóo. Entre los primeros, su lectura de *Imagen y posibilidad* nos conduce, de mano amiga y maestra, a ir devanando todo el tejido de la obra y del pensamiento de Lezama, para lo cual, por supuesto, la pretendida reseña de ese libro no es más que una justificación. Cintio Vitier anclado definitivamente en nuestro ensayo por aquel libro liminar, *Lo cubano en la poesía*, entregará a esta época, además de varias recopilaciones de su exégesis martiana y de su crítica, así como prólogos y ensayos dispersos —memorables tanto por el acercamiento a la obra en cuestión como por el severo acopio de datos siempre encubiertos por la cómoda erudición de quien sólo acota lo imprescindible—, dos libros de diversa función pero de pareja importancia: *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano*, medular y entrañable valoración de un importantísimo sector de nuestro pensamiento que es, a la vez, guía y manual para el investigador, y *Ese sol del mundo moral; para una historia de la eticidad cubana* (México, 1975), definido por Roa, en su último libro (p. 92), como “profesión de fe política de un cristiano revolucionario” e “hirviente redoma [en que] relucen las dotes de escritor y poeta” de su autor.

En 1926, a raíz de la publicación de *Con las mismas manos*, recopilación de sus primeros cuadernos de poesía, Roberto Fernández Retamar fue considerado uno de los escritores que mejor habían sabido tomar la palabra en nombre de una generación. A veinte años de aquella afirmación, la crítica ha vuelto a repetir ese juicio, pero, en este caso, refiriéndose a su obra de ensayista. Y es que Retamar ha sabido plasmar en su prosa reflexiva no sólo la problemática de su tiempo, que es el de la Revolución, desde sus inicios hasta nuestros días, sino que ha ido mostrando, en su ya larga e ininterrumpida formulación, las dificultades, los tanteos y las búsquedas que, tanto para él como para otros, implicaba el acometer tal empresa. De este modo, en su obra ensayística, parcialmente recogida en ocho libros se han ido acumulando, junto a los temas más inmediatos, las sucesivas ampliaciones que para solventar de raíz su abordaje, le ha sido necesario realizar. Se ha insistido en el tránsito de Retamar de lo nuestro insular a lo nuestro conti-

mental y de allá al resto del mundo subdesarrollado y a la periferia europea, en búsqueda de una identidad más amplia en la cual encontrarnos mejor. Discípulo confeso de Portuondo y de Cintio Vitier, en su obra se conjugan el interés por nuestra América y por lo cubano, abrazados por la humanidad sin fronteras de Martí. Ello se ilustra, en lo que al continente se refiere, en la que me parece la más completa re-visión de la vieja temática del ensayo hispanoamericano —civilización y barbarie, la leyenda negra, americanismo, antimperialismo, etcétera— y en un replanteo radical de temas más recientes o actuales —modernismo, emancipación literaria, antipoesía, *boom*. Cuba —cuyos escritores contemporáneos le merecen el mayor interés— y Martí se insertan, como es lógico, en este amplio esquema de honda trabazón. Ensayista de estilo vigoroso, polémico y aun agresivo, en el que la claridad es, necesariamente, rasgo predominante, ha influido de manera evidente no sólo en los más jóvenes, sino también en autores de su propia promoción.

En páginas anteriores se ha repetido el nombre de Graziella Pogolotti y ello se debe a que esta ensayista, crítica y profesora no sólo tiene un campo muy amplio de intereses, sino que se dedica sistemáticamente a sondearlo y a entregarnos, por medios muy disímiles y siempre lúcidos e incitantes, el resultado de sus prospecciones. Las artes —plásticas y escénicas— y las letras cubanas del siglo XX, así como la literatura francesa e italiana del XIX y del presente suelen ser sus temas fundamentales, y los ataca con rigor y muy personal criterio. Autora de dos libros de ensayos —*Examen de conciencia* (La Habana, 1965) y *El camino de los maestros* (La Habana, 1979)— y de numerosos prólogos, reseñas y artículos, el vórtice de sus intereses cubanos es la obra cultural de la Revolución, hacia la que se dirigen sus indagaciones ya de modo directo, mediante el análisis de algunas de sus más llamativas manifestaciones —testimonio, teatro nuevo, novela policiaca, Soler Puig, Servando Cabrera, Raúl Martínez— o indirecto, extrayendo de experiencias anteriores, en este caso fundamentalmente de la plástica surgida por los años veinte —uno de cuyos grandes representantes es su padre—, las lecciones válidas para hoy. Recorrer el camino de los maestros tal como lo recomienda Graziella Pogolotti, no es calistenia mimética, sino oportunidad de descubrir e incorporar los mecanismos nada imitativos que permitieron a Carlos Enríquez, Lam o Amelia, ser muy de su tiempo universal, siéndolo raigalmente del nuestro.

Con un librito de título retador —*En tres y dos* (La Habana, 1964)— que contenía una especie de ensayo-tángana sobre nuestra crítica literaria y cuatro o cinco reseñas, comenzaba a andar, por este género, Ambrosio Fonet. Tres años más tarde publicaría otro libro, *En blanco y negro* (La Habana, 1967): acompañando una extensa y documentada cronología —que desde entonces es precioso *vademecum* de críticos e investigadores— un largo ensayo exploraba, con amarga mirada todo aquello en que antes apenas se había reparado, el irregular y paradójico cañamazo que sostenía a la narrativa cubana de la primera mitad del siglo XX. Después han sido decenas de ensayos, prólogos, artículos, en los que se ha dirigido a lo inesperado, lo descuidado, lo inadvertido de todo eso que para otros no es más que entorno literario o paraliteratura. De sus recorridos por esos intransitados caminos ha traído muchas noticias, viejísimas y frescas, muy actuales, con las que se ha ido conformando mejor el paisaje de nuestras letras. Crítico muy agudo, notable polemista y conversador, ejerce gran influencia en los jóvenes. En él y en Graziella Pogolotti, además, se ha podido observar un notable cambio de lenguaje, la maduración de dos estilos que ya también van siendo inconfundibles. El terrorismo verbal de algunas de las primeras páginas de Fonet, que era entonces su marca peculiar, ha ido convirtiéndose en ese coloquialismo, a veces mordaz, pero siempre fraterno, que se advierte por momentos en su pulcro y vigoroso discurso. Graziella Pogolotti, de tono frío, distanciado y un poco autoritario en sus primeros ensayos, ha desarrollado, igualmente, un nuevo lenguaje, en el que la intensidad, el afán por llegar no directa, sino profundamente al lector, es el rasgo distintivo.

Lisandro Otero ha incursionado bastante en el ensayo con una temática muy variada —*Hemingway* (La Habana, 1963) y *Trazado*—, dando muestras, también en este género, de talento y oficio, pero el grueso de su prosa reflexiva se desarrolla en el reportaje. Roberto Friol (1928) se interesa preferentemente por la novela del siglo XIX cubano, a la que ha dedicado ensayos fundamentados en una sólida erudición que sabe encerrarse en la inocua zona del pie de página. Cirilo Villaverde y Manzano han merecido recios estudios no exentos, sobre todo en el caso del último, de mucha pasión. En sus trabajos sobre literatura norteamericana se destaca “El hombre de Saul Bellow”, notabilísimo y certero. A Alberto Rocasolano (1932) lo atrae más, también como ensayista, la poesía y, en especial, la del siglo XX cubano. En *El último de los raros* (La Habana,

1982) recogió sus ensayos sobre Poveda, eruditos y tersos a la vez, con los que penetra, teniendo buen cuidado en atender a las influencias foráneas, en un período poco conocido de nuestra literatura. Luis Suardiaz (1936) es igualmente atraído a este campo por la poesía. Se ha ocupado, en *Siempre habrá poesía* (La Habana, 1983), tanto de poetas cubanos —preferentemente de Camagüey—, como de otras latitudes y su abordaje se muestra muy personal, lírico. Martí y Carpentier, por una parte, y la música y los medios de difusión masiva, por otra, son los temas más tratados por Leonardo Acosta. Sus prólogos, artículos y ensayos dispersos, así como los recogidos en sus libros *José Martí, la América precolombina y la conquista española* (La Habana, 1974) y, sobre todo, *Música y épica en la novela de Alejo Carpentier* (La Habana, 1981), lo mejor publicado entre nosotros sobre el novelista mayor de Hispanoamérica, ostentan gran fuerza en las ideas y en la expresión, así como un estudio riguroso y original de fuentes muy disímiles.

La promoción más joven, como es lógico, aún no ha llegado plenamente al ensayo. Anda fogueando sus armas en la crítica y en las monografías que auspician muchos trabajos de diploma o de grado. La revisión de la nómina que recoge José Prats Sariol (1946) en el prólogo a su selección *Nuevos críticos cubanos*, ya felizmente desactualizada, pues fue establecida hace cerca de cuatro años, da motivos para alegrarse. Allí aparecen los nombres de más de treinta nuevos críticos. Pero si se hace un censo de los que desde las páginas de *El caimán barbudo*, de las distintas revistas universitarias y hasta especializadas reseñan, comentan y polemizan sus lecturas y contornos, se descubrirán sin duda muchos más, todavía en ciernes, apenas comenzando su camino, pero entusiastas y peleadores.

Entre los que aparecen en el libro de Prats y aún entre los que no están allí porque surgieron después, hay, sin embargo, un buen número de ensayistas reconocidos y, entre ellos, algunos consagrados por textos de definitiva vigencia. Se trata de Salvador Arias, Sergio Chaple y Enrique Saínz, de la Academia de Ciencias, que se ocupan en especial de la literatura cubana del pasado, aunque también aborden la de nuestros días. De los profesores, Guillermo Rodríguez Rivera, de intereses muy variados pero volcado con rigor más sostenido hacia el lenguaje poético; Aimée González Bolaños (1945), acuciosa investigadora de la obra de Félix Pita Rodríguez; Yolanda Ricardo (1944), que ha sacado de una figura menor todo el relieve de una época; Elena Jorge (1945), estudiosa de la críti-

ca martiana; Rogelio Rodríguez Coronel (1946), dedicado a la novela cubana actual y a la narrativa hispanoamericana de este siglo; y Ana Cairo, entregada a la literatura de la revolución del 30. De los poetas Eduardo López Morales, en el que la poesía, la teoría y la estética resultan de parejo interés; Mercedes Santos Moray (1944), de muy variada temática; Nancy Morejón, cuya obra sobre Guillén, dos veces galardonada con premios nacionales —de ensayo y de crítica—, es de lo más valioso del período; Emilio de Armas, autor de un estudio de Julián del Casal también muy celebrado y fino escrutador de la poesía; Luis Toledo Sande (1950), investigador de la obra de Martí, como el anterior, y de la novela republicana; y Virgilio López Lemus (1946), con un interesante recorrido por la narrativa de García Márquez. A ellos se suman el propio Prats, con sus estudios de poesía cubana; Joaquín G. Santana (1939), novelista preocupado por la obra de Varela y de Navarro Luna; y Alga Marina Elizagaray (1935), especialista en literatura infantil que obtuviera, con un trabajo de esta temática, un premio nacional de ensayo. Todos ellos tienen libros —algunos, varios— editados o en prensa, como la mayoría de los historiadores, teatrólogos, críticos de arte y etnólogos de esta promoción aludidos o mencionados en otra parte de esta ponencia.

A estos nombres sería justo agregar los de aquellos que, con trabajos aún dispersos, han contribuido al auge del ensayo en estos últimos años. Ellos son, entre otros, Denia García Ronda (1939), Trinidad Pérez (1943), Raúl Hernández Novás (1948), Desiderio Navarro (1948), Mirta Yáñez (1947), Abel Prieto, Luis Alvarez (1950) y Gilberto Valdés.

Coda de centauros

Quirón, en fin, es un híbrido, pero no un monstruo. No devora efebos y doncellas como Minotauro, ni destruye, como la Esfinge, a los que flaquean ante sus enigmas. Es todo lo contrario: el maestro de los héroes, el preceptor de Aquiles. Si lo vemos ahora apacible y sereno, volcado a la meditación, como descansando un poco después de mucho bregar, fijémonos en sus hermanos más jóvenes, esos que, con gran tino, lo acosan a preguntas y “por el llano extenso van en tropel sonoro”, o, mejor, advirtamos el fuego latente de aquellos centauros anónimos que dibujara, que inventara Picasso, aún detenidos, pero alertas, con la mirada perdida en no se sabe qué ensoñación, en qué curiosidad, ya prestos a iniciar su infinita carrera.

José Luciano Franco

**LA DIASPORA
AFRICANA EN EL
NUEVO MUNDO**

AMÉRICA LATINA



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1973

**PROBLEMAS DE LA FORMACION
AGRARIA DE CUBA**

(Siglos XVI-XVII)

JULIO LE RIVEREND



(Capítulos IX y X)

IX

Explotación de la Tierra: modos y tecnologías

No puede olvidarse que la América conquistada y colonizada en los siglos XVI y XVII, es explotada bajo normas tradicionales, por ende la organización de su agricultura —sus bases y mecanismos—, es anterior a los descubrimientos y las novedades técnicas que aparecen, por cierto, en Europa en el XVIII. Desde luego, no podemos atribuir simplemente a este hecho el fenómeno del atraso americano en el uso de los recursos naturales. La forma latifundiaria predominante en la estructura agraria, en las zonas en que ella estaba plenamente al servicio de fines comerciales capitalistas, no sólo detuvo el desarrollo sino realmente consagró las prácticas económicas más primitivas. El establecimiento de un sistema de trabajo servil o forzoso y esclavista favoreció hasta el propio siglo XIX este atraso. La constitución de toda una economía dominada, caracterizada por la desigualdad de desarrollo, y en medio de un mundo en que la concentración acelerada de los nuevos recursos tecnológicos y financieros acentúa esa desigualdad surgida con el colonialismo moderno, establece una cierta continuidad secular de las estructuras y las formas agrarias. Asimismo, alimenta y mantiene ideologías y grupos políticos cuya perduración completa ese panorama de uniforme inercia y quietismo, de estancamiento.

Por otra parte, aún en los territorios en que las condiciones climáticas permitían los cultivos de tipo europeo, la abundancia de tierra, de un lado, y su consecuencia, el cultivo extensivo, así como la importación de productos metropolitanos con prohibición o limitación de su producción colonial, de otro, impidieron la aplicación de nuevas técnicas al desarrollo agrícola.

En aquellas condiciones, la economía agraria se fundó tanto en la ganadería como en la agricultura permanente, la una prácticamente sin trashumancia ni cuidado alguno y la otra sin rotación de cosechas, ni insumos cuantiosos. Es sabido que las tierras agotadas por un uso de largo tiempo eran abandonadas por otras nuevas, vírgenes o más “descansadas”

1. *La técnica de producción. La estancia es célula matriz de los grandes cultivos comerciales de Cuba. Jerarquización de las formas agrarias; conuco, roza y otros minifundios*

No contribuyó poco a conformar la explotación agropecuaria el hecho de que numerosas, si no todas las colonias, nacieron basadas en el cultivo de productos indígenas (yuca o maíz), puesto al servicio del consumo de cuantía europea lo que, por un lado, consagró las formas primitivas no europeas y por otro, favoreció el esquilmo extensivo del suelo. Lo que aportó totalmente el europeo, o sea, la ganadería, era una actividad retrasada, que vivía del privilegio, no de su propia capacidad para producir, y que exigía muy pocas condiciones para mantenerse en suelo americano. Es más, el relativamente numeroso personal empleado en los rebaños españoles bajo el régimen de la Mesta no se necesitó en América. Bien pronto, lo que era producto de condiciones socio-económicas de la región, se transformó en un arsenal de supuestas verdades científicas que pretendían probar que el medio americano —y, desde luego, el hombre americano, aborígen o criollo— eran incompatibles con el progreso técnico y el adelantamiento económico. Ello constituyó un cambio de actitud radical respecto a los testimonios de los primeros descubridores y colonos, que ponderaban extraordinariamente las vigorosas condiciones naturales americanas.¹

No obstante la pobreza técnica de la explotación del suelo, su estudio abarca una variadísima serie de instituciones y de normas. En este sentido hay mucho por hacer en lo que a Cuba respecta, pues la información documental disponible no abunda. Por ello, en este capítulo, sin contar las referencias hechas en los capítulos I y II, vamos a intentar un primer examen de conjunto, sin que podamos ir más allá de una constatación de hechos que pueden arrojar cierta luz sobre el tema. En definitiva la propia historia agraria está saliendo de sus sombras hace apenas treinta años.

En los tiempos primeros, la vida de las estancias estuvo fundamentalmente determinada por la existencia de indios de trabajo. Recordemos la vinculación estrecha entre repartimientos y mercedes de tierras que se confunden totalmente en las

¹ Sobre el contrapunteo teórico entre realidad social y natural e ideología, la obra de Antonello Gerbi es de provechosa consulta.

primitivas "vecindades con indios".² Al faltar los indios se apeló a los africanos; pero ni el número de unos ni el de otros era suficiente para mantener, a un tiempo, una producción adecuada de mantenimientos —especialmente, casabe— y de oro procedente de las arenas y sedimentos fluviales. Por otra parte, el africano, por su resistencia extraordinaria y su aptitud para ajustarse al régimen de explotación a que le somete el colono aún cuando fuese su costo progresivamente elevado, sirve en mayor medida para cultivos que sean esencialmente comerciales y de producción masiva; por esta razón no sustituye adecuadamente al indio en la agricultura de estancias, como explotación destinada a un mercado limitado. Esto explica que al promulgarse las Leyes Nuevas (1542) que liberan a los indios del régimen de servidumbre inicial, el énfasis de las reclamaciones de los colonos afectados se pone en el hecho de que perderán sus labranzas por falta de trabajadores, testimonio del cual hemos hecho mención en los capítulos II y III. Es significativo que Gonzalo de Guzmán, el gobernador, expresara en 1538 que no debía autorizarse el traslado de Bayamo porque a sus vecinos "les ha tomado la codicia del trato de Tierra Firme" y "no llevan fin de echar indios a las minas sino entender en labrar para que vendan y crien puercos". En habiendo oro en las arenas de los ríos era obvio que su explotación generaba beneficios superiores a la agricultura de estancia. Que las labranzas se perdieran por falta de indios o que, como hemos dicho en el capítulo III, disminuyeran por razón de orden interno y por la decadencia del comercio de abastecimiento a los barcos de tránsito y a las expediciones de conquista en el continente, no invalida el hecho de que esta primitiva agricultura se funda en el trabajo de los indios, pues, al cabo,

² Aun aceptando que la encomienda se desenvuelva independientemente de las mercedes de tierras y, por consiguiente, carece de influencia decisiva en la formación agraria americana, como sostiene justamente Zavala, *De encomienda*, p. 20, no debe perderse de vista —exclusivamente en lo que atañe a Cuba— esa "vecindad con indios", como hecho mixto, en que se producen simultáneamente una forma agraria y un sistema de trabajo. Claro está, ello no influyó en la formación del latifundio de Cuba a mediados del XVI. Bordé-Góngora señalan que hubo una conexión jurídica entre ambas instituciones, aceptando, desde luego, la tesis de Zavala en tanto en cuanto ella se refiere a una interdependencia jurídica. En parecidos términos, y aun más explícitos se manifiesta Brito, para quien la encomienda aporta a la formación del primitivo latifundio colonial nada menos que la fuerza de trabajo que él necesita para constituirse; conexión no jurídica pero fundamental entre una y otra institución.

son los que saben del cultivo de la yuca y otros productos naturales indígenas.

La estancia de esta primera época no es la pura explotación subsistencial y de abastecimiento de la ciudad o de cultivo especializado (caña y tabaco) que se conocería en la etapa siguiente, esto es, a fines del XVI y a lo largo del XVII y el XVIII. Por consiguiente, aunque la forma sea idéntica a través del tiempo, la función y la explotación del fundo es muy diferente. Es más; como se deduce de la reiterada referencia al cultivo de la yuca y la fabricación del casabe o "pan de la tierra" en aquellos primeros años (1510-1540), la estancia derivó hacia un grado mayor de aprovechamiento diversificado del suelo a medida que perdió importancia para el incipiente comercio de exportación. De ahí la gran importancia que le conceden en 1574 las Ordenanzas de Cáceres, donde se contemplan como puntal irresignable del abastecimiento urbano. No se trata de un fenómeno habanero, donde sería lógico por virtud del apreciable consumo de la población transeúnte, sino de un hecho general; maíz, yuca, arroz, legumbres, plátanos, aves y puercos forman parte de los productos de las estancias y sustentan la población.³

A tal punto la estancia se transforma en un instrumento de agricultura diversificada, que ella contiene, como verdadera célula matriz, los elementos que más tarde van a caracterizar a la agricultura comercial cubana. Seguramente el indio en medio de sus sembrados de yuca cultivó el tabaco que negros y españoles aprendieron a producir y a consumir. La vega, que viene a ser una explotación predominantemente tabacalera, con la indispensable producción adicional de subsistencia, es cosa de fines del XVI cuando el tabaco cubano comienza a exportarse en cantidades significativas. Las *Actas Capitulares* de La Habana no mencionan el tabaco como cultivo independiente hasta 1616 y lo hacen en una forma que no deja lugar a duda sobre la aparición del minifundio tabacalero como especialización de la estancia, y sobre su relativa novedad.⁴

Hay testimonio de que los cañaverales estaban a fines del XVI mezclados en las estancias habaneras; sin duda, por la "prehistoria" de la fabricación de azúcar en Cuba, sabemos que se usaba un aparato primitivo, la *cunyaya*, para extraer el guara-

³ ROJAS, t. III, resume varios documentos notariales sobre estancias en los que figuran esos productos.

⁴ Véase los datos aportados por RIVERO, marzo de 1959, p. 13.

po, lo que supone una producción de miel o de *raspadura* que se satisfacía con algunas suertes de caña cultivadas en las estancias. La aparición de los ingenios, en la última década del XVI, y la necesidad de extender el cultivo por razón de la mayor capacidad productiva de los aparatos, propiciaron la especialización de los campos destinados a cosechar la dulce graminea. Aun cuando no hay hasta ahora información eficaz al respecto, es posible que durante una parte del XVII hubiera agricultores que suministraban caña a los ingenios, sobre todo, a los más cercanos a La Habana; pero la concentración de la fabricación y del cultivo en manos del propietario del ingenio y a cargo de los esclavos no es un fenómeno tardío sino coincidente con la aparición de la industria en 1590-1600.

El hecho de que la estancia fuera adquiriendo una significación agrícola limitada no la sitúa, en lo que hace al siglo XVI, como el minifundio típico, o sea, que en la jerarquización agraria que se produce por la aparición del latifundio, la estancia no es la explotación de menor categoría. Había poseedores ausentistas de estancias que no trabajaban por sí la tierra o, cuando menos, que contrataban a quienes podían ayudarlos en el trabajo, lo que da idea de cierto carácter económico empresarial.⁵

Otras formas o modalidades de la tenencia y del uso de las tierras parecen haber ocupado un nivel aún más bajo. La explicación de ello radica en el hecho de que al consolidarse el poder de las oligarquías municipales, se forman, al par, las categorías económicas y las sociales, produciéndose una diferenciación neta entre los varios grupos de vecinos. Ciertamente tal separación socioeconómica está implícita en la política colonizadora desde los primeros tiempos, pues ya la Real Cédula de 10 de septiembre de 1518, destinada a estimular el asentamiento de colonizadores en América, ordena señalar las tierras "según lo que cada uno quisiera ponerse a trabajar" y se sobreentendía que estos campesinos no recibirían indios de trabajo.⁶ O sea, se reconoce una diferente capacidad de producir a quien va a explotar —a trabajar— la tierra por sí. Esto se define más tarde, hasta el punto que las Ordenanzas de 1573 expresan que se dará a cada uno de los colonos la cantidad

⁵ ROJAS, t. III, p. 88; el contrato duraría 4 años y una de sus condiciones obligaba al "propietario" a dar de comer al estanciero y a su familia hasta que el fundo produjera por sí los alimentos.

⁶ Real Cédula de 10 de septiembre de 1518, en *Papeles*, t. I, p. 64-66.

de tierras y de "indios o de otros labradores" de conformidad "con el caudal que cada uno tuviere".⁷ Por eso, al definirse en las Ordenanzas de Cáceres, las formas oligárquicas y latifundiaras de la tenencia de la tierra se precisan, igualmente, las restantes formas. Así se nota el sentido de minifundio que encierra el vocablo *conuco*. Con frecuencia esta finalidad ("labrar de conucos") está vinculada a un "pedazo de monte", como indicación de que la pobre gente —blanca, negra o híbrida— tiene que ocupar las tierras más difíciles, cubiertas por la vegetación original del país, donde se ven forzados a desmontar y a romper, a roturar con su esfuerzo personal las tierras, verdaderos pioneros de la agricultura de subsistencia, como puede apreciarse por las Actas del Cabildo habanero. Este pedacito de tierra que abren los agricultores pobres se llama, a veces, *roza*, viejo vocablo castellano y portugués filiado al verbo *rozar*, que significaba "romper o labrar de nuevo en los montes comunes".⁸ En definitiva, se trata de la "tierra para labrar o tener de comer" que se menciona en el Cabildo habanero en 1577.⁹ En la zona de Oriente estas jerarquías tienen diferentes nombres, pero representan lo mismo, pues en el XVII parece que la palabra "solar" se refiere a los minifundios, quizás como un equivalente de la "suerte" de tierra tan mencionada en documentos españoles y aún en América para indicar la huerta mínima del vecino.¹⁰

2. Observaciones sobre la técnica

En Cuba se observan dos etapas muy definidas en el uso de la tierra durante el siglo XVI. El primer momento —ya lo conocemos por el capítulo II— es el de predominio de la forma de explotación *estancia*, basada en el cultivo indígena de la yuca unido a la crianza de puercos. Desde luego, no se excluía entonces la ganadería mayor extensiva; solamente ocurría que el rendimiento de la producción comercial de las estancias era mucho mayor que el de los primitivos rebaños. Descontamos, por haberlo señalado en otro capítulo, que la dispersa mine-

⁷ Véase *Recopilación*, libro VI, título V, Ley IX (Ordenanza 103).

⁸ COSTA, p. 257, nota 3.

⁹ *Actas*, t. III, sesión de 13 de septiembre de 1577.

¹⁰ BACARDÍ, t. I, p. 129. Véase en *Documentos Mendoza*, p. 243, un caso de "suerte de tierra para huerta".

ría del oro en las arenas de los ríos tuvo una importancia, ciertamente variable, hasta 1540. Baste recordar que el comercio inicial de ganado en pie con destino al fomento de la crianza en Nueva España acabó prácticamente en 1530 y no había durado sino unos diez años.¹¹ En cuanto se multiplicaron los rebaños en el virreinato, la ganadería en Cuba careció de provecho o lo redujo sustancialmente.

Es obvio que la presencia del indio en las estancias determina la continuidad del cultivo según las prácticas precolombinas. De ellas se sabe poco y, sin embargo, en la fundación económica de Cuba se hallan bien enraizados tanto el cultivo de la yuca y la fabricación del casabe, como el del tabaco y las operaciones fundamentales para deshidratarlo o secarlo.

Lo que parece indudable —ya lo hemos subrayado— es el cultivo de la yuca en camellones, origen de los conocidos “montones de yuca”.¹² Ni qué decir del ingenioso método de extraer la sustancia venenosa de la yuca agria para elaborar la masa que en forma de torta fina, similar a la tortilla mexicana de maíz, sirve para producir el casabe o “pan de la tierra”, al modo que se decía en el siglo XVI. Toda esa riqueza tecnológica es heredada por los mestizos, de indios y de negros, y los campesinos de origen europeo.

Claro está que se usaba la *coa* para la siembra. El arado llamado de reja vino con los europeos. Los indios de Cuba y, en general, los del continente no usaban los metales para fabricar instrumentos de trabajo o utensilios domésticos. Y, desde luego, los ralladores o *guayos* de piedra para hacer la masa del casabe. Quizás, lo único que duró menos en este cuadro tecnológico fue el *sibucán* o exprimidor de la masa, pues ya los europeos tenían máquinas de hierro de prensar de más fuerza, que se podían adaptar a la fabricación del casabe.

Algo semejante sucedió con el cultivo y la mínima elaboración del tabaco. Parece lógico que los indios agrupados en zonas de gran actividad fluvial hubieran descubierto las tierras sedimentarias, más arenosas, para este cultivo, aunque en la perspectiva histórica esta justa preferencia por este tipo de suelo fuese un hallazgo posterior. Todo ello, porque en las dos etapas —pre y post colombina— la población campesina (rural) requería establecerse cerca de un curso de agua. No es

¹¹ LE RIVEREND, *Nueva España*; COSCULLUELA, p. 181, citando testimonio de 1545-1550.

¹² REYNOSO, *Agricultura de los indígenas...*

tan claro esbozar una hipótesis sobre la forma de deshidratar o secar la hoja madura para darle el carácter combustible necesario para su uso, pero de lo que no puede caber duda alguna es que los indios la usaban, al decir del siglo XVI como zahumerio, o sea, seca y combustible.¹³ En todo caso, aun hoy día, aunque ayudado por fuentes de calor específicas, el secado (las primeras "calenturas") del tabaco es obra de los procesos orgánicos naturales.

Todo ello, igualmente, como en el caso de la yuca, pasó a la población colonial, que se aplicó a distinguir la hoja por regiones y a darle tratamientos más complejos según su uso. Digamos a título de ejemplo, que el polvo (o rapé) fue resultado de una nueva técnica europeo-americana. En general, la aplicación del estiércol fertilizante se deduce de la ganadería introducida por los europeos. Finalmente, también se heredó la periodización del cultivo, conocida empíricamente por los indios.

Las estancias y sitios de labor fueron, sin duda alguna, el punto de giro en la transmisión de tecnologías precolombinas y, por consiguiente, de su supervivencia.¹⁴

3. Ataques al minifundio. Hacendados contra vegueros. Los cercamientos. Quema de montes. ¿Cómo se explotan hatos y corrales? La aparcería. Influencia de la montería.

Los minifundios fueron objetos de ataque por parte de las autoridades concejiles si bien fueron protegidos por las Ordenanzas de Cáceres. Desde los días de la creación de la sociedad y la economía coloniales están presentes los antagonismos y los conflictos entre formas de tenencia y de explotación de la tierra, o sea, entre grupos sociales. En cierto sentido representan la vieja querrela entre ganadería y agricultura que singulariza la historia agraria española desde el siglo XII; pero en otros aspectos se trata de un fenómeno propio de las circunstancias coloniales, inducido por la irrupción del capitalismo.

Las Ordenanzas de Cáceres contemplan una situación crítica especialmente en La Habana, donde la oligarquía se ha servido en grande, ocupando las tierras inmediatas a la ciudad con su ganado. Como quiera que la ciudad crece y aumentan

¹³ ORTIZ. *Contrapunteo cubano...*

¹⁴ De acuerdo con los documentos de la Segunda Factoría de tabaco, los manuales de siembra y preparación de las hojas reflejan esta transmisión; véase Archivo Nacional.

sus requerimientos de alimentación se ha puesto en peligro el abastecimiento. Es lo que Vargas Machuca en el siglo XVII expresaría indicando que los caudillos debían dividir la tierra en dos zonas: la una, cercana a la villa, con la cual "se ha de sustentar el pueblo" y la otra lejana, a más de seis leguas, la "han de sustentar todos los vecinos".¹⁵ Hay que defender la producción y su posibilidad de satisfacer el mercado, aunque esto no fuese siempre el motor esencial de las actitudes oligárquicas. Por eso, las Ordenanzas habaneras establecen que se pueden conceder tierras para fines agrícolas en el seno de las haciendas ganaderas inmediatas a la ciudad.¹⁶

Los ataques al minifundio procedían de muy diferentes rumbos. En primer lugar, se veía en la agricultura menor un enemigo de la ganadería. Había una lucha entre ambas por la posesión y disfrute de las aguas, punto que aparece claramente expresado en la lucha entre hacendados y vegueros en el XVII y el XVIII. Como quiera que los minifundios buscan el agua como factor de fertilidad y de sustento del campesino, se decía que entorpecían el camino del ganado hacia sus abrevaderos naturales. Por otra parte, se acusa a los minifundistas de propender al desarrollo de cultivos de tipo comercial en detrimento de los de subsistencia, para el mercado urbano. Es más, se les imputa la destrucción de los montes cercanos a la villa.¹⁷ Por consiguiente, surgen, de un lado, el problema de los cercamientos de las tierras agrícolas y, de otro, la cuestión del alejamiento forzoso de algunos minifundios, política que se aplica especialmente en el XVII. Al parecer en Cuba no se siguió la práctica de declarar comunes los pastos, una vez alzadas las cosechas, con lo cual, evidentemente, se favorecería el proceso de cercamiento de los fundos agrícolas. Por una lógica decisión de defensa, el agricultor mataba las reses que le invadían su sembrado o las tomaba para sí, las "prendaba" que se decía tiempo atrás en España. En 1589 el cabildo habanero autorizó a los estancieros a matar las reses intrusas reservando el cuero y el sebo para sus propietarios; pero un hacendado notorio —Alonso de Rojas— pidió que se revocara esa ordenanza, sustituyéndose por la obligación de cercar los

¹⁵ Véase VARGAS, t. II, p. 43.

¹⁶ "Ordenanzas de Cáceres", en CARRERA, t. II.

¹⁷ En los artículos de Rivero aparecen reproducidos los argumentos que figuran en las Actas del Cabildo habanero a principios del XVII. Más amplia consideración de estos problemas en RIVERO, *Tabaco*, t. I.

cultivos y si, a pesar de ello, penetraban las reses el campesino podría pedir indemnización por el daño.¹⁸ La poca importancia que el cabildo dió a esta idea prueba que ni los estancieros ni los hacendados se preocuparon gran cosa por los cercamientos. El problema, en verdad, se plantea seriamente con las vegas de tabaco en el interior de las haciendas o en las tierras realengas vecinas de éstas. Cuando se inicia la lucha contra el minifundio tabacalero a principios del siglo XVII se decide expulsarlo de las inmediaciones de La Habana y, aunque ello no se logra totalmente, lo cierto es que desde 1610 en adelante se produce una vigorosa penetración de las vegas de tabaco hacia el interior, siguiendo el curso de los ríos.

Que las estancias destruían los montes es cierto; pero no lo es menos que también los destruían y en mayor escala los cañaverales y las haciendas ganaderas. Se ha pretendido que la salvaje práctica de quemar los montes era cosa de los indios. Reynoso sigue en este punto el testimonio de Las Casas.¹⁹ Es sabido que era práctica usada en Europa.²⁰ En general, se debe a la escasez y limitación de los instrumentos de trabajo y de fertilizantes, refleja el primitivismo de la técnica agrícola. Su resultado no pudo ser más funesto, por el agotamiento de las reservas de maderas. Su aplicación en Cuba queda subrayada en la aparición de toponímicos en los que se destaca la palabra "Quemados" desde el XVII, como indicación de la penetración de la agricultura y la ganadería hacia el interior fértil.

Es más, en la técnica tradicional de explotación de los latifundios primitivos, había grandes zonas o tres estadios del proceso de uso de las tierras: *sabana*, destinada a ganado; *quemados* o monte abierto por el fuego para meter el ganado o sembrar y *monte*, todavía virgen, como reserva para el "cansancio" de los otros pedazos de la hacienda.²¹ Claro está que conservar el monte era muy importante, especialmente cuando se trataba de la crianza del puerco o sea, en los corrales.

¹⁸ Actas del Cabildo, inéditas, sesión de 2 de octubre de 1589, que se conservan en la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

¹⁹ REYNOSO, p. 84, nota 28 *bis*.

²⁰ BLOCH, t. I, p. 27, nota 5.

²¹ Aunque la práctica existió desde los primeros tiempos, un buen ejemplo es el caso del hato San Pedro, donde se solicita licencia para nuevo sitio de ganado por haberse abierto las tierras con los *quemados*; véase BERNARDO.

Hatos y corrales presentan sus caracteres diferenciales. Poseer uno u otro es símbolo de prestigio social. Se llama "señores de hato" y "señores de corral" a los felices usufructuarios de tan extensos girones de la tierra colonial. La oligarquía cuida celosamente de sus intereses y es tan parca en conceder estas haciendas a quienes no están vinculados con ella, que antes de 1574 hay especulación con las tierras, porque algunos las solicitan para venderlas. Ello está claro: hay quien tiene caudal para comprar, pero no tiene el predicamento bastante para conseguir una merced pura y simple, como sería natural si el municipio fuera esa institución popular y democrática que fue durante la Edad Media.

Muchos de los "señores de hatos y corrales" posiblemente inician su fortuna por otras vías ajenas a la explotación comercial de la tierra o el ganado. Entre los modos de enriquecimiento más empleados debe destacarse el uso a beneficio propio de fondos públicos o de bienes ajenos (bienes de difuntos, por ejemplo). Lo que no significa que el comercio que ejercen con los productos del ganado no fuera una cuantiosa contribución al enriquecimiento de la minoría dominante. Bastaría, para comprender que el hacendado ganadero de fines del siglo XVI es, en buena medida, un comerciante, recorrer algunos documentos privados de esos años. Al revisar cuidadosamente los *Indices de Protocolos* de La Habana observamos que casi todos los miembros notorios de la oligarquía terrateniente trafican con cueros.²² Es, en verdad, una aristocracia ausentista, lo que no significa que no visitaba sus haciendas. Y como le interesa el producto comercializable defiende a capa y espada, a golpes de acuerdos en el cabildo, sus monterías, que le producen un estimable renglón comercial.

El terrateniente tiene que recuperar los gastos que le impone el "descubrimiento" de las tierras adecuadas a la ganadería. Para ello necesita gente de trabajo que la creciente población, desposeída de oportunidad para obtener alguna merced le ofrece. De ahí los contratos de aparcería y de servicio, que se usaban igualmente en la agricultura, desde los primeros tiempos. Compañía y contratos "a la parte" aparecen en la relación de bienes de Velázquez, como vimos en el capítulo II.²³

Además de los contratos de servicios, aparecen contratos de compañía por cinco años, a dividir los beneficios por mitad; también hubo contratos de compra que, en verdad, encubren

²² Debe verse especialmente el tomo III.

²³ CDU, t. I, p. 201 y sig.

una aparcería. También hubo casos en que se financiaba al propietario para que pudiera "poblar" la hacienda, obligándose con el prestamista a partir por mitad los beneficios. Debe subrayarse que aparecen prontamente los hatos poseídos por mitad y, al parecer, aún en menores porciones, lo que da origen en la zona central del país a las famosas haciendas comuneras; pero en La Habana hasta donde sabemos hoy, la partición de las haciendas fue real y efectiva, porque el rápido proceso de disolución a que las somete la expansión de la agricultura comercial, favorece la separación de diferentes "propiedades" dentro del fundo original.²⁴ Lo cual sugiere que pudo haber cercamientos por una necesidad perentoria de lindera-ción individualizada de los fundos. Claro está que la hacienda comunera implica un cierto aspecto, una manera de distribuir las cargas del fomento y de la explotación del fundo, lo que favorece a los terratenientes. En La Habana esto se logró recurriendo a la aparcería. Por lo general, el aparcerista se obliga a poner herramientas de trabajo, ganado, bestias de tiro y de monta y algunos trabajadores para que auxilién al aparcerero; éste se compromete a servir durante un plazo que, a veces, se extiende a cuatro años, cuidando de la explotación, dirigiendo y vigilando las monterías, llevando cuenta y razón de los productos, a cambio de lo cual recibe una cuarta parte de los cueros producidos por las haciendas de ganado y una mitad de los demás aprovechamientos,²⁵ cláusula reveladora de la diversa categoría de beneficios que practicaban los terratenientes-comerciantes, desde la propia península. Esas proporciones o "partes" variaban, de uno a otro hato claro está; igualmente, variaban las condiciones estipuladas en las explotaciones agrícolas.²⁶

Estos "socios" y aparcereros posiblemente no eran gente inmóvil, pues se registran casos de algunos que tenían a su cargo más de una hacienda o explotación. Y si juzgamos por algunas de las Ordenanzas de Cáceres y, por otros testimonios, convendremos en que había en los campos una población más

²⁴ Sobre la hacienda comunera sigue siendo valioso el libro jurídico de Celorio. Los "pesos de tierra o de posesión" que se conocen en la zona central como partes integrantes aunque ideales, de una comunera parecen reproducir el significado de fundo que en la Mesta española tenía la palabra posesión. En definitiva no se olvide que en el occidente de Cuba (zona habanera) el comercio domina en medida diferente y superior a la que caracteriza el centro del país.

²⁵ ROJAS, t. I, p. 449 y t. III, p. 293.

²⁶ ROJAS, t. III, p. 80.

o menos movediza, dedicada a trabajar en las haciendas, donde creaban una agricultura de subsistencia en torno al "sitio" de ganado. Población que posiblemente obtenía ingresos dedicándose en varias haciendas, sucesivamente, a las monterías, organizadas a la manera "propietaria" bajo la mirada vigilante del "socio" o del aparcerero o del mayordomo. Esta gente que el cabildo deseaba siempre poner a sueldo del hacendado se haría famosa no solamente por su identificación con el medio sino, sobre todo, por su habilidad bélica. La *punta de montería* o la desjarretadora (cuchilla aplicada a una vara de madera dura) con la cual se alcanzaba a la res y se la hería en las patas traseras de modo que no pudiera andar, jugó un papel muy importante en la lucha contra Jacques de Sores (1555) y contra Gilberto Girón (1608) como puede apreciarse por testimonios contemporáneos.²⁷

4. Subdivisión de haciendas; duplicación de sitios; labranzas

La subdivisión interna de la hacienda ganadera es un fenómeno que se inicia desde el propio siglo XVI. Como es lógico, aunque no representa ciertamente una disolución del fundo ganadero, significa, por lo menos, la subdivisión del mismo para aprovechar mejor las tierras.

En general, los hatos y corrales constan, en sus inicios, de un "sitio" central o centro en torno al cual se fijan las medidas (una legua de radio o dos leguas de radio). Pero como quiera que en ellos se encerraba un ganado disperso o cimarrón, caracterizado por un crecimiento extraordinario de los rebaños, fue necesario crear nuevos sitios en los fundos. Muchas veces este nuevo sitio refleja la conveniencia de situar una parte del rebaño más cerca de los antiguos abrevaderos o de los nuevos o la necesidad de aprovechar nuevas zonas de pasto dentro de la gran hacienda, algunas de cuyas partes estaban agotadas. Conocemos un caso que es el del corral de Antón Recio, quien pide licencia, en 14 de abril de 1576, para hacer nueva hacienda a media legua del asiento primitivo. No se trata de mudar el sitio original sino de subdividir el corral creando un nuevo sitio de ganado dentro del mismo.²⁸ Con

²⁷ CDU, t. VI, p. 368 y 382; hay menciones muy importantes en el poema *Espejo de Paciencia* por Silvestre de Balboa. Aunque hemos utilizado la versión que aparece en Morell, la mejor edición es la de la Universidad de Las Villas, por Cintio Vitier.

²⁸ *Actas*, t. III, sesión de 14 de abril de 1576.

más razón, claro está, se imponía esta subdivisión cuando se vendía parte del corral o cuando el derecho sobre la tierra estaba en manos de una persona que tenía su propio sitio de ganado y otro adquiría el derecho a criar su ganado dentro de esas tierras como es el caso del mestizo Diego Gutiérrez Manibardo en el hato Mayabeque.²⁹

Desde luego, el proceso de disolución de esas haciendas primitivas está representado por el desarrollo de la agricultura dentro de sus linderos. Sin embargo, la agricultura se inicia en las grandes haciendas como una explotación secundaria y dependiente de la necesidad de subsistencia que tienen los pequeños grupos de trabajadores que hay en ella (mayoral, peones libres, esclavos, etcétera). En el propio siglo XVI podemos percatarnos de la evolución del fenómeno de crecimiento de la agricultura dentro de las haciendas. Observamos que existen corrales con rozas, o sea, con pequeños cultivos que se realizan a costa de las zonas montuosas.³⁰ Pero hay otros casos en que la fórmula verbal del documento indica claramente que no se trataba de este tipo de cultivo sino de cultivos con un carácter más comercial. Por lo pronto encontramos casos de corrales y hatos en los cuales, según se dice, hay "labranzas", palabra que en el orden económico de la época supone un nivel superior al de las rozas. Por otra parte los contratos realizados con los aparceros y, a veces, con los simples asalariados demuestran que éstos tenían una participación en determinadas cosechas lo cual no se podría explicar sino por el carácter comercial de éstas.³¹

Las propias Ordenanzas de Cáceres (núm. 71) indican que este fenómeno de penetración agrícola en los latifundios ganaderos fue propiciado por las autoridades debido a que se deseaba mantener una producción de frutos suficiente para el abastecimiento de La Habana; en dicha Ordenanza se establecía que se podían dar tierras para fines agrícolas en el seno de las grandes haciendas ganaderas compensándose al "señor" de la hacienda con una cantidad pareja de tierra por otro rumbo. Posiblemente esta disposición sea uno de los principales fundamentos de la penetración de la agricultura tabacalera en las grandes haciendas, aún cuando dicho fenómeno no puede ser sobrestimado en el cuadro de desarrollo económico de la época.

²⁹ ROJAS, t. III.

³⁰ ROJAS, t. III. p. 103 y 114.

³¹ ROJAS, t. III. p. 203.

X

La oligarquía originaria

Hemos mencionado reiteradamente a la oligarquía que se consolida como grupo dominante colonial en el siglo XVI. Es el grupo socialmente aristocratizado y económicamente fundado en el latifundio primitivo que se forma en La Habana y en todas las ciudades, durante el proceso de apoderamiento de la tierra y de los recursos o sea, desde 1510 en adelante. En el reparto del botín inicial se encuentran sus raíces, aun cuando ella, como clase, por boca de conquistadores y criollos, proclame orígenes y genealogía oligárquicos que se pierden en la Edad Media. Empero, los entronques familiares significan poca cosa en el nacimiento de esta clase. Lo real, lo verdadero es su avecinamiento, en tierra cubana, donde se alza con el poder político local y se auto-atribuye las riquezas.

Esta oligarquía se atrinchera en sus posiciones concejiles y en otras magistraturas y empleos públicos, constituyendo el primer núcleo de intereses que no siempre coinciden con la política imperial de España. Por otro lado, desde el propio siglo XVI y con más fuerza en el XVII se van estableciendo nexos entre los diversos grupos municipales con lo que se está a punto de constituir una oligarquía colonial única que no cuaja por virtud del desarrollo de fines del XVIII.

I. Origen de las oligarquías. Los Rojas y los Recios. Otras oligarquías. La Hijodalguía

Las oligarquías municipales nacen en los momentos del inicio de la conquista. Por ello hemos afirmado en otro capítulo que son grupos velazquistas, formados por deudos y compañeros de Diego Velázquez. La oleada de "retaguardistas" es muy tardía en Cuba, pues la colonia, lejos de atraer nuevos inmigrantes, se sume en una situación depresiva entre 1520-1550 que propicia la salida de una buena parte de los fundadores y sus hijos. En consecuencia, los pequeños núcleos de poderosos vecinos que se forman antes de 1520 y permanecen en el país se mantienen muy homogéneos.

Sin duda, la oligarquía más interesante, y como arquetipo del fenómeno social, es la que tiene su asiento en La Habana.¹ En la capital, el crecimiento del poderío económico y político colonial representa el fortalecimiento de ese grupo. Desde mediados del XVI los gobernadores radican en La Habana y se ponen de acuerdo o se enemistan con esa oligarquía según quieran limitar sus privilegios o se sometan y asocien a sus intereses, compartiéndolos. Autoridades y gobernadores que intentaban aplicar normas o maneras de gobierno que limitan las "libertades" que la oligarquía tenía por sí y ante sí, chocaban con ella y debían librar verdaderas batallas para realizar sus propósitos.

No intentamos abordar el papel anti-oligárquico que pudieron tener esas autoridades en tanto en cuanto representaban los intereses del monarca, del Estado español. Advirtamos empero, que ese papel no aparece bastante definido hasta el siglo XVIII por razón de la propia maduración del Estado español; además, siempre las autoridades tenían manera de hallar un acuerdo con las oligarquías, incorporándose a ellas o vinculándose por el matrimonio de algún pariente o descendiente o por simple negocio, muchas veces de dubitable honestidad.

Dos núcleos familiares componen esta oligarquía habanera. Los Rojas, que reconocen como cabezas a Manuel de Rojas, sobrino de Velázquez, y a Diego de Soto, Juan de Rojas y Alonso de Rojas, hermanos entre sí y primos del Conquistador, forman el grupo más poderoso, porque a su fortuna —aunque dispersa en numerosas ramas— unen gran cantidad de empleos y cargos públicos. En verdad, el que parece iniciar el auge de la familia es Francisco de Madrid, escribano de La Habana en su alborear y beneficiario de la primitiva hacienda de ganado Bainoa, tío de Diego de Soto y de Alonso de Rojas. Manuel de Rojas, después de ser gobernador interino, embarcó al Perú, donde su hermano Gerónimo fue portaestandarte real en la batalla de Jaquijahuana. Los Recio forman el otro núcleo familiar, más reducido y por ende de fortuna más concentrada, cuyo iniciador, Antón Recio, llegó a Cuba después del período de conquista. Cuando murió dejó a su hijo mestizo de india, llamado Martín, la interesante cuantía de 14 haciendas constituidas en mayorazgo.

¹ LE RIVEREND, *Haban...* El autor tuvo ocasión de subrayar el fenómeno por primera vez en *Orígenes*.

Este modo de dominación familiar es característico de las ciudades iberoamericanas en el XVI: se trata de un fenómeno que presenta variantes dentro de líneas generales.²

Algunas de las ciudades cubanas que logran su primer desarrollo en el XVII, aún en el XVIII presentan pareja integración oligárquica. Por ejemplo, en Bayamo, son ejemplo de este predominio familiar los Tamayo, descendientes de un conquistador: Rodrigo de Tamayo, que en algún documento aparece como Rodrigo de Córdova.³ Se le unen más adelante los Ramírez de Arellano, grupo oligárquico procedente de Jamaica. En definitiva son dos o tres familias vinculadas entre sí que se alzan con todo el poder. De Bayamo salieron aunque parcialmente, los troncos que fundarían Holguín en el siglo XVIII, donde los Ávila, de la Torre, López Mejías, Hechevarría, forman una intrincada selva de parentescos que se extienden a Bayamo, a Santiago de Cuba y a Puerto Príncipe.⁴

Esta manifestación de oligarquía regional aunque esencialmente instalada en las instituciones municipales, se produce a fines del XVI y a lo largo del XVII en la región central, especialmente en Sancti-Spíritus y Puerto Príncipe y también Remedios: es la zona en que la oligarquía se constituye en torno a Vasco Porcayo de Figueroa y su copiosa descendencia, tan numerosa como la de los Rojas y de otros notorios componentes del grupo de Velázquez. Por Remedios, además, aparecen otros Rojas y los Manso de Contreras y los Monteagudo-Hernández de Medina así como unos Loyola. En Sancti-Spiritus encontramos desde los primeros tiempos a los Sánchez del Corral y los Velázquez de Cuéllar, de la familia del conquistador y vinculados a los Rojas habaneros por matrimonio de Alonso Velázquez de Cuéllar, sobrino de Alonso Sánchez del Corral, con Magdalena de Rojas.⁵

Estos grupos afirman su condición nobiliaria o su hijodalguía, que les viene del primero de cada familia que arriba a Cuba. Claro está que la insistencia con que al correr el primer siglo, se refieren a un "añejamiento" puro y simple en la colonia, indica la inconsistencia de aquella afirmación de precedente hidalguía en gran número de casos.

² GARCÍA, p. 50; desde luego aparece tratado extensamente en la obra de CHEVALIER; llamó la atención de HUMBOLDT, *Regiones Equinociales*.

³ DAS, p. 173.

⁴ Véase GARCÍA CASTAÑEDA.

⁵ Véase MARTÍNEZ FORTÚN y PÉREZ LUNA.

Todos dicen proceder de auténticos troncos señoriales españoles. En sí mismo, el problema que ello plantea carece de importancia. Sin embargo, no debe dejar de considerarse porque ha constituido una cierta base de apoyo para la orientación historiográfica que traslada sin más, a la América, el esquema feudal y cree encontrarlo reproducido en la organización colonial de los siglos XVI y XVII.⁶

Claro está que entre los conquistadores hubo hidalgos sin bienes y segundones y bastardos de troncos nobiliarios ciertos o supuestos. La cuestión merece un comentario, ya que ello se debe a causas e impulsos propios de la organización social española contemporánea. Esta gente es, precisamente, la que deja de formar parte de los ejércitos y séquitos y de las clientelas feudales que realizan la Reconquista. Son obra, en buena medida artificial, producto de necesidades políticas y económicas de los reyes que combaten entre sus ramas familiares y contra los moros; en consecuencia cuando varían las condiciones —en la segunda mitad del XV— se empobrecen extraordinariamente, pierden tierra o soldada, y, a diferencia de lo que les ocurre en Inglaterra, en Francia o en Alemania a los pequeños nobles, pueden hallar una puerta de escape a la América, para hacerse de las riquezas que en España ya no se les franquean. Pero en Indias no están solos, pues entre los emigrantes hay mucha gente nueva, hijos de familia burguesa (en el sentido de habitante de las ciudades o de capas medias libres) cuyos padres son escribanos, mercaderes, campesinos, artesanos, los cuales también se inclinan a la riqueza fácil de las colonias. En realidad, este tipo de gente es la que predomina entre los pobladores a mediados del XVI.

El "señorialismo" de la Conquista no es un mero trasunto de la estructura social feudal trasladada por los hijodalgos a la América, sino un resultado del apoderamiento de la tierra y de los recursos americanos por parte de los conquistadores, independientemente de su origen social. Las oligarquías se forman con la riqueza americana y no con la genealogía española, aun cuando ésta, en algunos casos, pudo tener influencia en el encumbramiento de un colono.

⁶ No nos interesa aquí ponderar el grado de influencia que tuvo en la formación de esta cuasi-leyenda la opinión de cronistas, funcionarios, misioneros y simples viajeros que señalan y califican despectivamente esa "hidalgomanía"; crítica que llegaba al extremo cuando el colono era un simple hombre de pueblo transformado en "señor" por obra y gracia de las relaciones socio-económicas establecidas en la América desde los primeros años del XVI.

Vasco Porcayo de Figueroa se decía pariente de los Duques de Feria; pero su fortuna y su predominio de reyezuelo montaraz se fundan en la explotación de los indios hasta el asesinato y en el producto de sus tierras de ganado que se extienden desde Remedios hasta Camagüey. Pezuela se refiere al "feudo" de Porcayo como para indicar su prepotencia y no para calificar el tipo de organización en que esta se basa.⁷ por un documento de 1544 sabemos que tenía *cabaña*, palabra usada solamente para indicar un número considerable de cabezas de ganado. Su riqueza no era feudal sino basada en la posibilidad del comercio de cueros que singulariza de modo creciente a la economía colonial cubana a mediados y fines del XVI.

A su vez, la oligarquía habanera a mediados del XVI, como puede apreciarse por los *Protocolos*, se dedica activamente al comercio de cueros y de ganado al par que a la importación de mercancías europeas. Cada latifundista es el agente comercial de los productos de su finca. Las apariencias "feudales" encubren actividades comerciales, ligadas al desarrollo del capitalismo comercial europeo o comandadas por éste.

En definitiva, el hecho que se cambien productos no españoles y esclavos por productos americanos que van a Amberes, a Londres y a Amsterdam quiere decir que esas vinculaciones eran profundas y sólidas. O sea, que si no fuera suficiente la propia actividad de estos oligarcas, bastaría reparar en que la producción de sus tierras estaba relacionada con la organización capitalista comercial y que en buena medida dependía del tráfico de esclavos africanos.

2. La monarquía contra el señorialismo feudal

Huelga insistir en este lugar respecto a la oposición, no siempre consecuente, claro está, de la Corona a esa "señorialización" oligárquica. Ya lo hemos indicado en otro capítulo. La reivindicación progresiva del indio como vasallo, la afirmación del dominio eminente de la Corona sobre las tierras, la centralización por vía de las facultades concedidas a virreyes y audiencias, la casi inexistente concesión de tierras y títulos nobiliarios con ejercicio de facultades de soberanía, son elementos de esa oposición. Sin embargo, la fuerza adquirida por la oligarquía en los primeros cincuenta años de colonización, la propia evolución política en España a partir del reinado de Carlos V, el conflicto, en ciertas zonas, con grupos

⁷ PEZUELA, *Historia*, t. I.

disidentes o con poblaciones indígenas numerosas y peleadoras, las primeras agresiones de otras potencias europeas, todo ello contribuyó a que la monarquía necesitase de las oligarquías como armazón política, sustentadora del poder colonial. Sobre la dialéctica de esos opuestos intereses que se revelan en numerosas ocasiones se configuran el poder y la supervivencia de las oligarquías.

3. *La voracidad del grupo habanero*

Los grupos municipales dominantes actuaron desde los primeros tiempos dentro de un patrón muy general. La hueste conquistadora creaba ciudades y se distribuía cargos, tierras, minas o yacimientos e indios. En las colonias virreinales esta manera de dominar tuvo prontamente la limitación que representaban las máximas autoridades investidas del más alto poder delegado en ellas. En colonias como Cuba, donde el gobernador era siempre un personaje de escasa categoría y no había audiencia cercana, las oligarquías desarrollaron al máximo las facultades de los municipios que, por consiguiente, no constituyeron un renacer de las municipalidades castellanas o de las democráticas comunidades aldeanas libres de los siglos XII a XIV sino un típico instrumento de formación aristocrática cerrada. Son pues discutibles todas las interpretaciones históricas del origen y papel de los municipios americanos que se basan en la existencia de unos anémicos y ocasionales cabildos abiertos, a los cuales asistía un puñado de vecinos. Incluso, dentro de la propia oligarquía, la pérdida del carácter electivo de la totalidad o de la mayoría de los cargos de regidores cuando se transforman en oficios vendibles y, sobre todo del de procurador que estaba a la merced de los regidores, muestra una tendencia muy temprana a la dominación de grupos cada vez más reducidos.

Al amparo de la despoblación (capítulo III) estos grupos iniciales van distribuyéndose las riquezas naturales sin el menor obstáculo. En Cuba, lograron que los siete cabildos municipales se alzaran con la facultad de mercendear tierras (capítulo IV), con lo cual pudieron servirse sin limitaciones. La Corona española por otro lado no fue remisa a concederles magistraturas y empleos que les añadieron poderío y riquezas. Esto sin contar que las oligarquías buscaban las alianzas matrimoniales con los funcionarios reales que venían a Cuba y éstos, a su vez, lo querían también porque les aseguraba bienes para sí y para la parentela pobre que los acompañaba. Por esta vía se avecindaron en Cuba no pocas familias de gober-

nantes y autoridades, como los Díaz Pimienta, los Riaño Gamboa y otros.

Nada puede sorprendernos dentro de aquel cuadro social; ni siquiera el hecho de que Antón Recio "el mozo", del clan Recio, fuera yerno de Diego de Soto, del clan Rojas. Mucho menos sorprenderá que los Rojas reunieran en sus manos una parte sustancial de las tierras concedidas por un cabildo en que ellos dominaban, cuya apreciación dejamos en nota.⁸

Por su parte, Antón Recio, deja al morir la friolera de catorce haciendas ganaderas de las cuales solamente conocemos nueve por Actas del Cabildo habanero. Añádase a estas haciendas las que adquirirían por compra y también, como parte del sistema establecido por ellos para acrecentar sus fortunas, las que vendían; todo lo cual puede apreciarse fácilmente en los *Indices de Protocolos*.

Y vale señalar que, a medida que pasan los años, las familias oligárquicas se transforman aceleradamente en un sólo grupo. Una hija de Alonso de Rojas casó con Pedro Suárez de Gamboa, hijo de Alonso Suárez de Toledo y de Inés de Gamboa, dueños de las tierras que bordean la bahía de Matanzas, y un hijo de Diego de Soto casó con Juana de Ulloa, hija de Juan Gutiérrez Manibardo, otro de los grandes beneficiarios de tierras, que mencionamos más abajo. A fines del XVI ya hay un intrincado parentesco que consolida el poder oligárquico.

Con estos dos voraces grupos hay que reunir personajes como Juan Gutiérrez Manibardo que obtuvo cinco mercedes, de las cuales cuatro eran latifundios; como Bartolomé Cepero que obtuvo tres, como Cristóbal Sánchez (quizás deudo de los Sánchez del Corral) que tenía cinco grandes haciendas ganaderas. Algunos más compartían el poder, como es el caso de Bartolomé de Morales, terrateniente y activo comerciante que aprovisionaba las grandes haciendas de sus contemporáneos, comerciaba con otras zonas de la isla y tenía especial dedicación a la construcción de barcos.⁹ Entre 1550 y 1578 el cabildo habanero concede alrededor de 150 mercedes pecuarias, mientras las destinadas a la agricultura alcanzan la cifra

⁸ Un examen de las Actas del Cabildo habanero nos muestra que en menos de 30 años los Rojas obtuvieron las siguientes mercedes: *Sabanas (o Hatos)*: Diego de Soto, Juan de Rojas, Gerónimo de Rojas Avellaneda, Melchor de Rojas y Gaspar de Rojas; *Corrales*: Diego de Soto, Gerónimo de Rojas Avellaneda y Alonso de Rojas; *otros*: Gerónimo de Rojas Avellaneda, Diego de Soto y Alonso de Rojas. Un cómputo exhaustivo revelaría que reunieron más de veinte latifundios en sus manos.

⁹ ROJAS, t. I, II y III, en numerosos lugares.

de sesenta. El gobernador Carreño (1577-1580) quejándose de que en menos de un año, después de su llegada, se habían concedido treinta mercedes pecuarias.¹⁰

En otras ciudades ocurría algo similar: en Sancti-Spiritus, María Jiménez, era viuda de un regidor y tenía en 1589 cinco grandes haciendas y Francisco Suárez de Figueroa, del propio ayuntamiento y descendiente de Porcayo, obtiene entre 1599 y 1606 tres grandes haciendas de ganado. A mediados del XVII, Bartolomé Manso de Contreras era "dueño" en la zona de Remedios de tres o cuatro haciendas de ganado. Y los descendientes de García Holguín que fundan la ciudad de Holguín en el XVIII poseen innumerables tierras en el noroeste de la actual provincia de Oriente.

Entre esos oligarcas los hay que tienen tierras en Sancti-Spiritus, y en La Habana como es el caso de Alonso Sánchez del Corral. Su sobrino, Alonso Velázquez de Cuéllar, tuvo la fortuna de que el rey le concediera una merced —que resultó en parte ilusoria porque se extendía sobre el mar Caribe— de cinco leguas de radio, un super latifundio si se compara con lo *hatos* de dos leguas de radio.

4. *Oligarquías atrincheradas en los municipios*

La oligarquía habanera es un ejemplo magnífico de cómo actuaban estos grupos. Juan de Rojas fue teniente de gobernador y cuñado de Juan de Lobera, alcaide de la fortaleza; Juan Bautista de Rojas fue tesorero por designación real y sustituye en el cargo a su deudo Juan de Henestrosa, hijo, a su vez, de Manuel de Rojas que gobernó interinamente la colonia antes de 1540. Gómez de Rojas fue gobernador de Jamaica. Otros Rojas fueron alcaldes y regidores. Las Actas del Cabildo reflejan esta situación claramente: hay ocasiones en que por tratarse de asunto concerniente a un Rojas, se retiran de la reunión concejil dos o tres personas excusándose por parentesco.

Como es históricamente sabido esta oligarquía nutrió las filas de los ejércitos y de la Iglesia; también dió al poder imperial numerosos servidores civiles. En lo que a La Habana concierne, ya a fines del XVI y en el XVII las órdenes religiosas (franciscanos y dominicos) tienen en sus filas a numerosos miembros de esas familias.

Tenientes de gobernadores, alcaides de fortalezas, capitanes a guerra y asesores letrados eran con frecuencia descendientes

¹⁰ WRIGHT, *Early*, p. 305.

de estas familias. Miembros de las familias o emparentados con ellos por matrimonio como es el caso de Tomás Bernaldo de Quirós, para quien su suegro, Juan Recio, compra la plaza de alcaide de la fortaleza habanera y al amparo de su cargo y de su familia era propietario de barcos, regatón notorio que vendía toda clase de artículos en su casa sin tener licencia para ello. La Corona legisló contra el empleo de los criollos en su tierra nativa porque muchas veces pudo apreciar los vicios que eso propiciaba: la "justicia entre compadres" no convenía siempre a los intereses metropolitanos. Por eso, en el XVII y el XVIII se observa la presencia de numerosos criollos habaneros en otras colonias, especialmente en México, donde posiblemente se "apadrinaban" unos a otros.¹¹

5. *Su caída*

Esta oligarquía no pudo mantenerse exclusivamente del disfrute de las riquezas originarias. Por otra parte, su poder comenzó a decaer en el XVIII, cuando se establece firmemente el poder real —estatal— en Cuba se desarrolla la nueva riqueza esclavista del azúcar. Hacendados, ganaderos, azucareros y comerciantes comienzan a diferenciarse. Algunos se desdoblan en su condición económica o cambian de actividad, pero el papel real y político de los grupos económicos se transforma profundamente. Se fortalece la presencia del Estado y la significación de los municipios se reduce a la escala de la menuda vida local. Dentro de la oligarquía primitiva hay una rama que se separa, gracias a una fácil obtención de títulos nobiliarios que también obtienen vecinos de otro origen social. La ganadería pierde importancia, que van adquiriendo la producción y el comercio del azúcar.

La voz de Arrate, quejoso del poco aprecio que se tiene por esta criollez habanera, dueña del cabildo de la capital, es muy significativa de esta evolución. Cesaba el predominio social de la clase formada al amparo de la Conquista; se iniciaba el triunfo de la clase fundada en la explotación sin límites del esclavo africano.

¹¹ En puros detalles formales como la testificación en exámenes de grado de la Universidad de México (siglos XVII y XVIII) se observa esta agrupación "nacional" de los habaneros pertenecientes a las familias notorais; vea: LE RIVEREND, *Notas*.

Impromptu por la primera exposición de Clara Gómez de Molina

De pronto una pintora. Nada de su conocido trabajo anterior nos permitía llamarla así: delicadeza, afición, vocación tal vez, pero no el centro poderoso, la mediadora del arte. *Transmutaciones* ha llamado Clara a esta exposición —pero la primera transmutación ha sido la de ella— de una aficionada a una artista cabal. Cada cuadro es un reto aceptado. Cada uno un enfrentamiento distinto y con un estilo a las vivencias de la imaginación y el universo. Hay cierto, algún cuadro que parece responder a la infancia de este nuevo estilo, pero el conjunto revela lo que antes no habíamos sospechado, el poder de Clara Gómez de Molina para adentrarse en mundos prodigiosos, en una reminiscencia de la fundación de lo posible, en una desvertebración y recreación de plantas, animales, todo. Pues si puede hablarse en justicia de lo logrado y lo menos logrado, en lo que se expone hay una explosión de vitalidad, de legitimidad, de oficio.

El verdadero artista se revela en el poco o en el mucho. Y a mí Clara Gómez de Molina se me ha revelado como tal, en ese y aquel ojo que aparecen en sus cuadros mirando desde el misterio de la vida. Y en esa sonrisa de niña de una de sus criaturas, sonrisa de la inocencia de los mil niños, sonrisa irónica y aquiescente con un saber insoslayable. Pudiera hablar del color, de los colores, tal como los emplea esta mujer. Colores como lanzas y colores de la armonía del mundo, colores en eclosión, en equilibrio y revelaciones de trasmundos. Parabienes a esta mujer, a esta artista que ya está en la raíz nuestra.

(La Habana, 27 de agosto de 1984,
Galería de Arte Servando Cabrera Moreno)

ROBERTO FRIOL

130 Aniversario del Nacimiento de Juan Gualberto Gómez*

Compañeras y compañeros:

José Martí, nuestro Héroe Nacional, expresó en cierta ocasión que "el agradecimiento a los patricios virtuosos es la semilla más fecunda de una república". Por ello, la Biblioteca Nacional, depositaria del patrimonio bibliográfico de la nación, se siente altamente satisfecha en presentar esta sencilla pero sentida exposición en homenaje al patriota cubano Juan Gualberto Gómez en ocasión de cumplirse el ciento treinta aniversario de su nacimiento.

De esta forma contribuimos modestamente a divulgar en nuestro pueblo la figura del querido paladín de nuestras gestas independentistas, ya que su vida es, y continuará siéndolo, ejemplo permanente para las generaciones actuales y venideras.

Desde muy pronto se observa en él —un hijo de esclavos nacido libre— una férrea voluntad de superación que unido a una inteligencia natural lo convertirá en un gran periodista y tribuno cubano. Pero, sobre todo, lo que le confiere un lugar especial en nuestra historia patria es que tanto su penetrante pluma como su encendida palabra estarán en función de alcanzar altos objetivos políticos y sociales.

Siendo muy joven se da cuenta de las contradicciones básicas que aquejaban a la sociedad cubana de su tiempo: la de metrópoli-colonia y la de amo-esclavo. Y comprende que solo la vía independentista podría resolver satisfactoriamente esas contradicciones, ya que integrismo, anexionismo o autonomismo negaban, por su propia esencia, las demandas de independencia política e igualdad racial que reclamaba la irredenta nación cubana.

Para él —como le diría Martí en la última carta que le escribiera— la revolución era la expedición necesaria para conquistar toda la justicia.

Como intelectual comprometido con el destino de su pueblo utilizará tanto el "arma de la crítica" como, llegado el momento, la "crítica de las armas" para arremeter contra las estructuras fosilizadas del colonialismo español.

* Palabras pronunciadas por el compañero Luis Angel Argüelles en la presentación de la exposición en homenaje a Juan Gualberto Gómez, la cual se inauguró en la Biblioteca Nacional José Martí el día 11 de julio de 1984.

Participa de una u otra forma en el movimiento anticolonialista que tiene lugar en la isla en las últimas tres décadas del siglo pasado. Desde París, donde se encontraba estudiando primero y trabajando después, se solidariza con la Revolución del 68 y presta su apoyo a los patriotas Francisco Vicente Aguilera y Manuel de Quesada en sus gestiones revolucionarias. Aprovechando la Paz del Zanjón regresa a La Habana donde conoce a Martí y ambos toman parte en las actividades conspirativas de la Guerra Chiquita. Descubiertos, tanto el uno como el otro serán enviados a España. En la metrópoli Juan Gualberto emprende una fuerte actividad política en la que denuncia los males que padecía su tierra nativa.

Regresa a Cuba a principios de 1890 y a través de las publicaciones *La Fraternidad* y más tarde *La Igualdad* comienza una sistemática campaña que tiene entre sus propósitos la defensa de los derechos de los africanos y sus descendientes, la unión tanto de blancos y negros como de cubanos y españoles y la crítica certera y constante a la administración española. Es célebre su artículo titulado "Por qué somos separatistas", publicado en *La Fraternidad* el 23 de septiembre de 1890. En este trabajo se presenta un conjunto de diferencias (políticas, económicas, sociales y morales) entre Cuba y España, motivo por el cual se pide pacíficamente la separación de la isla de la Corona española. Bien sabe el hábil periodista que está pidiendo un imposible pero quiere aprovechar esta tribuna pública para ir conformando una conciencia popular independentista que se hacía imprescindible para la guerra que se avecinaba. Apuntemos que el artículo produce una fuerte reacción de parte de las autoridades españolas. Contribuía a ello que por esos momentos las ideas independentistas habían sido animadas por la visita a Cuba del General Antonio Maceo con quien el propio Juan Gualberto había ido a entrevistarse. El tribunal de la Audiencia de La Habana lo condena a 2 años, 11 meses y 11 días de prisión, así como se ordena la destrucción de los ejemplares incautados. El acusado apela al Tribunal Supremo de España que el 25 de noviembre de 1891 dicta sentencia favorable al director del periódico en virtud de que el texto impugnado no apelaba a la violencia. Esta sentencia tiene gran resonancia ya que a su amparo nacerán publicaciones separatistas a lo largo de la isla, lo que contribuye a la expansión del pensamiento independentista.

Martí, quien desde la emigración conocía los artículos de Juan Gualberto, aprovecha la ocasión del incidente para felicitarlo. Comienza entre ambos una correspondencia que se in-

tensifica con la fundación del Partido Revolucionario Cubano en 1892. Teniendo en cuenta su trayectoria revolucionaria y su pensamiento avanzado, Martí lo nombra Delegado del P.R.C. en la isla. Juan Gualberto cumple eficazmente la alta responsabilidad a él encomendada. Tiene el inmenso honor de ser quien recibiera la orden de alzamiento en 1895. De acuerdo con el plan trazado, acude a Ibarra, zona donde había quedado en sublevarse junto a otros patriotas. Frustrado el levantamiento por razones ajenas a su voluntad se le condena a 20 años de presidio y es enviado a Ceuta. En este lugar permanecerá tres años hasta que el Gobierno de Madrid, presionado por el arrollador avance de los insurrectos, decreta una amnistía de presos políticos de Cuba, reincorporándose, entonces, a las filas de los revolucionarios.

Es muy importante destacar que Juan Gualberto es uno de los pocos que logra calar en la estrategia martiana de la guerra necesaria. Así, en un valioso artículo suyo que apareciera en la revista *El Fígaro* en su edición del 20 de mayo de 1902 (titulado "La Revolución del 95. Sus ideas directoras, sus métodos iniciales y causas que la desviaron de su finalidad") expresa que dos fueron las grandes ideas rectoras de aquel movimiento emancipador. La primera, plantea, la de despojar a la revolución de todo aspecto que pudiera presentarla como enemiga irreconciliable hacia lo español y de odio a España. No se pretendía expulsar a los españoles de la isla, ni hacer de Cuba la eterna enemiga de España. Recuerda que lo importante era derrocar un régimen caduco y se procedía de tal modo que fuera posible el concurso del propio español junto a los cubanos. Y, en efecto, señalemos que muchos españoles radicados en Cuba lucharon al lado de los mambises cubanos. Consúltese, por ejemplo, el *Índice Alfabético y Defunciones del Ejército Libertador* que, si bien de forma necesariamente incompleta, relaciona cientos de españoles que combatieron y perecieron por ver a Cuba independiente. Y hasta en la misma España se oyeron diversas voces solidarizándose con aquella gesta heroica.

En cuanto a la segunda idea, Juan Gualberto expresa acertadamente que el líder máximo de aquel movimiento quería que la república por la que iban a luchar fuera eminentemente latina, naciera sin compromiso ninguno con los vecinos sajones (o sea, el imperialismo norteamericano) y que ella afirmara su existencia principalmente en la solidaridad con la América española. Advierte Juan Gualberto que la muerte de Martí frustró su estrategia revolucionaria y que vino a suceder lo

que él tanto temía: la intervención norteamericana con el consiguiente cercenamiento de nuestra soberanía.

Fiel al legado martiano, combate consecuentemente la ominosa Enmienda Platt, ya que justamente la considera lesiva a nuestra dignidad nacional. Sin duda, en este aspecto, representa el pensamiento más radical de los constituyentes cubanos, el cual goza de un amplio respaldo popular. Sus trabajos y discursos contra esa ley yankee constituyen una de las páginas más hermosas de nuestra historia. Su postura intransigente contra la Enmienda Platt nos hace recordar aquel gesto gallardo del Titán de Bronce rechazando el Pacto del Zanjón. La historia los ha situado como dos de los hechos más gloriosos de nuestras tradiciones combativas. Ambos próceres se hacen dignos del apotegma martiano que expresa que "cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos [...]. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana..."

Compañeros:

Al defender consecuentemente Juan Gualberto Gómez nuestros derechos soberanos frente al imperialismo norteamericano contribuye de manera eficaz a la conformación de la conciencia antimperialista del pueblo cubano en la etapa prerrevolucionaria. Por ello, por su posición inquebrantable en defensa de los intereses nacionales su pensamiento sigue teniendo plena actualidad en esta época de revoluciones anticolonialistas, antimperialistas y socialistas.

Muchas Gracias

LUIS ÁNGEL ARGÜELLES

Se apagó la sonrisa de Electo Rosell (Chepín)

El domingo primero de abril de 1984 falleció en Santiago de Cuba, su ciudad natal, Electo Rosell Horrutinier. Con su deceso la música popular cubana pierde a una de las figuras más destacadas de entre las nacidas en el presente siglo.

Chepín, mote por el que era comúnmente conocido nació el 12 de noviembre de 1907, hijo de José de la Caridad Rosell, sastre y guitarrista y de María Horrutinier, modista. Mostró desde pequeño gran inclinación por la música. Fue su propio padre quien lo inició por los intrincados vericuetos de la Teoría y el Solfeo, continuando sus estudios después en la Academia Municipal de Bellas Artes, con los maestros: Nena Puente, Gustavo Roger y Ángeles Plano. Con los profesores Ramón Figueroa y Ángel Castilla concluyó sus estudios de violín.

Su fecunda carrera como autor y ejecutante comenzó cuando contaba 16 años de edad, en esta época trabajaba como violinista en la orquesta que en el Teatro Aguilera animaba las veladas de cine silente, allí mismo genera su primera composición: la criolla bolero "Mis Anhelos".

En 1926, previa autorización de sus padres inicia una gira con la Compañía de Variedades que dirigía Arquímedes Pous. Inician su recorrido por Santo Domingo y Puerto Rico, en aquel hermano país fallece Pous, pese a ello la Empresa continúa viaje a Panamá donde se disuelve algún tiempo después.

Tras una ausencia de tres años Chepín regresa a Cuba, desembarca por el Puerto de La Habana, reside en la capital durante algún tiempo y es contratado por el maestro Francisco Formell. En 1930 reaparece en Santiago formando un dúo con el maestro Bernardo Chovén, pianista, más tarde se unen otros dos músicos formando un cuarteto que actúa en emisoras radiales y tiendas de vestir. Luego organiza y dirige la orquesta Siete Ases, y finalmente la Chepín-Chovén fundada el 24 de junio de 1932. Durante la década del 50, al separarse el maestro Chovén de la agrupación, aparecen Chepín y su orquesta Oriental de la que era cantante el magistral sonero Ibrahím Ferrer, el mismo que grabó "Bodas de Oro" y el "Platanal de Bartolo". La guerra revolucionaria que se agudiza en 1958 propicia la disolución de esta agrupación.

Al triunfar la Revolución, Chepín forma un combo que toca en varios centros nocturnos y finalmente en el Hotel Casa Grande. En 1970, por gestiones directas del Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque se organiza de nuevo la orques-

ta Chepín-Chovén con la integración de nuevos y viejos músicos que habían pertenecido a la misma.

El hombre que los santiagueros llevaron a enterrar el lunes dos de abril de 1984, no es solo notable por la mucha y buena música que supo crear sino por su excepcional calidad humana, siempre proyectado hacia sus compañeros, no quiso jamás que atribuyeran a él solamente el mérito de sus éxitos. Durante quince años realicé un trabajo de investigación en torno a su figura y a fe mía, puedo afirmar que: Chepín es el hombre más modesto que he conocido.

ALBERTO MUGUERCIA

Profundización de la gestión cultural revolucionaria: Campaña nacional por la lectura

Una idea justa que aparece, vence.
JOSÉ MARTÍ

El día del maestro, el 22 de diciembre de 1984, en el teatro de la Biblioteca Nacional José Martí, quedó constituida la comisión central de colaboradores de la Campaña nacional por la lectura, en el marco de una reunión de trabajo presidida por Nicolás Guillén, nuestro Poeta Nacional, Lucía Sardiñas, funcionaria del Comité Central, Rafael Almeida, viceministro de cultura, Raúl Ferrer, Vicentina Antuña, Julio Le Rive-
rend, José Antonio Portuondo y Olinta Ariosa.

Es bien cierto que todas las campañas que los pueblos en revolución realizan contienen una dosis de poesía, porque poesía fue la evocación emocionada que hizo Ferrer del día en que Cuba se declaró territorio libre de analfabetismo, mientras soñaba y proyectaba esta nueva batalla que no es más que dialéctica continuidad de la gesta cultural y educativa que la Revolución ha desarrollado en estos veinticinco años.

Se asombraba y se maravillaba José Juan Arrom —prestigioso profesor cubano de Yale University—, presente en la reunión, de cómo una convocatoria voluntaria podía reunir a tantos de sus compatriotas para tarea tan hermosa. En las numerosas intervenciones se precisaron objetivos y formas de trabajo; el viceministro precisó que a la campaña la respaldan todos los pasos dados ya en favor de la educación del pueblo —nivel escolar alcanzado, producción editorial— y que está dirigida a profundizar en la labor cultural hecha hasta ahora.

Por su parte, José Antonio Portuondo, con su manera sabia y divertida, apuntó la objetiva necesidad de esta campaña para la integridad cultural del pueblo y de los miles de profesionales que cada año salen de las aulas.

La doctora Vicentina Antuña, especialmente conmovida por el homenaje recibido como profesora emérita, en cuya persona se honró al maestro cubano, pronunció palabras de cálida adhesión a la campaña. Fue una reunión provechosa y el comité de colaboradores de la Campaña nacional por la lectura contribuirá sin dudas al sistemático éxito de esta batalla que debe durar tanto como la vida de cada cual.

CARMEN SUÁREZ LEÓN

Héctor P. Agosti in memoriam

La Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, en el número dos de 1984, se honró en presentar a sus lectores el discurso de agradecimiento pronunciado por Héctor P. Agosti con motivo del recibimiento del Gran Premio de Honor otorgado por la SADE (Sociedad argentina de escritores) en 1983. En sus palabras, Agosti calificó su trabajo como "una sola devoción esperanzada en el hombre argentino" y, sin dudas, para todo hombre de América su obra será devoción y esperanza, afirmación de lo humano americano.

Hoy, con el penoso conocimiento de su desaparición física, ocurrida en julio de 1984, queremos evocarlo en su vida y en su obra. En su vida, como el íntegro militante comunista que formó parte del Comité Central del Partido Comunista argentino hasta su muerte; en su obra, como la pluma puesta al servicio del humanismo marxista, ganando para América la interpretación más científica de la realidad del continente, y de su patria, como continuador eminente de las ideas de Aníbal Ponce.

Sus numerosos ensayos (*El hombre prisionero*, 1938; *Ingenieros, ciudadano de la juventud*, 1945; *Nación y cultura*, 1959; *Cantar opinando*, 1982, entre otros), permanecerán como perdurables contribuciones a la cultura y la sociedad americanas, al pensamiento marxista continental.

En particular, los cubanos recordamos su defensa reiterada de la Revolución Cubana, su indestructible fe en el progreso de Cuba Socialista, y sus numerosas visitas a nuestra patria, como jurado de los concursos Casa de las Américas. La Biblioteca Nacional José Martí rinde este humilde homenaje a la memoria de Héctor P. Agosti cuya estatura americana y comunista lo sitúa en la vanguardia intelectual y militante de Nuestra América.

LA DIRECCIÓN

Carpentier en tres nuevas obras

Con motivo de los festejos por el octogésimo aniversario del natalicio de Alejo Carpentier (1904-1980), tres nuevas obras han aparecido: *Biobibliografía de Alejo Carpentier*,¹ *Carpentier en Letra y Solfa*,² ambas de la doctora Araceli García-Carranza (especialista de la Biblioteca Nacional José Martí y responsable del valioso fondo que el escritor donó a la institución), y una compilación de *Ensayos*,³ a cargo de la Editorial Letras Cubanas.

I

—Ludwig Renn —le dije—, no sabe usted cuánto lo admiro. Lo admiro porque *es usted uno de los pocos escritores de nuestros tiempos que hayan sabido realizar paralelamente su vida y su obra, haciendo de la vida obra, y de la obra vida.*

Una sonrisa de niño iluminó el rostro curtido del novelista:

—*Vida y obra tienen que estar íntimamente unidas. Realizar la una sin realizar la otra es cosa estéril... [...]*

—¿El novelista lucha y el combatiente escribe?...

—*¡La vida no tiene sentido si no se hace una con la obra!...*⁴

¹ GARCÍA-CARRANZA, ARACELI. *Biobibliografía de Alejo Carpentier*. Ciudad de La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1984.

² GARCÍA-CARRANZA, ARACELI. *Carpentier en Letra y Solfa*. Ciudad de La Habana, Departamento de Ediciones y Conservación de la Biblioteca Nacional José Martí, 1984.

³ CARPENTIER, ALEJO. *Ensayos*. Ciudad de La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1984.

⁴ CARPENTIER, ALEJO. "España bajo las bombas, III". *Crónicas*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1976. p. 232. Los subrayados son míos (A.C.).

Este histórico y hermoso diálogo entre el narrador alemán, jefe de un regimiento de las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil Española, y Alejo Carpentier en julio de 1937 pudiera haber servido de lema a la admirable *Biobibliografía*... del intelectual cubano que realizó Araceli García-Carranza.

La minuciosa "Cronología" constituye la primera parte, que tiene como característica la incorporación de las reflexiones autobiográficas dispersas en artículos, ensayos, entrevistas y conferencias. Por la seriedad del esfuerzo se convierte en punto de partida para cualquier intento de biografía. Del mismo modo, cada vez que aparece una obra se incluyen los juicios más significativos de la crítica de entonces.

El libro contiene 4 937 asientos bibliográficos, que abarcan sesenta años (1922-1982) y que se subdividen de la siguiente forma: Bibliografía activa, Bibliografía pasiva, Impresos y programas, Ediciones discográficas y Producción cinematográfica.

Los asientos bibliográficos no resultan solamente descriptivos sino que contienen la observación, la aclaración, el resumen o la cita del texto, que precisan aún más el universo de esta compilación. A continuación los índices facilitan el manejo de una vasta información. El primero, de "títulos y secciones" remite a la obra activa de nuestro narrador mayor; el segundo analiza la inmensa variedad de temas tratados por el novelista y el periodista, así como el análisis de su obra abordado por críticos, investigadores y especialistas; el tercer índice de publicaciones seriadas consultadas relaciona cientos de documentos que resultan el basamento de búsqueda utilizado por la bibliógrafa. Estos índices permiten la inmediata localización, aunque el lector no disponga o disponga de datos muy incompletos antes de la consulta.

Esta sólida obra, homenaje perdurable al estudio de la vida y la obra de Carpentier es también admirable ya que mucho antes de publicarse en forma de libro, cumplió con gran eficacia un servicio bibliográfico continuo. La gentileza digna de elogio y eterno agradecimiento hacia la autora, facilitó sistemáticamente una copia mecanográfica a investigadores, profesores y estudiantes.⁵

⁵ Debe añadirse que la doctora García-Carranza tiene en permanente actualización la obra, por lo que el servicio de referencias puede ofrecerse siempre hasta el presente.

II

Araceli —con la ayuda de Josefina García-Carranza— preparó el catálogo *Carpentier en Letra y Solfa*, folleto que complementó la amplia y original exposición de manuscritos, libros, fotocopias, fotografías, recortes de prensa, partituras musicales y carteles del fondo donados por el autor a la Biblioteca Nacional, organizadora de la muestra.

“Letra y Solfa” fue la columna que Carpentier mantuvo en el periódico *El Nacional* de Caracas, Venezuela, desde 1951 hasta 1959. La colección facticia de la Biblioteca Nacional está integrada por 1 783 recortes, encuadrados por años y en un volumen aparte aquellos de los que se desconoce la fecha de publicación.

El catálogo contiene una sinopsis del contenido de cada asiento y un índice temático ordenado alfabéticamente, que facilita la consulta de estos artículos pertenecientes a los cualitativamente mejores del periodismo de Carpentier. En realidad, ellos conforman una verdadera enciclopedia de conocimientos y sirven de modelo para la prensa de tema cultural, puesto que se amalgaman reseñas, crónicas, artículos y ensayos breves. En consecuencia, el folleto crea las bases para la futura e imprescindible edición de la colección completa⁶ de estas crónicas, y constituye un catálogo de obligada consulta para los estudiosos que se acerquen al periodismo de Carpentier, realizado con pericia y funcionalidad.

III

Ensayos reúne en un volumen las compilaciones *Tientos y diferencias* (1964), *Razón de ser* (1976) y *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos* (1981), de la que no existía edición cubana. Además, se incluye el texto inédito “Un ascenso de medio siglo” (conferencia pronunciada en octubre de 1977 con motivo del cincuentenario de la *Revista de Avance* y de la Exposición de Arte Nuevo en el Museo de Bellas Artes).

Tientos y diferencias, a veinte años de su aparición, mantiene plena vigencia y sirve de contrapunto a los dos libros posteriores, puesto que varias inquietudes se retoman. Piénsese,

⁶ Quizás a partir del catálogo y de la difusión de la *Biobibliografía...*, algún especialista pueda cotejar “Letra y Solfa” con la colección de *El Nacional* y determinar cuáles son los que faltan.

a modo de ejemplo, en el nexa que une a "Problemática de la actual novela latinoamericana" (primer ensayo de *Tientos...*) con "Problemática del tiempo y el idioma en la moderna novela latinoamericana" (perteneciente a *Razón de ser*) y con "La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo" (reflexión que le da nombre a la tercera colección).

La más endeble de las tres selecciones agrupadas en *Ensayos* es *La novela...*, porque carece de una estructura orgánica. El hecho de que "Sobre el meridiano intelectual de nuestra América" (1927) siga a "Martí y Francia" (1972), ilustra fehacientemente lo afirmado. Por otra parte, no se aprovechó *Ensayos* para recoger textos olvidados como "Vigencia de Tolstoi en la América Latina" (1960) y el prólogo "Al lector", formidable opinión sobre la narrativa de Thomas Mann a propósito de la edición cubana de *La Montaña mágica*, (1973).

"Un ascenso de medio siglo" incorporado a *Ensayos* significa un acierto indiscutible, porque en la visión personal y polémica de la vanguardia cubana (en particular de la *Revista de Avance*) hay elementos de obligado contrapunto con los criterios de otros autores, entre ellos, Juan Marinello y Raúl Roa. También hay un homenaje a Carlos Marx escritor,⁷ que resulta una avanzada de los juicios definitorios presentes en *La consagración de la primavera*.

Ensayos, compilación de gran utilidad, sin duda es el antecedente imprescindible de una edición cubana más completa de la ensayística de Alejo Carpentier, una de las más relevantes del presente siglo en la literatura cubana.

Los tres libros que forman parte del homenaje por el octogésimo aniversario del natalicio, resaltan facetas de su personalidad y facilitan un abordaje más cabal de la trascendental contribución de este maestro de escritores a la cultura nacional, a la de los pueblos de Nuestra América y a la universal.

ANA CAIRO

⁷ CAIRO, ANA. "Carlos Marx en los textos de Alejo Carpentier". En proceso de impresión en la revista *Universidad de La Habana*, número 223. En el trabajo se examina en detalle los juicios de "Un ascenso de medio siglo" y cómo se relacionan con los criterios de Enrique, uno de los protagonistas-narradores de *La consagración de la primavera*.

Los Ensayos etnográficos de Fernando Ortiz

La vasta obra de Fernando Ortiz, nacido en La Habana en 1881 y fallecido en la misma ciudad en 1969, aborda campos muy diversos: la etnología, la antropología, la musicología, la historia, la lingüística, etcétera. Su considerable bibliografía iluminó aspectos ignorados o desdeñados de la realidad social cubana. En los últimos años fueron publicados por la Editorial de Ciencias Sociales, en La Habana: *Nuevo catauro de cubanismos*, *Los negros esclavos*, *Historia de una pelea cubana contra los demonios* y *El engaño de las razas*. Anteriormente, Ediciones Unión dio a conocer *Orbita de Fernando Ortiz*, preparada y prologada por Julio Le Riverend.

Recientemente, acaba de aparecer *Ensayos etnográficos* (Editorial Ciencias Sociales, 1984), selección efectuada por Miguel Barnet y Ángel L. Fernández. El volumen incluye: "Los cabildos afrocubanos", particular forma de asociación de los negros y mulatos que procedían de la misma nación o tribu; "La antigua fiesta afrocubana del Día de Reyes" y "Los negros curros". Estos tres opúsculos de tan atrayente temática constituyen, según los editores de esta selección, una representación del primer Ortiz, todavía muy influido por el positivismo y en especial por la obra de Cesare Lombroso. Esta caracterización desaparece en obras posteriores: "toda traza de criminología queda superada por un tratamiento más desinteresado, sin los prejuicios que alentaba la procedencia forense del autor". Ortiz, después de varios años dedicados a otras tareas, "reemprende en la década del 40 los estudios negros; sólo que aquí nos encontramos ante un bagaje científico más acendrado, un mundo factual mucho más amplio y una prosa más suelta, identificable ya como el estilo de don Fernando".

Los tres trabajos mencionados son independientes entre sí y fueron dados a conocer en la década de 1920 a 1930, el último de ellos, "Los negros curros" había aparecido solamente en las páginas de la revista *Archivos del folklore cubano*. Mas los otros tres trabajos que componen la presente selección están extraídos de varias obras fundamentales de Ortiz publicadas en la década de 1950. "Orígenes de la poesía y el canto entre los negros afrocubanos" constituye el tercer capítulo de *Africanía de la música folklórica de Cuba* (1950); "El teatro de los negros" forma parte de *Los bailes y el teatro de los negros*

en el folklore de Cuba (1951) y "Los tambores bímembranófonos: los batá" está incluido en la amplia obra en cinco tomos *Los instrumentos de la música afrocubana* (1952-1955).

Aunque los seis trabajos que integran esta selección son ejemplos notables de las investigaciones realizadas por Ortiz sobre las culturas africanas transplantadas a Cuba, resulta imprescindible señalar que el sabio etnólogo emprendió estas indagaciones con el propósito de reivindicar los aportes africanos a la cultura nacional cubana. Pero no quedó en este estadio su labor. "El veía —según afirma Le Riverend— un proceso de cambio contradictorio, iniciado por la destrucción de los pueblos sometidos (indios americanos y negros africanos), continuado por una síntesis, o mestizaje recíproco y, finalmente, culminando en el brote de una cultura nueva y diferente de sus progenitores". Para caracterizar este proceso, Ortiz creó el término "transculturación" o machihembraje de culturas que, al entrelazarse, generaban una nueva entidad, una nueva cultura que es la cultura popular cubana.

No obstante la importancia científica y la proyección progresista de la obra total de Fernando Ortiz, existe un gran desconocimiento de ella fuera de los especialistas. Escasas traducciones de sus obras existen en otros idiomas. Selecciones como la que reseñamos pueden servir no sólo a las generaciones más jóvenes sino también a estudiosos que apenas conocen la producción considerable de este sabio cubano.

SALVADOR BUENO

LIBROS ADQUIRIDOS EN EL EXTRANJERO*

ECUADOR

ACHIG, LUCAS. *El proceso urbano de Quito: ensayo de interpretación*. Quito, Ediciones CAE-Ciudad, 1983.

MOYA, ROLANDO Y EVELIA PERALTA. *El arquitecto frente al desarrollo industrial*. Quito, Ediciones CAE, 1982.

GRAN BRETAÑA

BEAGLE, PETER. *The Last Unicorn*. London, Unwin Paperbacks, 1982.

EVELIN, JOHN. *The Diary of John Evelin*. Selected and ed. by John Bowle. Oxford, Oxford University Press, 1983.

HARRIS, GERALDINE. *Seven citadels*. London, Unwin Paperbacks, 1983.

JAIDAH, ALI M. *An Appraisal of OPEC Oil Policies*. London, Longmann, 1983.

TOLKIEN, JOHN RONALD REUEL. *The Lord of the Rings*. 4ta. ed. London, Unwin Paperbacks, 1983.

ITALIA

DELL' ERBA, NUNZIO. *Giornali e gruppi anarchici in Italia (1892-1900)*. Milano, F. Angeli, 1983.

RUSSO, LUIGI. *Francesco de Sanctis o la cultura napoletana*. Introd. di Umberto Capri. Roma, Editori Riuniti, 1983.

SANCTIS, FRANCESCO DE. *Giacomo Leopardi*. Pref. e cura di Enrico Ghidetti. Roma, Editori Riuniti, 1983.

* Se trata de una lista forzosamente parcial.

MEXICO

- ADELLACH, ALBERTO. *Por amor a Julia*. México, D. F., Editorial Tierra del Fuego, 1983.
- BARRERA GRAF, JORGE. *Las sociedades en derecho mexicano: generalidades, irregularidades, instituciones afines*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1983.
- BASURTO, JORGE. *Cárdenas y el poder sindical*. México, D. F., Ediciones Era, 1983.
- GARFIAS M., LUIS. *La intervención francesa en México: la historia de la expedición militar francesa enviada por Napoleón III para establecer el Segundo Imperio Mexicano*. 2da. ed. en español. México, Panorama Editorial, 1983.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO. *Los elementos de la noche*. México, D. F., Ediciones Era, 1983.
- RUZ MENÉNDEZ, RODOLFO. *Sonetos de amor y desesperanza y otros sonetos*. México, Fondo Editorial de Yucatán, 1983.

VENEZUELA

- BRICEÑO PEROZO, MARIO. *La poesía y el derecho*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1983.
- MAGGI, MARÍA ELENA. *La poesía de Ramón Palomares y la imaginación americana*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1982.

COLABORADORES

ARGÜELLES ESPINOSA, LUIS ÁNGEL (1950). Graduado de la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana. Trabaja en el Departamento de investigaciones histórico-culturales de la Biblioteca Nacional José Martí.

BUENO, SALVADOR (1917). Candidato en ciencias filológicas y profesor titular de la Facultad de Artes y Letras (Universidad de La Habana). Autor de *Historia de la literatura cubana* (cuarta edición, 1972), *Temas y personajes de la literatura cubana* (1964), *Aproximaciones a la literatura hispanoamericana* (1967), *De Merlin a Carpentier* (1978), *Cinco siglos de relaciones entre Hungría y América Latina* (1978), *Figuras cubanas del siglo XIX* (1981) y de varias antologías publicadas en La Habana y Budapest.

CAIRO, ANA. Profesora de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Ha publicado varios ensayos, entre ellos un estudio sobre el Grupo Minorista.

CAMPUZANO, LUISA (La Habana, 1943). Profesora y crítica. Licenciada en lenguas y literaturas clásicas (1966) de la Universidad de La Habana y Doctora en filología clásica (1979) de la Universidad de Bucarest. Fue secretaria de redacción de la *Revista de la Biblioteca Nacional* y directora de la revista *Universidad de La Habana*. Ha colaborado en diversas publicaciones. Libros: *Breve esbozo de poética preplatónica*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1980 y *Las ideas literarias en el Satyricon*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1984, así como manuales universitarios de latín y literatura latina. Prologó la edición cubana de la *Eneida*. Fuera de la temática de su especialidad, ha escrito sobre novela policíaca y literatura cubana. Se dedica actualmente al estudio de la novelística de Alejo Carpentier. Residió cerca de tres años en Rumania y ha viajado por Bulgaria, RDA, Nicaragua y Venezuela. Fue jefa del Departamento de lingüística y letras clásicas y es profesora titular y vicedecana de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana.

FRIOL, ROBERTO (1928). Poeta y crítico literario. Trabaja como investigador en la Biblioteca Nacional José Martí. Ha publicado: *En la cabaña del tío Tom* (ensayo), *Alción al fuego* (poe-

mas), *Rubén Darío en su página* (ensayo), "La novela cubana en el siglo XIX" (ensayo), *Suite para Juan Francisco Manzano* (investigación y crítica), *El hombre de Saúl Bellow* (ensayo), entre otros.

GARCÍA, ALEJANDRO (1932). Graduado del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona y Licenciado en historia. Profesor auxiliar del Departamento de historia de la Facultad de filosofía e historia de la Universidad de La Habana. Coautor del libro *La United Fruit Company: un caso de dominio imperialista en Cuba*.

HIDALGO PAZ, IBRAHÍM (Holguín, 1944). Licenciado en Historia de la Universidad de La Habana. Actualmente se desempeña como investigador del Centro de Estudios Martianos. Ha publicado numerosos artículos en diferentes publicaciones nacionales.

LE RIVEREND, JULIO (1912). Historiador y economista. Miembro del Consejo técnico asesor del Ministerio de Cultura. Ex embajador de Cuba ante la UNESCO. Director de la Biblioteca Nacional José Martí. Ha publicado distintos ensayos y libros basados en investigaciones históricas y económicas de Cuba; entre ellos, *Historia económica de Cuba* (varias ediciones), *La República: dependencia y Revolución* (varias ediciones), *La Habana (biografía de una provincia)*, *Los orígenes de la economía cubana*, y otros.

MUGUERCIA, ALBERTO. (Santiago de Cuba, 1928). Musicógrafo. Doctor en derecho civil. Ha hecho una labor de recopilación de música popular cubana, fundamentalmente en la esfera del son, con el que ha conformado un valioso archivo de documentos, entrevistas, grabaciones... Autor del ensayo "Teodora Ginés, ¿mito o realidad histórica?" (*Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 1971), que obtuvo premio en el concurso de museología Pablo Hernández Balaguer en 1974. Actualmente trabaja en el Departamento de investigaciones histórico culturales de la Biblioteca Nacional José Martí.

PÉREZ GUZMÁN, FRANCISCO (1941). Licenciado en historia de la Universidad de La Habana. Es autor de *La Guerra en La Habana* (1974), *La batalla de las Guásimas* (1975), y en colaboración con Rodolfo Sarracino, *La Guerra Chiquita: una experiencia necesaria* (1982). Actualmente se desempeña como investigador de la Academia de Ciencias de Cuba.

PÉREZ MENÉNDEZ, ALINA. Licenciada en historia de la Universidad de La Habana. Investigadora de historia del Centro de Estudios sobre la Juventud del Comité Nacional de la Unión de Jóvenes Comunistas de Cuba.

PORTUONDO ZÚÑIGA, OLGA. Licenciada en historia. Profesora auxiliar de Historia antigua e Historia de Asia en la Universidad de Oriente.

SUÁREZ LEÓN, CARMEN (Vereda Nueva, La Habana, 1951). Licenciada en lengua y literaturas hispanoamericanas de la Universidad de La Habana. Redactora-editora de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí.

TORRE MOLINA, MILDRED DE LA. Licenciada en historia de la Universidad de La Habana. Se ha desempeñado como profesora universitaria en cursos regulares y de postgrado. Ha impartido conferencias en Cuba y en el extranjero y ha presentado ponencias en numerosos eventos nacionales e internacionales. Tiene publicados artículos, prólogos y reseñas sobre historia de Cuba y de Viet-Nam. Actualmente trabaja como investigadora auxiliar del Departamento de historia de Cuba del Instituto de Ciencias históricas de la Academia de Ciencias de Cuba.

VIZCAÍNO GONZÁLEZ, LILIAN. Licenciada en historia de la Universidad de La Habana. Investigadora de historia del Centro de Estudios sobre la Juventud del Comité Nacional de la Unión de Jóvenes Comunistas de Cuba. Jefa del Departamento de historia del Centro.

ZANETTI LECUONA, OSCAR (1946). Profesor de la Facultad de filosofía e historia de la Universidad de La Habana. Ha publicado varios estudios sobre historia económica.